pierre bourdieu

las estrategias de la reproducción social




siglo veintiuno
editores

pierre bourdieu
las estrategias de la reproducción social




siglo veintiuno
editores

pierre bourdieu
las estrategias de la reproducción social

Una de las preguntas fundamentales respecto del mundo social es por qué ese mundo dura, cómo se perpetúa el orden social, vale decir, el conjunto de relaciones que lo constituyen. El mundo social está dotado de una tendencia a perseverar en el ser, y esa suerte de principio interno está inscripto tanto en las estructuras "objetivas" –los modos en que se distribuyen los distintos tipos de capital: económico, cultural, social y simbólico– como en las "subjetivas" –las disposiciones de los agentes o grupos–.

En este libro, Pierre Bourdieu disecciona las estrategias, conscientes o no, que en diferentes campos procuran la reproducción de una clase o de una fracción de clase, es decir, la conservación o la mejora de sus condiciones de vida y de su posición respecto de otros grupos. Esas estrategias, que tienden a garantizar las diferencias de clase y por tanto los modos de dominación, dependen siempre del volumen y de la estructura del capital que se posea, y se juegan en distintos espacios: el ámbito familiar, allí donde se deciden los casamientos y el número de hijos; el ámbito educativo, donde se eligen las carreras y las orientaciones más convenientes, y donde la inflación y la devaluación de títulos obliga a redefinir las apuestas; el ámbito profesional, donde incide no sólo la acreditación formal que habilita a ocupar un determinado puesto sino los habitus de clase y los valores adicionales de prestigio o reconocimiento.

A partir de una sólida combinación de reflexiones teóricas y análisis empíricos, que contemplan las prácticas de los grupos pero también las representaciones y las percepciones que cada uno de ellos tiene de sí y de los otros, Bourdieu ofrece una explicación tan rigurosa como fascinante del espacio social, al que entiende como un campo dinámico de luchas y de apuestas que varían con el tiempo. Y ofrece también una lección de análisis sociológico, en la medida en que la contundencia de las hipótesis nunca se traduce en simplificación.

ISBN 978-987-629-187-3
9 789876 291873

siglo veintiuno
editores

pierre bourdieu

las estrategias de la reproducción social

siglo veintiuno
editores

grupo editorial
siglo veintiuno

siglo xxi editores, s. a. de c. v.
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MÉXICO, DF

siglo xxi editores, s. a.
GUATEMALA 4824, C 1425 BUP,
BUENOS AIRES, ARGENTINA

salto de página, s. l.
ALMAGRO 38, 28010,
MADRID, ESPAÑA

biblioteca nueva, s. l.
ALMAGRO 38, 28010,
MADRID, ESPAÑA



Bourdieu, Pierre
Las estrategias de la reproducción social. - 1ª ed. - Buenos Aires : Siglo Veintiuno Editores, 2011.
224 p. ; 16x23 cm. - (Biblioteca clásica de Siglo Veintiuno)

Traducido por: Alicia Beatriz Gutiérrez
ISBN 978-987-629-187-3

1. Sociología. I. Gutiérrez, Alicia Beatriz, trad. II. Título.
CDD 301

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Service de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en Argentina.

Una versión de esta obra fue publicada en 2006 por el sello Ferreyra Editor, con el título Campo del poder y reproducción social. Elementos para un análisis de la dinámica de las clases.

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

Corrección: Luciano Padilla López

ISBN 978-987-629-187-3

Impreso en Artes Gráficas Delsur // Almirante Solier 2450, Avellaneda, en el mes de septiembre de 2011

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

pierre bourdieu

las estrategias de la reproducción social



siglo veintiuno
editores

Clases, espacio social y estrategias
Una introducción al análisis de la reproducción social en Bourdieu

*Alicia B. Gutiérrez**

Esta compilación reúne nueve artículos de Pierre Bourdieu que suponen aportes muy valiosos para explicar y comprender diferentes aspectos ligados a la reproducción del mundo social y a sus mecanismos de dominación.

Tiene como objetivo fundamental acercar al lector en lengua española textos (algunos ya "clásicos", otros menos conocidos) que, siendo siempre resultado de discusiones teóricas e investigaciones empíricas, nos permiten precisar ciertos conceptos claves para el análisis sociológico, apreciar sus consecuencias metodológicas, evaluar, en fin, sus alcances y potencialidades. Tratando siempre de no caer en el sesgo intelectualista —aquel que nos lleva a "percibir el mundo como un espectáculo, como un conjunto de significados a la espera de ser interpretados, más que como problemas concretos que demandan soluciones prácticas"—,[1] propongo tomar estos textos como un repertorio de herramientas que pueden ayudarnos a pensar y a construir aquellas que específicamente utilizamos para abordar nuestra propia realidad.

Así, esta introducción pretende facilitar en parte la lectura de los textos, recordando primero algunos aspectos de la perspectiva de Bourdieu, especialmente su concepción de las clases y del espacio social global, nociones generales que permitan luego presentar muy brevemente aquellas explicitadas en los artículos del presente volumen.

* Agradezco a Jérôme Bourdieu, por su generosa autorización para traducir y publicar estos artículos de su padre. A Marie-Christine Rivière, por su constante, valiosa y amable colaboración para facilitar el acceso a los textos. A Franck Poupeau, por su permanente apoyo a la empresa de difusión de la obra de Pierre Bourdieu.

1 Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, *Respuestas por una antropología reflexiva* [1992], México, Grijalbo, 1995, pp. 32-33. De aquí en adelante, la fecha entre corchetes indica el año de la primera edición en su lengua original.

CLASE SOCIAL: CLASE CONSTRUIDA, CLASE PROBABLE

En primer lugar, es necesario recordar que la clase social definida desde la perspectiva teórica de Bourdieu es también (como en el caso de "campo", "capital" o "habitas")`' un concepto construido, es decir, una clase en el sentido lógico del término y, por lo tanto, una *clase en el papel,* tal como se expresa en "Espacio social y génesis de las clases":

> Esta clase "en el papel" tiene la existencia teórica propia de las teorías: en la medida en que es el producto de una clasificación explicativa, del todo análoga a la de los zoólogos o los botánicos, permite *explicar* y prever las prácticas y las propiedades de las cosas clasificadas y, entre otras cosas, las conductas de las reuniones grupales. No es en realidad una clase, una clase actual, en el sentido de grupo y de grupo movilizado para la lucha; en rigor podríamos hablar de *clase probable,* en tanto conjunto de agentes que opondrá menos obstáculos objetivos a las empresas de movilización que cualquier otro conjunto de agentes.;

Esta manera de concebir la clase supone una ruptura con cierta teoría marxista, en particular con la tendencia a privilegiar las sustancias en detrimento de las *relaciones;* también, y sobre todo, con la inclinación a considerar la clase teórica (la clase "en el papel", construida por el investigador) como una *clase real,* es decir, como un grupo efectivamente movilizado.

De este modo, en *La distinción* se plantea la necesidad de *construir* la clase objetiva, como

> conjunto de agentes que se encuentran situados en unas condiciones de existencia homogéneas que imponen unos condicionamientos homogéneos y producen unos sistemas de disposiciones homogéneas, apropiadas para engendrar unas prácticas semejantes, y que poseen un conjunto de propiedades cornu-

2 He desarrollado detalladamente cada uno de estos conceptos en el volumen *Las prácticas sociales. Una introducción a Pierre Bourdieu,* Córdoba (Argentina), Ferreyra Editor, 2005. De allí he tomado en buena medida lcqs conceptos de *clase social y* de *espacio social* que expongo a continuación.

3 Pierre Bourdieu, "Espacio social y génesis de las `clases" [1984], *Espacios,* n° 2, Buenos Aires, 1985, p. 25, subrayado del autor.

> nes, propiedades *objetivadas,* a veces garantizadas jurídicamente (como la posesión de bienes o de poderes) o *incorporadas,* como los habitus de clase (y, en particular, los sistemas de esquemas clasificadores) .[4]

En oposición al *sustancialismo* de la teoría marxista, la clase social de Bourdieu se construye. Ahora bien, ¿cómo se construye? Para anticipar someramente una respuesta, puede decirse, en primer término, que las características de una clase social específica provienen fundamentalmente de la distinción entre dos aspectos de la *situación de clase* la *condición* y la *posición,* que Bourdieu diferenció claramente en el primero de los textos teóricos que dedicó a esa problemática: "Condición de clase y posición de clase",[5] publicado por primera vez en 1966.

Allí, la *condición de clase* está ligada a cierto tipo de condiciones materiales de existencia y de práctica profesional, mientras que la *posición de clase* se refiere al lugar ocupado en la estructura de las clases respecto de las demás. Ambas definen propiedades de diferente tipo: propiedades de condición y propiedades de posición. Estas categorías están estrechamente relacionadas y no pueden disociarse: las propiedades ligadas a la condición de clase definen el margen de variación posible de las propiedades de posición. A su vez, estas últimas pueden diferenciarse: una clase social posee propiedades ligadas a la posición definida sincrónicamente (en cierto momento del devenir de la estructura social) y propiedades ligadas a la trayectoria de la posición, es decir, definidas en sentido diacrónico:

> Como lo hace Weber, puede aislarse en la condición del campesino lo referente a la situación y a la práctica del trabajador de la tierra, es decir, cierto tipo de relación respecto de la naturaleza, situación de dependencia y de sumisión, correlativa de ciertos rasgos recurrentes de la religiosidad campesina, o lo referente a la posición del campesino en una estructura social determinada, posición extremadamente variable según las sociedades y las épocas, pero dominada por la relación con el habitante de la ciudad y con la vida urbana.[6]

4 Pierre Bourdieu, *La distinción. Crítica y bases sociales del gusto* [1979], Madrid, Taurus, 1988, p. 100.
5 "Condición de clase y posición de clase" [1966], en F. Barbano *et al., Estructuralismo y sociología,* Buenos Aires, Nueva Visión, 1969, pp. 72-100.
6 Ibíd., p. 73.

Desde luego, al ser definida la posición de una clase con relación a las posiciones de las demás, las propiedades (tanto las definidas sincrónicamente como las ligadas al devenir de la posición) son *relativas* a las propiedades asociadas a las posiciones de las otras clases.

Pero, además, las características de las diferentes clases sociales dependen de su *peso funcional* en la estructura de clases, que es proporcional a la contribución que cada una hace a la construcción de dicha estructura, y que no está ligado sólo a su importancia numérica:

> Así, por ejemplo, en sociedades en que el débil desarrollo de la economía y, más precisamente, de la industria sólo confiere a la burguesía industrial y al proletariado un débil peso funcional, el sistema de relaciones entre la pequeña burguesía que suministra los cuadros administrativos del Estado y el inmenso subproletariado, formado por desocupados, trabajadores intermitentes de las ciudades y campesinos desarraigados, domina y determina toda la estructura de la sociedad.[7]

Puede decirse entonces que una clase social posee propiedades ligadas a sus *relaciones objetivas* con las demás clases. Pero también posee propiedades ligadas a las *relaciones simbólicas* que sostienen sus miembros entre sí y con las demás clases. Se trata de distinciones significantes, que expresan las diferencias de condición y de posición y que, de ese modo, tienden a la *reduplicación simbólica de las diferencias de clase.*[8]

7 Ibíd., p. 84.

8 Aquí Bourdieu retorna algunos elementos de Max Weber. En efecto, este autor distingue la situación de clase (que define clases) en términos económicos, como "el conjunto de las probabilidades típicas de provisión de bienes, de posición externa, de destino personal, que derivan, dentro de un determinado orden económico, de la magnitud y naturaleza del poder de disposición (o de carencia de él) sobre bienes y servicios y de las maneras de su aplicabilidad para la obtención de rentas o ingresos" (Max Weber, *Economía y sociedad* [1922], México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 242) . La situación estamental (que define grupos de estatus) se refiere a "una pretensión, típicamente efectiva, de privilegios positivos o negativos en la consideración social, fundada en el modo de vida *y,* en consecuencia, en maneras formales de educación [...] en un prestigio hereditario o profesional". Los grupos de estatus serían, entonces, conjuntos de hombres definidos por cierta posición en la jerarquía del honor y del prestigio. Cf. Max Weber, ob. cit., p. 245. Esto equivale a decir que clases y grupos de estatus son dos maneras de diferenciar grupos sociales. Bourdieu propone, en cambio, tratarlos no como unidades reales sino como unidades nominales, "que pueden restituir más o menos completamente la realidad según el tipo de sociedad,

Este sistema de relaciones simbólicas, donde están en juego bienes específicamente simbólicos, reviste autonomía relativa. En virtud de ello, desarrolla su propia lógica y sus propias leyes de funcionamiento, de modo que las prácticas asociadas a este ámbito deben ser analizadas según esa lógica específica. Por supuesto —y destaco que la autonomía es relativa—, se tendrá en cuenta que las relaciones de sentido se establecen en el margen de variación que dejan las condiciones de existencia.

En otros términos, podría decirse que la condición de clase se define a partir de categorías de posesión y desposesión de bienes, o del manejo de ciertos bienes; que la posición de clase se refiere más bien a la posesión relativa de los bienes, que puede ser mayor o menor, ligada a una relación de dominación-dependencia; y que las relaciones simbólicas son maneras de usar y de consumir bienes, asociadas a los estilos de vida, estructuradas en términos de inclusión/exclusión, divulgación/distinción, y utilizadas —sin que los agentes sociales sean necesariamente conscientes de ello— para fortalecer, e incluso reproducir, la posición de clase.

Si volvemos entonces a lo que se planteaba acerca de cómo se construye una clase, resulta evidente que, debido a sus características, se trata de un proceso complejo. En primer lugar, no puede definirse, dice Bourdieu, sólo por una propiedad, aunque sea una muy importante, como su posición en las relaciones de producción. Aquí también marca el autor otra ruptura con la concepción de clases en Marx,' específicamente con el economicismo que define las clases exclusivamente a partir de las relaciones de producción y de este modo reduce el campo social al meramente económico)"

pero que son siempre el resultado de *la elección de acentuar el aspecto económico o el aspecto simbólico,* aspectos que coexisten siempre en la realidad (...) ya que las distinciones simbólicas son siempre secundarias respecto a las diferencias económicas que expresan, transfigurándolas" (Pierre Bourdieu, "Condición de clase y posición de clase", ob. cit., p. 87) .

9 Una primera ruptura se manifiesta ya en Max Weber, como he mencionado, al distinguir diferentes principios de definición de grupos sociales. Pero también se manifiesta esta ruptura en la propia definición de clases. Uno de los elementos de la ruptura consiste en señalar, entre los bienes que generan diversas posibilidades de renta, bienes no sólo materiales, sino también no-materiales, como ciertas cualidades de educación, etcétera. Cf. Max Weber, *Economía y sociedad,* ob. cit., *passim.*

10 Con respecto al principio de diferenciación de clases sociales para Marx, podría decirse que lo constituye la "posición en las relaciones de producción". Ahora bien, según la lectura que hace Balibar de los textos de Marx, un modo de producción históricamente determinado se definiría por la relación establecida entre dos tipos de relaciones: propiedad/no propiedad de los

Tampoco se define una clase por la suma de propiedades (sexo, edad, origen social o étnico, ingresos, nivel de instrucción), menos aún por una cadena de propiedades ordenadas a partir de una propiedad fundamental, como la posición en las relaciones de producción, en términos de una relación causa-efecto

> sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas."

Esto implica reconstruir el entramado de relaciones determinantes de las clases, y de ese modo romper con un pensamiento lineal, por medio de una causalidad estructural de una red de elementos explicativos. Ahora bien, los factores constitutivos de la clase construida no dependen todos entre sí en el mismo grado, sino que dos de ellos tienen un peso funcional más importante en la estructura del sistema que articulan: el volumen y la estructura del capital. Son ellos los que confieren la forma y el valor específico a las determinaciones que imponen a las prácticas otros factores, tales como la edad, el sexo o la residencia.

En consecuencia, la *clase construida* se define como

> el conjunto de todos los factores que operan en todos los dominios de la práctica: volumen y estructura del capital definidos

medios de producción (división social del trabajo) y apropiación real del trabajo, ligada a una división técnica entre quienes dirigen y controlan la tarea y quienes la ejecutan. Si esto es así, esta segunda relación, una relación de autoridad, constituiría también un principio de definición de clases sociales. Cf. Etienne Balibar, "Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico", en Louis Althusser y E. Balibar, *Para leer El Capital* [1967], México, Siglo XXI, 1985. También Torcuato Di Tella señala, citando textos de Marx, ese principio de definición de clases: el de la división jerárquica del trabajo, y llega a señalar que para Marx este constituye un principio más importante que el de la propiedad/no propiedad de los medios de producción. Cf. su *Sociología de los procesos políticos,* Buenos Aires, Eudeba, 1986. Por ende, Marx no ha dado una respuesta taxativa respecto de este tema. En el texto relativo a las clases sociales, publicado en forma póstuma, señala como factor decisivo la "identidad de los ingresos y de la fuente de ingresos", para luego rescatar la posibilidad de que exista variedad de fuentes de ingresos, de posiciones y de intereses. Después se interrumpe el manuscrito (Karl Marx, *Sociología y filosofía social,* Barcelona, Península, 1978) .

11 Pierre Bourdieu, *La distinción,* ob. cit., p. 104.

puntualmente y en su evolución (trayectoria), sexo, edad, estatus matrimonial, residencia, etcétera.[12]

LA CLASE SOCIAL Y EL ESPACIO SOCIAL

He citado hasta el momento tres textos claves para analizar la problemática de las clases en la perspectiva de Bourdieu: "Condición de clase y posición de clase" [1966], *La distinción* [1979] y "Espacio social y génesis de las clases" [1984].

En *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu,*[13] Denis Baranger demuestra, en especial en el cuarto capítulo, cómo Bourdieu paulatinamente introduce variaciones en sus ideas sustantivas acerca de esta problemática, pasando de la conceptualización en términos de "clase social" a la consideración del "espacio social". Y apunta sobre todo a la dimensión metodológica para señalar que el concepto de "espacio social" y el de "campo" le permiten, simultáneamente, producir una verdadera ruptura mediante la incorporación de la técnica estadística del análisis de correspondencias múltiples.

Veamos las instancias más importantes de ese proceso. En primer lugar, Baranger recuerda que el desplazamiento de las "clases sociales" al "espacio social" le insumió a Bourdieu varios años de trabajo. Así, en sus inicios como etnólogo y sociólogo, Bourdieu se refería a clases sociales, pero estaba muy lejos de haber desarrollado un esquema acabado de la estructura de clases; esto queda de manifiesto, según el análisis de Baranger, en la manera de considerarlas durante sus investigaciones en Argelia.[14] Es importante destacar que aquí la definición de las clases no

12 Ibid., p. 112.

13 Denis Baranger, *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu,* Buenos Aires, Prometeo, 2004.

14 En efecto, según señala Baranger en *Sociología de Argelia,* "sólo en las dos páginas finales se refiere Bourdieu a la existencia de una estructura de clases original, que deviene de la coexistencia de un desarrollo capitalista con modos de producción más antiguos". A continuación sostiene que, sin embargo, en *Trabajo y trabajadores en Argelia,* ya desarrolla un "esbozo para una descripción de las clases sociales": "Los criterios más pertinentes para la definición de las clases sociales en la sociedad argelina son: a) el sector económico (tradicional o moderno), b) la estabilidad profesional, c) el tipo de actividad (manual o no manual), y d) el grado de calificación o nivel de instrucción. En base a estos cuatro criterios, no siempre igualmente pertinentes, Bourdieu llega a

era resultado de una deducción *in abstracto* de una teoría de las clases, sino que aparecía "como el resultado de un procedimiento empírico que, prácticamente por ensayo y error, va agrupando los encuestador en categorías internamente homogéneas en lo que hace a su relación con otras variables externas".[15]

Luego, al abordar "Condición de clase y posición de clase", Baranger identifica una serie de aspectos fundamentales: la distinción entre "condición de clase" y "posición de clase", la dimensión sincrónica y la diacrónica, las relaciones objetivas y las simbólicas. En esta oportunidad, "la estructura social se define como un sistema de posiciones y de oposiciones, en suma, como un sistema de significaciones".'" Y se subraya: "en su acepción posicional, la clase deja de ser una sustancia para pasar a ser percibida como una *relación"*.[17]

Continuando su reconstrucción de ese proceso teórico, caracterizado por el desarrollo de la idea "de una tipología social, y de un espacio social compuesto por una yuxtaposición de campos, que será fundamental para su programa de investigación",[18] Baranger cita otros textos que exponen resultados de investigaciones de Bourdieu o dirigidas por él, especialmente "El espacio posicional, multiplicidad de las posiciones institucionales y habitus de clase" de Luc Boltanski, de 1973, y "Porvenir de clase y causalidad de lo probable" [1974] , del propio Bourdieu.'[9] Finalmente, afirma que con "Espacio social *y* génesis de las clases" [1984] la teoría de las clases sociales de Bourdieu "alcanza su forma más acabada, la que podemos considerar como su punto de llegada, cuando ha terminado de desarrollar todas las implicancias de *La distinción"*.[20] Y señala acertadamente:

> El título mismo de este auténtico manifiesto teórico ya está indicando una preeminencia: primero está el espacio, y luego aparecen las clases. Esta primacía se afirma en un sentido ontoló-

distinguir cuatro categorías principales y, para evitar cualquier analogía superficial, acompaña la terminología habitual a la que recurre con abundantes aclaraciones sobre su significado" (Baranger, ob. cit., p. 114) .

15 Denis Baranger, ob. cit., p. 117.

16 Ibíd., p. 119.

17 Ibíd., p. 118, destacado del autor.

18 Ibíd., p. 119.

19 El último de los textos mencionados, claro antecedente de *La distinción,* ha sido incluido en este volumen.

20 Denis Baranger, ob. cit., p. 121.

> gico —el espacio social es real—, tanto como epistemológico —es posible conocer ese espacio—, y metodológico —lo primero es siempre construir el espacio, o sea, el campo—. [21]

En efecto, dice Baranger, en *La distinción* el análisis de correspondencias múltiples le permitió a Bourdieu "transformar sus intuiciones acerca del espacio social en un concepto matemáticamente definible":[22] intentaba establecer una relación de homología —una "correspondencia"— entre una estructura de prácticas que mostraba el análisis de correspondencias múltiples —ligadas a diferentes estilos de vida— y la estructura de las clases y fracciones de clase que se definían a partir de las categorías socioprofesionales del INSEE, todo ello teniendo en cuenta una serie de operaciones, detalladas por Baranger. Ahora bien, recuerda, ni en *La distinción* ni posteriormente en ningún otro texto, Bourdieu construyó estadísticamente las clases mediante el análisis de correspondencias múltiples —aunque pudo haber jugado con esa idea— sino que continuó utilizando las categorías del INSEE. De todos modos, Baranger sugiere:

> Lo que propone Bourdieu es un cambio radical de perspectiva, superador tanto de la clase aristotélica —o lógica— como de la clase estadística. La representación de los espacios sociales a través de los planos factoriales obtenidos por el análisis de correspondencias múltiples proporcionará el tipo de visión de conjunto apto para superar tanto el análisis estándar de variables aisladas, como la reducción indiscriminada de la complejidad social a factores estadísticamente construidos.[23]

21 Íd. Cada uno de estos aspectos es rigurosamente tratado en el capítulo cuarto, con el objeto de esclarecer las ideas teóricas que permiten abordar tanto el proceso técnico-metodológico de construcción de *La distinción* como las consecuentes transformaciones en el modo de trabajar con los datos y el cuestionamiento radical que ello supone respecto de los procedimientos estándar de análisis. En síntesis, Baranger se pregunta aquí cómo se construye empíricamente el espacio social. Para dar una respuesta apela a diferentes fuentes: un texto previo a *La distinción* —"Anatomía del gusto", de 1976, escrito en coautoría con Monique de Saint-Martin—, junto a otras informaciones —obtenidas especialmente a partir de entrevistas a colaboradores de Bourdieu—, que permiten al lector reconstruir el itinerario teórico, epistemológico y metodológico que lleva, en primer lugar, a la consideración del espacio social y la "clase construida" en *La distinción* y luego al uso del análisis de correspondencias múltiples.

22 Denis Baranger, ob. cit., p. 133.

23 Ibíd., p. 140.

Y aunque Bourdieu hubiera renunciado a producir un análisis de correspondencias que permitiera representar el espacio social en su conjunto, el análisis de correspondencias múltiples se constituirá en una herramienta privilegiada por medio de la cual es posible mostrar la estructura de los diversos campos que componen ese espacio, en los cuales trabajará empíricamente: el espacio de las facultades y de las facultades de humanidades, el de las *grandes écoles,* el de los constructores de viviendas individuales y el de las editoriales francesas. El uso que hizo Bourdieu de ese método, concluye Baranger, "fue por sobre todo [...] una ayuda para pensar y, accesoriamente, [...] un medio para la exposición de los resultados de sus análisis"," ya que permite representar con maestría el modo de pensamiento relacional, dimensión central de su propuesta teórica.

LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO SOCIAL

Dentro del marco de esa perspectiva estructuralista, que integra el modo de pensamiento relacional con la incorporación de la dimensión histórica, el espacio social de Bourdieu se construye a partir de tres principios: *volumen* del capital, *estructura* del capital y *evolución histórica* (trayectoria) de ambas propiedades.

En efecto, el volumen global del capital (o conjunto de recursos y poderes efectivamente utilizables: capital económico, cultural, social, simbólico) determina las diferencias primarias, y con ello las grandes clases de condiciones de existencia. La estructura patrimonial (forma particular de distribución del capital global entre las diferentes especies de capital) determina diferencias secundarias, que separan distintas fracciones de clase.[25]

En cierto tipo de sociedades, dentro de las diferentes variedades de capital, el capital económico y el cultural constituirían los principios fundamentales de estructuración del espacio social, mientras que el capital social y el simbólico serían más bien principios de rentabilidad adicional

24 Ibíd., p. 146.

25 Ambas dimensiones permiten analizar dos formas de desplazamiento en el espacio: vertical (en el mismo campo, como cuando se pasa de maestro a profesor) y transversal (de un campo a otro), dentro del mismo plano (hijo de maestro, pequeño comerciante) o en planos diferentes (hijo de maestro, patrón de industria) . Cf. Pierre Bourdieu, *La distinción,* ob. cit., *passim.*

a los otros dos. En especial uno de los trabajos del autor me permite inferir esta diferencia entre los capitales:

> la estructura del espacio social tal como se observa en las sociedades diferenciadas es el producto de dos principios de diferenciación fundamentales, el capital económico y el capital cultural.[26]

En trabajos anteriores de Bourdieu esta diferencia no aparece explícitamente, aunque puede percibirse cuando el autor construye un espacio de posiciones e inserta allí estrategias con el objetivo de relacionar cierto tipo de prácticas con posiciones diferenciales del espacio social.[27]

Esto implicaría evidentemente cierta jerarquización entre los capitales: el económico y el cultural serían los más importantes, la base de la estructuración del espacio social; el simbólico (reconocimiento, consagración, etc.) y el social (relaciones sociales que se pueden movilizar en un momento determinado) posibilitarían, a quien los posee, obtener un rendimiento diferencial del capital de base. Es decir, constituirían una especie de sobreañadido que permitiría jugar mejor las cartas y realizar apuestas más afortunadas en el espacio social.

Ahora bien, cuando la acumulación de ciertas formas de capital está controlada casi por entero (especialmente el capital económico, pero también el cultural, como ocurría en las sociedades de la ex Unión Soviética, por ejemplo), es necesario reconocer que existe en esa sociedad otro principio de diferenciación, otra especie de capital cuya distribución desigual (objetiva) genera diferencias en los consumos y los estilos de vida. Un ejemplo de ello puede ser el *capital político* —cierto tipo de capital social, principio fundamental de estructuración del espacio en ciertas sociedades— que, al distribuirse desigualmente, genera diferencias entre los agentes y suele asegurar a sus poseedores una forma de apropiación privada de bienes y de servicios públicos.[28]

Se vuelve fundamental, entonces, construir y descubrir el principio (o los principios) de diferenciación que permiten aprehender y construir teóricamente el espacio social empíricamente observado:

26 Pierre Bourdieu, *La Noblesse d État,* París, Minuit, 1989, p. 13. [*La nobleza de Estado,* Buenos Aires, Siglo XXI, en prensa.]

27 Cf., por ejemplo, Pierre Bourdieu, *La distinción,* ob. cit.

28 Pierre Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* [1994], Barcelona, Anagrama, 1997.

> Nada permite suponer que ese principio de diferenciación es el mismo en todo tiempo y en todo lugar, en la China de los Ming y en la China contemporánea, o incluso en la Alemania, la Rusia o la Argelia de hoy. Pero a excepción de las sociedades menos diferenciadas (que presentan todavía más diferencias, menos fáciles de medir, según el capital simbólico), todas las sociedades se presentan como espacios sociales, es decir estructuras de diferencias que no se pueden comprender verdaderamente sino a condición de construir el principio generador que funda esas diferencias en la objetividad. Principio que no es otro que la estructura de la distribución de las formas de poder o de las especies de capital que son eficientes en el universo social considerado y que varían, pues, según los lugares y los momentos.'

En síntesis, el espacio social es un *espacio pluridimensional* de posiciones, donde toda posición actual puede definirse en función de un sistema con multiplicidad de coordenadas, cada una de ellas ligada a la distribución de un tipo de capital diferente.

El espacio social es una construcción que, evidentemente, no es igual al espacio geográfico:°' define acercamientos y distancias *sociales. Ello* quiere decir que no se puede `juntar a cualquiera con cualquiera", que no pueden ignorarse diferencias objetivas fundamentales; pero no implica excluir la posibilidad de organizar a los agentes, en ciertas condiciones, momentos y lugares, según otros principios de división: por ejemplo, étnicos o nacionales.;'

En ese espacio, los agentes y grupos de agentes se definen por sus posiciones relativas, según el volumen y la estructura del capital que poseen. Más concretamente, la posición de un agente es el correlato del lugar que ocupa en los diferentes campos, es decir, dentro de la distribución de los poderes que actúan en cada uno de ellos (capital económico, cultural, social, simbólico, en sus distintas especies y subespecies) . Mediante un corte sincrónico del campo de las luchas de clases se obtiene un estado de las relaciones de clase, cuya estructura se define por la distribución diferenciada de los distintos tipos de capital en ese momento.

29 Ibíd., p. 49.
30 Aunque ambos se relacionan y, en buena medida, el espacio geográfico indica diferencias en el espacio social, y las posibilidades de apropiación del espacio geográfico dependen de las posibilidades sociales.
31 Pierre Bourdieu, "Espacio social y génesis de las 'clases'", ob. cit., *passim.*

Con todo, la fuerza de que disponen los agentes depende también (además del volumen y estructura del capital que poseen) del *estado de la lucha con respecto a la definición de la apuesta de la lucha.*[32] Se trata de una lucha simbólica por la definición de los instrumentos y de las apuestas legítimas y por el porcentaje de conversión de las variedades de capital. Este es uno de los objetos fundamentales de las luchas entre las fracciones de clase, cuyos poderes y privilegios están vinculados a una u otra especie de capital *(y* por lo tanto queda expuesto a cambios incesantes) . En ese aspecto también marca Bourdieu una ruptura con el marxismo:[33]

> [en tanto] objetivismo,[34] que corre parejo con el intelectualismo y lleva a ignorar las luchas simbólicas cuyo lugar son los diferentes campos y su disputa la representación misma del mundo social, y en particular la jerarquía en el interior de cada uno de los campos y entre los diferentes campos.[35]

Esta cita me permite volver sobre otro aspecto que querría destacar: para Bourdieu, una ciencia social total debe, en primer término, considerar las estructuras objetivas que organizan el mundo social, pero también debe tener en cuenta las percepciones, representaciones y puntos de vista propios de los agentes de ese mundo, por las cuales también luchan. De alguna manera, los sistemas simbólicos contribuyen a constituir el

32 Pierre Bourdieu, *La distinción,* ob. cit., p. 243.

33 En este texto he hecho hincapié en algunas de las rupturas de Bourdieu con el pensamiento marxista, sin desconocer —aunque no lo explicite aquí— sus acercamientos, tal como lo he trabajado en "Con Marx y contra Marx. El materialismo histórico en la perspectiva de Bourdieu", *Revista Complutense de Educación,* vol. 14, n° 2, Universidad Complutense de Madrid, 2003, pp. 453-482.

34 "El éxito histórico de la teoría marxista, la primera de las teorías sociales con pretensión científica, tan completamente realizada en el mundo social, contribuye así a que la teoría del mundo social menos capaz de integrar el efecto de teoría [...] represente hoy sin duda el obstáculo más poderoso al proceso de la teoría adecuada del mundo social al que contribuyera, en otros tiempos, más que ninguna otra" (Pierre Bourdieu, "Espacio social y génesis de las `clases", ob. cit., p. 34) .

35 Ibíd., p. 24. Claro que el lugar por excelencia de las luchas simbólicas es la clase dominante. Se trata de una lucha "para lograr la definición del principio de dominación legítimo, capital económico, capital escolar o capital social, poderes sociales cuya eficacia específica puede ser redoblada con la eficacia propiamente simbólica, esto es, con la autoridad que da el hecho de ser reconocido, elegido por la creencia colectiva" (Pierre Bourdieu, *La distinción,* ob. cit., p. 251) .

mundo, a dotarlo de sentido para quienes viven en él, lo que implicaría pensar que es posible, dentro de ciertos límites, transformar el mundo si se transforma su representación.[36]

ACERCA DE LOS TEXTOS QUE COMPONEN ESTE VOLUMEN

A mi juicio, el párrafo que abre la compilación de textos que aquí presento permite deslindar las diferentes dimensiones analizadas con mayor detalle en los restantes. Afirma Bourdieu al comienzo del primer artículo de este volumen:

> Una de las preguntas fundamentales respecto del mundo social es la de saber por qué *y* cómo ese mundo dura, persevera en el ser, cómo se perpetúa el orden social, vale decir, el conjunto de relaciones de orden que lo constituyen. (...) De hecho, el mundo social está dotado de un *conatus,* como decían los filósofos clásicos —de una tendencia a perseverar en el ser, de un dinamismo interno, inscrito, a la vez, en las estructuras objetivas y en las estructuras "subjetivas", las disposiciones de los agentes—, y está continuamente mantenido y sostenido por acciones de construcción y de reconstrucción de las estructuras que en principio dependen de la posición ocupada en las estructuras por quienes las llevan a cabo. Toda sociedad reposa sobre la relación entre esos dos principios dinámicos, que varían en importancia según las sociedades y están inscritos, uno, en las estructuras objetivas, y más precisamente en la estructura

36 Estas ideas remiten a Durkheim y Mauss, quienes en 1903 postulan que los sistemas cognitivos vigentes en las sociedades primitivas derivan de sus sistemas sociales. De acuerdo con Wacquant, Bourdieu extiende esta idea seminal en cuatro direcciones: 1) la correspondencia existe en las sociedades avanzadas; 2) las primitivas y las avanzadas son estructuras homólogas porque están genéticamente ligadas (los esquemas mentales resultan de la incorporación de las divisiones sociales) ; 3) la correspondencia cumple funciones políticas (los sistemas simbólicos no son meros instrumentos de conocimiento, sino también instrumentos de dominación, en la medida en que promueven la integración social de un orden arbitrario) ; 4) los sistemas simbólicos constituyen objetos de disputa, de luchas simbólicas por imponer la manera legítima de ver el mundo, por conservarlo o transformarlo (Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, ob. cit.) .

> de distribución del capital y en los mecanismos que tienden a garantizar su reproducción; el otro, en las disposiciones (a la reproducción) . Y en la relación entre estos dos principios se definen los diferentes modos de reproducción, especialmente las estrategias de reproducción que los caracterizan."

En efecto, para abordar las maneras en que se reproduce la vida social y, con ella, los diferentes mecanismos de dominación-dependencia —es decir, para dar cuenta de la dinámica de las clases sociales y de la reproducción del espacio social— es central considerar el concepto de *estrategias de reproducción social* según la perspectiva de Bourdieu.

El origen de ese concepto se sitúa alrededor de los comienzos de la década de 1960, a propósito de sus análisis en la Kabila y en el Béarn, ligados a la lógica de los intercambios matrimoniales y a las prácticas sucesorias: en ese momento Bourdieu inicia su ruptura más profunda con la visión estructuralista y pasa "de la regla a las estrategias","[8] haciendo de esta última noción un concepto clave dentro de su teoría de la acción: la identifica con la noción de práctica, rescata al agente social que la produce y señala sus principios de explicación y comprensión como resultado simultáneo y dialéctico de las condiciones objetivas de vida, externas e incorporadas.

Más tarde, el concepto de "estrategias de reproducción social" se retoma como un aspecto central en el análisis de *La distinción,* y posteriormente se sistematiza en sus diferentes dimensiones en el artículo recién citado.

Fundamental para analizar la dinámica de las clases y los mecanismos de perpetuación del orden social, incluso en relación con lo que las familias ponen en marcha para reproducirse socialmente, este concepto muestra con claridad una dimensión central de la teoría de Bourdieu, que destaqué más arriba: la *concepción relacional de lo social,* herencia estructuralista perceptible en la manera como se construyen sus conceptos claves y en el modo en que se articulan. Así, las diferentes estrategias de reproducción social se explican sólo relacionalmente, en un doble sentido: dentro del contexto del sistema que constituyen (en una familia o

37 Pierre Bourdieu, "Stratégies de reproduction et modes de domination", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales,* n° 105, 1994, p. 3 (véase el capítulo 1 de este volumen).

38 Pierre Bourdieu, "De la regla a las estrategias", en *Cosas dichas* [1987], Buenos Aires, Gedisa, 1988, pp. 67-82.

en un grupo de familias pertenecientes a una clase o fracción de clase) y dentro del espacio social global, donde las prácticas que forman parte de ese sistema se relacionan con las prácticas constitutivas de los demás, articulando modos de reproducción sociales diferenciales.;"

Los aspectos relacionados con este concepto, sus factores explicativos, su unidad de análisis así como una propuesta para indagarla pueden encontrarse en el artículo titulado "Estrategias de reproducción y modos de dominación", publicado por primera vez en 1994, que ahora presentamos en lengua española.

Ahora bien, los modos de dominación implicados en la reproducción de la vida social varían de acuerdo con las formaciones sociales consideradas. Esquemáticamente, difieren entre aquellos universos sociales desprovistos de mercados "autorregulados", como el sistema de enseñanza, el aparato jurídico, el Estado, "donde las relaciones de dominación se hacen, se deshacen *y* se rehacen en y por la interacción entre las personas", y aquellos en los que, al estar mediatizadas por esos mecanismos objetivos e institucionalizados, las relaciones de dominación "tienen la opacidad y la permanencia de las cosas y escapan a las tomas de conciencia y del poder individuales".' Este aspecto fundamental de la dominación está analizado en detalle en el artículo titulado "Los modos de dominación", publicado por primera vez en 1976 y que, junto con "Estrategias de reproducción...", constituye la primera parte de este libro *(Reproducción y dominación)*.

La segunda parte (*Clases y clasificaciones)* abarca cuatro textos. Los más extensos —los primeros— implican una sólida combinación de reflexiones teóricas y análisis empíricos concretos. Así, el ya citado "Porvenir de clase y causalidad de lo probable" (publicado por primera vez en 1974) constituye una pieza fundamental en la sociología de Bourdieu: oponiéndose tanto al economicismo mecanicista como al intelectualismo subjetivista y apoyándose en la noción de habitus, el autor explica las prácticas sociales en general, y en especial el "ajuste milagroso" entre las oportunida-

39 Una explicitación mayor de estos aspectos puede verse en Alicia Gutiérrez, "La teoría de Bourdieu en la explicación y comprensión del fenómeno de la pobreza urbana", en Enrique Martín Criado *et al.* (comps.), *Pierre Bourdieu: las herramientas del sociólogo,* Madrid, Fundamentos, 2004, pp. 255-280, y, de manera más amplia *y* detallada, en Alicia Gutiérrez, *Pobre', como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza,* Córdoba (Argentina), Ferreyra Editor, 2004.

40 Pierre Bourdieu, "Les modes de domination", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales,* n° 2-3, 1976, p. 122 (véase el capítulo 2 de este volumen).

des objetivas y las disposiciones subjetivas, entre las aspiraciones de cada clase y fracción de clase y las posibilidades reales de concretarlas, susceptibles de análisis por intermedio de prácticas económicas, escolares, etcétera. Se trata entonces de estrategias explicables y comprensibles en el contexto de cada uno de los campos específicos, que coexisten en un espacio social global, donde los diferentes agentes o grupos de agentes, dotados de diferentes volúmenes y estructuras de capital, luchan para reproducirse socialmente.'

Qué ocurre en el sistema de las estrategias de reproducción social cuando se modifica la relación entre las diferentes clases o fracciones de clase y los instrumentos de reproducción disponibles? Más concretamente, ¿qué pasa, por ejemplo, cuando se modifican las posibilidades de acceso y de permanencia de cada grupo en el sistema de enseñanza? Esta cuestión es el hilo conductor del texto "Enclasamiento, desclasamiento, reenclasamiento" (publicado originariamente en 1978), que analiza en detalle diferentes estrategias de reconversión de distintas clases y fracciones de clase ante transformaciones morfológicas del campo escolar (inflación de títulos escolares, devaluación correlativa, etc.) como estrategias de reproducción que apuntan objetivamente —es decir, sin ser los agentes necesariamente conscientes de ello— a evitar el desclasamiento o a buscar el reenclasamiento.

Más que en las estrategias, los otros dos textos de esta segunda parte centran la atención en las *representaciones* de los agentes. En "La representación de la posición social", publicado originariamente en 1984, se esclarece aún más una idea ya presente en los textos anteriores: la posición social es objeto de percepciones y de apreciaciones de los agentes, que dependen de la posición actual y también de la trayectoria efectuada (por tanto, del habitus) y de los marcos de referencia posibles. En "Una clase objeto", publicado en 1977 en francés, la idea central es que "la verdad del mundo social es objeto de luchas". En otras palabras, la construcción social de la realidad es el resultado de innumerables actos de construcción antagonistas que llevan a cabo los agentes de manera

41 Baranger (ob. cit., p. 120) sostiene que los temas esenciales de *La distinción* se encuentran anticipados en este texto: "En la idea de una topología social, y de un espacio compuesto por una yuxtaposición de campos, ya se encuentra en germen el uso no meramente metafórico de la noción de espacio, que será fundamental para el programa de investigación de Bourdieu. Ya no se trata de la mera posición de individuos o grupos en un único espacio homogéneo, sino que este espacio mismo aparece ahora concebido como una estructura de estructuras, como una estructura compuesta".

individual o colectiva para imponer una visión del mundo social más acorde a sus intereses, según la posición que ocupan en la estructura social y apelando a los poderes diferenciales que poseen. Ello implica que en la consideración de la reproducción de las clases deben tenerse en cuenta tanto las condiciones materiales como las simbólicas; por ello, se impone la configuración de una historia social de los esquemas de pensamiento y de percepción del mundo social como punto de partida de la crítica social.

Finalmente, la tercera parte, *Elementos de definición de las formas de capital,* contiene tres artículos, presentados en orden cronológico según su fecha de aparición. En cada uno de ellos Bourdieu abordó un tipo de capital diferente, distintos también del capital económico y con fuerza propia en campos específicos: el capital simbólico, el capital cultural y el capital social. Así, en "Capital simbólico y clases sociales", publicado en 1977, distingue dos conjuntos de propiedades que pueden caracterizar a los agentes sociales: las propiedades materiales y las simbólicas. Ambos conjuntos de propiedades definen poderes diferentes, y constituyen a la vez las clases y fracciones de dase.[42] El capital simbólico es así toda diferencia reconocida, aceptada como legítima y que procura un signo de distinción, manifiesto especialmente en los estilos de vida. Otro poder social es el "capital cultural", definido, por oposición al "capital humano", en "Los tres estados del capital cultural", publicado en 1979. Pudiendo existir bajo tres estados —objetivado, incorporado e institucionalizado—, el capital cultural se presenta como una herramienta de análisis valiosa a la hora de reseñar las diferencias de los resultados escolares entre los miembros de las diferentes clases y conocer las estrategias ligadas al campo educativo en general, tal como se evidencia en los análisis presentados en la segunda parte del libro. Por último, otro tipo de capital, el "capital social", recurso ligado a la "pertenencia a una red durable de relaciones, más o menos institucionalizadas", se encuentra definido en "El capital social. Notas provisorias", publicado en 1980. Tres tipos distintos de recursos (simbólicos, culturales, sociales) constituyen tres fuentes diferentes de poder, que, junto al económico, componen las cuatro grandes formas de capital que Bourdieu distinguió y sugirió como principios de construcción del espacio social (en términos de volumen

42 En ese texto podrán encontrarse algunos de los aspectos que he mencionado más arriba en relación con los elementos que Bourdieu toma de la teoría de Max Weber.

y de estructura) , como factor clave de las estrategias de reproducción de las diferentes clases y fracciones de clase, y (por ello) de la reproducción de la vida social.

PARTE I
Reproducción y dominación

1. Estrategias de reproducción y modos de dominación

Una de las preguntas fundamentales respecto del mundo social es la de saber por qué y cómo ese mundo dura, persevera en el ser, cómo se perpetúa el orden social, vale decir, el conjunto de relaciones de orden que lo constituyen. Para dar una respuesta veraz a esta pregunta, hay que rechazar tanto la visión "estructuralista", según la cual las estructuras, portadoras del principio de su propia perpetuación, se reproducen con la colaboración obligada de agentes sometidos a sus constricciones, cuanto la visión interaccionista o etnometodológica (o, en términos más amplios, marginalista) , según la cual el mundo social es producto de los actos de construcción que en cada momento realizan los agentes, en una suerte de "creación continua". Para expresarlo de otro modo: hay que recusar la cuestión de saber si las señales de sumisión que los subordinados acuerdan permanentemente a sus superiores constituyen y reconstituyen sin cesar la relación de dominación o si, a la inversa, la relación objetiva de dominación impone los signos de sumisión. De hecho, el mundo social está dotado de un *conatus,* como decían los filósofos clásicos —de una tendencia a perseverar en el ser, de un dinamismo interno, inscrito, a la vez, en las estructuras objetivas y en las estructuras "subjetivas", las disposiciones de los agentes—, y está continuamente mantenido y sostenido por acciones de construcción y de reconstrucción de las estructuras que en principio dependen de la posición ocupada en las estructuras por quienes las llevan a cabo. Toda sociedad reposa sobre la relación entre esos dos principios dinámicos, que varían en importancia según las sociedades y están inscritos, uno en las estructuras objetivas, y más precisamente en la estructura de distribución del capital y en los mecanismos que tienden a garantizar su reproducción; el otro, en las disposiciones (a la reproducción) . En la relación entre estos dos principios se definen los diferentes modos de reproducción, en especial las estrategias de reproducción que los caracterizan.

Antes de embarcarme en las abstracciones, inevitables, de la tentativa de formalización o, si no resulta demasiado enfático, de axiomatización a la cual voy a entregarme frente a ustedes,* querría recordar sucintamente las condiciones en que han nacido y se han desarrollado las reflexiones teóricas que me han llevado a crear el concepto de sistema de estrategias de reproducción. Considero necesario, especialmente en presencia de un auditorio que en su mayoría pertenece a otra disciplina (la historia) y a otra tradición intelectual nacional, explicitar el contexto histórico en el cual (y *contra* el cual) me he animado a pensar todo un tipo de acciones como estrategias (y no como puesta en acto de reglas) objetivamente orientadas hacia la reproducción de ese cuerpo social que es la familia (o el "hogar") y constitutivas de un sistema.

Pero más que los malentendidos inherentes a la comunicación interdisciplinaria e internacional, temo los que pueden resultar de la desrealización que produce la formalización. He pensado con frecuencia, por ejemplo, que el pensamiento de Max Weber ha debido sufrir mucho a causa de las lecturas teoricistas favorecidas por las tentativas de formalización que él presentó, hacia el final de su vida, en *Wirschaft und Gesellchaft [Economía y sociedad]*, y que sin duda gran parte de las deformaciones que ha sufrido su obra se habrían evitado si muchos de sus lectores (especialmente Talcott Parsons) hubieran tenido una visión más exacta del contexto histórico específico (el espacio de las posibilidades científicas) con relación a la cual aquella se constituyó, así como de las investigaciones históricas en las cuales se había cimentado. Además, dado que los principios de error contra los cuales se han construido no dejan de estar vigentes, los conceptos más rigurosamente controlados continúan expuestos a utilizaciones descuidadas y superficiales, que tienden a destruir el poder de *ruptura* que aquellos encierran: eso sucede día a día con nociones como capital cultural o capital simbólico.

No me es fácil reconstituir de manera exacta el espacio de los *posibles* teóricos frente al cual estaba situado cuando en los años sesenta comencé a interesarme, a propósito del caso de la Kabila y de Béarn, en la lógica de los intercambios matrimoniales y de las prácticas sucesorias. Lo cierto es que dicho espacio estaba dominado por la perspectiva estructuralista que, a favor de la ambigüedad de la noción de *regla,* podía dar las apariencias de una revolución teórica a una restauración del *juridicismo,* que

* Este texto es una transcripción del curso dictado en Gotinga el 23 de septiembre de 1993.

desde el origen acechaba en las investigaciones etnológicas en materia de teorías del parentesco, como lo ha mostrado muy bien Louis Dumont, pero también y sobre todo en materia de teorías de restitución de bienes. Representativa de esta visión es la lectura que Emmanuel Le Roy Ladurie hará de los trabajos de Jean Yver, que lleva a definir áreas geográficas en cuyo seno se imponen normas sucesorias inflexibles que no dan cabida a conciliaciones o negociaciones.[1] Sin duda porque era partícipe de este *mood* teórico, indiscutiblemente ligado al prestigio extraordinario que entonces poseía -en la opinión de todos los investigadores en ciencias sociales- la obra de Claude Lévi-Strauss, muy especialmente *Las estructuras elementales del parentesco,* yo había intentado, en un primer trabajo sobre el caso de Béarn, construir un modelo que vinculase las estrategias matrimoniales con las tradiciones sucesorias.[2] Sin embargo, un estudio más profundo de matrimonios concretos, y en particular de casos de casamientos desiguales, tanto en la Kabila como en Béarn, paulatinamente me había llevado a p(er en duda la visión estructuralista, que quizá debía parte de su seducción al hecho de que tendía a reducir el funcionamiento social a una suerte de mecanismo de relojería, y a hacer del etnólogo -quien engendraba ese mecanismo- una suerte de Dios relojero, exterior y superior a su creación. En efecto, me parecía, tanto en el caso de la Kabila como en el caso de Béarn, que la norma oficial -el "casamiento preferencial" con la prima paralela o el derecho de primogenitura- apenas era una de las constricciones, y no la más imperativa, que los agentes debían considerar a la hora de concebir sus estrategias sucesorias o matrimoniales; y que por tanto era necesario abandonar la visión desde lo alto y la "mirada distante" que caracterizaban la visión estructuralista para situarse, con un cambio radical de "paradigma" (en el sentido de Kuhn), simbolizado por el recurso a la noción de estrategia, en el principio mismo de la práctica, en el punto de vista de los agentes.

1 Cf. J. Yver, *Égalité entre héritiers et exclusion des enfants dotés. Essai de géographie coutumière,* París, Sirey, 1966; E. Le Roy Ladurie, "Structures familiales et coutumes d'héritage en France au XVI` siècle: système de la coutume", *Annales ESC,* n° 4-5, 1972, pp. 825-846, reproducido en *Le territoire de l'historien,* París, Gallimard, pp. 222-251.

2 Cf. P. Bourdieu, "Célibat et condition paysanne", *Études rurales,* n° 5-6, 1962, pp. 32-136 ["Celibato y condición campesina", en *El baile de los solteros,* Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 17-127] . Respecto de este trabajo y su continuación y perfeccionamiento en la tradición etnológica, véase el número especial de la revista *Études Rurales: La terre, succession et héritage,* 1988, pp. 110-113.

Eso no quiere decir, como a veces ha sugerido Lévi-Strauss, en su conciencia, mediante una regresión hacia una fenomenología subjetivista, que sirve de fundamento a una visión ingenuamente "espontaneísta" del orden social.[3] Ese cambio en la relación con los agentes -menos distante- y con la práctica -menos "intelectualista"- implicaba una transformación profunda de la mirada sobre las prácticas, es decir, la construcción de una teoría de la práctica fundada sobre una teoría reflexiva de la mirada teórica (o del *scholastic bias)* que implicaba una transformación profunda en la manera de efectuar la investigación acerca de las estrategias matrimoniales y sucesorias. Así, en el caso de Kabila, por ejemplo, junto con Abdelmalek Sayad he podido demostrar que ese elemento fundamental del capital simbólico, el nombre, era la apuesta de estrategias extremadamente complejas, tanto entre los ascendientes como entre los descendientes -estrategias que otros han podido observar en lugares y tradiciones muy diferentes-.[4] Hablar de apuesta, de lo que está en juego, es abandonar la lógica mecanicista de la estructura en favor de la lógica dinámica y abierta del juego, y obligarse a tomar en cuenta, para comprender cada nueva jugada, la serie completa de jugadas anteriores, tanto en materia matrimonial como en materia sucesoria. En resumen, es obligarse a reintroducir el tiempo -que Leibniz definía como "el or-

3 La noción de estrategia, tal como la he empleado, tenía como primera virtud notar las *coacciones estructurales* que pesan sobre los agentes (contra ciertas formas de individualismo metodológico) y a la vez la posibilidad de *respuestas activas* a esas coacciones (contra cierta visión mecanicista, propia del estructuralismo). Como indica la metáfora del juego, en gran medida esas constricciones están inscriptas en el capital disponible (bajo sus diferentes formas), es decir, en la posición que cierta unidad ocupa en la *estructura* de la distribución de ese capital, y por tanto, en la correlación de fuerzas con otras unidades. En ruptura con el uso dominante de esa noción, que considera las estrategias expectativas conscientes y a largo plazo de un agente individual, yo utilizaba ese concepto para designar los conjuntos de acciones ordenadas en procura de objetivos a más o menos largo plazo, y no necesariamente planteadas como tales, que los miembros de un colectivo tal como la familia producen. (Cf. P. Bourdieu, "Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction", *Annales ESC,* n° 4-5, 1972, pp. 1105-1127 ["Las estrategias matrimoniales en el sistema de las estrategias de reproducción", en *El baile de los solteros,* Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 167-210]; C. Lévi-Strauss, "L'ethnologie et l'histoire", *Annales ESC,* n° 6, 1983, pp. 1217-1231; P. Bourdieu, "De la règle aux stratégies", en *Choses dites,* París, Minuit, 1987, pp. 75-93 [*Cosas dichas,* Buenos Aires, Gedisa, 1988]).

4 P. Bourdieu, *Esquisse d'une théorie de la pratique,* Ginebra, Droz, 1966, pp. 82-83, 133-137; Christiane Klapisch-Zuber, *La Maison et le Nom. Stratégies et rituels dans l'Italie de la Renaissance,* París, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1990.

den de las sucesiones"- y también, a la manera de los agentes mismos, el conjunto (o sistema) de estrategias de toda índole, matrimoniales y sucesorias, pero también económicas, educativas, etc., que residen en el principio del estado del juego y del poder sobre el juego y, merced a este, de toda nueva estrategia.

El corpus de propuestas teóricas que intentaré exponer se apoya, pues, sobre una gran serie de análisis históricos completamente específicos de las estrategias que, en contextos muy diferentes, agentes muy diferentes - campesinos kabilas o bearneses, señores de la industria preocupados por asegurar la perpetuación de su empresa o empleados deseosos de transmitir su capital cultural asegurando su conversión en capital escolar- ponen en práctica, y por cuyo intermedio se efectúa el *conatos* de unidad doméstica. Al igual que los análisis llamados etnológicos que he llevado a cabo respecto de Béarn o de la Kabila, que no han dejado de orientar mis investigaciones sobre las estrategias educativas que actualmente las diferentes categorías sociales ponen en práctica en todas las sociedades avanzadas para reproducir su posición en el espacio social, esos análisis que se da en llamar sociológicos me han permitido comprender más adecuadamente las transformaciones de las estrategias matrimoniales de las sociedades campesinas que han sido determinadas por la unificación del mercado de los bienes simbólicos y por la transformación profunda de los mecanismos de reproducción ligados al incremento extraordinario de la incidencia del sistema escolar.'

Puede trazarse una suerte de panorama de las grandes clases de *estrategias de reproducción* (engendradas por esas disposiciones) que se encuentran en todas las sociedades, si bien con diferente incidencia (especialmente según el grado de objetivación del capital) y bajo formas que varían según la índole del capital que se trata de transmitir y el estado de los mecanismos de reproducción disponibles (por ejemplo, las tradiciones sucesorias) . Esta construcción teórica permite restaurar en el análisis científico la unidad de prácticas que diferentes ciencias (derecho, demografía, economía, sociología) casi siempre aprehenden en orden disperso y por separado.

5 Cf. P. Bourdieu, "Reproduction interdite. La dimension symbolique de la domination économique", *Etudes Rurales,* n° 113-114, 1989, pp. 15-36 ["Prohibida la reproducción. La dimensión simbólica de la dominación económica", en *El baile de los solteros,* Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 211-242] y "Le patronat", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales,* n° 21, 1978, pp. 3-82.

Por interdependientes y entremezcladas que resulten en la práctica, es posible distribuir las estrategias de reproducción en algunos tipos de mayor alcance. Entre las *estrategias de inversión biológica,* las más importantes son las *estrategias de fecundidad* y las *estrategias profilácticas.* Las primeras son estrategias a muy largo plazo, que comprometen el fiutu-ro entero del linaje y de su patrimonio, y que apuntan a controlar la fecundidad, es decir, a aumentar o a reducir el número de hijos y, por ello, la fuerza del grupo familiar, pero también la cantidad de potenciales pretendientes del patrimonio material y simbólico: especialmente según la condición de los recursos disponibles, pueden echar mano de modalidades directas, con las técnicas de limitación de los nacimientos, o indirectas, por ejemplo con el matrimonio tardío o el celibato, que tiene la doble ventaja de impedir la reproducción biológica y de excluir (al menos de hecho) de la herencia (esa función cumple la orientación al sacerdocio de algunos de los hijos en las familias aristocráticas o burguesas bajo el Antiguo Régimen, o del celibato de los hijos más jóvenes en ciertas tradiciones campesinas que favorecen al primogénito) . Las *estrategias profilácticas* están destinadas a preservar el patrimonio biológico asegurando los cuidados continuos o discontinuos destinados a mantener la salud o a mantener alejada la enfermedad y, en términos más amplios, asegurando una administración razonable del capital corporal.

Las *estrategias sucesorias* apuntan a garantizar la transmisión del patrimonio material entre las generaciones con el mínimo de desperdicio posible dentro de los límites de las posibilidades ofrecidas por la costumbre y el derecho —aunque fuese recurriendo a todos los artificios y todos los subterfugios disponibles dentro de los límites del derecho o a todos los manejos ilegales (como la transmisión directa e invisible de activos líquidos o de objetos) . Estas estrategias se especifican según la forma de capital que se ha de transmitir y, por tanto, según la composición del patrimonio.

Las *estrategias educativas,* entre ellas el caso específico de las estrategias escolares de las familias o de los hijos escolarizados, son estrategias de inversión a muy largo plazo, no necesariamente percibidas como tales, y no se reducen, como cree la economía del "capital humano", sólo a su dimensión económica, o incluso monetaria: en efecto, tienden ante todo a producir agentes sociales dignos y capaces de recibir la herencia del grupo. Eso sucede, en especial, con el caso de las estrategias "éticas" que apuntan a inculcar la sumisión del individuo y de sus intereses al grupo y a sus intereses superiores; así, cumplen una función fundamental, ase-

gurando la reproducción de la familia que de por sí es el "sujeto" de las estrategias de reproducción.

Las *estrategias de inversión económica,* en el sentido amplio del término, tienden a la perpetuación o el aumento del capital bajo sus diferentes formas. En efecto, a las estrategias de inversión económica en sentido acotado, es necesario agregar las estrategias *de inversión social,* orientadas hacia la instauración o el sostenimiento de relaciones sociales directamente utilizables o movilizables, a corto o a largo plazo, es decir, hacia su transformación en *obligaciones* duraderas, subjetivamente percibidas (sentimientos de reconocimiento, de respeto, etc.) o institucionalmente garantizadas (derechos), y, por lo tanto, en capital social y en capital simbólico, producido por la alquimia del intercambio -de dinero, de trabajo, de tiempo, etc.- y por todo un trabajo específico de sostenimiento de las relaciones. Entre las de inversión económica, en el caso especial de las *estrategias matrimoniales* debe asegurarse la reproducción biológica del grupo sin amenazar su reproducción social mediante casamientos desiguales, y ocuparse del mantenimiento del capital social, mediante la alianza con un grupo al menos equivalente bajo todos los aspectos socialmente pertinentes.

Las *estrategias de inversión simbólica* son todas las acciones que apuntan a conservar y a aumentar el capital de reconocimiento (en los diferentes sentidos), propiciando la reproducción de los esquemas de percepción *y* de apreciación más favorables a sus propiedades y produciendo las acciones susceptibles de apreciación positiva según esas categorías (por ejemplo, mostrar la fuerza para no tener que valerse de ella) . Las *estrategias de sociodicea,* que son un caso especial dentro de este tipo, apuntan a legitimar la dominación y su fundamento (es decir, la especie de capital sobre la cual reposa) , naturalizándolos.

Las estrategias de reproducción tienen por principio, no una intención consciente y racional, sino las disposiciones del habitus que espontáneamente tiende a reproducir las condiciones de su propia producción. Ya que dependen de las condiciones sociales cuyo producto es el habitus -es decir, en las sociedades diferenciadas, del volumen y de la estructura del capital poseído por la familia *(y* de su evolución en el tiempo) -, tienden a perpetuar su identidad, que es diferencia, manteniendo brechas, distancias, relaciones de orden; así, contribuyen en la práctica a la reproducción del sistema completo de diferencias constitutivas del orden social." Las estrategias de reproducción engendradas por las disposiciones

6 En efecto, el habitus tiende a perpetuarse según su determinación interna,

a la reproducción inherentes al habitus pueden ir a la par de estrategias conscientes, individuales y a veces colectivas, que, casi siempre inspiradas por la crisis del modo de reproducción consolidado, no necesariamente contribuyen a la realización de los fines a los cuales tienden.

Las estrategias de reproducción constituyen un *sistema* y, por ello, se ubican en el origen de los reemplazos funcionales y efectos compensatorios ligados a la unidad de función: por ejemplo, las estrategias matrimoniales pueden suplir las fallas de las estrategias de fecundidad. Visto que se aplican en diferentes puntos del ciclo de vida y que este constituye un proceso irreversible, las diferentes estrategias de reproducción están también *cronológicamente articuladas, y* cada una de ellas debe en cada momento tener en cuenta los resultados alcanzados por aquella que la ha precedido o que tiene un alcance temporal más breve: así, por ejemplo, en la tradición bearnesa, las estrategias matrimoniales dependían muy directamente de las estrategias de fecundidad de la familia, por intermedio de la cantidad y del sexo de los hijos, potenciales pretendientes de una "dote" o de una compensación; pero también de las estrategias educativas, cuyo éxito era la condición para implementar las estrategias tendientes a apartar de la herencia a las hijas y a los hijos más jóvenes (a unas mediante el matrimonio apropiado y a los otros mediante el celibato o la emigración); y, por último, dependían de las estrategias estrictamente económicas tendientes, entre otras cosas, a preservar o aumentar el patrimonio. Esta interdependencia se extendía durante varias generaciones, de modo que durante mucho tiempo una familia podía estar constreñida a imponerse duros sacrificios para compensar las "salidas" que habían sido necesarias para "dotar" en tierras o en dinero a una familia demasiado numerosa o para restablecer la posición material -y sobre todo simbólica- del grupo después de un casamiento desigual.[7] Esos mismos análisis se aplican a las grandes familias aristocráticas y a las familias reales, cuyas estrategias domésticas se vuelven asuntos de Estado (guerras de sucesión, etcétera).[8]

afirmando su autonomía con respecto a la situación (en lugar de someterse a la determinación directa del entorno, como la materia).

7 Cf. de P. Bourdieu los ya citados "Célibat..." y "Les stratégies...".

8 Para otros ejemplos, cf. la bibliografía de Marie-Christine Zalem, *Etudes Rurales,* n° 110-112, 1988, pp. 325-357, y también Kojima Hiroshi, "A Demographic Evaluation of P. Bourdieu's `Fertility Strategy'", *The Journal of Population Problems,* 45 (4), 1990, pp. 52-58.

Una historia comparada de los sistemas de estrategias de reproducción social debe tomar en cuenta, por una parte, la composición del patrimonio que se ha de transmitir, es decir, *el peso relativo de las diferentes formas de capital, y,* por otra parte, el estado de los mecanismos de reproducción (mercado, especialmente mercado del trabajo; derecho, especialmente derecho sucesorio o de propiedad; institución escolar y título escolar, etcétera) . Por ejemplo, el peso determinante que posee el capital simbólico en el patrimonio de los campesinos kabilas (a causa de la tradición de indivisión de la tierra y del sitio conspicuo otorgado a los valores de honor, y por ende a la reputación del grupo) hace de esta sociedad una suerte de laboratorio que permite estudiar las estrategias de acumulación, reproducción y transmisión del capital simbólico: las estrategias que he analizado en torno a la transmisión de los nombres de los antepasados prestigiosos, o la importancia, a primera vista desmesurada, que se otorga a los juegos de honor se explican, sin duda, por el hecho de que la acumulación de capital simbólico, forma extremadamente frágil y lábil de capital, representa la forma principal de acumulación." Estas estrategias reaparecen entre los campesinos bearneses, preocupados por conservar, aumentar y transmitir el nombre y renombre de la *maison* ["casa", "familia"], pero se ven complicadas por el hecho de que la tierra poseída fija un límite a las estrategias, y en particular al nivel de exageración que autoriza la lógica de los juegos simbólicos.'' Otras constricciones -especialmente jurídicas, pero también políticas- concurren a dar su fisonomía particular a las estrategias de las familias reales o aristocráticas, aunque la familiaridad con las estrategias de las "casas" campesinas permite comprender de inmediato el principio que las guía."

Sin embargo, las diferentes estrategias de reproducción no pueden definirse acabadamente si no es en relación con mecanismos de reproducción, institucionalizados o no. El sistema de estrategias de reproducción de una unidad doméstica depende de los beneficios diferenciales que puede esperar de las diferentes inversiones en función de los poderes efectivos sobre los diferentes mecanismos institucionalizados (mercado económico, mercado escolar, mercado matrimonial) que le aseguran el volumen *y* la estructura de su capital. Especialmente debido a la estruc-

4..

9 Cf. P. Bourdieu, *Esquisse...,* ob. cit.

10 Cf. P. Bourdieu, "Célibat...", ob. cit., *y Le Sens pratique,* París, Minuit, 1980 *[El sentido práctico,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2008] .

11 Cf. P. Bourdieu, "Esprits d'État", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales,* n° 96-97, 1993, pp. 49-52.

tura de las posibilidades diferenciales de beneficio que objetivamente ofrecen a sus inversiones los diferentes mercados sociales, se imponen sistemas de preferencias (o de intereses) diferentes y *propensiones* totalmente distintas *a invertir en los diferentes instrumentos de reproducción.* Por ejemplo, tanto en Francia como en Inglaterra, el largo período de transición del Estado dinástico al Estado burocrático está marcado en su totalidad por la lucha entre quienes no desean conocer ni reconocer otra cosa que las estrategias de reproducción de base familiar (los hermanos del rey) , fundadas sobre los lazos de sangre, y quienes invocan las estrategias de reproducción burocráticas (los ministros del rey), fundadas sobre la transmisión escolar del capital cultural. En nuestras sociedades, donde se encuentran disponibles diferentes instrumentos de reproducción, la estructura de distribución de poderes sobre los instrumentos de reproducción es el factor que determina el rendimiento diferencial que estos últimos están en condiciones de ofrecer a las inversiones de los diferentes agentes y, por ello, de la reproductibilidad de su patrimonio y de su posición social. Y, por lo tanto, también de la estructura de sus propensiones diferenciales a invertir en los diferentes mercados. Se ha demostrado, por ejemplo, que el sistema escolar sólo puede contribuir a la reproducción de la estructura social -y, más precisamente, de la estructura de distribución del capital cultural- destinando a los niños a una eliminación tanto más probable cuanto provengan de familias más desprovistas de capital cultural, en la medida en que esos niños *(y* sus familias) tengan mayores posibilidades de presentar disposiciones que los vuelvan proclives a la autoeliminación (como la indiferencia o la resistencia contra las instigaciones escolares) si están situados en una posición más desfavorecida en la estructura de distribución del capital cultural.'

De igual modo, actualmente se advierte -en el seno del campo del poder e incluso en el seno del campo del poder económico- la oposición de agentes que, en función de la estructura del capital que poseen -más bien económico o más bien cultural- se orientan hacia estrategias de reproducción fundadas sobre la *inversión en la economía o* sobre la

12 Esto también lleva a abolir la distinción corriente entre métodos cuantitativos y métodos cualitativos: a decir verdad, dichos mecanismos son demostrables sólo a condición de efectuar simultáneamente el análisis que puede denominarse cualitativo de las disposiciones -por ejemplo, los esquemas de percepción y de evaluación que los agentes individuales ponen en práctica en su elección de una disciplina- y el análisis estadístico de las estructuras, por ejemplo, las distribuciones entre las diferentes disciplinas según sexo y origen social.

inversión *en la escuela:* así, por un lado, entre los `jefes de familia", se da la transmisión -enteramente controlada por la familia- de un derecho de propiedad hereditario y, por el otro, la transmisión -más o menos asegurada y controlada por el Estado- de un poder vitalicio, fundado sobre el título escolar que, a diferencia del título de propiedad o del título de nobleza, no es transmisible por herencia. En términos más generales, la propensión a invertir en el sistema escolar depende del peso relativo del capital cultural en la estructura del patrimonio: a diferencia de los empleados o de los maestros de escuela que concentran sus inversiones en el mercado escolar, los jefes de familia, cuyo éxito social no depende en el mismo grado del éxito escolar, invierten menos "interés" y trabajo en sus estudios, y no obtienen el mismo rendimiento de su capital cultural.

Las transformaciones de la relación entre el patrimonio considerado en su volumen y en su estructura y el sistema de los instrumentos de reproducción, con la correlativa transformación de las posibilidades de beneficio, tienden a ocasionar una *reestructuración* del sistema de estrategias de reproducción: los poseedores de capital no pueden mantener su posición en la estructura social sino al precio de una *reconversión* de las formas de capital que ellos poseen en otras formas, más rentables y más legítimas dado el estado de los instrumentos de reproducción considerado; por ejemplo, el principio de la reconversión, en la Alemania del siglo XIX, que efectuó el tránsito de una aristocracia terrateniente hacia una burocracia de Estado.

En universos sociales donde los que dominan deben constantemente cambiar para que nada cambie, ellos tienden necesariamente a dividirse -sobre todo en los períodos de transformación rápida de los modos de reproducción- según el grado de reconversión de sus estrategias de reproducción: los agentes o los grupos mejor provistos de los tipos de capital que permiten valerse de los nuevos instrumentos de reproducción, y, por lo tanto, los más proclives y más aptos para emprender una reconversión, se oponen a los más ligados al tipo de capital amenazado (por ejemplo, en vísperas de la Revolución de 1789, los pequeños aristócratas de provincia se oponen a la nobleza y a la burguesía de toga o, en 1968, los profesores de las disciplinas más directamente subordinadas a los concursos de reclutamiento de los profesores -gramática, lenguas clásicas o incluso filosofía- se oponen a los profesores de las disciplinas nuevas, como las ciencias sociales) . Muchas de las grandes oposiciones que están en el centro de los debates ideológicos de una época (por ejemplo, en la actualidad, las discusiones sobre la "cultura") no son más que el

enfrentamiento entre diferentes formas de la sociodicea conservadora: aquellas que apuntan sobre todo a legitimar el modo de reproducción antiguo, explicitando lo que hasta ese momento ni siquiera hacía falta explicitar y transformando la doxa en ortodoxia, en oposición a aquellas que apuntan a racionalizar -en el doble sentido- la reconversión, apresurando la toma de conciencia de las transformaciones y la elaboración de las estrategias adaptadas (y legitimando esas estrategias frente a los "integristas") .

Así, la mayor virtud de la construcción del concepto de modo de reproducción como relación entre un sistema de estrategias de reproducción y un sistema de mecanismos de reproducción es que permite construir y comprender *de modo unitario* fenómenos que pertenecen a universos sociales muy alejados, corno la transmisión de los nombres en la Kabila y en la Italia del Renacimiento" o la política de las grandes dinastías reales y la política doméstica de las familias campesinas (al tiempo que hace que desaparezca la ruinosa oposición entre sociología, historia y etnología) . Sin embargo, ello no debe hacer olvidar (por esta suerte de "etnologismo" que ha afectado a la última Escuela de los Anales) , las muy profundas *diferencias* entre las sociedades donde las disposiciones a la reproducción y las estrategias de reproducción que estas engendran no encuentran otro sustento, en la objetividad de las estructuras sociales, que las estructuras familiares, principal -si no exclusivo- instrumento de reproducción, y por tanto deben organizarse en torno a las estrategias educativas y matrimoniales, y las sociedades que pueden sustentarse en las estructuras del mundo económico y a la vez en las estructuras de un Estado organizado: entre ellas, las más importantes, desde el punto de vista de la reproducción, son las estructuras de la institución escolar.

Las sociedades precapitalistas o protocapitalistas se diferencian de las sociedades capitalistas en el hecho de que allí el capital está mucho menos objetivado (y codificado) que en las últimas y mucho menos inscripto en instituciones capaces de asegurar su propia perpetuación y contribuir mediante su funcionamiento a la reproducción de las relaciones de orden que son constitutivas del orden social. De ello se deriva que, en esas sociedades, el problema de la perpetuación de las relaciones sociales, y

13 Cf. P. Bourdieu, *Esquisse...,* ob. cit., pp. 82-83, 133-137, *y* Christiane Klapish-Zuber, *La Maison et le Nom,* ob. cit.

muy especialmente de las relaciones sociales de dominación, se plantea de manera especialmente dramática: ¿cómo es posible retener a alguien de manera duradera? ¿Cómo pueden instaurarse relaciones de trabajo, de intercambio, etc., y muy particularmente relaciones asimétricas de dominación que sean capaces de perpetuarse en el tiempo, incluso más allá de los límites de la vida de los involucrados en ellas?" Al respecto, cabe citar a Marx, quien opone las sociedades en que las relaciones de producción adoptan la forma de "relaciones de dependencia personal" y las sociedades en que aquellas descansan sobre "la independencia de las personas fundada en la dependencia material".' De hecho, mientras no existan estructuras objetivas tales como el mercado de trabajo (y el "trabajador libre" en el sentido de Weber) y el conjunto de las instituciones estatales -entre las cuales la más importante, desde este punto de vista, es la institución escolar-, los dominantes deben dedicarse a un trabajo de continua creación de las relaciones sociales, reducidas a relaciones personales. Ello se ve muy bien en el caso de las relaciones entre el *fellah* [pequeño propietario agrícola] y su *jammés,* aparcero al quinto: el patrón debe sostener constantemente la relación, mediante una serie de intercambios que apunta a identificarla con una relación entre parientes (puede llegar a dar una de sus hijas a un hijo del *jammés).* En ausencia de lo que Sartre llamaba "violencia inerte" de los mecanismos económicos y sociales tales como los del mercado de trabajo y de la violencia legítima de las reglas de derecho, está obligado a recurrir a estas formas suaves o eufemizadas de la constricción que definen la *violencia simbólica,* especialmente con todos los recursos del paternalismo (y que pueden asociarse a la violencia física más brutalmente ejercida, como en el caso de la venganza).'"

14 ¿Cómo, cuando no hay recurso posible a la justicia y a la policía, puede coaccionarse a un deudor? Según observa Renou, muy a menudo no hay otro recurso que la magia, o, más precisamente, la maldición mágica (arma de los débiles, frecuentemente de las mujeres) .

15 K. Marx, *Principes d'une critique de l économie politique,* en *Ouvres,* t. I, París, Gallimard-Pléiade, p. 210 *[Elementos fundamentales para la crítica de la economía política,* Buenos Aires, Siglo XXI] .

16 Notamos la simplificación que Norbert Elias impone sobre la realidad histórica cuando reduce a un modelo lineal de progresiva disminución la histo ria de la evolución de la violencia: si es que los grandes modelos de evolución tienen un interés y un sentido, sería necesario al menos tomar nota de que en muchas sociedades arcaicas la violencia física más brutal (especialmente en las relaciones con el *out group)* coincide con formas altamente eufemizadas y estilizadas de violencia simbólica (por ejemplo, con el intercambio de dones), que esas

Así, las sociedades precapitalistas y protocapitalistas no ofrecen las condiciones para una dominación impersonal y, menos aún, para una reproducción impersonal de las relaciones de dominación. No disponen de la violencia oculta de los mecanismos que basta con librar a un *laissez faire,* como el mercado de trabajo o el mercado escolar. De ello resulta que la perpetuación de las relaciones sociales descansa casi exclusivamente sobre el habitus, es decir, sobre las disposiciones socialmente instituidas mediante estrategias metódicas de inversión educativa, que inclinan a los agentes a producir el trabajo continuo de sostenimiento de las relaciones sociales (especialmente con el trabajo simbólico de construcción y de reconstrucción genealógica) , y por consiguiente del capital social, y también del capital simbólico de reconocimiento que procuran los intercambios regulados, en particular los intercambios matrimoniales. Y si las estrategias matrimoniales ocupan un lugar tan importante en el sistema de las estrategias de reproducción, se debe a que, sin estar necesariamente codificado de manera tan perfectamente rigurosa como lo hacen creer ciertas teorías del parentesco, el vínculo matrimonial se muestra como uno de los instrumentos más seguros propuestos, en la mayor parte de las sociedades (e incluso en las sociedades contemporáneas), para asegurar la reproducción del capital social y del capital simbólico, salvaguardando a la vez el capital económico.

En sociedades en las cuales los agentes están cada vez más durablemente sujetados (especialmente en posición dominada) por efecto de mecanismos generales tales como los que rigen el mundo económico y el mundo cultural (y en las cuales uno puede decir que, grosso modo, el capital va al capital), el peso de las estrategias matrimoniales tiende globalmente a disminuir, aunque siga siendo importante cuando la familia posee el control total de una empresa agrícola, industrial o comercial (en ese caso, las estrategias de la familia que busca asegurar su propia reproducción -estrategias de fecundidad, estrategias educativas, estrategias sucesorias y, sobre todo, estrategias matrimoniales- tienden a subordinarse a las estrategias estrictamente económicas) .

formas refinadas (cuya supervivencia es sin duda el paternalismo) han decaído a medida que se instauraba la violencia inerte de los mecanismos del mercado de trabajo y, por último, que en las sociedades económicamente avanzadas la violencia inerte encuentra un correctivo en la violencia suave del *management* ilustrado, toda vez que el estado de la relación de fuerzas lo impone.

A medida que un campo económico provisto de sus propias leyes de desarrollo se constituye, y a medida que se instauran mecanismos que aseguran la reproducción durable de su estructura, cuya constancia contribuye a garantizar el Estado (como los ligados a la existencia de la moneda, fundamentos de la confianza indispensable para posibilitar las inversiones transgeneracionales), el poder directo y personal sobre personas tiende a ceder cada vez más lugar al poder sobre mecanismos que asegura el capital económico o el capital cultural (el título escolar) .

El surgimiento del Estado, que organiza la concentración y la redistribución de las diferentes formas de capital (económico, cultural y simbólico) , acarrea una transformación de las estrategias de reproducción. Puede verse un ejemplo, para el capital simbólico, en el pasaje del honor feudal, fundado sobre el reconocimiento acordado por los pares y poi los plebeyos, que debe conquistarse y mantenerse sin cesar, a los honores burocráticamente conferidos por el Estado. Un proceso análogo se observa en el dominio del capital cultural. La historia de las sociedades europeas está muy profundamente marcada por el paulatino desarrollo, en el seno del campo del poder, de un *modo de reproducción con componente escolar,* cuyos efectos se ven, en primer lugar, en el propio campo del poder, con el pasaje de la lógica dinástica de la "casa real", fundada sobre un modo de reproducción familiar, a la lógica burocrática de la razón de Estado, fundada sobre un modo de reproducción escolar. Uno de los factores de esta evolución es el conjunto de contradicciones y de conflictos nacidos de la coexistencia, en el seno del Estado dinástico, *de dos categorías de agentes,* el rey y su familia por una parte, los funcionarios del rey, por otra parte; es decir, de dos modos de reproducción y de dos poderes, un poder heredado y hereditariamente transmisible por la sangre, y consiguientemente fundado sobre la naturaleza (con el título nobiliario) , y un poder adquirido y vitalicio, fundado sobre el "don" y el mérito y garantizado por el derecho (con el título escolar) . El proceso de desfeudalización que lleva del Estado dinástico al Estado burocrático puede describirse como un proceso de desnaturalización, una paulatina ruptura de los lazos naturales, de las lealtades primarias de base familiar. El Estado moderno es, en primer lugar, *antiphysis,* y la lealtad hacia el Estado supone una ruptura con todas las fidelidades originarias.

El Estado surgido de semejante proceso de erradicación de todo vestigio de lazos naturales -que pese a todo sobreviven en el nepotismo y el favoritismo- favorece y garantiza que en el seno del campo del poder de Estado, pero también en el seno del campo del poder económico, funcione el modo de reproducción escolar, cuya *lógica específica* puede

aprehenderse *si se la compara* con el modo de reproducción familiar que se perpetúa pese a todo (en una oposición que evoca aquella que se establecía entre la casa real y los funcionarios reales) .

En las grandes firmas burocráticas, el diploma deja de ser mero atributo estatutario (como el diploma de derecho de un patrón privado) para volverse un verdadero derecho de acceso: la *escuela* (bajo la forma de la *grande école)* * *y el corps* ["cuerpo institucional" o "cuerpo de Estado"], grupo social que la escuela produce en apariencia *ex nihilo* (pero, de hecho, a partir de propiedades ligadas a la familia) , toman el lugar de la familia y del parentesco, pues la cooptación de condiscípulos sobre la base de las solidaridades de escuela o de *cuerpo* cumple el rol del nepotismo y de las solidaridades de clan en las empresas familiares.

Toda estrategia de reproducción implica una forma de *numerus clausus* en la medida en que cumple funciones de inclusión y de exclusión, limitando ya sea el número de productos biológicos del cuerpo (pero sólo la familia puede hacerlo), ya el número de individuos habilitados para formar parte de él (y esto puede traer aparejada la exclusión de parte de los productos biológicos del cuerpo: mujeres, hijos más jóvenes, etcétera) . Lo más importante es que, en el modo de reproducción "familiar", la responsabilidad de estos ajustes incumbía a la familia. En el modo de reproducción con componente escolar, al cual los grandes señores tecnocráticos deben su posición, la familia pierde el dominio de las decisiones sucesorias y el poder de designar por sí misma a los herederos. Lo que caracteriza al modo de reproducción escolar es la lógica estrictamente *estadística* de su funcionamiento. La responsabilidad de la transmisión no incumbe más a una persona o a un grupo, coaccionados u orientados por la tradición (derecho de primogenitura, etc.) , como en la transmisión familiar, sino a todo un conjunto de agentes individuales o colectivos cuyas acciones aisladas y estadísticamente agregadas tienden a asegurar a la clase en su conjunto privilegios que niega a algunos de sus elementos tomados por separado: la escuela no puede contribuir a la reproducción de la clase (en el sentido lógico del término) sino sacrificando a ciertos miembros de la clase que escatimaría un modo de reproducción, dejando a la familia pleno poder sobre la transmisión. La *contradicción específica* del modo de reproducción escolar reside en la

* *Grande école* (gran escuela) designa en Francia a una serie de establecimientos públicos de educación superior. Son escuelas de elite, con estrictos concursos de ingreso, de donde egresan los altos funcionarios del Estado francés. [N. de T.]

oposición entre los intereses de la clase que la escuela protege estadísticamente y los intereses de los miembros que ella sacrifica. Y también en el hecho de que la superproducción, con todas las contradicciones que implica, se vuelve una constante estructural cuando, junto con el modo de reproducción con componente escolar, se ofrecen posibilidades teóricamente iguales de obtener títulos escolares a todos los "herederos", tanto muchachas como muchachos, tanto primogénitos como hermanos menores, a la vez que el acceso de los "no herederos" a esos títulos se incrementa también (en cifras absolutas) y que la eliminación brutal, desde el ingreso a la enseñanza secundaria, cede lugar a una eliminación calma, suave y discreta. Sin duda, la crisis de 1968 es en parte efecto de esta contradicción.

Con todo, hay que tener cuidado de no reducir la oposición entre los dos modos de reproducción a la oposición entre el recurso a la familia y el recurso a la escuela. De hecho, se trata más bien de la diferencia entre una administración puramente familiar de los problemas de reproducción y una administración familiar que hace entrar en las estrategias de reproducción cierto uso de la escuela. En efecto, además de que la acción de reproducción que ejerce la escuela se apoya sobre la transmisión doméstica del capital cultural, la familia continúa aplicando la lógica (relativamente autónoma) de su propia economía, que le permite acumular el capital poseído por cada uno de sus miembros al servicio de la acumulación y de la transmisión del patrimonio.

Otro error posible consiste en concluir, según un esquema evolucionista simple, que los dos modos de reproducción corresponden a dos momentos de una evolución inseparable de aquella que, según ciertos autores, determina el tránsito desde un modo de dominación fundado sobre la propiedad y los *owners* hacia otro, más racional y más democrático, fundado sobre la "competencia" y los *managers.* De hecho, la definición del modo de reproducción legítimo es *objeto de luchas,* especialmente en el seno del campo del poder económico, y es necesario tomar precauciones para no entender como el fin de la historia lo que no es sino un estado de una relación de fuerzas susceptible de ser subvertido. Esas luchas suelen tomar la forma de una lucha por el *poder sobre el Estado* y sobre el poder que este último está en condiciones de ejercer sobre el sistema de instrumentos de reproducción, en especial económicos o escolares.

Habría que analizar largamente los efectos de la transformación del modo de reproducción sobre el funcionamiento de la familia como instancia responsable de la reproducción y, a la inversa, los efectos de las

transformaciones de la familia (por ejemplo, con el aumento en la tasa de divorcio) sobre el funcionamiento del modo de reproducción con componente escolar. ¿La crisis de la familia está ligada a transformaciones de las estrategias de reproducción tendientes a reducir la necesidad de la unidad doméstica? Sin embargo, una gran cantidad de indicios induce a creer que la familia burguesa sigue cultivando su integración social, que es la condición primordial de su aporte a la perpetuación de su capital social y de su capital simbólico y, por ello, de su capital económico. Todavía se está lejos del agente económico aislado, tal como lo describen los economistas.

Todo ello conduce a preguntarse quién es, en definitiva, el "sujeto" de las estrategias de reproducción. Es cierto que la familia y las estrategias de reproducción son socias en este juego: sin familia, no habría estrategias de reproducción; sin estrategias de reproducción, no habría familia (o *corps* y *Stand* como cuasi familia) . Para que las estrategias de reproducción sean posibles es necesario que la familia exista, lo cual no va de suyo; además de que esas estrategias constituyen un requisito para la perpetuación de la familia, esa creación continua. La familia, en la forma peculiar que reviste en cada sociedad, es una *ficción social* (a menudo convertida en ficción jurídica) que se instituye en la realidad a expensas de un trabajo que apunta a instituir duraderamente en cada uno de los miembros de la unidad instituida (especialmente por el casamiento, como rito de institución) sentimientos adecuados para asegurar la integración de esta unidad y la *creencia* en el valor de esta unidad y de su integración. Puede verse que las estrategias educativas tienen una función absolutamente fundamental; como todo el *trabajo simbólico,* teórico (genealógico especialmente) y práctico (intercambio de dones, de servicios, fiestas y ceremonias, etc.) , que incumbe preeminentemente a las mujeres y que transforma en disposición amante la obligación de amar, y que tiende a dotar de un "espíritu de familia" a cada uno de sus miembros: ese principio cognitivo de visión y de división es simultáneamente un principio práctico de cohesión, generador de dedicaciones, generosidades, solidaridades, y de una adhesión vital a la existencia de un grupo familiar y de sus intereses.

Este trabajo de integración es tanto más indispensable cuanto que la familia (si bien debe funcionar como un *cuerpo* para cumplir con los cánones) tiende siempre a funcionar como un *campo,* con sus relaciones de fuerza físicas, económicas y, sobre todo, simbólicas (v. g.: ligadas al volumen y a la estructura del capital poseído por los diferentes

miembros) y sus luchas por la conservación o la transformación de esas relaciones de fuerzas. Tan sólo a expensas de un trabajo constante las fuerzas de *fusión* (ante todo, afectivas) llegan a contrarrestar o a compensar las fuerzas de *fisión.*

La unidad de la familia está conformada para y por la acumulación y la transmisión. El "sujeto" de la mayor parte de las estrategias de reproducción es la familia, que actúa como una suerte de sujeto colectivo y no como simple conjunto de individuos. Para comprender las estrategias colectivas de las familias (en el caso del casamiento kabila, por ejemplo, o en el caso de la compra de una casa en la Francia actual), es necesario conocer, en primer lugar, la estructura y la historia de la relación de fuerzas entre los diferentes agentes y sus estrategias. Pero es necesario también conocer el volumen y la estructura del capital que ellas tienen para transmitir, y por tanto la posición de cada una en la estructura de distribución de las diferentes formas de capital. En efecto, esta posición rige las estrategias (y es el verdadero sujeto); así se explica que, según su propio *conatus,* cada una de las familias contribuya a reproducir el espacio de las posiciones constitutivas de un orden social y, con ello, a realizar el *conatus* inscripto en ese orden.'[7]

Se percibe con mayor claridad la cuestión planteada al comienzo, acerca de las condiciones de la permanencia del orden social. El mundo social no es ese universo radicalmente discontinuo que presentaba Hobbes, de acuerdo con Durkheim ("Para Hobbes, un acto de voluntad hace nacer el orden social y un acto de voluntad perpetuamente renovado es su sustento"), y que proponen hoy todos aquellos a quienes la preocupación por devolver al "sujeto" su lugar los hace reducir las relaciones sociales, incluidas las relaciones de dominación, a los actos (de sumisión, especialmente) que en cada momento realizan los agentes. Como el universo físico según Leibniz, tiene en sí mismo el principio de su dinamismo y de su lógica. Esta *vis insita,* que es también una *lex insita,* está inscripta simultáneamente en las estructuras objetivas (y los mecanismos que aseguran su reproducción corno aquellos que lo

17 En el caso de las sociedades estatales, es necesario también conocer la historia del trabajo de institucionalización cuyo resultado es la familia tal como la conocemos. Esto tan privado es, de hecho, un asunto público, en la medida en que depende de acciones públicas tales como la política de vivienda o, más directamente, la política de familia y el derecho familiar; garantizada por el Estado, ratificada por el Estado, recibe del Estado los medios para existir y para subsistir.

hacen con la distribución del capital cultural) y en las estructuras del habitus o, más precisamente, en la relación entre unas y otras; está en las probabilidades objetivas inscriptas en las tendencias inmanentes a los diversos campos sociales (como tendencias a producir frecuencias estables y regularidades, a menudo reforzadas por reglas explícitas) y en las esperanzas subjetivas, groseramente ajustadas a esas tendencias, que están inscriptas en las inclinaciones del habitus.

2. Los modos de dominación

En las sociedades desprovistas de "mercado autorregulado" (*self-regulating market,* en el sentido de Karl Polanyi) , de sistema educativo, de aparato jurídico y de Estado, las relaciones de dominación sólo pueden instaurarse y perdurar a expensas de estrategias indefinidamente renovadas, ya que no se presentan todas las condiciones para una apropiación mediata y durable del trabajo, de los servicios, de las ofrendas de los otros agentes. Por el contrario, la dominación ya no necesita ejercerse de manera directa y personal cuando posee los medios (capital económico y cultural) para apropiarse de los mecanismos del campo de producción económica y del campo de producción cultural que tienden a asegurar su propia reproducción por obra de su funcionamiento mismo, e independientemente de toda intervención intencional de los agentes. Así, en el grado de objetivación del capital social acumulado reside el fundamento de todas las diferencias pertinentes entre los modos de dominación: muy sucintamente, eso equivale a afirmar que entre los universos sociales donde las relaciones de dominación se forjan, se deshacen y se rehacen en y por la interacción entre las personas, y las formaciones sociales donde, mediatizadas por mecanismos objetivos e institucionalizados tales como los que producen y garantizan la distribución de los títulos —nobiliarios, monetarios o escolares—, dichas relaciones tienen la opacidad y la permanencia de las cosas y escapan a las tomas de conciencia y del poder individuales. La objetivación garantiza la permanencia y la posibilidad de acumular lo adquirido, logros tanto materiales como simbólicos, que pueden subsistir así en las instituciones sin que los agentes tengan que recrearlos continua e integralmente mediante una acción deliberada; con todo, visto que los beneficios de esas instituciones son objeto de una apropiación diferencial, esta asegura también, inescindiblemente, la reproducción de la estructura de distribución del capital que, bajo sus diferentes especies, es condición de esta apropiación, y al mismo tiempo la reproducción de la estructura de relaciones de dominación y de dependencia.

LOS EFECTOS DE LA OBJETIVACIÓN

Paradójicamente, la existencia de campos relativamente autónomos, que funcionan según mecanismos rigurosos y capaces de imponer su necesidad a los agentes, hace que los poseedores de los medios para dominar esos mecanismos y para apropiarse de los beneficios materiales y/o simbólicos producidos por su funcionamiento puedan *economizar* las estrategias orientadas *expresamente* (lo que no significa manifiestamente, sino todo lo contrario) y directamente (es decir, sin la mediación de los mecanismos) hacia la dominación de las personas. Se trata, cabalmente, de una economía, porque muy a menudo las estrategias que apuntan a instaurar o a preservar relaciones duraderas de dependencia de persona a persona son extremadamente costosas, en bienes materiales (como el potlatch o las acciones de beneficencia), en servicios o, sin más, en *tiempo:* ello hace que, por una paradoja constitutiva de ese modo de dominación, el medio devore el fin y que las acciones necesarias para asegurar la duración del poder contribuyan a su endeblez.[1]

El poder económico no reside en la riqueza sino en la relación entre la riqueza y un campo de relaciones económicas cuya constitución es inseparable del desarrollo de un *cuerpo de agentes* especializados, dotados de intereses específicos; en esta relación la riqueza se ve constituida en tanto capital, es decir, como instrumento de apropiación de la dotación institucional y de los mecanismos indispensables para el funcionamiento de ese campo y, a la vez, de los beneficios que procura. Así, Moses Finley demuestra muy bien que a la economía antigua le faltaban no los recursos sino los medios institucionales para "superar los límites de los recursos individuales" movilizando los capitales privados, es decir, toda la organización de la producción y del financiamiento de la producción, y especialmente los instrumentos de crédito.[2] Este análisis vale, a fortiori, para la antigua Kabila, que no disponía de los más rudimentarios instru-

1 Muchas veces se ha señalado que la lógica que hace de la redistribución de los bienes la condición de la perpetuación del poder tiende a frenar o a impedir la acumulación primitiva del capital económico y el desarrollo de la división en clases (Cf., por ejemplo, E. Wolf, *Sons of the ShakingEarth,* Chicago, Chicago University Press, 1959, p. 216).

2 M. I. Finley, "Technical Innovation and Economic Progress in the Ancient World", *The Economic History Review,* 18 (1), agosto de 1965, pp. 29-45, especialmente p. 37; cf. también M. I. Finley, "Land Debt, and the Man of Property in Classical Athens", *Political Science Quarterly,* 68, 1953, pp. 249-268.

mentos de una institución económica. De hecho, las tierras estaban casi por completo excluidas de la circulación, y ello sucedía aunque sirvieran de prenda y se viesen por ello expuestas a pasar de un grupo a otro. Los mercados aldeanos o tribales permanecían aislados y de ningún modo podían integrarse en un mecanismo único. La oposición que la moral tradicional encarnada por el *bu ninja* establecía entre la "malicia sacrílega", de rigor en las transacciones del mercado, y la buena fe, conveniente en los intercambios entre parientes y familiares; -y que se marcaba mediante la distinción espacial entre el lugar de residencia, la aldea, y el lugar de las transacciones, el mercado- no debe disimular la oposición entre el pequeño mercado local que, como decía Polanyi, permanece "inmerso en las relaciones sociales *(embedded in social relationships)* " y el mercado cuando ha llegado a ser "el modo de transacción dominante *(the dominant transactional mode)* ".'

El mercado no ha desterrado las estrategias de honor: si uno puede vanagloriarse de tal o cual astucia exitosa a expensas de un extranjero, también puede enorgullecerse de haber hecho una compra a un precio exorbitante, para mantener en alto su honor, y así "mostrar que podía hacerlo", o incluso de haber tenido éxito en concluir un negocio sin desembolsar ni un franco al contado, ya sea movilizando un cierto número de garantes o, mejor todavía, en nombre del *crédito* y del capital de *confianza* que aporta una reputación de honor tanto como de riqueza. Los hombres de quienes se dice que son "capaces de volver con todo el mercado, aunque hayan ido con los bolsillos vacíos" están predispuestos a cumplir el rol de garantes -ya sea del lado del vendedor que garantiza, ante ellos, la calidad de un animal; ya del comprador que, cuando no paga al contado, se

3 Cf. P. Bohannan, "Some Principles of Exchange and Investment Among the Tiv", *American Anthropologist, 57 (1) , 1955, pp. 60-70.*

4 K. Polanyi, *Primitive Archaic and Modern Economics,* ed. al cuidado de George Dalton, Nueva York, Doubleday, *1968, y The Great Transformation,* Nueva York, Rinehart, *1944.* Es bastante paradójico que, en su contribución a una obra colectiva editada por Karl Polanyi, Francisco Benet, demasiado atento a la oposición entre el mercado y la aldea, casi no mencione todo lo que hace que el *suq* local permanezca controlado por los valores de la economía de la buena fe. Cf. F. Benet, "Explosive Markets: the Berber Highlands", en K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. W. Pearson (eds.) , *Trade and Market in the Early Empires,* Nueva York, The Free Press, *1957.*

compromete a hacerse cargo de su deuda en tiempo y forma.' La confianza de la cual gozan, así como las relaciones que pueden movilizar, les permiten "ir al mercado cuando por toda moneda tienen su rostro, su nombre, su honor", es decir, las únicas cosas que pueden, en este universo, hacer las veces de moneda, e incluso "apostar (en el sentido de emprender) tengan o no tengan". Se toman en cuenta, al menos tanto como la riqueza y la solvencia, las cualidades *estrictamente ligadas a la persona:* de ellas se dice que "ni se las puede prestar ni se las puede tomar en préstamo". De hecho, incluso en el mercado, la información de unos acerca de los demás es lo suficientemente amplia para que el margen dejado a la superchería, a la estafa y sobre todo a los alardes, siga siendo bastante débil. Si por casualidad "el que no ha sido educado para el mercado" llega a "arriesgarse", es devuelto rápidamente a su sitio. "El mercado -se dice- juzgará": el mercado designa no las leyes del mercado que, en un universo completamente distinto, sancionan a las empresas imprudentes, sino el juicio colectivo que se forma y se expresa en el mercado. Se es "hombre de mercado" *(aigaz nasuq)* o no se lo es, juicio total sobre el *hombre total* que, como este tipo de juicios en cualquier sociedad, involucra los valores últimos, depositados en las taxonomías míticas. A quien pretende sobrepasar los límites de su "naturaleza" de "hombre de su casa" *(argaz ujamis)*, se le espeta: "Ya que no eres más que un hombre del rincón del fuego, permanece como un hombre del rincón del fuego" *(thakwath,* el pequeño nicho cavado en el muro de la casa que sirve para ocultar los objetos menudos típicamente femeninos, que no deben mostrarse a la vista de todos: cucharas, retazos de tela, instrumentos para tejer, etcétera) .

La dualidad de la aldea y del mercado es, sin duda, una manera de mantener por fuera del universo de las relaciones de reciprocidad las disposiciones calculadoras que los intercambios impersonales del mercado corren el riesgo de introducir. De hecho, el *suq,* se trate del pequeño mercado tribal o de los grandes mercados regionales, representa un modo de transacción intermedia entre dos extremos, nunca realizados

5 El charlatán no puede encontrar a alguien que responda por él (ni por la mercadería que ofrece), tampoco puede exigir garantías al comprador.

por entero: de un lado, los intercambios del universo familiar, fundados sobre la *confianza* y la *buena fe,* autorizados por el hecho de que se dispone de una información casi completa sobre los productos intercambiados y sobre las estrategias del vendedor, y porque la relación entre los responsables del intercambio preexiste y debe sobrevivir al intercambio; por el otro, las estrategias racionales del *self-regulating market* que posibilitan la estandarización de los productos y la necesidad casi mecánica de los procesos. El *suqya* no presenta toda la información tradicional, ni ofrece todavía las condiciones de información racional: por esta razón, todas las estrategias de los campesinos apuntan a limitar la inseguridad correlativa de la imprevisibilidad, transformando las relaciones impersonales -sin pasado ni futuro- de la transacción comercial en relaciones duraderas de reciprocidad mediante el recurso a garantes, testigos y mediadores, que permiten instaurar o restaurar entre los contratantes el equivalente funcional de una red tradicional de relaciones.

Así como la riqueza económica no puede funcionar como capital sino en relación con un aparato económico, la competencia cultural bajo todas sus formas sólo está constituida como capital cultural en las relaciones objetivas que se establecen entre el sistema de producción económica y el sistema de producción de los productores (a su vez constituido por la relación entre el sistema escolar y la familia) . Las sociedades desprovistas de escritura -que permite conservar y acumular bajo una forma objetivada los recursos culturales heredados del pasado- y de un sistema de enseñanza -que dota a los agentes de las aptitudes y de las disposiciones indispensables para reapropiárselos simbólicamente- no pueden conservar sus recursos culturales sino en *estado incorporado:*[6] por consiguiente, no pueden asegurar la perpetuación de recursos culturales destinados a desaparecer al mismo tiempo que los agentes que los portan, sino al precio

6 La creencia, observada a menudo en las religiones iniciáticas, de que el saber puede transmitirse por diferentes formas de contacto mágico -entre las cuales la más típica es el beso- representa un esfuerzo por trascender los límites de ese modo de conservación: "Cualquier cosa que aprenda, el especialista lo aprende de otro *dukun* que es su *guru* (maestro); y él llama su *ilmu* (ciencia) a cualquier cosa que aprenda. Por *ilmu* suele entenderse una suerte de conocimiento abstracto y de aptitud excepcional, pero los espíritus `concretos' y un poco `pasados de moda' a veces ven en ello una suerte de poder mágico totalmente real que en ese caso puede ser objeto de una transmisión más directa que la enseñanza." (C. Geertz, *The Religion of Java,* Nueva York, The Free Press of Glencoe / Londres, Collier - MacMillan, 1960, p. 88.)

de un trabajo de inculcación que, como demuestra el caso de los bardos, puede ser tan prolongado como el tiempo de utilización. Se han descrito abundantemente las transformaciones que posibilitan la aparición de un instrumento de comunicación cultural tal como la escritura:' desligando de la persona los recursos culturales, la escritura permite superar los límites antropológicos -en especial los de la memoria individual- y libera de las constricciones que implican medios mnemotécnicos tales como la poesía, la técnica de conservación por excelencia de las sociedades desprovistas de escritura; permite la acumulación de la cultura hasta entonces conservada en estado incorporado y, correlativamente, *la acumulación primitiva del capital cultural* como monopolización total o parcial de los recursos simbólicos de la sociedad, religión, filosofía, arte, ciencia, por intermedio de la monopolización de los instrumentos de apropiación de esos recursos (escritura, lectura y otras técnicas de desciframiento) en lo sucesivo conservados en textos y ya no más en las memorias.

Sin embargo, los efectos de objetivación posibilitados por la escritura nada son al lado de los que produce el sistema de enseñanza. Sin entrar aquí en un análisis profundo, nos contentaremos con recordar que los

7 Cf. en especial J. Goody y I. Watt, "The Consequences of Literacy", *Comparative Studies in Society and History,* V, 1962-1963, pp. 304 ss. y J. Goody (ed.) , *Literacy in Traditional Societies,* Cambridge, Cambridge University Press, 1968.

8 "El poeta es el libro encarnado de las tradiciones orales." U. A. Notopoulos, "Mnemosyme in Oral Literature", *Transactions and Proceedings of the American Philological Association,* 69, 1938, pp. 465-493, especialmente p. 469.) En un muy buen artículo ("The Spoken and the Writen Word", *Harvard Studies in Classical Philology,* 9, 1951, pp. 24-58), William C. Green muestra cómo un cambio en el modo de acumulación, de circulación y de reproducción de la cultura desencadena un cambio en la función que se le otorga y, al mismo tiempo, en la estructura de las obras. Eric A. Havelock muestra igualmente que los recursos culturales se ven transformados, en su contenido mismo por la transformación de la tecnología de la conservación y transmisión cultural *(the technology of preserved communication)* y en especial por el pasaje de la *mimesis,* como reactivación práctica que moviliza todos los recursos de una "configuración de acciones organizadas" *(pattern of organized actions)* con función mnemónica, música, ritmo, palabras, en un acto de identificación afectiva, al discurso escrito -por ende, repetible y reversible-, desvinculado de la situación y predispuesto por su permanencia a volverse objeto de análisis, de control, de confrontación y de reflexión *(Preface to Plato,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1963 *[Prefacio a Platón,* Madrid, Visor, 1994]) . Así como el lenguaje no está objetivado en la escritura, la palabra es indisociable de quien habla, de su persona toda, y no puede ser manipulado a distancia y en su ausencia, sino bajo el modo de la *mimesis,* lo cual excluye el análisis y la crítica.

títulos escolares son al capital cultural lo que la moneda es al capital económico." Dando idéntico valor a todos los poseedores del mismo título y, por ello, volviéndolos sustituibles, el sistema de enseñanza reduce al máximo los obstáculos contra la circulación del capital cultural resultantes del hecho de que está incorporado en un individuo singular (sin aniquilar, por tanto, los beneficios asociados a la ideología carismática de la persona irreemplazable), permite atribuir al conjunto de los poseedores de títulos (y también, negativamente, al conjunto de quienes están desprovistos de ellos) un mismo modelo, e instaurar así un *mercado unificado* de todas las capacidades culturales, a la vez que se garantiza la convertibilidad (en moneda) del capital cultural adquirido a expensas de cierta erogación de tiempo y de trabajo. El título escolar, como la moneda, tiene un valor convencional, formal, jurídicamente garantizado, por lo tanto eximido de limitaciones locales (a diferencia del capital cultural no certificado por escuela alguna) y fluctuaciones temporales: el capital cultural que aquel garantiza, en cierta medida de manera definitiva, no tiene necesidad de verse sometido continuamente a pruebas. La objetivación que efectúan el título y, en términos más generales, todas las formas de "poderes" *(credentials,* en su acepción de "prueba escrita de calificación que confiere crédito o autoridad"), es inseparable de aquella que el derecho garantiza definiendo *posiciones permanentes,* independientes de los individuos biológicos que ellas requieren y pasibles de ser ocupadas por agentes biológicamente diferentes, aunque intercambiables en cuanto a los títulos que deben tener en mano. A partir de entonces, las relaciones de poder y de dependencia ya no se establecen directamente entre personas; se instauran, en la objetividad misma, entre instituciones, es decir, entre títulos socialmente garantizados y puestos socialmente definidos y, a través de ellos, entre los mecanismos sociales que producen y garanti-

9 Una historia social de la noción de título, de la cual el título escolar o el nobiliario constituyen casos particulares, debería mostrar las condiciones sociales y los efectos del pasaje de la autoridad personal, que no puede delegarse ni transmitirse hereditariamente *(e. g.:* la *gratia,* consideración, influencia, de los romanos) hacia el título o, si se quiere, desde el honor hacia el *jus honorum*: así, por ejemplo, en Roma el uso de los títulos *(e. g.: eques romanus)* que definen una *dignitas,* como posición oficialmente reconocida en el Estado (en oposición a una mera cualidad personal) se vio paulatinamente sometido -del mismo modo que el uso de las *insignia*- a los minuciosos controles del uso o del derecho (Cf. C. Nicolet, *L'ordre équestre à l'époque républicaine, 1, Définitions juridiques et structures sociales,* París, 1966, pp. 236-241) .

zan el valor social de los títulos y de los puestos y la distribución de esos atributos sociales entre los individuos biológicos. [10]

El derecho no hace otra cosa que consagrar simbólicamente, por medio de un *registro* que eterniza y universaliza, el estado de la relación de fuerzas entre los grupos y las clases que produce y garantiza prácticamente el funcionamiento de esos mecanismos. Por ejemplo, registra y legitima la distinción entre la función y la persona, entre el poder y quien lo ejerce, al mismo tiempo que la relación que se establece en un momento dado del tiempo entre los títulos y los puestos (en función del *bargaining power* de los vendedores y compradores de fuerza de trabajo calificada, es decir, escolarmente garantizada) y que se materializa en una distribución determinada de los beneficios materiales y simbólicos atribuidos a los poseedores (o no-poseedores) de títulos. Así, aporta su fuerza propia, es decir, estrictamente simbólica, a la acción del conjunto de mecanismos que permiten economizar la reafirmación continua de las relaciones de fuerza gracias al uso declarado de la fuerza.

El efecto de legitimación del orden establecido no incumbe solamente, según vemos, a los mecanismos que tradicionalmente se consideran pertenecientes a la dimensión de la ideología, como el derecho. El sistema de producción de bienes simbólicos o el sistema de producción de los productores cumplen -por añadidura, es decir, por la lógica misma de su funcionamiento- funciones ideológicas, porque los mecanismos mediante los cuales contribuyen a la reproducción del orden social y a la permanencia de las relaciones de dominación permanecen ocultos. No es tanto merced a las ideologías que produce, o que inculca (como podrían hacer creer quienes hablan de "aparato ideológico") , como el sistema de enseñanza contribuye a proporcionar a la clase dominante una "teodicea de su propio privilegio", según señala Max Weber; es antes bien merced a la justificación práctica del orden establecido que procura, disimulando bajo la relación ostensible que garantiza, entre los títulos y los puestos, la relación que *registra subrepticiamente,* bajo apariencia de igualdad formal, entre los títulos obtenidos y el capital cultural heredado, vale decir, merced a la legitimación que aporta así a la transmisión de esta forma de herencia. Los efectos ideológicos más seguros son aquellos

10 Al respecto, cf. P. Bourdieu y L. Boltanski, "Le Titre et le poste: rapports entre le système de production et le système de reproduction", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales,* 1 (2) , marzo de 1975.

que para ejercerse no tienen necesidad de palabras sino de un silencio cómplice. Es decir, todo análisis de las ideologías —en el sentido acotado de discurso de legitimación— que no conlleve un análisis de los mecanismos institucionales correspondientes se expone a no ser más que una contribución suplementaria a la eficacia de esas ideologías. Eso sucede con todos los análisis internos (semiológicos) de las ideologías políticas, escolares, religiosas o artísticas, que olvidan que en ciertos casos la función política de dichas ideologías puede reducirse al efecto de desplazamiento y de desviación, de disimulación y de legitimación, que producen reproduciendo, por defecto, por omisión, en sus silencios voluntaria o involuntariamente cómplices, los efectos de los mecanismos objetivos."

LAS FORMAS ELEMENTALES DE LA DOMINACIÓN

Era necesario al menos bosquejar este análisis de la eficacia doble de los mecanismos objetivos, que contribuyen no sólo a instaurar relaciones duraderas de dominación sino también a disimular esas relaciones, para comprender por entero la diferencia radical que separa los modos de dominación y las estrategias políticas de conservación, características de formaciones sociales cuya energía social acumulada está desigualmente objetivada en mecanismos. Por un lado, relaciones que, al no tener en sí mismas el principio de su reproducción, no pueden subsistir si no es a expensas de una auténtica creación continua; por el otro, un mundo social que, al encerrar en sí mismo el principio de su propia subsistencia, dispensa a los agentes de ese trabajo incesante e indefinido de instauración o de restauración de las relaciones sociales. Esta oposición encuentra su expresión en la historia o la prehistoria del pensamiento social. "Para fundar la naturaleza del ser social", como dice Durkheim,[12] ha sido necesario romper con la propensión a aprehender el mundo social como fundado sobre lo arbitrario de las voluntades individuales

11 Por ejemplo, ese es el caso de la ideología carismática (o meritocrática) que explica con la desigualdad de dones naturales las oportunidades diferenciales de acceso a los títulos, reproduciendo así el efecto de los mecanismos que disimulan la relación entre los títulos obtenidos y el capital cultural heredado.

12 E. Durkheim, *Montesquieu et Rousseau précurseurs de la sociologie,* París, Rivière et Cie., 1953, p. 197.

o, como Hobbes, sobre lo arbitrario de una voluntad soberana: "Para Hobbes -escribe Durkheim-, un acto de voluntad es lo que da nacimiento al orden social, y un acto de voluntad perpetuamente renovado es lo que constituye su cimiento."'; Y todo parece indicar que la ruptura con esta visión artificialista, que es condición de la aprehensión científica, no podía efectuarse antes de que estuvieran constituidos, en la realidad, los mecanismos objetivos tales como el *sef regulating market* que, como enfatiza Polanyi, era apto para imponer la creencia en el determinismo. Sin embargo, la realidad social tendía una última trampa a la ciencia: la existencia de mecanismos capaces de asegurar la reproducción del orden político por fuera de toda intervención expresa autoriza a reconocer como políticas tan sólo aquellas prácticas orientadas hacia la adquisición o la preservación del poder, que tácitamente excluyen de la competencia legítima por el poder el dominio de los mecanismos de reproducción. Así, al darse por objeto principal la esfera de la política legítima -como en la actualidad lo que se da en llamar "ciencia política"-, de mucho tiempo a esta parte la ciencia social se ha hecho cargo del objeto preconstruido que le imponía la realidad.

A medida que la reproducción de las relaciones de dominación incumbe más a mecanismos objetivos, que sirven a los dominantes sin que los dominantes necesiten servirse de ellos, las estrategias objetivamente orientadas hacia la reproducción son más indirectas y, si es lícito afirmarlo, impersonales: eligiendo la mejor colocación para su dinero o el mejor establecimiento de enseñanza secundaria para su hijo, y no destinando prodigalidad, cortesía o gentileza a su empleada doméstica (o a cualquier otro "subordinado") , el poseedor de capital económico o cultural asegura la perpetuación de la relación de dominación que lo une

13 E. Durkheim, ob. cit., p. 195. La analogía con la teoría cartesiana de la creación continua es perfecta. Y cuando Leibniz, al criticar a ese Dios que está condenado a mover el mundo "como el carpintero mueve su hacha o el molinero dirige su molino desviando las aguas o dirigiéndolas hacia la rueda" (G. W. Leibniz, "De Ipsa Natura", *Opuscula Philosophica Selecta,* París, Boivin, 1939, p. 92 [*Opúsculos filosóficos,* Barcelona, Espasa-Calpe]) opone al mundo cartesiano -incapaz de perdurar sin una asistencia en todo momento- un mundo físico dotado de una *vis proprio,* anuncia la crítica a todas las formas del rechazo a reconocer al mundo social una naturaleza, es decir, una necesidad inmanente, que encontrará su expresión sólo mucho más tarde (es decir, muy precisamente en la introducción a los *Principios de la filosofía del derecho* de I legel) .

objetivamente a su empleada doméstica e incluso a los descendientes de ella. Al contrario, mientras no esté constituido el sistema de mecanismos que aseguran la reproducción del orden establecido por su propio movimiento *(apó tû automatu,* como decían los griegos) , no basta a los dominantes un *laissez faire para el sistema* que dominan en procura de ejercer en forma duradera la dominación; les es necesario trabajar directa, cotidiana, personalmente, para producir y reproducir las siempre inciertas condiciones de la dominación. Como no pueden contentarse con la apropiación de los beneficios de una maquinaria social todavía incapaz de encontrar en sí misma el poder de perpetuarse, están condenados a las *formas elementales de la dominación,* es decir, a la dominación directa de una persona sobre una persona, cuyo límite es la apropiación personal, es decir, la esclavitud; no pueden apropiarse del trabajo, de los servicios, de los bienes, de las ofrendas, del respeto de los otros sin "ganárselos" personalmente, sin "atarlos" a sí, en resumen, sin crear un vínculo personal, de persona a persona.

Así, una relación social aparentemente tan cercana a una mera relación entre capital y trabajo como la que une al señor con su *jammés* (suerte de aparcero que apenas recibe una parte exigua de la cosecha: por lo general una quinta parte, con variantes locales) tan sólo puede mantenerse merced a un ejercicio de la violencia material o simbólica directamente aplicada a la persona misma a la que se trata de vincular.

El señor puede retener a su *jammés* por medio de una deuda que lo fuerza a renovar su contrato hasta que encuentre un nuevo señor que acepte pagar el monto de esa obligación al antiguo empleador, es decir, por tiempo indeterminado. Puede además recurrir a medidas brutales tales como el embargo de la totalidad de la cosecha para recuperar el monto de sus adelantos. Pero cada relación específica es producto de estrategias completas cuya eficacia depende no sólo de la fuerza material y simbólica de las partes en presencia, sino también de su habilidad para movilizar el grupo suscitando conmiseración o indignación. La relación de dominación no vale solamente por los beneficios materiales que procura: muchos señores apenas más ricos que sus *jammés* tendrían interés en cultivar ellos mismos su tierra, aunque al hacerlo se privarían del prestigio que procura la posesión de una "clientela". Sin embargo, aquel que desea ser tratado como "señor" debe poner de manifiesto las virtudes

que se condicen con su rango, ante todo la generosidad y la dignidad en sus relaciones con sus "clientes". El pacto que une al señor a su *jammés* es un acuerdo que prescinde de cualquier otra garantía que la "fidelidad" exigida por el honor. Nada de disciplina abstracta, de contrato riguroso, de sanciones específicas. Con todo, de los "grandes" se espera que se muestren dignos de su rango, "protegiendo" material y simbólicamente a quienes están en posición de dependencia bajo ellos.

También en ese trance todo es cuestión de estrategia, y las relaciones "encantadas" del pacto de honor son tan frecuentes sólo porque, en esa economía, las estrategias de violencia simbólica son la mayoría de las veces más económicas que la pura violencia "económica" (en sentido acotado) . En efecto, dada la ausencia de un verdadero mercado de trabajo y la escasez (y por ende el alto precio) del dinero, el señor no puede servir mejor a sus intereses que tejiendo día a día, a expensas de cuidados y de atenciones incesantes, los lazos éticos y afectivos, tanto como económicos, que lo unen duraderamente a su *jammés:* con frecuencia, para "vincularse", prepara el casamiento de su *jammés* (o del hijo de este) y lo instala con su familia en su propia casa; los hijos, criados en común en la comunidad de bienes (rebaños, campos, etc.) , suelen no llegar a conocer su condición sino tardíamente. No es infrecuente que uno de los hijos del *jammés* vaya a trabajar a la ciudad como obrero asalariado al mismo tiempo que uno de los hijos del propietario, y que, como él, le remita sus ahorros. En resumen, el señor no puede obtener de su *jammés* que se consagre durablemente a sus intereses sino en la medida en que él lo *asocie* por completo a ellos, tanto como para ocultar, negándola simbólicamente en todos sus componentes, la asimetría de la relación que los une. El *jammés* es aquel a quien uno le confía sus bienes, su casa, su honor (como lo recuerda la fórmula "cuento contigo, mi socio, voy a asociarme", que utiliza el señor que parte a trabajar a la ciudad o a Francia) . Él es quien "trata la tierra como propietario" porque nada en la conducta de su señor le prohíbe reconocerse con derechos sobre la tierra que trabaja: no es inusual oír que mucho tiempo después de haber dejado a su "señor" un *jammés* se precie del sudor que ha vertido, para cosechar frutos o ingresar en la propiedad. Y así como jamás se siente completamente liberado de sus obligaciones para con su

antiguo señor, puede reprocharle, después de lo que él llama su "viraje", la "cobardía" que supone abandonar a aquel que había "adoptado".

Así, en este sistema hay apenas dos maneras (que en definitiva se reducen a una) de *mantener sujeto a alguien* de manera duradera: el don o la deuda, las obligaciones expresamente económicas de la deuda o las obligaciones "morales" y "afectivas" creadas y mantenidas por el intercambio; en resumen, la violencia manifiesta (física o económica) o la violencia simbólica como *violencia censurada y eufemizada,* es decir, desconocida y reconocida. Es necesario saber percibir una relación inteligible (y no una contradicción) entre estas dos formas de violencia coexistentes en la misma formación social y a veces en la misma relación:[14] por este motivo, la dominación no puede ejercerse sino bajo su *forma elemental,* es decir, de persona a persona, no puede realizarse manifiestamente y debe disimularse bajo el velo de las relaciones "encantadas" cuyo modelo oficial proporcionan las relaciones entre parientes; en definitiva, hacerse desconocer para hacerse reconocer.[15] La economía precapitalista es el lugar por excelencia de la violencia simbólica, porque en su seno las

14 Si los actos de comunicación -intercambio de dones, de desafíos o de palabras, etc.- siempre son portadores de la virtualidad del conflicto, eso se debe a que siempre incluyen la posibilidad de la dominación. La *violencia simbólica* es, en efecto, la forma de dominación que, superando la contraposición que suele alzarse entre las relaciones de sentido y las relaciones de fuerza, entre la comunicación y la dominación, no se plasma si no es gracias a la comunicación bajo la cual se disimula.

15 En consecuencia, para dar cuenta de la forma *específica* que en la economía precapitalista revisten las relaciones de dominación, no basta observar, como hace Marshall D. Sahlins, que dicho sistema no ofrece las condiciones de un modo de dominación indirecto e impersonal, en el cual la dependencia del trabajador respecto del patrón es casi un producto automático de los mecanismos del mercado del trabajo; cf. su "Political Power and the Economy in Primitive Society", en G. E. Dole y R. L. Carneiro, *Essays in the Science of Culture,* Nueva York, Thomas Y. Crowell Company, 1960, pp. 390-415, "Poor Man, Rich man, Big Man, Chief: Political Types in Melanesia and Polynesia", *Comparative Studies in Society and History,* 5, 1962-1963, pp. 285-303 y "On the Sociology of Primitive Exchange", en M. Banton (ed.) , *The Relevance of Models for Social Anthropology,* Londres, Tavistock Publications, 1965, pp. 139-236. Estas condiciones negativas, que está ciertamente justificado recordar contra todas las formas de idealismo y de idealización, ya no dan cuenta de la lógica específica de la violencia simbólica, como la ausencia de pararrayos o de telégrafo eléctrico que recuerda Marx en un célebre pasaje de la *Introducción general a la crítica de la economía política* no bastan para explicar a Júpiter o a Hermes, es decir, la lógica interna de la mitología y del arte griegos.

relaciones de dominación tan sólo pueden instaurarse, preservarse o restaurarse a expensas de estrategias que, expresamente orientadas hacia el afianzamiento de relaciones de dependencia personal, deben (so pena de negarse al traicionar abiertamente su verdad) disfrazarse, transfigurarse; en una palabra, *eufemizarse.* A ello se deben las *censuras* que impone a la expresión palmaria de la violencia, en particular bajo su forma brutalmente económica, la lógica característica de una economía en la que los intereses no pueden satisfacerse sino a condición de disimularse en y mediante las estrategias que apuntan a satisfacerlos.' Por lo tanto, no hay que ver una contradicción en el hecho de que la violencia esté simultáneamente más presente y más enmascarada." Porque no dispone de la violencia implacable y oculta de los mecanismos objetivos que autorizan a los dominantes a contentarse con estrategias de reproducción -a menudo puramente negativas-, esta economía recurre *simultáneamente* a formas de dominación que, desde el punto de vista del observador contemporáneo, pueden parecer a la vez más brutales, más primitivas, más

16 La "mirada" interaccionista que, ignorando los mecanismos objetivos y su eficacia, se aferra a las interacciones directas entre los agentes, encontraría su terreno de elección en esta suerte de sociedades, es decir, precisamente en el caso en que, por causa de la relación que suele unir al etnólogo con su objeto, es el más improbable. Para proseguir con el juego de paradojas, puede ponerse de relieve que el estructuralismo en el sentido riguroso del término, en cuanto ciencia de las estructuras objetivas del mundo social (y no solamente de las representaciones que de él forjan los agentes sociales), nunca es tan inadecuado (o menos fecundo) que cuando se aplica a sociedades en las que las relaciones de dominación y de dependencia son producto de una verdadera creación continua (a menos que uno desee plantear, como implícitamente hace el estructuralismo según lo concibe Lévi-Strauss, que en ese caso la estructura reside en la ideología y que el poder reside en la posesión de los instrumentos de apropiación de esas estructuras, es decir, en una forma de capital cultural) .

17 La historia del vocabulario de las instituciones indoeuropeas que escribe Emile Benveniste aprehende las referencias lingüísticas del proceso de *develamiento* y de *desencantamiento* que conduce de la violencia física o simbólica al derecho, del rescate (del prisionero) a la compra, del precio (para una hazaña) al salario, y también del reconocimiento moral al reconocimiento de deudas, de la creencia al crédito, o incluso de la obligación moral a la obligación ejecutoria frente a un tribunal de justicia *(Le Vocabulaire des institutions indo-européennes,* París, Minuit, 1969, especialmente t. 1, *Économie, parenté, société,* pp. 123-202 [*Vocabulario de las instituciones indoeuropeas,* Madrid, Taurus, 1983]) . Y Moses L. Finley muestra incluso que la deuda que era a veces procurada para crear una situación de servidumbre, podía servir también para crear relaciones de solidaridad entre iguales ("La Servitude pour dettes", *Revue d'Histoire du Droit Français et Étranger,* 4' serie, 63 (2), abril junio de 1965, pp. 159-184) .

bárbaras, o más suaves, más humanas y más respetuosas de la persona) " Esta dualidad de violencia manifiesta, física o económica, y violencia simbólica más refinada está presente en todas las instituciones características de esta economía y aun en el núcleo íntimo de cada relación social: está presente en la deuda tanto como en el don, elementos que, a pesar de su aparente oposición, tienen en común el poder de fundar la dependencia e incluso la servidumbre, tanto como la solidaridad, según las estrategias a cuyo servicio se dispongan. Esta ambigüedad esencial de todas las instituciones que las taxonomías modernas llevarían a tratar como económicas pone en evidencia que las estrategias opuestas que, como en la relación entre el señor y su *jammés,* pueden coexistir, son medios *sustituibles* para cumplir la misma función: así, la "elección" entre la violencia manifiesta y la violencia suave e invisible depende del estado de las correlaciones de fuerza entre las dos partes y de la integración y la integridad ética del grupo que arbitra. A la par que la violencia manifiesta, la del usurero o la del señor despiadado, choca con la reprobación colectiva' y se expone a suscitar ora la respuesta violenta, ora la huida de la víctima, es decir, en ambos casos -y a partir de la *ausencia de todo recurso*- la negación de la relación misma que se pretendía explotar, la violencia simbólica -violencia suave, invisible, desconocida como tal, elegida tanto como sufrida, la de la confianza, la obligación, la fidelidad personal, la hospitalidad, el don, la deuda, el reconocimiento o la piedad: en una pa-

18 La cuestión del *valor* relativo de los modos de dominación -que plantean al menos implícitamente las evocaciones rousseaunianas del paraíso original o las disertaciones sobre la "modernización"- está totalmente desprovista de sentido y no puede dar lugar sino a debates, por definición interminables, sobre las *ventajas y los inconvenientes del antes y del después* que no tienen otro interés que el de revelar los *fantasmas sociales* del investigador, es decir, la relación no analizada que él sostiene con su propia sociedad. Como en todos los casos en que se trata de comparar un sistema con otro, pueden oponerse hasta el infinito representaciones parciales de los dos sistemas (encantamiento vs. desencantamiento, por ejemplo) en las que el tenor afectivo y las connotaciones éticas varían solamente según estén constituidas a partir de uno u otro de los sistemas adoptados como punto de vista. Los únicos objetos legítimos de comparación son los sistemas considerados en cuanto tales, lo que prohíbe cualquier otra evaluación que esté implicada en la lógica inmanente de la evolución.

19 Algunos usureros, por temor a incurrir en deshonra y verse interdictos del grupo, prefieren otorgar nuevas prórrogas (hasta la cosecha de aceitunas) a sus deudores, para así evitar que deban vender tierras para cumplir con sus obligaciones. Muchos de los que no habían dudado en desafiar la opinión pública han pagado -a veces con su vida- esa jactancia durante la guerra de liberación.

labra, todas las virtudes que honran la moral del honor- se impone como el modo de dominación más económico porque es el más adecuado a la economía del sistema.

La explotación suave y larvada es la forma que adopta la explotación del hombre por el hombre, ya que la explotación directa y brutal resulta imposible. Es un error identificar esta economía esencialmente *doble* con su verdad oficial (generosidad, ayuda mutua, etc.) , es decir, con la forma que debe adoptar la explotación para realizarse, tanto como reducirla a su verdad objetiva, viendo en la ayuda mutua una prestación personal, en el *jammés* una suerte de esclavo, y así sucesivamente. El don, la generosidad, la distribución ostentadora -cuyo límite es el potlatch- son operaciones de alquimia social que se observan toda vez que la acción directa de violencia manifiesta, física o económica, está negativamente sancionada, y tienden a asegurar la transmutación del capital económico en capital simbólico. El derroche de dinero, de energía, de tiempo, de ingenio es el principio mismo de la eficacia de la alquimia social por cuyo intermedio la relación interesada se transmuta en relación desinteresada, gratuita, la dominación franca en dominación desconocida y reconocida, es decir, en *autoridad legítima. Lo* que actúa es simplemente el trabajo, el tiempo, el cuidado, la atención, el conocimiento de los usos, que es necesario prodigar para producir un regalo personal, irreductible a su equivalente en dinero, un don que vale por la manera de dar. Es el gasto aparentemente "gratuito", no solamente de bienes o de dinero, sino de cosas todavía más personales, y por lo tanto más preciosas porque, como dicen los kabilas, no pueden "ni prestarse ni pedirse prestadas", como es el caso del *tiempo* -aquel que es necesario tomarse para llevar a cabo esas cosas "inolvidables", porque se hacen como se debe, cuando se debe: "atenciones", "gestos", "gentilezas"-.[20] La violencia suave exige de quien la ejerce que *pague en persona,* como suele decirse. La autoridad, carisma, gracia o, para los kabilas, *sarr,* siempre es percibida como una propiedad de la persona; la *fides,* como recuerda Benveniste, no es la "confianza" sino la "cualidad propia de un ser que atrae la confianza, y se ejerce bajo

20 En economías donde los bienes son más escasos que cl tiempo, la eficacia transformadora se asocia por sobre todo al derroche de bienes y de dinero; en formaciones sociales (o clases sociales) donde los bienes tienden a volverse menos escasos que el tiempo, *que no puede ser acumulado* (aunque uno pueda apropiarse el tiempo ajeno), el derroche de tiempo posee la mayor eficacia (ese es el fundamento del prestigio ligado a los consumos culturales que suponen un gasto de tiempo para el consumo mismo y para la adquisición de las condiciones de acceso al consumo) .

la forma de una autoridad protectora sobre quien se fía de él".`[1] La ilusión que coloca en el objeto el origen de los sentimientos responsables de su representación de ese mismo objeto no es totalmente ilusoria. En efecto, la "gracia" que reconoce la gratitud es, como recuerda Hobbes, el reconocimiento para una *antecedant grace.*

La dominación suave es mucho más costosa para quien la ejerce, y no lo es sólo en términos económicos. Los cargos tales como el de *tamen,* "responsable" o "garante" que representaba a su grupo *(thajarrubth* o *adhrum)* en las reuniones de las asambleas de los hombres y en todas las circunstancias solemnes (por ejemplo, recibían la parte de su grupo durante [el ritual del] *thimeshret)* casi no eran disputados ni deseados, y no era inusual que los personajes más influyentes y más importantes de su grupo rechazaran esta función o rápidamente pidieran ser suplantados: las tareas de representación y de mediación que incumbían al *tarnen* insumían, en efecto, mucho tiempo y mucho esfuerzo. Aquellos a quienes el grupo acredita con el nombre de "prudentes" o de "grandes" y quienes, incluso en ausencia de cualquier mandato oficial, se ven investidos de una suerte de delegación tácita de la autoridad del grupo, *se deben* (como suele decirse para expresar la obligación hacia sí mismo que implica una alta idea de su propia persona) a la tarea de recordar continuamente al grupo los valores que oficialmente reconoce, tanto con su conducta ejemplar como con sus intervenciones expresas: ellos son quienes, cuando ven que dos mujeres de su grupo disputan, deben separarlas, incluso golpearlas (si se trata de viudas o si los hombres que son responsables de ellas están desprovistos de autoridad) o infligirles una multa; ellos quienes, en caso de conflicto grave entre miembros de su clan, deben llamar a unos y a otros de regreso a la sensatez, lo que conlleva siempre dificultades y a veces peligros; ellos quienes, en todas las situaciones capaces de desencadenar un conflicto entre clanes (en caso de un crimen, por ejemplo) se reúnen en asamblea, con el morabito, para reconciliar a los antagonistas; son aquellos sobre quienes recae la carga de proteger los intereses de los pobres y de los clientes, de hacerles donaciones

21 E. Benveniste, oh. cit., t. 1, pp. 117 y ss.

en ocasión de las colectas tradicionales (para la *timeshret,* por ejemplo), de enviarles alimentos durante las fiestas, de aportar su ayuda a las viudas, de asegurar el matrimonio de los huérfanos, etcétera.

En resumen, como no está garantizada por una delegación oficialmente declarada e institucionalmente garantida, la autoridad personal no puede perpetuarse de manera duradera si no es por medio de acciones que la reafirman en la práctica por obra de su conformidad con los valores que el grupo reconoce.[22] Eso equivale a señalar que en un sistema de esa índole los "grandes" pueden menos que cualquiera permitirse libertades con las normas oficiales y deben pagar su excedente de valor con un excedente de conformidad a los valores del grupo, que es el principio de todo valor simbólico. En efecto, mientras no estén constituidos los mecanismos institucionalizados que permiten concentrar en las manos de un agente singular (jefe de partido o delegado sindical, administrador de sociedad, miembro de una academia, etc.) la totalidad del capital que funda la existencia del grupo *y* delegarle la facultad de ejercer sobre ese capital colectivamente poseído por el conjunto de los "accionistas" un poder sin relación estricta con su propio aporte, cada agente participa en el capital colectivo, simbolizado por el nombre de la familia o del linaje, pero en proporción directa con su aporte, es decir, en la medida exacta en que sus acciones, sus palabras y su persona mantienen en alto el honor del grupo.`-'; Este sistema está creado de modo tal que los domi-

22 Los morabitos están en una situación diferente, pues disponen de una delegación institucional en tanto miembros de un cuerpo respetado de "funcionarios del culto" y porque se mantienen en un estatus aparte -en especial por obra de una endogamia bastante rigurosa y de todo un conjunto de tradiciones propias, como la reclusión de sus mujeres-. Sin embargo, aquellos de quienes se dice que "tal como el torrente, engordan en época de tormentas", no pueden, como el refrán sugiere, sacar ventaja de su función casi institucionalizada de *mediadores,* a menos que encuentren en el conocimiento de las tradiciones y de las personas el medio de ejercer una autoridad simbólica que no existe sino por delegación directa del grupo: la mayoría de las veces, los morabitos apenas son la coartada objetiva, la "puerta", como dicen los Kabilas, que permite a los grupos en conflicto ponerse de acuerdo sin perder prestigio.

23 A la inversa, mientras la delegación institucionalizada, que va acompañada por una definición explícita de las responsabilidades, tiende a limitar las consecuencias de las carencias individuales, la delegación difusa, correlativa a la pertenencia, asegura sin distinción a todos los miembros del grupo la caución del capital poseído en forma colectiva, sin ponerlos al reparo ante el descrédito que puede acarrear la conducta de tal o cual de ellos, lo que

nantes tengan interés en la virtud: no pueden acumular poder político sino pagando ellos en persona, y no solamente distribuyendo su dinero y sus bienes; deben tener las "virtudes" de su poder, ya que su poder no puede descansar sobre otra cosa que la virtud.

CUIDADO DE LAS FORMAS Y DENEGACIÓN DEL INTERÉS

Las conductas generosas, de las que el potlatch (una de esas curiosidades de los antropólogos) no es sino el límite, parecen poner momentáneamente en suspenso la ley universal del interés, del donante-donante, del nada por nada, e instaurar relaciones que son un fin en sí, como hablar por hablar -y no para decir algo-, dar por dar, y así sucesivamente. De hecho, estas negaciones del interés siempre son *denegaciones prácticas:* a la manera de la *Verneinung* de Freud, discurso que no dice lo que dice sino bajo una forma que tiende a mostrar que no lo dice, satisfacen el interés bajo una forma (desinteresada) que tiende a mostrar que no lo satisfacen. Se sabe que "el modo de dar vale más que aquello que se da"; que el don está separado del mero donante-donante por el trabajo necesario para cuidar las formas, para hacer de la manera de actuar y de las formas exteriores de la acción la denegación práctica del contenido de la acción y transmutar así simbólicamente el intercambio interesado o la simple relación de fuerza en una relación cumplida "por las formas" y "en las formas", es decir, por puro y desinteresado respeto de los usos y de las convenciones que el grupo reconoce. (Paréntesis destinado a los estetas: como el tiempo y el trabajo consagrado a dar forma y a cuidar las formas es mayor allí porque la censura de la expresión directa del interés personal es más notoria, las sociedades arcaicas ofrecen a los amantes de las bellas formas el encantamiento de un arte de vivir proclive al orden del arte por el arte que descansa sobre la negativa a reconocer las evidencias, tales como "negocios son negocios" o "time is money", sobre las cuales reposa el tan poco artístico arte de vivir de la *harried leisure class*[24] de las sociedades que se da en llamar avanzadas) .

explica el cuidado con que los "grandes" se ocupan de defender el honor colectivo en el honor de los miembros más desposeídos de su grupo.

24 Cf. S. B. Linder, *The Harried Leisure Class,* Nueva York y Londres, Columbia University Press, 1970.

Se posee para dar. Se es "rico para dar a los pobres", como dicen los kabilas.[25] Forma ejemplar de denegación: porque se posee también dando (un don que no es restituido crea un lazo durable, una obligación, limitando la libertad del deudor que está condenado a una actitud pacífica, cooperativa, prudente); porque en ausencia de toda garantía jurídica y de toda fuerza de coerción externa, una de las únicas maneras de "mantener sujeto a alguien" de manera duradera consiste en *hacer* durar una relación asimétrica tal como la deuda: porque la única posesión reconocida, legítima, es la que uno se asegura desposeyéndose de ella, es decir, la obligación, el reconocimiento, el prestigio o la fidelidad personal.

La riqueza, base última del poder, no puede ejercer un poder y un poder durable si no es bajo las especies del capital simbólico; dicho de otro modo, puede acumularse capital económico sólo bajo las especies del capital simbólico, forma transformada, es decir, irreconocible (por ende, pasible de reconocimiento oficial) de los demás tipos de capital. El jefe es, como afirma Malinowski, "un banquero tribal" que no acumula alimentos sino para prodigarlos y así atesorar un capital de obligaciones y de deudas que serán pagadas bajo forma de ofrendas, de respeto, de fidelidad y, si la ocasión se presenta, de trabajo y de servicios, bases posibles de una nueva acumulación de bienes materiales.[26] Los procesos de circulación circular tales como la recolección de un tributo al cual le sigue una redistribución jerárquica y jerarquizante

25 "Oh, mi Dios, dame para que yo pueda dar" (sólo el santo puede dar sin tener cosa alguna) . La riqueza es un don que Dios otorga al hombre para permitirle aliviar la miseria de los otros. "El generoso es amigo de Alá." Los dos mundos le pertenecen. Quien desee conservar la riqueza debe mostrarse digno de ello, mostrándose generoso; si no, se le quitará.

26 Hay que evitar oponer excesivamente la simetría del intercambio de dones y la asimetría de la redistribución ostentadora que reside en la base de la constitución de la autoridad política. Se pasa gradualmente de una a la otra: a medida que uno se aleja de la reciprocidad perfecta, la porción de las contraprestaciones constituida por ofrendas, respeto, obligaciones y deudas morales no deja de incrementarse. Quienes, como Polanyi y Sahlins, han percibido bien la función determinante de la redistribución en la constitución de una autoridad política y en el funcionamiento de la economía tribal (el circuito acumulación-redistribución cumple funciones análogas a las del Estado y las finanzas públicas) no han analizado esta operación en tanto técnica privilegiada de reconversión del capital económico, capaz de producir relaciones durables de dependencia que, económicamente fundadas, se disimulan bajo el velo de las relaciones morales.

serían perfectamente absurdas si no tuvieran por efecto transmutar la índole de la relación social entre los agentes o los grupos comprometidos en ello. En todo lugar donde se producen, tales *ciclos de consagración* tienen por función realizar la operación fundamental de la alquimia social: transformar relaciones arbitrarias en relaciones legítimas, diferencias de hecho en distinciones oficialmente reconocidas. Las relaciones duraderas de dominación legítima y de dependencia reconocida encuentran su fundamento en la circulación circular donde se engendra esta plusvalía simbólica que es la legitimación del poder. Si, como hace Lévi-Srauss, uno toma en consideración tan sólo el *caso particular* de los intercambios de bienes materiales y/o simbólicos que apuntan a legitimar relaciones de reciprocidad, se expone a olvidar que todas las estructuras de intercambio inseparablemente material (circulación) y simbólico (comunicación) funcionan como maquinarias ideológicas tan pronto como el estado de hecho que aquellas tienden a legitimar, transformando en relación reconocida una relación social contingente, es una correlación asimétrica de fuerzas.

La reconversión permanente del capital económico en capital simbólico, a expensas de un derroche de energía social que es condición de la permanencia de la dominación, no puede tener éxito si no cuenta con la complicidad del grupo entero: el trabajo de denegación que reside en el origen de la alquimia social es, como la magia, una empresa colectiva. "La sociedad es la que se paga a sí misma con la falsa moneda de su sueño", como decía Mauss. El desconocimiento colectivo que reside en el origen de la moral del honor como denegación colectiva de la verdad económica del intercambio tan sólo es posible porque, en esta suerte de mentira del grupo a sí mismo, nunca hay engañador ni engañado: el campesino que trata a su *jammés* como a un socio, porque esa es la costumbre y porque así lo quiere el honor, se engaña a sí mismo porque no puede obedecer a su interés sino bajo la forma eufemizada dada por la moral del honor, tanto como engaña a su *jammés; y* este no demanda otra cosa que entrar, con la complicidad de todo el grupo, en la ficción interesada que le ofrece una representación honorable de su condición. Es decir que los mecanismos que aseguran la reproducción de los habitus conformes son aquí parte integrante de un aparato de producción que no podría funcionar sin ellos. Los agentes —no solamente padres e hijos, sino también acreedor y deudor, señor *y jammés*— no se mantienen sujetos unos a otros de manera duradera si no por las disposiciones que el grupo les inculca y refuerza continuamente *y* que tornan *impensables* prácticas que la economía desencantada del

"interés al desnudo" hará aparecer como legítimas e incluso como cosa presupuesta.`''

La verdad oficial producida por el trabajo colectivo de eufemización, forma elemental del trabajo de objetivación que conducirá hacia la definición jurídica de las prácticas adecuadas, no es solamente lo que permite al grupo salvar su "pundonor espiritualista"; tiene también una eficacia real porque, aunque todas las prácticas la desmintiesen, a la manera de una regla que no tendría sino excepciones, subsiste la verdad de las prácticas que se pretenden convenientes. La moral del honor pesa sobre cada cual con el peso de todos los demás, y el desencantamiento que lleva hacia el paulatino develamiento de las significaciones y de las funciones inhibidas no puede resultar sino de un derrumbe de las condiciones sociales de la *censura cruzada* que cada uno sufre con impaciencia pero que hace sufrir a todos los demás. -.-

Si es verdad que la violencia simbólica es la forma suave y larvada que la violencia adopta cuando la violencia manifiesta es imposible, puede comprenderse que las formas simbólicas de la dominación se hayan debilitado paulatinamente, a medida que se constituían los mecanismos objetivos que, volviendo inútil el trabajo de eufemización, tendían a producir las disposiciones "desencantadas" que su desarrollo exigía.-" Puede

27 De allí resulta que el error objetivista -y especialmente aquel que consiste en ignorar los efectos de la objetivación de lo no-objetivado- es más gravoso en consecuencias dentro de un universo donde, como aquí, la reproducción del orden social depende de la reproducción incesante de habitus conformes, más que de la reproducción automática de las estructuras capaces de engendrarlos o de seleccionarlos.

28 La urbanización, que aproxima a grupos dotados de tradiciones diferentes y que debilita los controles cruzados, o la simple "descampesinización" determinada por la generalización de los intercambios monetarios y por la introducción del salario, provocan el derrumbe de la ficción colectiva colectivamente preservada que era la religión del honor. Es así, por ejemplo, que la *confianza* se sustituye con el crédito *(talq)*, en tiempos pasados maldito o despreciado (según está testimoniado en la injuria "ah, cara de crédito", rostro de quien, perpetuamente humillado, deja de sentir la deshonra; o en el hecho de que el repudio sin restitución, la mayor ofensa concebible, se llame *berru natalq)*. "En la era del crédito -como dice un informante-, bien desgraciados son quienes para invocar no tienen más que la confianza de la cual gozaban sus padres. Todo lo que cuenta es el haber inmediato. Todo el mundo quiere ser hombre de mercado. Todo el mundo cree tener derecho a la confianza, aunque ya no hay más confianza."

29 La lucha ideológica entre los grupos (clase etaria o sexo) y las clases sociales por la definición de la realidad contrapone la violencia simbólica, como vio-

comprenderse además que la actualización y la neutralización paulatinas de los efectos ideológicos y prácticos de los mecanismos que aseguran la reproducción de las relaciones de dominación determinen un retorno a formas de violencia simbólica fundadas también sobre la disimulación de los mecanismos de reproducción mediante la conversión del capital económico en capital simbólico: con la redistribución legitimadora, pública (política "social") o privada (financiamiento de fundaciones "desinteresadas", donación a hospitales, a instituciones escolares y culturales, etc.) , posibilitan que se ejerza la eficacia de los mecanismos de reproducción. A estas formas de acumulación legítima, por cuyo intermedio los dominantes se aseguran un capital de "crédito" que parece no deber cosa alguna a la lógica de la explotación,[30] es necesario sumarle esta otra forma de acumulación de capital simbólico que es el atesoramiento de bienes de lujo que dan testimonio del gusto y de la distinción de su poseedor. La denegación de la economía y del interés económico que en las sociedades precapitalistas se ejercía en primer término en el terreno donde había que excluirla para constituir como tal la economía encuentra así su refugio predilecto en el ámbito del arte y de la "cultura", lugar del puro consumo, de dinero, desde luego, pero también de tiempo no convertible en dinero. Islote de lo sagrado que se opone de manera sistemática y ostentosa al universo profano y cotidiano de la producción, asilo de la gratuidad y del desinterés en un universo librado al dinero y al interés,

lencia desconocida y reconocida, por ende legítima, a la toma de conciencia de lo arbitrario que expropia a los dominantes parte de su fuerza simbólica, aboliendo el desconocimiento. Esta lucha ideológica por la definición de la realidad forma parte de la definición científica de la realidad.

30 No es el sociólogo, sino un grupo de industriales estadounidenses aquel que, para dar cuenta del efecto de las "relaciones públicas" ha forjado la *teoría de la cuenta bancaria* que "exige que uno haga depósitos *regulares y frecuentes* en el Banco de la Opinión Pública *(Bank of Public Good-Will)* de modo tal que se pueda librar un cheque sobre esa cuenta cuando sea necesario" (cit. por Dayton Mac Kean, *Party and Pressure Politics,* Nueva York, Hougthon Mifflin Company, 1944) . Cf. también Richard W. Gable, "NAM [National Association of Manufacturers] : Influential Lobby or Kiss of Death?", *TheJournal of Politics,* 15 (2), mayo de 1953, p. 262 (sobre los diferentes modos de acción de la NAM, acción sobre el público general, acción sobre los educadores, sobre los eclesiásticos, los líderes de clubes femeninos, los líderes agrícolas, etc.) y H. A. Turner, "How Pressure Groups Operate", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science,* 319, septiembre de 1958, pp. 63-72 (sobre la manera como la organización se eleva a sí misma en la estima del público y condiciona las actitudes para crear un estado de la opinión pública tal que se acojan favorablemente, de modo casi automático, los programas deseados por el grupo) .

el mundo del arte propone, como en tiempos pasados la teología, una antropología imaginaria obtenida merced a la denegación de todas las negaciones que efectúa realmente la economía.

PARTE II
Clases y clasificaciones

3. Porvenir de clase y causalidad de lo probable*

La teoría de la práctica que las ciencias del hombre ponen en funcionamiento (la mayoría de las veces en estado implícito) cuando deben explicar *la economía de las prácticas,* es decir, la lógica inmanente a las acciones y al sentido objetivo de las obras y de las instituciones, oscila, más allá de las divergencias entre las tradiciones teóricas, entre el mecanicismo y una versión generalmente intelectualista de finalismo. Al no poder reconocer otra cosa que diferentes variantes de la acción racional o de la *reacción mecánica* a una determinación tal como la constricción del precio mecánicamente formado por el mercado, nos vemos imposibilitados de comprender la lógica específica de todas las acciones que son razonables sin ser producto de un designio razonado o, con tanta mayor razón, de un cálculo racional; acciones habitadas por una suerte de finalidad objetiva, sin estar conscientemente organizadas con relación a un fin explícitamente constituido; inteligibles y coherentes sin haber surgido de una intención inteligente y de una decisión deliberada; ajustadas al futuro sin ser producto de un proyecto o un plan.' La fuerza de la alternativa es tal que quienes pretenden reaccionar contra el mecanicismo de cierta tradición de la economía sin caer en el intelectualismo del

* Este artículo representa un momento de una investigación más amplia que, desde hace algunos años, realizo junto con Lue Boltanski, y de la que hemos publicado algunos resultados parciales anteriormente (cf. P. Bourdieu, L. Boltanski y P. Maldidier, "La défense du corp", *Information sur les Sciences Sociales,* 10 [4], 1971, pp. 45-86, y P. Bourdieu, L. Boltanski y M. De Saint-Martin, "Les stratégies de reconversión", *Information sur les Sciences Sociales,* 12 [5] , 1973, pp. 61-113) . Agradezco a J.-C. Chamboredon y a D. Merllié las observaciones y sugerencias que me han hecho.

1 Ludwig von Mises tiene el mérito de ofrecer una expresión franca de la teoría doble de la acción que asedia, en estado implícito, a la teoría económica. Al tomar como "acción racional" (expresión que, como él señala, constituye desde entonces un pleonasmo) toda acción consciente e intencional, no reconoce otro modo de acción que no sea la reacción refleja a estímulos (cf. su volumen *Human Action. A Treatise on Economics,* New Haven, 1949, pp. 18-20) .

"cálculo económico" (o la psicología a priori heredada del utilitarismo y del pragmatismo) con el cual suele alternar, sólo raras veces eluden las ingenuidades del subjetivismo con su bagaje personalista de "aspiraciones" y de "proyectos"; y tal que, a la inversa, quienes pretenden romper con las ingenuidades de las teorías subjetivistas de la acción recaen casi inevitablemente en un mecanicismo apenas menos ingenuo que el de la teoría que, extrapolando a la economía la axiomática de la mecánica clásica, trata a los agentes económicos como partículas indiscernibles sometidas a las leyes de un equilibrio cuasi mecánico. En efecto, para librarse de la vieja alternativa no basta volver a una forma mejor disimulada de mecanicismo, de la mano de aquellos estructuralistas que tratan a los agentes, graciosamente reducidos -en virtud de una sobretraducción de Marx- al rol de "soportes" de la estructura (*Träger),* como reflejos redundantes de las estructuras, o situar en el principio de las prácticas un inconsciente definido como *operador mecánico de finalidad.'*

De hecho, en la mayor parte de sus acciones, el agente económico no es ni un calculador racional, que obedece sólo a la evaluación racional de las posibilidades, ni un autómata, mecánicamente determinado por las leyes del mercado. Principio generador de *estrategias objetivas,* como secuencias de prácticas estructuradas que están orientadas con referencia a funciones objetivas, el habitus encierra la solución de las paradojas del sentido objetivo sin intención subjetiva, entre otros motivos porque

2 Así, a propósito de los intentos de Durkheim por "explicar la génesis del pensamiento simbólico" (en lugar de "tomarla como dada"), Claude Lévi-Strauss escribe: "Los sociólogos y los psicólogos modernos resuelven tales problemas apelando a la actividad inconsciente del espíritu, pero en la época en que Durkheim escribía, la psicología y la lingüística moderna todavía no habían alcanzado sus principales resultados. Ello explica por qué Durkheim se debatía entre lo que veía como una antinomia irreductible (lo cual ya era un progreso considerable en el pensamiento de finales del siglo XIX tal como lo ejemplifica, por ejemplo, Spencer) : el carácter ciego de la historia y el finalismo de la conciencia. Entre los dos está *evidentemente la finalidad inconsciente del espíritu"* (C. Lévi-Strauss, in G. Gurvitch y W. E. Moore [eds.] , *La sociologie au* XX' siècle, París, Presses Universitaires de France, 1947, t. II, p. 527, subrayado mío) . Las dos lecturas, tanto la mecanicista como la finalista, son igualmente probables, alternativa o simultáneamente, ya que la ciencia descubre misteriosas regularidades (basta pensar, por ejemplo, en el ciclo de recolección abundante —característico de las economías agrarias tradicionales— que "acarrea" el crecimiento de la población que "acarrea" la escasez y el retorno al equilibrio, y, más generalmente, en todas las "tendencias" demográficas) . La ilusión del termostato o, según otra metáfora, de la homeostasis, no es sino una forma eufemística de las ingenuidades finalistas *à la* Bernardin de Saint-Pierre.

-el término lo dice- plantea explícitamente la cuestión de su propia génesis colectiva e individual. Si cada uno de los momentos de la serie de acciones ordenadas y orientadas que constituyen las estrategias objetivas puede parecer determinado por la anticipación del porvenir y, en especial, de *sus propias consecuencias (lo* cual justifica que se emplee el concepto estrategia) , se debe a que las prácticas que engendra el habitus, regidas por las condiciones pasadas de la producción de su principio generador, están adaptadas de antemano a las condiciones objetivas, siempre que las condiciones en las cuales el habitus funciona hayan permanecido idénticas (o semejantes) a las condiciones bajo las cuales se ha constituido. En efecto, el ajuste a las condiciones objetivas es perfecta e inmediatamente exitoso, y la ilusión de la finalidad o, lo que viene a ser lo mismo, del mecanismo autorregulado, es completa *en (y sólo en) el caso* en que las condiciones de producción y las condiciones de realización coinciden perfectamente.;

> La permanencia, bajo la forma de habitus, del efecto de los condicionamientos primarios, implica que la correspondencia inmediata entre las estructuras y los habitus (con las representaciones -la experiencia dóxica del mundo social- y las expectativas -el *amor fati-* que engendran) es tan sólo *un caso particular* del sistema de casos posibles de relaciones entre las estructuras objetivas y las disposiciones. Explica, también e igualmente bien, los casos en que las disposiciones funcionan a contratiempo (según el paradigma de Don Quijote, tan caro a Marx) y en que las prácticas están objetivamente inadaptadas a las condiciones presentes porque están objetivamente ajustadas a condiciones caducas o abolidas: basta mencionar el caso, peculiarmente paradójico, de las formaciones sociales donde se observa un cambio permanente de las *condiciones* objetivas -y, por lo tanto, un desfase permanente entre las condiciones a las cuales está ajustado el habitus y las condiciones a las cuales

3 Para convencer de la necesidad de abandonar la alternativa entre mecanicismo y finalismo, no hay mejores ejemplos que la autoexclusión escolar de los niños de las clases populares y, aun más, la correspondencia entre las posibilidades de ascenso social y las estrategias de fecundidad, caso en que la hipótesis del cálculo económico racional es particularmente insostenible, mientras que las apariencias de la finalidad se imponen con llamativa fuerza (véase *infra)* .

> debe ajustarse-, y a la vez una simple traslación de la estructura de las relaciones de la clase, pues la histéresis de los habitus puede conducir a un desfase entre las expectativas y las condiciones objetivas que induce a la impaciencia ante esas condiciones (por ejemplo, es el caso de los poseedores de títulos escolares actualmente devaluados por obra de su divulgación misma, aunque hayan permanecido nominalmente idénticos: esperan las ventajas reales que en una época anterior estaban ligadas a esos títulos) . Pero hay más: de todo lo que marca las condiciones primarias que el habitus "espera" y a las que "apela", siquiera a contratiempo, porque las supone como condición de su funcionamiento, nada es más determinante que el sistema de indicios por cuyo intermedio se recuerda la pendiente de la trayectoria social del linaje -la pendiente nula de las formaciones sociales o de las clases más "estables" es un caso especial de todas las condiciones que llevan en sí las marcas del ascenso o de la decadencia-. En resumen, la tendencia a perseverar en su ser que los grupos deben, entre otras razones, al hecho de que los agentes que los componen están munidos de disposiciones durables, capaces de sobrevivir a las condiciones económicas y sociales de su propia producción, puede residir en el origen de la inadaptación tanto como de la adaptación, de la revuelta tanto como de la resignación.

Había que evocar, sin entrar en un análisis sistemático,[4] el universo de las formas posibles que toma la relación entre las disposiciones y las condiciones, para pensar el ajuste anticipado del habitus a las condiciones objetivas como un "caso particular de lo posible", según los términos de Bachelard, y evitar así *universalizar* inconscientemente el modelo de relación cuasi circular de reproducción cuasi perfecta que no vale completamente sino para los casos en que las condiciones de producción del habitus y las condiciones de su funcionamiento son idénticas u homotéticas. En ese caso específico, las disposiciones constitutivas del habitus -inculcadas de forma duradera por las condiciones objetivas y por una acción pedagógica que tiende a ajustarse a aquellas- son proclives a en-

4 La forma adoptada por el desfase entre las disposiciones y las estructuras en el caso de la traslación citada más arriba, así como en el caso -de peculiar interés- en que ese proceso se ve súbitamente detenido, se analizará en un artículo en preparación.

gendrar expectativas y prácticas objetivamente compatibles con dichas condiciones y adaptadas de antemano a sus exigencias objetivas; en otros términos, al ser producto de un determinado tipo de regularidades objetivas (por ejemplo, aquellas que caracterizan una condición de clase y que la ciencia aprehende gracias a las regularidades construidas tal como las probabilidades objetivas), esas disposiciones generales y transferibles tienden entonces a engendrar todas las prácticas "razonables" que son posibles dentro de esos límites, y sólo en el marco de ellos, excluyendo las "locuras", es decir, las conductas destinadas a sanciones negativas por ser incompatibles con las exigencias objetivas. En otros términos, tienden a asegurar, por fuera de cualquier cálculo racional y de cualquier estimación consciente de las posibilidades de éxito, la correspondencia inmediata entre la probabilidad a priori o *ex ante* que se otorga a un acontecimiento (con o sin acompañamiento de experiencias subjetivas tales como esperanzas, temores, etc.) y la probabilidad a posteriori o *ex post* que puede establecerse a partir de la experiencia pasada.'

¿Pero eso no es volver, por otras vías, a la teoría de la práctica que ciertos economistas actualizan -al menos implícitamente- cuando plantean, por ejemplo, que las inversiones tienden a ajustarse a las tasas de benefi-

5 Desgraciadamente, no hay necesidad de formular la hipótesis de la incomprensión intencional para comprender que un sociólogo que se hace conocer por sus trabajos sobre el análisis matemático de los hechos sociales no llegue a comprender el análisis de las relaciones dialécticas entre las disposiciones subjetivas *y* las probabilidades objetivas, si no es atribuyendo a los agentes la intención de no hacer mentir a la estadística: "Objetivamente, es decir, según las estadísticas, para un hijo de obrero las posibilidades de ingresar a la universidad son muy endebles. Este dato *se percibe* indirectamente *en una instancia subjetiva;* por ejemplo, lo percibe el adolescente surgido de una familia obrera: entre sus camaradas un poco mayores que él y pertenecientes al mismo medio, ninguno o casi ninguno alcanza el nivel universitario. El adolescente *se comportará pues de modo que habrá de hacer realidad* lo que *percibe* como un dato de hecho: cuando se pertenece a un medio desfavorecido, no se puede ingresar a la Universidad. Una vez planteada esta hipótesis, se deduce de ella que las estadísticas relativas a la desigualdad de oportunidades frente a la enseñanza no pueden modificarse en el tiempo, ya que en definitiva los individuos se comportan *de modo que* las estadísticas previas sigan siendo verdaderas" (R. Boudon, *L'inegalité des chances,* París, A. Colin, 1973, p. 55, el subrayado es mío) . Si bien puede verse sin esfuerzo por qué el autor de este párrafo algo sumario no *puede* aprehender el análisis propuesto sino como "finalista", hay que tener presente la pregnancia del par epistemológico que constituyen las posiciones antagonistas -de hecho complementarias- del mecanicismo y del finalismo, para comprender que ese mismo análisis recibiera algunas líneas más arriba el rótulo escolar de "hipótesis de mecanicismo de repetición".

cio esperado o realmente obtenido en el pasado? Para dejar de manifiesto la diferencia y a la vez especificar los análisis anteriores, basta tomar en consideración la teoría weberiana de "probabilidades objetivas", que tiene el mérito de exponer uno de los postulados fundamentales -aunque tácitos- de la economía: la existencia de una "relación de causalidad inteligible" entre las *posibilidades genéricas* ("típicas") "que existen objetivamente por término medio" y las "expectativas subjetivas".' Refiriéndose a "posibilidades promedio", es decir, válidas para *cualquiera,* para un agente *indeterminado* e *intercambiable,* un "uno", como diría Heidegger,' y recordando que la acción racional, orientada `juiciosamente" según lo que es "objetivamente válido", es la que "se habría desenvuelto si los actores hubieran tenido conocimiento de todas las circunstancias y de todas las intenciones de los participantes",` es decir, de lo que es "válido a los ojos del científico", el único en condiciones de construir por medio del cálculo el sistema de posibilidades objetivas a las cuales debería ajustarse una acción realizada con perfecto conocimiento de causa, Max Weber hace ver claramente que el modelo puro de acción racional no puede considerarse una descripción antropológica de la práctica. Si aun así resulta demasiado evidente que, salvo excepción, los agentes reales están lejos de poseer la información completa sobre la situación que supondría una acción racional, ¿cómo explicar que los modelos económicos fundados sobre la hipótesis de una correspondencia entre posibilidades objetivas y prácticas explican, con bastante exactitud y en la mayor parte de los casos, prácticas que no tienen por principio el conocimiento de esas posibilidades objetivas?[10] Si uno se contenta con postular implícita-

6 Cf. M. Weber, *Essais sur la théorie de la science,* trad. J. Freund, París, Plon, 1965, p. 348.

7 Heidegger liga explícitamente el concepto de "uno" al de "promedio" en una página sociológicamente ejemplar por lo evidente que resulta en ella el aristocratismo primario que se presenta oculto bajo las apariencias de la metafisica (cf. M. Heidegger, *L'Etre et le Temps,* trad. fr. de R. Bcem y A. De Wzelhens, París, Gallimard, 1954, pp. 158-169 *[El ser y el tiempo,* México, FCE, 1974]) .

8 M. Weber, ob. cit., pp. 335-336.

9 M. Weber, *Économie et Société,* París, Plon, 1967, t. I, p. 6. *[Economía y Sociedad,* México, FCE, 1947] .

10 En la literatura psicológica se encuentran algunos ejemplos de intentos por verificar directamente este axioma que la teoría económica acepta la mayoría de las veces de manera implícita (cf. E. Brunswik, "Systematic and Representative Design of Psychological Experiments", en J. Neymen (ed.) , *Proceedings of the Berkeley Symposium on Mathematical Statistics and Probability,* Berkeley, University of California Press, 1949, pp. 143-202; M. G. Preston y P. Baratta,

mente la correspondencia entre las posibilidades objetivas y las prácticas -por ejemplo, entre la tasa de beneficio y la propensión a invertir- y si omite plantear la cuestión de las condiciones de posibilidad -por lo tanto, de los límites teóricos y empíricos- de esta correspondencia, deja el campo libre a las más contradictorias teorías explicativas."

"An Experimental Study of the Action-Value of an Uncertain Income", *American Journal of Psychology* (61) , 1948, pp. 183-193; F. Attneave, "Psychological Probability as a Function of Experienced Frequency", *Journal of Experimental Psychology,* 46 (2), 1953, pp. 81-86. De hecho, sería cuestión de elaborar los procedimientos de una verdadera *sociología experimental,* capaz de medir las variaciones de las *disposiciones* adquiridas según las condiciones sociales de adquisición. Podría uno ocuparse, por ejemplo, de transponer las técnicas empleadas por los psicólogos *(e. g.:* H. Gelson) para estudiar cómo funciona la percepción de las distancias, de las alturas de las personas u otras magnitudes y cómo esta se constituye. El análisis experimental (en laboratorio y en "medio natural") de disposiciones socialmente constituidas, tales como la percepción de lo "bello" *y* de lo "feo" (aplicado a cosas o a personas, a objetos "legítimos" —en diferentes grados— o ilegítimos, etc.) , de lo "caro" y de lo "barato", de lo "brillante, chispeante" y de lo "serio", de lo "distinguido" y de lo "vulgar", etc. Debería llevar a fijar los sistemas de indicios (por ejemplo, los acentos) a partir de los cuales se detectan estos *sentidos sociales y* permitir asociar con los correspondientes tipos de condiciones sociales de producción las diferentes formas que aquellas revisten en cierta formación social.

11 Ya sea que, en la imposibilidad de interrogarse sobre las condiciones económicas y culturales del cálculo económico racional, se confiera a los agentes económicos en su universalidad, o solamente al "empresario", una aptitud para percibir y para apreciar adecuadamente las posibilidades objetivas ofrecidas por los diferentes mercados, lo que supondría una información cuasi científica o un "sentido" cuasi divino de las ocasiones favorables. Ya sea que, de modo completamente opuesto, pensando menos en el mercado del capital que en el mercado del trabajo o de los productos de consumo, se confiere a los mecanismos autorregulados del mercado el poder cuasi absoluto de regir *y* de regular voluntades y preferencias de las cuales la ciencia no tiene en definitiva cosa alguna que conocer, ya que, so pena de ser eliminados, a los agentes no les queda otra opción que determinarse en función de los precios definidos por los mecanismos de la oferta *y* de la demanda (estas dos posiciones incompatibles no podrían coexistir sin el dualismo inherente a la ideología dominante, cuyo pensamiento es distinto según piense en la clase dominante o en las demás clases: el burgués, que de buen grado es espiritualista para sí mismo, materialista para los demás, liberal para sí mismo, rigorista para los demás, es lógicamente también intelectualista para sí mismo, mecanicista para los demás) . O bien sea, por último, que uno se esfuerce por eludir la abstracción, tomando en cuenta la distribución de los recursos *y* de las escalas de preferencia individuales, los "gustos" o las "motivaciones" de los consumidores o la competencia y la información de los "empresarios", pero haciendo abstracción de las condiciones económicas y sociales de producción de esas disposiciones y de la lógica específica de su funcionamiento. Así, una tentativa tan original como la de Albert Hirschman, que rompe con el mecanicismo para deslindar las dos estrategias (individuales) que los con-

"LA CAUSALIDAD DE LO PROBABLE"

La abstracción inherente a una teoría económica que únicamente conoce las "respuestas" racionales de un agente indeterminado e intercambiable a "oportunidades potenciales" *(responses to potential opportunities)* o, más precisamente, a posibilidades promedio (como las "tasas promedio de beneficios" aseguradas por los diferentes mercados) nunca se muestra con tanta claridad como cuando los economistas se refieren a las economías precapitalistas sometidas a la dominación económica y/o política. Esta suerte de situación experimental en que no se cumplen las condiciones para el acuerdo entre las estructuras y las disposiciones, porque los agentes no son producto de las condiciones económicas a las cuales deben adaptarse, permite apreciar sin lugar a duda que la adaptación a los requisitos de la economía no es ni efecto de una conversión de la conciencia ni de una adaptación mecánica a las constricciones de la necesidad económica: la invención que supone no es accesible sino a quienes poseen un mínimo de capital económico y cultural, es decir, un mínimo de poder sobre los mecanismos que deben dominar. Mediante los mecanismos autorregulados del mercado, que adoptan el carácter de necesidad previsible y calculable del mundo natural, el "cosmos económico" importado e impuesto exige tácitamente de todos los agentes económicos ciertas disposiciones, en especial en relación con el tiempo, tales como la inclinación y la aptitud para regular sus prácticas en función del porvenir y para dominar los mecanismos económicos merced a la previsión y el cálculo, que están en función del dominio efectivamente poseído sobre esos mecanismos: la propensión práctica y, con tanto mayor motivo, la ambición consciente de apropiarse del porvenir mediante el cálculo racional depende estrechamente de las posibilidades de conseguir dicha apropiación, inscritas en las condiciones económicas presentes. La competencia requerida por la "elección" de las mejores

sumidores pueden oponer a las empresas —*exit,* la defección (en pro de un competidor), y *voice,* la protesta— no escapa totalmente al intelectualismo, ya que, en primer término, no es capaz de situar estas estrategias de las situaciones extraordinarias en relación con las estrategias ordinariamente adaptadas a las situaciones ordinarias (y destinadas por ello a pasar desapercibidas) y, en segundo lugar y sobre todo, porque no describe las condiciones económicas y culturales de acceso a cada una de ellas. (A. O. Hirschman, *Exit, Voice and Loyalty,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1970.)

12 G. Bachelard, *Le Nouvel esprit scientifique,* París, Presses Universitaires de France, 1934, p. 117.

estrategias objetivas (como sucede al optar por una inversión financiera, un establecimiento escolar o una carrera profesional) está repartida de manera muy desigual, ya que varía casi exactamente como el poder del cual depende el éxito de dichas estrategias.

La "situación límite" de los subproletarios a quienes su completa impotencia condena a la alternancia entre onirismo y renunciamiento actualiza uno de los aspectos de la relación entre el poder actual y las disposiciones: las prácticas sin economía ni estrategia de estos hombres sin porvenir, en especial su abandono fatalista a la fecundidad natural, prestan testimonio de que, más acá de cierto umbral, aun la disposición estratégica, que implica la referencia práctica a un porvenir, a veces muy alejado, no puede constituirse, como si la ambición *efectiva* de dominar el porvenir fuese proporcional al poder efectivo de dominarlo. Y, lejos de representar una impugnación, las ambiciones *soñadas* y las esperanzas milenaristas que expresan a veces los más desposeídos todavía reconfirman que, a diferencia de esta "demanda sin efecto" -cimentada, como dice Marx, sobre la necesidad y el deseo-, la "demanda efectiva" encuentra su fundamento, y a la vez sus límites, en el *poder,* medido por las posibilidades de saciar el deseo y de satisfacer la necesidad. Las aspiraciones efectivas, capaces de orientar realmente las prácticas porque están dotadas de una probabilidad razonable de surtir efecto, nada tienen en común con las aspiraciones soñadas, deseadas "sin efecto, sin ser real, sin objeto", según afirma Marx,[13] o con los simples proyectos, proyecciones conscientes y explícitas de posibles que pueden en igual medida acontecer o no, y expresamente constituidas en tanto fines de la acción destinadas a hacerlas acontecer: en el límite, es decir, a medida que se quitan el peso de todas las constricciones y de todas las limitaciones para situarse, como suele decirse, en el "ideal", esos deseos imaginarios tienden, como en el caso estudiado por Shubkin,[14] a reproducir la estructura social, pero a la *inversa,* ya que las posiciones más infrecuentes en la rea-

13 K. Marx, "Ébauche d'une critique de l'économie politique", en *OEuvres, Économie, II,* París, Gallimard Pléiade, 1968, p. 117. *[Elementos fundamentales para la crítica de la economía política,* México, Siglo XXI, 2006.]

14 Shubkin observa que el universo de posiciones sociales ("profesiones") deseadas presenta la forma de una pirámide, pero que reposaría sobre su punta, a la inversa de la pirámide de posiciones realmente ofrecidas, en que las posiciones son tanto más numerosas cuanto menos prestigiosas son (V. Shubkin, "Le choix d'une profession. Résultats d'une enquête sociologique auprès des jeunes de la région de Novosibirsk", *Revue Française de Sociologie,* 9 [1], 1968, pp. 35-50).

lidad son las más frecuentes en el ideal. Al contrario, la *vocación efectiva* incluye, en tanto disposición adquirida en ciertas condiciones sociales, la referencia a sus condiciones (sociales) de realización, de modo que tiende a adecuarse a las potencialidades objetivas.'

Las estrategias económicas no son respuestas a una situación abstracta y común a todos, tal como un estado determinado del mercado de traba-

15 Así, como se sabe, la propensión a abandonar los estudios es tanto más fuerte, suponiendo que todos los demás elementos de la situación sean iguales (y en particular el éxito escolar), cuanto más débiles son, para la clase de pertenencia, las posibilidades objetivas de acceder a los niveles más elevados del sistema de enseñanza. Los efectos de esta "causalidad de lo probable" se observan más allá de las prácticas y hasta en las representaciones subjetivas del porvenir tanto como en la expresión declarada de las esperanzas. Así, incluso en un nivel elevado de estudios y pese a los efectos de la sobreselección, se observa que los estudiantes son tanto más modestos en sus ambiciones escolares (como por otra parte en la evaluación de sus resultados) y tanto más limitados en sus proyectos de carrera, cuanto más débiles son las posibilidades escolares de las categorías a que pertenecen. De igual modo, pese a la irrealidad y a la irresponsabilidad asociadas al simple *anhelo* verbal y pese al efecto de imposición de legitimidad que de por sí ejerce el examen, el segmento de los padres que juzgan "normal" el ingreso de sus hijos a la Universidad pasa del 13% entre los obreros al 22% entre los empleados y los cuadros medios y al 69% entre los cuadros superiores y miembros de profesiones liberales (IFOP, *Enquête auprès des mères de famille de la région parisienne,* septiembre de 1968) . El segmento de los padres que dicen desear que sus hijos (ya inscritos en *sixième* o en *cinquième)* continúen sus estudios más allá del examen de bachillerato pasa del 15% entre los obreros y del 16% entre los agricultores, al 31% entre los artesanos y pequeños comerciantes, el 33% entre los empleados, cuadros medios, 67% entre los cuadros superiores, miembros de profesiones liberales, industriales y grandes comerciantes. También, de igual modo, el segmento de los padres que declaran desear que sus hijos (todavía en la primaria) cursen su *sixième* en un liceo (y no en un Colegio de Enseñanza General -CEG- o en un Colegio de Enseñanza Secundaria -CES- pasa del 18% entre los agricultores, al 54% entre los cuadros superiores; por otra parte, un 11% de los obreros (17% de los agricultores) que tienen un hijo en *sixième* o en *cinquième* dicen desear que entre en *quatrième classique,* contra un 41 % de los cuadros superiores (SOFRES, *Les Francais et problèmes de l'éducation nationale,* junio-agosto de 1973; véase Apéndice). Según esa misma lógica, al término de un estudio sobre la representación del porvenir entre adolescentes de enseñanza técnica, que deja en evidencia que "el lugar esperado en la jerarquía profesional, desde el primer empleo, suele estar en función *de* la índole de la formación recibida" (ligada, por su parte, al origen social) y que la "índole de los estudios proyectados refleja fielmente la de los estudios actualmente seguidos", Antoine Léon escribe: "Es impactante el realismo de las respuestas proporcionadas por los alumnos a propósito, por ejemplo, de los salarios esperados o del deseo de continuar sus estudios cuando egresen del establecimiento escolar" (A. Léon, "Relation pédagogique et répresentation de l'avenir chez des adolescents de l'enseignement technique", *Bulletin de Psychologie,* 27 (17-19) , 1969-1970, pp. 1069-1081) .

jo o una tasa promedio de beneficio, sino a una configuración singular de indicadores positivos o negativos, inscritos en el espacio social: allí se expresa una *relación específica* entre el patrimonio poseído y los diferentes mercados, es decir, determinado grado de poder actual y potencial sobre los instrumentos de producción y de reproducción. Las posibilidades de dominar los instrumentos de producción y de reproducción (que el discurso erudito expresa, por ejemplo, bajo la forma de probabilidades de acceso a bienes o a instituciones) mantienen una relación dialéctica con la aptitud y con la inclinación a dominar esos instrumentos, es decir, a aprehender las oportunidades de inversión y de beneficio, a organizar los medios disponibles, etc.; en suma, a todo lo que se designa comúnmente con el nombre de "espíritu de empresa". Si las condiciones objetivas (poi-oposición a la "situación" abstracta que postulan economistas y psicólogos) se definen por una relación específica entre mecanismos tales como el mercado de trabajo o el mercado escolar y el conjunto de propiedades constitutivas del patrimonio de una clase particular de agentes, a esas condiciones objetivas se adecuan las prácticas engendradas por el habitus, ya que él es producto de condiciones similares a aquellas a las cuales debe responder, y esto en todos los casos en que las estructuras y los mecanismos que las reproducen y/o la posición relativa de los agentes en esas estructuras no han tenido un cambio importante. En esa coyuntura, la concordancia entre las expectativas y las probabilidades, las anticipaciones y las realizaciones, reside en el origen de esta suerte de "realismo", como percepción de la realidad y de las realidades que hace que, más allá de los sueños y de las rebeliones, cada uno tienda a vivir "conforme a su condición", según la máxima tomista, y a hacerse inconscientemente cómplice de los procesos que tienden a realizar lo probable.

La definición normativa de la práctica económica adaptada que la teoría económica asume implícitamente, y que omite plantear la cuestión de sus condiciones de posibilidad, tiene por efecto -y sin duda, por función- disimular que la adaptación de las disposiciones a las condiciones objetivas tal como se las ha definido puede, en el caso de las clases económica y culturalmente desfavorecidas, ser el principio de una inadaptación a la "situación" y de una resignación a esta inadaptación: las disposiciones mismas, adaptando a los más desposeídos a la condición específica de la cual ellas son producto, contribuyen a tornar improbable o imposible su adaptación a las exigencias genéricas del cosmos económico (por ejemplo, en materia de cálculo y de previsión) y los llevan a aceptar las sanciones negativas que resultan de esta inadaptación, es decir, su condición desfavorecida. Se evidencia entonces aquello que di-

simulan las nociones abstractas de la teoría que, en virtud de una *fictio juris,* convierte la ley inmanente de la economía en norma universal de la práctica económica conveniente: el habitus racional, que es la condición de una práctica económica inmediata y perfectamente adaptada, es producto de una condición económica específica, aquella que define la posesión del capital económico y cultural necesario para una aprehensión efectiva de las "oportunidades potenciales" formalmente ofrecidas a todos, pero realmente accesibles sólo a los poseedores de los instrumentos necesarios para apropiárselas)`'

> La competencia económica no es, pues, una aptitud repartida universal y uniformemente: el arte de estimar y de aprehender las posibilidades, de ver en la configuración presente de la situación el futuro "apresentado" (como lo llama Husserl para oponerlo al futuro imaginario del proyecto), la aptitud para adelantar el porvenir mediante una suerte de inducción práctica o incluso para interpretar lo posible a la luz de lo probable mediante un riesgo calculado, son disposiciones que no pueden adquirirse sino bajo ciertas condiciones (sociales) . Tal como el espíritu de empresa, la información económica está en función del poder sobre la economía: porque la propensión a adquirirla depende de las posibilidades de utilización exitosa y porque las posibilidades de adquirirla dependen de las posibilidades de utilizarla con éxito. Una competencia económica que, como la del ama de casa de las clases populares, debe sus características a las condiciones peculiares de su adquisición y de su utilización, y que funciona como un *sistema de defensa* enteramente orientado hacia la minimización del gasto, no es sino un conjunto heterogéneo de semisaberes capaces de fundar estrategias defensivas, pasivas e individuales: en ese contexto, el dominio práctico de sistemas de clasificación tales como "marcas" de productos, escalas de precios, categorías de calidad, etc., se asocia a los preceptos, a las re-

16 El análisis de las condiciones específicas que deben cumplirse para que sea posible el conocimiento erudito, es decir, sin más, la economía teórica y la economía profesional, también habría llevado sin duda, por otras vías, a condenar esta forma paradigmática del error objetivista, que consiste en otorgar el valor de una descripción antropológica del principio generador de las prácticas al modelo teórico construido por el científico para explicarlas.

cetas y a las racionalizaciones de una suerte de *vulgata económica,* conjunto de semiverdades seleccionadas en función de las disposiciones éticas *(ethos)* que le asignan una coherencia práctica. Con todo, el sentido de los "buenos negocios" está alejado del "sentido de los negocios" tanto como "el arte de economizar" lo está del poder de "hacer la economía". Condenado a estrategias de corto plazo y de visión acotada, el consumidor desposeído no puede hacer que los diferentes vendedores compitan si no es a expensas de un gasto considerable de tiempo y de trabajo (cálculos, "preocupaciones", desplazamientos, etc.) y nada tiene que oponer sino la huida *(exit)* o la protesta impotente *(voice)* ante las estrategias de los vendedores, y en particular ante sus esfuerzos para confundir los indicios a los cuales se remiten los sistemas de clasificación disponibles (imitaciones, símiles, falsificaciones, etcétera) . El pequeño burgués mantiene con el mercado de capital una relación totalmente homóloga a aquella que el ama de casa de las clases populares mantiene con el mercado de productos de consumo: sus estrategias puramente defensivas se arman de una competencia de igual naturaleza. Ejemplo paradigmático de *jerga cultural, su* discurso económico debe su lógica -la del cambalache de nociones descontextualizadas y heterogéneas, de términos semidominados, hasta en su apariencia fonética, y de *recetas* desprendidas de su principio- a su génesis y a su función. Estas migajas de saber recibidas sin orden ni método, por el azar de las conversaciones, las lecturas o las transacciones, o reunidas deprisa, frente a la inminencia de una decisión económica, serán utilizadas para poner a prueba la buena fe del vendedor o para mostrar que uno no dejará que lo engatusen (como cierto término técnico que uno saca a relucir frente al mecánico), y sobre todo quizá para *racionalizar* después una decisión económica, de hecho engendrada por los principios inconscientes del *ethos* de clase. Estas respuestas anárquicas están tan alejadas como sea posible de las estrategias de las grandes empresas que poseen los medios de prever las fluctuaciones del mercado y de explotarlas, incluso de determinarlas, en virtud del poder que tienen sobre el mercado. Teóricamente todopoderosos, ya que su defección simultánea, a la manera de un voto hostil, debería arruinar el emprendimiento del productor, los consumidores están de

> hecho reducidos a la impotencia porque se ven imposibilitados de organizar colectivamente sus estrategias; sus defecciones individuales no adquieren eficacia si no es por obra de la sumatoria estadística, sobre la cual no tienen poder alguno, ya que se efectúa independientemente de ellos. Las estrategias de protesta *(voice)* o incluso de boicot siguen siendo *acciones estadísticas* que, resultado de una mera sumatoria, conjunto aditivo de agentes pasiva y mecánicamente totalizados (Como votos en un acto eleccionario) , se oponen a las verdaderas *acciones colectivas,* tales como reivindicaciones, huelgas, manifestaciones o revoluciones, llevadas a cabo por grupos movilizados por y para la realización de una estrategia común sobre la base de una concertación previa de las disposiciones y de los intereses, y producida y garantizada por un aparato al cual se otorga permanente *y* explícitamente un mandato.

Todo agente económico es una suerte de empresario que busca sacar el mejor rendimiento de recursos escasos. Pero el éxito de sus emprendimientos depende, en primer lugar, de las posibilidades que tiene de conservar o de aumentar su patrimonio, dado su volumen y estructura; y, a su vez, de las magnitudes de los instrumentos de producción y reproducción que posee o controla. En segundo lugar, depende de sus disposiciones económicas (en el sentido más amplio) , es decir, de su propensión y de su aptitud para aprehender esas posibilidades. Estos dos factores no son independientes: las disposiciones respecto del porvenir (entre las cuales las disposiciones económicas son una dimensión específica) dependen del porvenir objetivo de su patrimonio -que de por sí está en función de las estrategias de inversión de las generaciones previas-, es decir, de la posición actual y potencial del agente o del grupo de agentes tomado en consideración en la estructura de la distribución del capital (económico, cultural y social) entendido como poder sobre los instrumentos de producción y de reproducción. De ello se deriva que los agentes tienden más a buscar la seguridad de las "inversiones de rentistas" que ofrecen beneficios débilmente dispersos -por lo tanto, menos aleatorios, pero débiles y expuestos a la devaluación-cuanto menos importante es el capital de que disponen; al contrario, se orientan más hacia las inversiones arriesgadas pero fructíferas de la especulación cuando poseen mayor capital, capaz de asegurarles los recursos necesarios para pagar por entero el precio de los imprevistos y para restablecerse en caso de fracaso.

Esto se percibe cabalmente en el caso de las estrategias de inversión escolar." Al no poder disponer de una información lo suficientemente actualizada como para conocer a tiempo qué "apuestas" tentar, ni de un capital económico de importancia suficiente para soportar la incierta expectativa de los beneficios, y tampoco de un capital social lo bastante consistente como para encontrar una salida secundaria en caso de fracaso, las familias de las clases populares y medias (al menos en las fracciones no asalariadas) tienen todas las posibilidades de hacer malas inversiones escolares. En un ámbito donde, como en otros sitios, la rentabilidad de las inversiones depende preeminentemente del momento en que se las efectúa, los más desposeídos pueden descubrir las modalidades más convenientes -establecimientos, áreas, opciones, especialidades, etc.- *únicamente con retraso,* una vez que, de todas formas, ya están devaluadas, aunque más no fuera por el hecho de que llegan a serles accesibles.' ' Además,

17 Si bien no existe (según conozco) un estudio empírico de las relaciones entre el patrimonio y las estrategias de inversión estrictamente económica, todo parece indicar que, tal como en el dominio escolar, los agentes están más inclinados a la audacia de la *especulación* (por oposición a la búsqueda de la seguridad) cuanto más ricos en capital son, especialmente en capital cultural. Así, a falta de un indicador más adecuado, puede observarse que, muy marcada por la posesión de *acciones* (los cuadros superiores, que representan el 5% de los hogares, tienen en sus manos el 46% del monto de las acciones), la brecha entre los cuadros superiores y las demás clases sociales es muy débil para inversiones características de "padre de familia", tales como bonos o depósitos en caja de ahorro; más precisamente, la posesión de una "cartera" de acciones, que crece muy fuertemente en función del ingreso (del cual se sabe que mantiene una fuerte correlación estadística con el nivel de instrucción), depende también sólo del nivel de instrucción, ya que en todos los niveles de ingresos los poseedores del diploma de bachillerato o un título de enseñanza superior tienen acciones con mayor frecuencia que los demás (cf. Ph. L'Hardy, "Les Disparités du patrimoine", *Économie et Statistique* (42), febrero de 1973, pp. 3-23, y en especial cuadros de p. 12). La relación que se observa entre las estrategias económicas y el capital cultural plantea la cuestión de la integración del *ethos* y la competencia erudita o, si se quiere, de la relación entre el dominio práctico y el dominio simbólico de esta práctica, para lo cual la educación proporciona los instrumentos (estudiaremos esta relación en el caso de los consumos estéticos) .

18 Este desfase puede llevar también a estrategias inadaptadas, porque son realizadas a contratiempo; así, los empleados que han visto acotada su carrera por no contar con el bachillerato suelen extender sus inversiones hasta que sus hijos tengan ese diploma y solamente hasta esa instancia; y ello en un momento en que el título de bachiller ya no cumple las funciones negativas y positivas que cumplía antaño, cuando separaba la "puerta lateral", vía de

puede observarse aquello que separa la información abstracta que un bachiller originario de las clases populares o medias puede obtener de un organismo de orientación especializado sobre las posiciones infrecuentes, y la *familiaridad* que procura a un hijo de la clase dirigente la frecuentación directa de familiares que ocupan esas posiciones y que permite adoptar estrategias "racionales" sin tener que pensarlas en cuanto tales bajo la forma de un plan explícito de vida o de una reconversión calculada o cínica (lo que constituye una ventaja decisiva, ya que la "sinceridad" y la "ingenuidad" de la "vocación" y de la "conversión" forman parte de las condiciones tácitas para ocupar la posición, como en el caso de las profesiones artísticas) . Además, el capital social asociado a la pertenencia a la clase dominante ("relaciones") , que permite maximizar el rendimiento económico y simbólico de los títulos escolares en el mercado de trabajo, permite también minimizar las pérdidas en caso de fracaso: así, las diferentes fracciones, en función de la estructura de su capital, encontrarán sus estrategias compensatorias de reproducción, sea en la transmisión de capital económico (compra de fondos comerciales, etc.) , como es el caso de los patronos de la industria y del comercio, e incluso de los miembros de profesiones liberales, mientras que las fracciones relativamente poco provistas de capital económico pero ricas en capital cultural o social se inclinarán más bien hacia las profesiones artísticas, hacia los oficios de representación o, en la actualidad, hacia las carreras-refugio de las burocracias públicas y privadas de la investigación o de la producción cultural de masas. La *seguridad* procurada por la certidumbre íntima de poder contar con una serie de "redes de protección" reside en el principio de todas las *audacias,* incluidas las intelectuales, que su inseguridad ansiosa de seguridad prohíbe a los pequeños burgueses. No es casual que, en todas las encrucijadas del curso escolar (y en todos los puntos de inflexión de la carrera intelectual) se ofrezca la "opción" entre las estrategias del rentista, encargado de maximizar la seguridad asegurando lo obtenido, *y* las estra-

acceso inferior, "por el rango", reservado a los "primarios" (poseedores del Certificado de Estudios Primarios-CEP) y la "puerta principal", abierta sólo a los poseedores de un título noble.

tegias del especulador, que aspira a maximizar el beneficio: los cursos y carreras más arriesgados -por lo tanto, a menudo los más prestigiosos- siempre tienen una suerte de doblete menos glorioso, que se reserva para aquellos que no tienen suficiente capital (económico, cultural y social) corno para hacerse cargo de los riesgos de perderlo todo cuando quieren ganarlo todo, riesgos que nunca se corren si no se garantiza que no se perderá todo en ese trance. Indudablemente, en el espacio delimitado por estas alternativas se constituye la sensación de éxito o de fracaso, ya que cada trayectoria específica recibe su valor vivido de su posición en *el sistema jerarquizado de trayectorias alternativas* que han sido rechazadas o abandonadas: eso sucede, por ejemplo, dentro del sistema de trayectorias, *en su origen aparentemente confundidas,* entre las cuales la pintura o la filosofía representan la cumbre. Allí se definen las propiedades fundamentales de profesiones como las de profesor de dibujo o profesor de filosofía, determinadas objetiva y subjetivamente por su relación negativa con el conjunto de trayectorias abandonadas. La amplitud del desvío necesario para pasar a una trayectoria más baja mide entonces la importancia del trabajo de desinversión que debe realizarse para "barajar y dar de nuevo" como suele decirse: para superar los efectos de sobreinversión favorecidos por la indiferenciación inicial de las trayectorias.'" Resituada en

19 La institución escolar favorece esta confusión reuniendo a individuos destinados a carreras muy divergentes (por ejemplo, de Bellas Artes o de la Facultad de Letras) y valiéndose de la dispersión de las carreras prometidas para obtener inversiones que casi en su totalidad resultan desproporcionadas respecto de la contrapartida que ellos realmente recibirán. Si se agrega este otro factor de discordancia entre las aspiraciones y las posibilidades objetivas —esto es, que en una coyuntura de traslación de las oportunidades de acceso el sistema de enseñanza sitúa a los individuos sometidos a su acción en una condición provisoria (la de cuasi estudiante o estudiante) que, apartándolos de la producción y más o menos por completo (internado) de su medio familiar, tiende a desviarlos subjetivamente de su destino objetivo y que encierra la promesa implícita de un futuro muy alejado de la condición a la cual destina objetivamente a la mayor parte de ellos- , puede formularse la hipótesis de que la probabilidad de que la inversión escolar no proporcione el beneficio esperado, *i. e.:* la probabilidad de una *sobreinversión* a la vez económica y psicológica y la frustración correlativa, resulta mayor en tanto: 1) los beneficios prometidos por el curso o la carrera tomada en consideración (escuela, facultad, disciplina) están más *dispersos* y, al ser más difícil la anticipación exacta de los beneficios escolares de la inversión de capital cultural y de los beneficios económicos y simbólicos de los títulos escolares,

> el orden de las sucesiones, la alternativa entre riesgo y seguridad, rentista y especulador, se retraduce en la oposición entre la forma que reviste la apropiación monopólica en el orden de los bienes simbólicos por excelencia, la *prioridad temporal* (uno de cuyos casos específicos lo constituye la exclusividad distintiva que procuran en ámbitos diferentes el vanguardismo y el esnobismo), y la posesión desposeída sin saberlo, aquella que se apropia solamente de un bien devaluado, no por el tiempo sino por su difusión, o -mejor dicho- por su divulgación, llevada a cabo en el tiempo.

El mundo económico y social (puestos que tomar, estudios que realizar, bienes que consumir, propiedades que comprar, mujeres que desposar, etc.) nunca reviste, excepto en la experiencia imaginaria que supone la neutralización del sentido de las realidades, la forma de un universo de posibles igualmente compatibles para todo sujeto posible. Se presenta como campo inmediatamente estructurado según la oposición entre lo que otros ya se han apropiado, de hecho y de derecho, por lo tanto imposible, alienado, y lo que, poseído de antemano, pertenece al universo normal de lo que se da por descontado. Tener poder es poseer en potencia el uso exclusivo o privilegiado de bienes o de servicios formalmente a disposición de cualquiera: el poder da el monopolio de ciertos posibles, formalmente inscriptos en el futuro de todo agente. [20] La herencia, y no

el desfase entre las aspiraciones que tienden a regularse a partir del beneficio máximo y los logros reales tiene todas las posibilidades de ser mayor; 2) la rareza de los títulos escolares en el mercado del trabajo (donde necesariamente están ubicados *mucho tiempo después)* ha disminuido más con relación a la existente en ese mismo mercado cuando los portadores de esos títulos comenzaban sus estudios (o recibían sus títulos) o, más exactamente, con relación a la representación que los inversores *—i. e.: los* individuos escolarizados y sus familias— se formaban de la escasez de los títulos esperados y de los beneficios correlativos, en función de las disposiciones inculcadas por un estadío anterior del mercado; 3) los inversores son menos ricos en cualquier tipo de capital distinto al cultural, y por lo tanto, se ven forzados a esperarlo todo de las inversiones escolares (aunque su capital cultural sea relativamente endeble) y cuentan con pocas armas para sacar el mejor rendimiento económico y simbólico de sus títulos escolares *(e. g.:* fracciones asalariadas de las clases medias) .

20 La sociología de la experiencia temporal, es decir, el análisis de las condiciones económicas y sociales que posibilitan las diferentes formas de experiencia temporal, desde la imprevisión forzada del subproletariado hasta la previsión generalizada del empresario, constituye una de las dimensiones fundamentales de la sociología económica. Las estructuras temporales y, en

solamente la económica, es un conjunto de *derechos preferenciales sobre el futuro,* sobre las posiciones sociales pasibles de ser ocupadas y, por ello, sobre las maneras posibles de ser hombre. De acuerdo a ello debe leerse el modo como se distribuyen entre las clases las oportunidades de acceso a los diferentes órdenes del sistema de enseñanza, proyección de los poderes diferenciales sobre ese sistema y, por ello, sobre los beneficios materiales y simbólicos procurados por los títulos que expide; en suma, sobre los diferentes privilegios que transmite, con la colaboración imperceptiblemente arrancada a las clases desposeídas, que tienden a dosificar sus inversiones escolares según los beneficios prometidos, por lo tanto, a tomar la delantera respecto de los veredictos del sistema.[21] Los derechos

especial, las disposiciones respecto del futuro, imperceptiblemente inculcadas por "la sorda presión de las relaciones económicas", como dice Marx, es decir, por el sistema de sanciones económicas y simbólicas asociadas a una posición determinada en las estructuras económicas, son una de las mediaciones por las cuales las estructuras objetivas llegan a estructurar toda la experiencia (en primer término, la experiencia económica), sin echar mano de las modalidades de una determinación mecánica o de una toma de conciencia adecuada.

21 También en política, el dominio de los instrumentos tiende a dirigir la propensión a dominarlos: si se sabe que en ese ámbito la competencia siempre es, en el sentido jurídico del término, poder reconocido, se comprende que la abstención, que desespera a los politólogos, no sea otra cosa que el efecto de la exclusión. Todo parece indicar que las oportunidades de acceder a una opinión sobre una institución, expresión elemental de la pretensión de asegurarse su dominio, ya sea para conservarla, ya para transformarla, dependen fundamentalmente del poder efectivamente poseído sobre esta institución. De todas las informaciones proporcionadas por el análisis secundario de un conjunto de preguntas atinentes a la enseñanza planteadas a lo largo de los últimos años por diferentes institutos franceses de sondeo, la más importante, sin duda, queda englobada en las variaciones de las no-respuestas que dependen, por una parte, de las características sociales y escolares de las personas interrogadas (categoría socioprofesional, nivel de instrucción, etc.) y, por otra, de las características de las preguntas planteadas. El análisis de la estructura de una muestra espontánea de encuestados en un sondeo acerca de la crisis del sistema de enseñanza administrada por el conjunto de los órganos de prensa franceses permite ver, de manera aun más evidente, que la *opinión pública movilizada* (en la lógica de la petición política) a propósito de la educación prácticamente coincide con la población de usuarios presentes o futuros, directos o indirectos, de la enseñanza superior. Visto que el interés que un grupo o una clase tiene por el funcionamiento del sistema de enseñanza está en función del grado en que dicho sistema sirve a sus intereses, los miembros de las clases cuyas oportunidades de acceso son más débiles tienen también oportunidades más endebles de acceder a una opinión explícita y sistemática al respecto (producirla supone, en cualquiera de los casos, un alto nivel de instrucción) y, cuando acceden, tienen posibilidades muy reducidas de percibir las funciones objetivas. En resumen, la probabilidad

que el derecho da no son sino la forma explícita, garantizada y legítima de todo este conjunto de *oportunidades apropiadas,* de posibles monopolizados por donde las relaciones de fuerza presentes se proyectan hacia el porvenir, al regir por contrapartida las disposiciones presentes. El poder, como apropiación anticipada, como futuro apropiado, sostiene las relaciones entre los agentes más allá de la constante creación de interacciones ocasionales. Podríamos oponer, si fuera este el lugar, formaciones sociales en cuyo seno las únicas relaciones duraderas son los vínculos de dependencia personal, que con el paso del tiempo no pueden preservarse -más allá de las personas- sino a expensas de un trabajo incesante, y otras en que el dominio de los mecanismos (tales como el mercado de trabajo o el mercado escolar) que, por su propio funcionamiento, tienden a asegurar la reproducción de las relaciones de dominación, confiere un derecho preferencial sobre los posibles, y dispensan así del trabajo incesante que en otros contextos es necesario para apropiarse, de manera duradera, del porvenir de los demás.

LA PENDIENTE Y LA INCLINACION

En tanto necesidad hecha virtud, el *ethos* de clase es la propensión a lo probable por cuyo intermedio se consuma la causalidad del porvenir objetivo en todos los casos de correspondencia entre las disposiciones y las posibilidades (o las posiciones actuales o potenciales en la estructura de la distribución del capital económico y cultural) ; por eso, sería vano intentar aislar estadísticamente el efecto de las disposiciones éticas, perfectamente redundantes en ese caso con las condiciones que las han producido y que ellas tienden a reproducir. En resumen, los efectos del habitus nunca están más ocultos que cuando aparecen como efecto directo de las estructuras (o de una posición determinada en esas estructuras tal como puede detectarse por medio de los indicadores del capital económico o del capital cultural) porque los producen agentes que son

de que un agente aislado, por fuera de todo procedimiento de procuración y de delegación, acceda a una opinión explícita y coherente sobre el sistema de enseñanza y participe de una acción estadística destinada a influir en su funcionamiento depende del grado en que él depende de aquel para su reproducción y del grado en que está *interesado,* objetiva y por ende subjetivamente, en su funcionamiento.

la estructura "hecha hombre". Sin embargo, hay casos en que los efectos de este *ethos* siempre en acción se dejan percibir de modo directo, porque el capital efectivamente poseído *en el instante tomado en consideración* -o el porvenir objetivo que este asegura- no basta para explicar plenamente las prácticas o, lo que viene a ser lo mismo, las disposiciones que necesariamente engendra, en su condición de balance de lo adquirido anteriormente que incluye en potencia su porvenir y, por ello, la propensión a hacerlo advenir.

Así, las prácticas de la fracción ascendente de la pequeña burguesía (y, en términos más generales, de las clases ascendentes y de los individuos en ascenso) no se dejan comprender por entero a partir del conocimiento de las posibilidades sincrónicamente medidas, o (expresado de otro modo) se diferencian sistemáticamente de lo que en teoría ellas deberían ser si sólo dependieran del capital económico y/o del capital cultural.

> Ello resulta especialmente evidente en el caso de la fecundidad que, fuerte en los sectores de bajos ingresos, pasa por un mínimo, que corresponde grosso modo a los ingresos medios, para nuevamente crecer en los ingresos elevados. Si esto es así, se debe a que el costo relativo del hijo, débil para las familias de menores ingresos que, sin poder vislumbrar para sus hijos otro porvenir que su propio presente, acometen inversiones educativas extremadamente reducidas, débil también para las familias dotadas de ingresos elevados -ya que los ingresos se incrementan a la par de las inversiones-, pasa por un máximo que corresponde a los ingresos medios, es decir a las clases medias, obligadas por la ambición del ascenso social a inversiones educativas relativamente desproporcionadas respecto de sus recursos." Ese costo relativo está definido por la relación entre los recursos de que dispone la familia y las inversiones monetarias o no monetarias que debe consentir para reproducir, por medio de su descendencia, su posición -dinámicamente definida- en la estructura social, es decir, para consumar el porvenir que le es prometido, dando a sus hijos los medios para hacer realidad las ambiciones efectivas que configura para ellos. Así se

22 P. Bourdieu y A. Darbel, "La fin d'un malthusianisme?", en Darras, *Le partage des bénéfices,* París, Minuit, 1966, pp. 136-154.

explica la forma de relación que se observa entre las estrategias de fecundidad de las diferentes clases o fracciones de clase y las posibilidades de ascenso social objetivamente ofrecidas a sus miembros (Cuadro 1) . Las clases populares, cuyas posibilidades de acceso a la clase dirigente en dos generaciones son casi nulas, tienen tasas de fecundidad muy elevadas, que decrecen levemente cuando aumentan las posibilidades de ascenso intergeneracional. No bien las probabilidades de acceso a la clase dirigente (o, en un planteo equivalente, a los instrumentos capaces de asegurarla, tal como el sistema de instituciones de enseñanza superior) alcanzan cierto umbral, con los capataces y los empleados de oficina -fracción en transición entre la clase popular y la clase media-,[23] las tasas de fecundidad marcan un descenso sensible; a esta franja intermedia pertenecen también los artesanos,`'' fracción de transición también, pero más bien en declinación. En las clases medias propiamente dichas, cuyas posibilidades de ascenso son incomparablemente más elevadas (y tanto más dispersas que los ingresos), las tasas de fecundidad se mantienen en un mínimo (que oscila entre 1,67 y 1,71) ; entre las clases superiores, la tasa de fecundidad asciende marcadamente, lo que demuestra de que la reproducción biológica

23 Las categorías de los empleados de oficina y de comercio están bastante mal definidas. Así, en la categoría de los empleados de oficina se ve, junto a bancarios y tenderos, a encargados de depósitos y ferroviarios. La categoría de empleados de comercio es, sin duda, aún más heterogénea, ya que incluye a carniceros (mientras que los peones del área de chacinería y/o de panaderías están clasificados como obreros calificados) junto a viajantes de comercio o gerentes de tiendas con múltiples sucursales. Una confirmación de la hipótesis propuesta puede verse en el hecho de que la tasa de fecundidad de los empleados de oficina del sector público (entre quienes el segmento de trabajadores manuales es mayor) es de 2,04 contra solamente 1,83 para los empleados de oficina del sector privado, que son casi todos asalariados no manuales.

24 El estudio de G. Calot y J. C. Deville presenta confundidas la tasa de fecundidad de artesanos y la de comerciantes (1,92) . Pero por otra parte puede establecerse que la tasa de fecundidad de los artesanos es netamente superior a la de los pequeños comerciantes: en la distribución por categorías socioprofesionales de la cantidad de hijos menores de 16 años por hogar (según el censo de 1968), que globalmente muestra la misma estructura que la distribución de tasas de fecundidad citadas más arriba, los artesanos ocupan una posición más cercana a la de los obreros que los pequeños comerciantes; la cantidad promedio de hijos de menos de 16 años por hogar es de 1,35 para los obreros, 1,01 para los artesanos, 0,88 para los empleados y 0,78 para los pequeños comerciantes.

no cumple la misma función en el sistema de estrategias de reproducción de esas categorías que tienen que *preservar* tan sólo su posición.

Cuadro 1. Tasas de fecundidad y posibilidades de acceso a la clase dirigente de las diferentes clases y fracciones de clase

	Asalariados agrícolas	Peones	Agricultores	Obreros especializados	Obreros calificados	Capataces	Artesanos	Empleados de oficina	Empleados de comercio	Pequeños comerciantes	Cuadros medios	Técnicos	Maestros	Industriales	Grandes comerciantes	Ingenieros	Cuadros superiores	Profesores	Profesiones liberales
Posibilidades de acceso a las clases superiores*	1,8	2,3	2,9	3,7	4,3	9,6	10,6	10,9	12,0	15,6	19,2	20,4	32,5	35,0	35,6	38,7	42,0	52,7	56
Tasa de fecundidad**	3,00	2,77	2,83	2,42	2,10	1,94	***	1,97	1,68	***	1,71	1,67	1,68	2,09			2,00		2,00

INSEE, encuesta acerca de formación y calificación profesional, 1970. Probabilidad de acceso a las clases superiores para los hombres según la profesión del padre.

Cantidad promedio de hijos por familia completa, in G. Galot, J.-C. Déville, "Nuptialité et fécondité selon le milieu socio-culturel", *Économie et Statistique,* (27) octubre de 1971, p. 28.

Cf. n. 24

Los pequeños burgueses ascendentes se definen en sentido estricto por el hecho de que se determinan en función de posibilidades objetivas que no tendrían si no tuvieran la *pretensión* de tenerlas *y* si no agregaran, por ello, *recursos morales* a sus recursos en capital económico y cultural. Como esta fuerza adicional no puede ejercerse más que *negativamente,* en calidad de poder de limitación y de restricción, es comprensible que únicamente puedan medirse sus efectos bajo forma de "magnitudes negativas", como habría dicho Kant, ya se trate de "economías", como menor gasto, o bien de limitación de los nacimientos, como restricción de la fecundidad natural, es decir, en todos los casos de *moral* o, expresión

equivalente al fin, de economía, "la más moral de las ciencias morales". Si en ese caso y en un momento dado del tiempo las disposiciones no están totalmente definidas por la relación entre el capital que se posee y el estado del mercado, es decir; por las posibilidades objetivamente asociadas a la posesión de determinado capital; si, en otros términos, ciertas categorías de agentes pueden sobreestimar sus posibilidades y de ese modo incrementarlas realmente, es porque las disposiciones tienden a reproducir, no la posición de la cual son producto, tomada en un momento dado del tiempo, sino la *pendiente* -para el punto tomado en consideración- de la trayectoria individual y colectiva. Más precisamente, las disposiciones con respecto al porvenir, y por consiguiente las estrategias de reproducción, dependen no sólo de la posición sincrónicamente definida de la clase y del individuo en esa clase, sino de la pendiente de la trayectoria colectiva del grupo del cual forma parte el individuo o el grupo (e. g.: fracción de clase, linaje) *y,* en forma secundaria, de la pendiente de la trayectoria específica de un individuo o de un grupo englobado con relación a la trayectoria del grupo englobante.

> Si bien, a condición de situarnos en un nivel bastante grosero de sumatoria estadística, podemos oponer un *ethos* pequeñoburgués de la abstinencia y del ahorro al *ethos* burgués de la *holgura,* eso no obsta para que esta disposición revista modalidades específicas, e incluso singulares, tantas como maneras hay de acceder a una posición media en la estructura social, de mantenerse en ella o de atravesarla: los miembros de una misma clase pueden tener disposiciones respecto del porvenir -y por ende, disposiciones morales- radicalmente diferentes según pertenezcan a una fracción globalmente en ascenso o en declinación; y, en forma secundaria, según ellos mismos -primero en tanto miembros de un linaje y luego en tanto individuos- estén en movimiento ascendente o descendente. Así, si los pequeños burgueses en conjunto tienden a mostrarse más rigoristas siempre que estén en juego cuestiones morales, todo un conjunto de indicios opone el rigorismo *represivo* de las fracciones en regresión (en especial, los pequeños artesanos y comerciantes en declinación) y *el rigorismo ascético* de las fracciones en ascenso (uno y otro diferenciados del *conservadurismo* ético que se encuentra en la gran burguesía tradicional) . Ya que en definitiva, tanto en la producción como en la evaluación de las prácticas, no conoce ni reconoce otro criterio que el posible

aporte de esas prácticas al ascenso social, la pequeña burguesía ascendente, que usualmente se muestra en verdad más *rigorista* que las otras clases (especialmente, en todo cuanto atañe a la educación de los hijos, su trabajo, sus salidas, sus lecturas, su sexualidad, etc.) , puede, sin contradicción alguna, mostrarse en verdad menos rigurosa que la moral dominante y que las fracciones de la clase dominante más ligadas a esta moral, siempre que las prácticas condenadas (como el aborto y el acceso de los menores a los medios anticonceptivos) se pongan al servicio del ascenso.[25] Ese rigorismo ascético, la mayor parte de las veces asociado a un progresismo prudente en política, difiere radicalmente (en modalidad y en número de efectos) del rigorismo represivo, más frecuente en las fracciones en declinación que, al tener por principio el resentimiento enlazado a la regresión social, parece no tener otra finalidad que procurar a quienes no tienen más que un pasado la satisfacción de condenar simbólicamente a quienes tienen un futuro; es decir, ante todo, a los jóvenes.[26] Y puede verse el mejor indicador de esta

25 Corno lo deja de manifiesto la comparación de la pequeña burguesía de promoción (empleados de oficina, cuadros medios, etc.) con la pequeña burguesía de las profesiones de presentación y de representación (tales como los empleados de las grandes empresas comerciales, los decoradores, los recepcionistas, los animadores, etc.) , las disposiciones respecto del porvenir, y por ende el conjunto de prácticas y de opiniones, dependen también, en forma secundaria, de la antigüedad y de la amplitud del movimiento de ascenso social y de su dirección en el espacio social: los miembros de la nueva pequeña burguesía, vendedores de bienes simbólicos que se elevan hacia posiciones "con futuro", todavía mal definidas, mal situadas en la estructura social y a quienes, como suele decirse, "todas las esperanzas" -incluso casi nada realistas- "les están permitidas", tienen disposiciones tanto menos ascéticas que los miembros de la pequeña burguesía de promoción que se orienta, la mayoría de las veces mediante un esfuerzo de autodidacta, hacia posiciones definidas desde largo tiempo atrás, inequívocamente situadas en una jerarquía, etcétera.

26 Así, se nota, por ejemplo, que los artesanos y comerciantes expresan un recelo rayano con la hostilidad respecto de los artistas (el 20% declara que "el artista moderno es alguien que se burla de su público", contra el 13% de los cuadros superiores y de los obreros, el 9% de los cuadros medios y el 6% de los agricultores; incluso el 28% de ellos aprueba la idea de que "la pintura sólo es asunto de negocios", contra el 20% de los cuadros medios, de los obreros y de los agricultores y el 15% de los cuadros superiores, que son los más proclives a decir que los profesores no saben hacerse respetar (esto es, el 62%, contra el 55% de los cuadros medios y empleados, el 54% de los obreros, el 48% de los agricultores y el 45% de los cuadros superiores), así como a imputar el fracaso de sus hijos en los estudios al hecho de que "ellos

distinción en el hecho de que los miembros de las fracciones ascendentes se deslizan desde el ascetismo optimista hacia el pesimismo represivo, conforme avanzan en edad y pierde encanto el porvenir que justificaba sus sacrificios.[27] "El presente –dice La Bruyère- es para los ricos, el porvenir para los virtuosos y los hábiles." La existencia del pequeño burgués ascendente es en su totalidad anticipación de un porvenir que no podrá vivir, la enorme mayoría de las veces, sino por procuración, por intermedio de sus hijos, en quienes, como se dice, "deposita sus ambiciones". Suerte de proyección imaginaria de su trayectoria pasada, el porvenir "que sueña para su hijo" y en que se proyecta desesperadamente, extingue su presente. Porque se consagra a las estrategias en un rango de varias generaciones, que se imponen habida cuenta de que el plazo de acceso al bien codiciado excede los límites de una vida humana, es el hombre del placer y del presente diferidos, que se tendrá más tarde, "cuando haya tiempo", "cuando haya terminado de pagar", "cuando haya terminado los estudios", "cuando los hijos sean más grandes" o "cuando se jubile". Es decir, la mayoría de las veces, cuando sea demasiado tarde, cuando, tras haber dado a crédito su vida, no haya tiempo para recuperar el dinero y sea necesario, como se dice, "bajar sus pretensiones" o,

no trabajan lo suficiente" (el 57%, contra el 47% de los cuadros medios y empleados, el 46% de los obreros y agricultores y el 40% de los cuadros superiores) o a juzgar que la disciplina de los establecimientos escolares no es lo suficientemente severa (el 45%, contra el 38% de los obreros, el 36% de los cuadros medios y empleados, el 31% de los agricultores y el 30% de los cuadros superiores) . Fuentes: SOFRES, *Les Français et l'art moderne,* 24-29 de abril de 1972, y SOFRES, *Les Français et les problèmes de l'éducation nationale. Etude auprès des parents,* t. II, junio-agosto de 1973) .

27 La hipótesis propuesta más arriba parece encontrar un *comienzo* de verificación en el hecho que se observa, en el seno de la fracción de los cuadros medios y empleados, diferencias entre las clases etarias, más acusadas que en el seno de las restantes clases o fracciones de clase, ya que las preguntas planteadas ofrecen a las disposiciones represivas una ocasión de expresarse (por ejemplo, el segmento de integrantes de esta categoría contrarios a la idea de que los docentes no son lo suficientemente severos pasa del 36,2 al 29%, y a 26,4% cuando se contempla el intervalo de personas de menos de 35 años a quienes tienen esa edad y hasta 50 años, o más de 50 años; de igual modo, la fracción de ese grupo que estima que los docentes hacen demasiada política pasa del 44,6 al 47,6%, y a 60,4% para las mismas clases etarias (cf. IFOP, *Attitude à l égard des enseignants,* marzo de 1970, análisis secundario realizado por el Centre de Sociologie Européenne) .

mejor, *"renunciar a ellas"*. No hay reparación para un presente perdido, en especial cuando se hace evidente (con la ruptura de la relación de identificación con los hijos, por ejemplo) la desproporción entre las satisfacciones y los sacrificios que retrospectivamente despoja de sentido a un pasado enteramente definido por su tensión hacia el futuro. A esos parsimoniosos que generosamente lo han dado todo sin medida, a esos avaros de sí mismos que, por un colmo de generosidad egoísta o de egoísmo generoso, se han sacrificado por completo en aras del alter ego que esperaban ser -a corto plazo, en primera persona, elevándose en la jerarquía social; o bien a más largo plazo, por intermedio de un sustituto formado a su imagen, ese hijo por el cual "lo han hecho todo" y quien "todo les debe"- no les resta más que el resentimiento, que siempre los ha poseído en estado de virtualidad, bajo la forma del miedo a ser víctima de un mundo social que tanto les demanda. Para cobrarse revancha, les basta situarse sobre su terreno dilecto, el de la moral, hacer de su necesidad virtud, erigir en moral universal su moral individual, tan perfectamente conforme a la idea común de la moral. Es que no tienen solamente la moral de su interés, como todo el mundo; tienen interés en la moral: para esos denunciadores de los privilegios, la moralidad es el único título que da derecho a todos los privilegios. La indignación moral engendra tomas de posición políticas fundamentalmente ambiguas: el anarquismo humanista y un poco lacrimoso que puede prolongarse más allá de la adolescencia entre algunos viejos bohemios pelilargos vira muy fácilmente con la edad al nihilismo fascistoide que se encierra a machacar y rumiar escándalos y complots. ··

28 Lo que aquí se describe es una forma, entre otras, de evolución de las disposiciones políticas, la que lleva a los empleados y a los cuadros medios a adoptar, mientras su edad avanza, posiciones regresivas y represivas, más cercanas a las de los pequeños comerciantes y, en especial, a la de los pequeños artesanos en declinación, antes que a las de los integrantes más jóvenes de su propia clase, más bien rigoristas que represivos. Evidentemente, hay que tener cuidado de no establecer una relación transhistórica entre el envejecimiento biológico y la evolución hacia el conservadurismo. Los cambios de disposición y posición políticas no mantienen una relación evidente con la edad si no es por intermedio de los cambios de posición social que se consuman con el paso del tiempo; hay tantas formas de evolución de las opiniones políticas como formas de envejecimiento social, es decir, de trayectorias sociales. La ideología conservadora que considera una ley antropológica la relación

Esta evocación de las *variantes sistemáticas* del estilo de vida ascético que caracteriza cabalmente a las clases medias basta para demostrar que las estrategias objetivamente orientadas hacia la preservación o mejora de la posición ocupada en la estructura social constituyen un sistema que sólo puede ser aprehendido y comprendido en cuanto tal si uno se remonta a su principio generador y unificador, el *ethos* de clase, por cuyo intermedio toda la visión del mundo económico y social, toda la relación con los demás y con el cuerpo propio -en resumen, todo aquello que configura el estilo propio del grupo- se afirma en cada una de sus prácticas, siquiera la más natural en apariencia, la menos controlada por la conciencia, por la razón o, incluso, por la moral. En efecto, las estrategias de fecundidad de los pequeños burgueses en ascenso, al igual que sus estrategias escolares, sólo revelan su sentido y su función si se las vuelve a situar en el sistema de estrategias de reproducción características de una clase que no puede tener éxito en su empresa de *formación de capital* económico y cultural, a menos que restrinja su consumo y concentre todos sus recursos en una cantidad pequeña de descendientes, encargados de prolongar la trayectoria ascendente del grupo. Los pequeños burgueses que tras lograr apartarse del proletariado -su pasado- pretenden acceder a la burguesía -su futuro- deben, para realizar la acumulación inicial necesaria para este ascenso, tomar de algún sitio los recursos indispensables para suplir la ausencia de capital, esa energía de la vida social. Su habitus es la pendiente de su trayectoria social, individual o colectiva, que se ha vuelto inclinación, por lo cual esta trayectoria ascendente tiende a prolongarse y a consumarse: suerte de *nisus perseverandi* donde el trayecto pasado se conserva bajo la forma de una disposición con respecto al porvenir, donde lo *no más* se prolonga en un *todavía no,* delimita

entre la evolución hacia el conservadurismo y el envejecimiento (implícitamente asociado a un progreso en sabiduría y razón) , y que encuentra en esta relación la mejor justificación de su representación pesimista y desencantada de las ideologías y de los ideólogos revolucionarios ("hay que dejar pasar esos ardores de juventud"), obtiene por ella todas las apariencias: dado que, por un lado, las innumerables formas de envejecimiento social que se ofrecen a los adolescentes pequeñoburgueses o burgueses (los únicos que considera la ideología) pueden estar distribuidas en dos grandes tipos, correspondientes, grosso modo, al éxito social o al fracaso; y, por otra parte, que por vías diferentes esas dos clases de trayectorias llevan a disposiciones conservadoras (desde luego, muy diferentes en su *modalidad)*, puede observarse que bastará 4
ignorar las variedades de la ideología y los principios sociales de variación de la relación entre *envejecimiento ideológico y envejecimiento social* para transformar en ley natural una relación estadística sociológicamente inteligible.

las ambiciones "razonables" y, con ello, el precio que pagar para hacer realidad esta pretensión realista. La pequeña burguesía en ascenso reproduce indefinidamente la historia de los orígenes del capitalismo: por ello, como los puritanos, únicamente puede confiar en su ascetismo. En los intercambios sociales en que otros pueden presentar garantías reales (dinero, cultura o relaciones), ella no puede ofrecer otra cosa que garantías morales; (relativamente) pobre en capital económico, cultural y social, no puede "refrendar sus pretensiones", como dice el lugar común, y darse así posibilidades de realizarlas, sino a condición de pagar con sacrificios, con privaciones, con renunciamientos, en definitiva, con virtud.

Si las fracciones más ricas en capital económico (los pequeños y medianos comerciantes, artesanos o terratenientes) se orientan más bien hacia el ahorro (al menos así lo hacían hasta una fecha reciente), mientras que las fracciones más ricas en capital cultural (los cuadros medios y los empleados) recurren principalmente a la escuela, unos y otros tienen en común el invertir disposiciones ascéticas en sus estrategias económicas y escolares, lo que hace de ellos la clientela ideal de la banca y de la escuela: buena voluntad cultural y espíritu de ahorro, seriedad y denuedo en el trabajo son las garantías que el pequeño burgués ofrece a dichas instituciones, a la vez que se entrega por entero a su merced (por oposición al poseedor de un *verdadero* capital, económico o cultural) ya que solamente a través de ellas puede obtener los beneficios de un patrimonio fundamentalmente negativo.`~"' Esa pretensión puede escribirse también

29 El cliente ideal de la banca, tal corno se lo bosqueja en los discursos de los responsables y, por sobre todo, en los procedimientos burocráticos implementados para seleccionar a los adjudicatarios de préstamos (cf. P. Bourdieu, L. Boltanski y J.-C. Chamboredon, *La banque et sa clientèle. Eléments pour une sociologie du crédit,* París, Centre de Sociologie Européenne, 1963) , no es tan diferente del cliente ideal de la escuela, el "buen alumno", tal como lo definen objetivamente las operaciones de selección y las apreciaciones de los maestros: el "buen cliente" es trabajador y honesto; su "aporte personal" es débil; pide un crédito relativamente poco cuantioso pero a largo plazo; no ofrece garantías reales sino solamente garantías personales, en primer lugar sus *virtudes;* sabe bastante sobre el sistema como para constituirse objeto de una explotación racional, pero no lo suficiente como para defender racionalmente sus intereses y sacar el máximo provecho de las ventajas ofrecidas. Al cliente ideal, cuadro medio, preferentemente funcionario, lo bastante informado para comprender las exigencias burocráticas, pero no demasiado -es decir, hasta la instancia en que está en condiciones de oponer una resistencia organizada-, lo bastante previsible para ser bastante previsor, sin demasiados avales para poder girar en descubierto, se oponen, por un lado, el "cliente insufrible", más bien cuadro superior con fuerte capital cultural (ex profesor de derecho) que "puede esperar" porque no lo asedia el miedo

como pretensión: en su condición de pendiente ascendente convertida en inclinación a perpetuar el ascenso pasado, del cual es producto, tiene como contrapartida el espíritu de ahorro y toda la mediocridad asociada a las virtudes pequeñoburguesas. Si la pretensión fuerza al pequeño burgués a entrar en la *competencia* o en el *concurso* de pretensiones antagonistas y lo empuja a vivir siempre *por encima de sus recursos,* a expensas de una *tensión* permanente, siempre al borde de un estallido de agresividad (antes que de agresión), también le da la fuerza necesaria para extraer de sí mismo, mediante todas las formas de la autoexplotación -en especial, ascetismo y malthusianismo-, los recursos económicos y culturales indispensables para el ascenso.

En el ámbito de la sociabilidad y de las satisfacciones correlativas es donde el pequeño burgués realiza los sacrificios más importantes, si no los más manifiestos. Con la seguridad de que debe su posición tan sólo a su mérito, está convencido de que no debe contar más que consigo mismo para salvarse: cada quien cuida por sí, cada quien se atiene a lo suyo. La preocupación por concentrar los esfuerzos y reducir los costos lleva a romper los lazos -incluso familiares- que obstaculizan el ascenso individual: no se tiene tiempo, medios, ni ganas para sostener relaciones con los otros miembros de la familia que no han sabido "arreglárselas"."

de carecer de oportunidades ni lo acucia la urgencia de encontrar vivienda; que tiene un aporte personal importante, que no necesita un plazo de reembolso demasiado largo, que ofrece garantías reales y que dispone de los medios intelectuales como para aprovechar al máximo sus ventajas; y, por otra parte, al "cliente poco interesante", más bien miembro de las clases populares, que está impelido por la urgencia, no tiene aporte personal, quiere un crédito largo, no ofrece garantías reales y presenta pocas garantías personales, y se encuentra más acá del umbral de la racionalidad económica. Este último es aquel que uno rechaza; el primero, aquel que uno desearía rechazar porque saca el máximo beneficio de las ventajas económicas ofrecidas por la banca, y especialmente de la "personalización". "El crédito —decía Marx— es el juicio que la economía política tiene sobre la moralidad de un hombre." De ello deriva la profunda ambigüedad de la personalización del crédito: cuando la banca se interesa en la persona, se interesa en las garantías de solvencia asociadas a la persona, tal como la define la economía política, es decir, en su valor monetario, en el ahorro potencial que representa dados su edad, su oficio, su estado de salud y su moralidad. Sin embargo, a expensas de alguna habilidad, puede parecer interesarse en la persona total, con su entorno, con sus propiedades, sus proyectos e, incluso, sus ansiedades en lo que tienen de más "personal".

30 Los conflictos y los costos que son la contrapartida del ascenso social resultan de especial importancia en las sociedades donde las tradiciones de solidaridad constituyen una carga agobiante sobre los individuos en ascenso. Igualmente, hemos podido observar en una investigación sobre la economía doméstica efectuada en Argelia en 1960 que la fase de despegue, donde se

La pobreza tiene sus círculos viciosos, y los deberes de solidaridad que contribuyen a que los (relativamente) menos desposeídos queden encadenados a los más desprovistos hacen de la miseria un eterno recomenzar. El "despegue" siempre supone una *ruptura,* de la cual la defección respecto de los antiguos compañeros de infortunio no representa sino un aspecto. Lo que se exige del desertor es una subversión de la tabla de valores, una conversión de su actitud toda. Así, sustituir con la familia restringida o con el hijo único a la familia numerosa -cuyas causas negativas, tal como un dominio insuficiente de las técnicas anticonceptivas, no la explican por entero- es renunciar a la concepción popular de las relaciones familiares y de las funciones de la unidad doméstica; es abandonar, además de las satisfacciones de la gran familia integrada, solidaria de todo un modo de sociabilidad tradicional, con sus intercambios, sus fiestas, sus conflictos, etc., los reaseguros que procura tina descendencia numerosa, prácticamente la única protección -especialmente para las madres- contra las incertidumbres de la vejez en un universo acechado por la inestabilidad doméstica y la inseguridad económica y social. Esta conversión de la actitud respecto del grupo familiar es inseparable de una conversión de las disposiciones respecto del porvenir: dotarse de una descendencia numerosa es tomar garantías palpables contra el futuro, merced a una estrategia que de alguna manera es el equivalente funcional de la constitución de reservas; es erigir contra él, por anticipado, protecciones, no es esforzarse por someterlo a través del cálculo, poi dominarlo con una estrategia de inversión que organiza la práctica presente en función de los beneficios esperados o de los costos previsibles. Las relaciones de familia o de amistad ya no pueden ser para el pequeño burgués lo que son para el proletario, un seguro contra la desgracia y la calamidad, contra la soledad y la miseria, una red de respaldos y de protecciones de la cual se recibirá, de ser necesario, una ayuda, un préstamo o un lugar. Todavía no son lo que en otra parte se llaman "relaciones", es decir, un capital social indispensable para obtener el mejor rendimiento del capital económico y cultural. [31] Sólo son trabas que hay que romper cueste lo que cueste, porque la gratitud, la ayuda mutua, la solidaridad y

sitúa la pequeña burguesía, corresponde a un estrechamiento de la red de solidaridades y a un repliegue sobre la unidad elemental, el hogar.

31 La integración de la familia es cada vez más "funcional", si puede decirse, a medida que uno se eleva en la jerarquía social, ya que permite acumular el capital del conjunto de sus miembros (cf. al respecto P. Bourdieu, L. Boltanski y M. de Saint-Martin, ob. cit.) .

las satisfacciones materiales y simbólicas que procuran, a corto o a largo plazo, forman parte de los lujos prohibidos.[32]

Limitando su familia a una pequeña cantidad de hijos, cuando no a un hijo único, sobre quien se concentran todas las esperanzas y los esfuerzos, el pequeño burgués no hace más que obedecer al sistema de constricciones que está implicado en su ambición: al no poder aumentar los ingresos, le es necesario disminuir los gastos, es decir, la cantidad de consumidores.[33] Pero al obrar así se adecua además tácitamente a la representación dominante de la fecundidad legítima, es decir, subordinada a los imperativos de la reproducción social: la limitación de los nacimientos es una forma (sin duda, la forma elemental) de *numerus clausus.* El pequeño burgués es un proletario que se empequeñece para llegar a ser burgués. Renunciando a lo prolífico del proletario que se reproduce tal como es y en gran número, el pequeño burgués "elige" la reproducción restringida y selectiva, a menudo limitada a un producto único, concebido y configurado en función de las expectativas rigurosamente selectivas de la clase importadora. Se repliega sobre una familia estrechamente unida, pero estrecha y algo opresiva. No es casual que el adjetivo pequeño (o alguno de sus sinónimos, siempre más o menos peyorativos) pueda adjuntarse a todo lo que piensa, dice, hace, tiene o

32 Sin ser absolutamente excluyentes, la ambición del ascenso individual y la participación en la defensa de los intereses colectivos de la clase resultan muy difíciles de conciliar, tanto por motivos prácticos, como también porque se inspiran en dos visiones del mundo social completamente opuestas. Las iniciativas de reciclaje o de promoción interna (concursos internos, etc.) no se verían tan positivamente sancionadas si, a la par del perfeccionamiento técnico, no garantizaran adhesión a la institución y al orden social del que forman parte.

33 Las categorías situadas en la cúspide de la clase obrera (obreros calificados y profesionales) obtienen ingresos globales medios de 14 212 francos por hogar (y solamente de 12 696 para el conjunto de los obreros), contra 14 344 de esa moneda para los empleados (G. Banderier, "Les revenus des ménages en 1965", *Les collections de l'INSEE,* M 7, diciembre de 1970, p. 29) . Según la encuesta sobre las condiciones de vida de los hogares, realizada por el INSEE en 1971, los obreros tienen un promedio anual de consumo por hogar sensiblemente igual al de los empleados (vale decir, de 22 851,53 contra 24 052, 88 francos) . Si se toma en cuenta la cantidad de personas por hogar (3,64 entre los obreros contra 2,86 entre los empleados), las diferencias se incrementan y el consumo anual promedio por persona alcanza los 8410,09 francos para los empleados, contra 6277,89 de igual unidad para los obreros, mientras que el consumo anual promedio por unidad de consumo sería de 8721,95 francos para los obreros contra unos 11 135,50 para los empleados (G. Bigata, "Les conditions de vie des ménages en 1971", *Les Collections de l'INSEE,* M 21, febrero de 1973) .

es el pequeño burgués, a su moral misma, que sin embargo es su punto fuerte: estricta *y* rigurosa, tiene algo de estrecho y de coactivo, de crispado y de susceptible, de mezquino y de rígido a fuerza de formalismo y de escrúpulo. Pequeñas preocupaciones, pequeñas necesidades: el pequeño burgués es un burgués que vive con pequeñez. Aun su *hexis* corporal, donde se expresa toda su relación objetiva con el mundo social, es la de un hombre que debe empequeñecerse para pasar por la puerta estrecha que da acceso a la burguesía: a fuerza de ser estricto y sobrio, discreto y severo en su manera de vestirse, pero también de hablar -ese lenguaje hipercorrecto por exceso de vigilancia y de prudencia-, en sus gestos y en todo su porte, siempre carece un poco de desenvoltura, de amplitud, de prestancia y de generosidad.;

La taxonomía ética dominante, aplicación del sistema de clasificación social de la clase dominante al ámbito de la moral, se resume en un sistema de cualidades y de calificativos que se organizan alrededor de la oposición entre las *maneras* positivamente sancionadas o "distinguidas" (es decir, las maneras de los dominantes) y las sancionadas negativamente. Rasgos casi indelebles de dos *modos de adquisición* que tienden a perpetuarse en lo adquirido -al menos, en el límite, bajo la forma

34 Si, como se ha intentado demostrar, es verdad que en los hechos y no en el espíritu del sociólogo el pequeño burgués es un burgués en pequeño, podemos ver cuánto se perdería al abandonar el concepto de *lo pequenoburgués,* en nombre de una definición objetivista de la objetividad. En esta como en otras ocasiones, los conceptos nativos concentran, bajo una forma especialmente evocadora, el máximo de propiedades sociológicamente pertinentes. Además, la reducción objetivadora, por brutal que sea, nada tiene que ver con el desprecio de clase —que estalla en tantos escritos que se ocupan de los pequeños burgueses, cabezas de turco tradicionales de la profecía estetizante y blanco preferido del anatema político (basta con pensar en Marx, cuando se refiere a Proudhon) —, porque atribuye las propiedades del habitus, la mayor parte de las veces detectadas por el racismo de clase, tales como la "pretensión" o la "estrechez", a las condiciones objetivas de las cuales son producto: quienes pueden ofrecerse virtudes menos ásperas y presentar un rostro menos "ingrato" olvidan que las propiedades que ellos condenan son la inevitable contrapartida de los mecanismos que aseguran el ascenso individual, es decir, la preferencia asignada selectivamente a los individuos adecuados; como si los "vicios" y las "virtudes" de los pequeños burgueses (¿hace falta recordar que no se definen como tales si no es con relación a una moral dominante?) deberían, únicamente en su caso, ser imputados a los agentes, y no a las estructuras, so pretexto de que las estructuras les han dado la libertad de "elegir" en qué filas formar.

de la incertidumbre y de la inquietud de la manera enérgica o severa que favorece un modo de adquisición ilegítimo- y que por ello constituyen el acompañamiento simbólico de todas las prácticas, estos dos estilos están predispuestos a ofrecer un criterio último pero sin fundarse en el juicio de distinción social. A este principio de división llega a sumarse otro: la cualidad, apreciada desde el punto de vista de la clase dominante, de la relación que los poseedores de las maneras negativamente calificadas (acento, *hexis* corporal, etc.) mantienen con las cualidades que les asigna la taxonomía dominante. Concretamente, la oposición fundamental entre la *holgura,* cualidad dominante, y la *penuria,* cualidad dominada, se replica en una oposición secundaria entre la pretensión, como penuria (sufrida en uno y otro sentido) rechazada (por una "estima demasiado grande de sí mismo que plantea ambiciones y proyectos excesivos", como dice el diccionario *Robert)* y la *modestia,* como penuria aceptada (por una "loable moderación en la apreciación de su propio mérito") . Así, las cualidades dominadas reciben siempre dos denominaciones: una, francamente negativa, se sitúa en la serie de la pretensión (que es necesario rebajar) ; la otra, *eufemística,* otorga a las cualidades dominadas el respeto que ellas se ganan aceptándose como tales. Veamos algunos de esos calificativos que, a causa de su polisemia, pueden entrar en relaciones de oposición complejas con diferentes adjetivos de la otra serie. Cada uno de ellos pone de relieve uno de los aspectos de la oposición fundamental entre lo *grande* (o *amplio) y* lo *pequeño.* De allí en más se engendran todas las oposiciones específicas.[35]

35 Hay que tener cuidado de no tratar a la manera de los semiólogos y otros etnometodólogos, es decir, como sistema reificado de relaciones lógicas de oposición y de complementariedad, esta taxonomía que tiene por vehículo la lengua cotidiana. Destinada a funcionar en la práctica, al servicio de funciones prácticas, obedece a una *lógica práctica.* Así, el "pueblo" que los "burgueses" (es decir, más bien las fracciones dominantes de la clase dominante) construyen cuando lo piensan en oposición a la pequeña burguesía, no es el "pueblo" que producen cuando lo piensan en oposición al obrero de las ciudades; tampoco al "pueblo" que engendra la imaginación populista (más extendido en las fracciones dominadas de la clase dominante), en contraposición con el "burgués" y a la vez con el "pequeño burgués", es decir, el buen y cabal "proletario", robusto, simple, franco, firme y generoso, apenas separado, por obra de algunas inversiones de signo, del buen obrero modesto y torpe de la imaginación conservadora.

(BURGUÉS) :	(PEQUEÑO BURGUÉS) :	(PUEBLO) :
"distinguido"	"pretencioso"	"modesto"
desahogado, holgado (espíritu, gesto, etc.) ,	estrecho, recortado, falso,	torpe, pesado, envarado,
generoso, noble, rico,	pequeño, mezquino,	tímido, desmañado,
amplio (de ideas, etc.) ,	tacaño, parsimonioso,	"entorpecido", pobre,
liberal, libre,	estricto, formalista,	"modesto",
flexible, natural,	severo,	"bonachón",
desahogado, desenvuelto,	rígido, crispado, forzado,	"espontáneo",
seguro,	escrupuloso, detallista,	franco (hablar) ,
abierto, vasto,	etcétera.	firme.
etcétera.		

> Esas dos clases de habitus que de por sí pueden subdividirse hasta el infinito -basta pensar, por ejemplo, en la "holgura forzada" del pequeño burgués advenedizo- en función de variables secundarias, que designan cada vez peculiaridades de las condiciones de producción de los habitus, remiten, en última instancia, a dos modos de adquisición, es decir, a dos sistemas de sanciones materiales y simbólicas asociadas a dos clases de condiciones de existencia consideradas en su eficacia educativa. La holgura (como la "penuria", su antónimo) designa, a la vez, una manera de ser y un tipo peculiar de condiciones materiales de existencia, más precisamente, una disposición distinguida y las condiciones de existencia de las cuales es producto y a las que continuamente remite: el principio y el efecto de esta disposición distinguida y distintiva no es otro que la experiencia del mundo y de sí como necesaria, como *coincidencia realizada del ser y del deber ser,* que funda y autoriza todas las formas íntimas o exteriorizadas de la certidumbre de sí: seguridad, desenvoltura, gracia, pericia, flexibilidad, libertad, elegancia o, en una palabra, *naturalidad.*

Todo predispone al pequeño burgués a entrar en la lucha de la pretensión y de la distinción, esa forma de la lucha de clases cotidiana de donde sale necesariamente vencido, y sin apelación posible, ya que, al involucrarse en ella, ha reconocido la legitimidad del juego y el valor de lo que está en juego. Esta competencia es un caso especial de todas

las relaciones de *competición,* en las cuales la clase privilegiada se esfuerza por echar por tierra las pretensiones (nobiliarias, escolares u otras) de aquella que la sigue inmediatamente, entre otras cosas, tratando sus ambiciones y sus aspiraciones como una suerte de delirio subjetivo, fundado sobre una autoestima demasiado grande, e intentando hacerlas pasar por pretenciosas, es decir, presuntuosas, desproporcionadas, excesivas, arrogantes, ridículas o, al menos, prematuras. Con ello afirma también su distinción con respecto a la clase inferior, al oponer a su juridicismo el monopolio de los títulos (nobiliarios, escolares u otros) sobre los cuales descansan sus propios privilegios. Por su parte, la clase inferior exige o reivindica el acceso a los privilegios hasta entonces reservados a la clase superior. En otros términos, convierte en pretensiones legítimas (de allí su propensión al *juridicismo)* su pretensión, es decir, su voluntad de tener por anticipado, antes de tiempo, a crédito, las ventajas que, al menos en una situación de competencia -por lo tanto, de traslación permanente-, tendría de todos modos. Es decir, no hay que entender como una contradicción con los análisis anteriores el hecho de que la pequeña burguesía ascética, tradicionalmente destinada al ahorro, se vuelva hacia el crédito en la sociedad de competencia: es una vez más la aspiración a la burguesía, principio de todas sus virtudes negativas, lo que lleva a la pequeña burguesía a demandar esos medios de vivir por encima de sus medios, a expensas de una tensión y de una contención permanentes, situación que la encadena así a una nueva forma de ascetismo, adecuada para cumplir por otros medios, más acordes a las nuevas estructuras económicas, las antiguas funciones.

ESTRUCTURAS PATRIMONIALES Y ESTRATEGIAS DE REPRODUCCIÓN

Así, por fuera del caso excepcional en que se ven cumplidas las condiciones (económicas y demás) necesarias para que sea posible la acción racional en la que el agente se determina en función de un cálculo de los beneficios que los diferentes mercados están en condiciones de asegurar, las prácticas de cierta clase de agentes depende no sólo de la estructura de las posibilidades teóricas promedio de beneficios, sino de las posibilidades específicamente asociadas a esa misma clase; es decir, de la relación, en un momento dado del tiempo, entre esta estructura objetiva (científicamente calculable) y la estructura de la distribución

de las diferentes especies de capital (económico, cultural, social) entendidas, según la relación aquí analizada, como instrumentos de apropiación de esas posibilidades. La anticipación práctica, más o menos adecuada, que radica en el origen de esta "causalidad de lo probable" está constituida por el habitus, matriz generadora de respuestas adaptadas de antemano (a expensas de una improvisación permanente) a todas las condiciones objetivas idénticas u homólogas a las condiciones de su producción: guiándose por los indicios que está predispuesto a percibir y descifrar y que, de una cierta manera, no existen sino por él, el habitus engendra, en ese caso, prácticas que se adelantan al porvenir objetivo. Sin duda sería vano, en esas condiciones, buscar un encadenamiento lineal de causas en el enmarañamiento de relaciones significativas que lleva a una práctica objetivamente ajustada a lo probable. Así, cuando se lo aprehende según los esquemas de apreciación que se encuentran en las categorías de alumnos y de padres más directamente sometidos a la autoridad escolar, el éxito escolar (de por sí determinado, al menos en parte, por la detección de los indicios que siempre sirven de base para la cooptación, tales como las buenas disposiciones respecto de la institución) funciona como un estímulo reactivador que redobla la propensión a invertir en la escuela y refuerza el efecto de consagración ejercido por el dictamen escolar, y consiguientemente la adhesión a la autoridad de la institución escolar. Todo sucede como si el porvenir objetivo que está en potencia en el presente no pudiera acontecer más que con la colaboración, incluso con la complicidad, de una práctica en sí misma dirigida por ese porvenir objetivo. En otros términos: como si el hecho de tener posibilidades positivas o negativas de ser, de tener o de hacer algo, predispusiera, predestinándolo, a actuar de manera tal que esas posibilidades se realicen. De hecho, la causalidad de lo probable es resultado de esta suerte de dialéctica entre el habitus -cuyas anticipaciones prácticas descansan sobre la entera experiencia anterior- y las significaciones probables, es decir, lo dado que aquel se da para una percepción selectiva y una apreciación sesgada de los indicios del porvenir que él habrá de contribuir a hacer acontecer (cosas "por hacer", "por decir", etc.) : las prácticas son resultado de este encuentro entre un agente predispuesto y prevenido, y un *mundo que se presume,* es decir, presentido y prejuzgado, el único que acaso pudiera conocer.

Paradójicamente, la presencia del pasado en esta suerte de falsa anticipación del porvenir se manifiesta tan sólo cuando se desmiente la causalidad de lo probable y cuando el desfase entre las posibilidades objetivas y las prácticas (con las aspiraciones que estas implican o que

las acompañan) constriñe a invocar el impulso de una trayectoria pasada y la histéresis de las antiguas disposiciones.[36] Por ejemplo, en el caso de la pequeña burguesía en ascenso, el habitus ya no funciona como un operador práctico de la causalidad de lo probable, sino que pone en la mira una suerte de punto imaginario, desprendido del porvenir virtualmente inscrito en el presente bajo la forma de los instrumentos de apropiación del futuro actualmente poseídos. Así, la propensión de las familias y de los hijos escolarizados a invertir dinero, esfuerzos y esperanzas en el sistema escolar tiende a *reproducir* (en el doble sentido del término) la relación objetiva entre la clase de agentes tomada en consideración y la institución escolar que se muestra concretamente a través de indicadores prácticos, tales como la frecuencia en el universo familiar (familia restringida o extensa, "relaciones" con vecinos o compañeros de trabajo) de los liceístas o de los estudiantes, de los bachilleres o de los licenciados.[37] Y las sanciones positivas o negativas de la institución escolar únicamente pueden aportar un refuerzo secundario a las certidumbres prácticas de la estadística espontánea que lleva a experimentar como natural y normal (o como improbable, inesperado o imposible) el acceso a esos títulos o a esas instituciones. Sin embargo, precisamente como se nota en el caso del hijo del maestro a quien su buena voluntad escolar inclina a prolongar hacia la École Normale Supérieure la trayectoria paterna, la pendiente de la trayectoria del linaje durante dos o tres generaciones y, más específicamente, la historia de su relación objetiva con la institución escolar, tácitamente vivida o ex-

36 En ese caso, las anticipaciones del habitus son más realistas cuanto más cornpletamente la trayectoria pasada que expresan, es decir, la historia del agente y de su grupo, se prolonga en su trayectoria futura: cuando el porvenir se encuentra como factor implicado en el pasado -por ejemplo, en el caso del hijo del maestro de escuela, a su vez hijo de campesino, que será profesor-, las disposiciones producidas por la posición pasada, ella misma en transformación, acompañan, precediéndolo, el devenir de la posición.

37 La propensión a invertir en el sistema de enseñanza depende también, por una parte, de la forma de la distribución del capital cultural entre las clases: el efecto de demostración y la acción de entrenamiento (competencia) que ejercen las prácticas dominantes (las prácticas de escolarización de la clase dominante) no pueden ejercerse en el caso en que la distribución de las probabilidades objetivas de acceso es brutalmente asimétrica; los efectos "desmoralizantes" de una débil probabilidad de acceso son entonces reforzados por el efecto de exclusión que ejerce el cuasi monopolio, que ocasiona que los excluidos consideren la apropiación del bien o de la práctica tomada en consideración como una *propiedad* inherente al *out-group.*

plícitamente comunicada mediante juicios, consejos o preceptos, rige en cada oportunidad la relación práctica con esta institución. Así, el habitus representa la inercia del grupo, depositado en cada organismo bajo la forma de esquemas de percepción, de apreciación y de acción que tienden, de modo mucho más seguro que las normas explícitas -por otra parte, en general congruentes con esas disposiciones-, a asegurar la conformidad de las prácticas más allá de las generaciones. El habitus, es decir, el organismo que el grupo se ha apropiado y que es apropiado para el grupo, funciona como soporte material de la memoria colectiva: instrumento de un grupo, tiende a reproducir en los sucesores lo adquirido por los predecesores, o, sin más, a los predecesores en los sucesores. La herencia social de los rasgos adquiridos que el habitus asegura ofrece al grupo uno de los medios más eficaces para perpetuarse como tal, trascender los límites de la finitud biológica y así salvaguardar su manera distintiva de existir. Esta suerte de tendencia del grupo a perseverar en su ser no tiene, en sentido estricto, sujeto, aunque pueda encarnarse, en cada ocasión, en alguno de sus miembros. Opera en un nivel mucho más profundo que las "tradiciones familiares", cuya permanencia supone una fidelidad conscientemente sostenida y también custodios, que por serlo tienen una rigidez ajena a las estrategias del habitus, capaz de inventar, en presencia de situaciones nuevas, nuevos medios para hacer cumplir las funciones antiguas (tal como el recurso a instrumentos de reproducción -por ejemplo, la escuela-, desconocidos o rechazados por la tradición); más profundo también que las estrategias conscientes con las cuales los agentes pretenden actuar expresamente sobre su propio porvenir y perfilarlo a imagen del pasado, como las disposiciones testamentarias o incluso las normas explícitas, simples *llamadas al orden,* es decir, a lo probable, cuya eficacia redoblan.

Las estrategias y las prácticas fenomenalmente muy diferentes que producen los agentes y, por su intermediación, los grupos que se las han apropiado, cumplen siempre, por una parte, funciones de reproducción: sean cuales fueren las funciones que sus autores o el grupo en su conjunto les asignen oficialmente, tienden objetivamente a preservar o aumentar el patrimonio y, correlativamente, resguardar o mejorar la posición del grupo en la estructura social. Para imputar las estrategias de reproducción al cálculo racional o a la intención estratégica, sería necesario no englobar bajo este concepto más que las estrategias explícitamente constituidas en procura del cumplimiento de esta función, es decir, las estrategias estrictamente sucesorias, y aceptar tácitamente la

definición oficial de las estrategias de reproducción reconocidas como *legítimas* en un momento dado del tiempo.' De hecho, como relación heredada de un legado, el habitus es la raíz común de prácticas que no pueden obtener su coherencia de un proyecto consciente, incluso si la conciencia explícita de las posibilidades y de las apuestas puede conferir una sistematicidad explícita, sobre ciertos elementos, a la sistematicidad objetiva de las "elecciones" prácticas del habitus: [3·'] nada sería más peli-

38 En cada momento, la delimitación de lo que es legítimamente transmisible e, inseparablemente, de las maneras legítimas de conservarlo y de transmitirlo, constituye el objeto de una lucha larvada o declarada entre las clases. A medida que la fuerza de los dominados se incrementa en esta lucha, la crítica subversiva que busca alcanzar a la clase dirigente en el principio de su perpetuación tiende a restringir la esfera de lo que es legítimamente transmisible por la actualización de lo arbitrario del modo de transmisión consolidado y la crítica de las ideologías que apuntan a justificarlo (por ejemplo, la ideología del "nacimiento") . Ese reforzamiento de la vigilancia crítica y de los controles institucionales de la transmisión es uno de los factores que contribuyen a la transformación de las estrategias de reproducción: las estrategias eficaces y poco costosas, pero declaradas, como la transmisión del poder y de los privilegios por sucesión en línea directa, ceden paulatinamente lugar a estrategias que aseguran una transmisión disimulada, que puede ser desconocida como tal, y por ende perfectamente reconocida y legítima, pero a expensas de una mayor disgregación y de un costo de disimulación más elevado (como la inversión escolar) .

39 La expansión del campo de las estrategias objetivas de reproducción que están explícitamente constituidas como estrategias sucesorias y cuyos principios están explícitamente formulados y jurídicamente garantizados se incrementa como el patrimonio que transmitir. Un estudio del *conjunto* de las prácticas que apuntan a asegurar con el mínimo de disminución posible la transmisión del patrimonio entre las generaciones tendería indudablemente a mostrar, tanto como sea posible con los métodos tradicionales de encuesta, que la racionalización de las estrategias estrictamente sucesorias, desde la compra de cuadros hasta las diferentes formas de fraude fiscal, es tanto más frecuente cuanto más importante es el patrimonio. Esa misma proposición valdría, *mutatis mutandis,* para la transmisión del capital cultural, cada vez más explícitamente considerado como tal y racionalmente organizado, a medida que el capital cultural poseído aumenta su importancia, si no en valor absoluto, al menos en valor relativo. Puede incluso formularse la hipótesis de que el *sentido de las realidades,* el sentido de lo que "uno no puede permitirse", tiene tantas más posibilidades de permanecer en estado de *sentido práctico,* es decir, más acá de la explicitación, cuanto más baja sea la posición de uno en la escala social: por ello ejerce sobre las prácticas una dominación que tiene la opacidad y también la rigidez de lo indiscutido, de lo que se presupone, de una *doxa* que funciona como destino tácito. Si la relación con las condiciones objetivas tiende a volverse cada vez más libre, desenvuelta, indiferente, a medida que uno se eleva en la jerarquía social, ello no quiere decir que las prácticas se vuelvan cada vez más *irrealistas.* De hecho, el diletantismo, la desenvoltura, el desinterés, cuando se arrinconan en los límites de lo razonable, forman parte de las libertades otorgadas, incluso recomendadas

groso que intentar dar cuenta de las estrategias explícitamente orientadas hacia la preservación o el aumento del patrimonio y, a fortiori, hacia la salvaguardia de su integridad más allá de las generaciones, sin tomar en cuenta estrategias que nunca se confiesan como tales, como aquellas que regulan las prácticas de fecundidad, la "elección" de la pareja o la "elección" de un establecimiento escolar.

Estas estrategias deben su *coherencia práctica* al hecho de que, objetivamente orientadas hacia el cumplimiento de la misma función, son producto de un mismo y único principio generador que funciona como principio unificador. En su condición de estructuras estructuradas *(opus operatum)*, que la misma estructura estructurante *(modus operandi)* produce sin cesar a costa de retraducciones impuestas por la lógica propia de los diferentes campos, todas las prácticas de un mismo agente están objetivamente armonizadas entre sí, fuera de toda búsqueda intencional de la coherencia, y objetivamente concertadas por fuera de toda estipulación consciente con las de todos los miembros de la misma clase." Siendo el producto de la aplicación de las estructuras objetivas del cosmos económico y social sobre un organismo cuya propia lógica lo lleva a funcionar de manera sistemática, el habitus engendra continuamente metáforas prácticas, es decir, en otro lenguaje, transferencias (la de hábitos motores es apenas un ejemplo específico) o, mejor aún, *trasposiciones sistemáticas* impuestas por las condiciones peculiares de su puesta en práctica, ya que el mismo habitus ascético del cual podría haberse esperado que se expresase siempre en el ahorro puede, en un contexto determinado, expresarse en una manera específica de valerse del crédito. Las prácticas de un mismo agente y, en términos más amplios, las prácticas de todos los agentes de una misma clase, deben la afinidad de estilo, que hace de cada una de ellas una metáfora de cualquiera de las otras, al hecho de ser producto de las transferencias incesantes de un campo a otro

por la definición objetiva de la situación. Otro tanto sucede con la relación cuasirracionalizada con las condiciones objetivas que autorizan la explicitación y el análisis: así, ofrece otros medios de adaptación.

40 El habitus es un *constructo* irreductible a las manifestaciones, fuera de las cuales no puede ser aprehendido, lo cual no significa que, según la alternativa del realismo y del nominalismo, haya que ver en ello un simple nombre, más o menos arbitrario y más o menos arbitrariamente aplicado a un conjunto de relaciones estadísticas (puede verse una exposición más sistemática de las propiedades del habitus, y en especial de la *inventiva circunscripta* que lo caracteriza, en P. Bourdieu, *Esquisse d'une théorie de la pratique,* París-Ginebra, Droz, 1972, pp. 174-189) .

de los mismos esquemas de percepción, de pensamiento y de acción: en su condición de paradigma familiar de este operador analógico que es el habitus, la disposición adquirida que se da en llamar "escritura", es decir, una manera singular de trazar caracteres, produce siempre la misma "escritura": trazos gráficos que, pese a las diferencias de tamaño, de materia y de color ligados al soporte -hoja de papel o pizarrón- o al instrumento -lapicera o tiza-, por tanto, pese a las diferencias entre los conjuntos motores movilizados, presentan una afinidad de estilo, un aire de familia inmediatamente perceptibles.

Construir un objeto como el sistema de estrategias de reproducción, esto es secuencias objetivamente ordenadas y orientadas de prácticas que todo grupo debe producir para reproducirse como grupo," es dotarse del medio para pensar en su unidad fenómenos objetivamente ligados que las diferentes ciencias del hombre aprehenden en orden disperso y en estado separado. [12] Al restaurar en la ciencia de las prácticas la unidad

41 Si bien las estrategias de reproducción no pueden aparecer, en sentido estricto, más que en las clases o fracciones de clase que están lógicamente (si no prácticamente) expuestas al desclasamiento -porque tienen algo que perder, especialmente en ocasión de la transmisión del capital entre generaciones-, se encuentran, en las franjas inferiores de la pequeña burguesía o incluso en las capas superiores de la clase obrera, estrategias con las cuales esos grupos apuntan a reproducir aquello que los separa de la condición de las clases destinadas a la mera reproducción de su existencia (proletariado y subproletariado) : así se explica la aparición de la propensión a invertir en el sistema de enseñanza en el seno de las clases superiores del proletariado, preocupadas por evitar a sus hijos la recaída en un subproletariado (que integran por sobre todo extranjeros) .

42 Semejante construcción tiene como requisito la destrucción de las divisiones tradicionales del objeto científico, que no son otra cosa que las divisiones organizacionales de la ciencia social, ellas mismas calcadas sobre las divisiones institucionales de la práctica social, pero constituidas en ámbitos de objetividad separados, regulados por leyes independientes. Así, las de la sociología de la educación nada tienen que ver con las de la sociología económica y, con mayor motivo, con las de la economía propiamente dicha. Además, sólo una sociología comparada de los sistemas de estrategias de reproducción históricamente observadas permitiría establecer empíricamente el universo de usos posibles de los diferentes instrumentos institucionales u oficiosos de que puede disponer la clase dirigente, en las diferentes épocas, para asegurar su propia reproducción y las leyes de funcionamiento de los mecanismos históricos con los cuales tiende a perpetuar su propia dominación. Describir sistemáticamente, es decir, en su condición de sistema, el conjunto de las estrategias de reproducción características de una época no sería una regresión hacia la idiografía de la historia de los acontecimientos o anecdótica, sino, por el contrario, dotarse del medio para escapar a la alternativa de la idiografía y de la tipología, compromiso bastardo entre la construcción y la descripción en la cual se dejan encerrar tantos trabajos históricos cuando no

que se establece en la práctica, se puede pensar bajo ese concepto el conjunto de estrategias negativas de reproducción que apuntan a evitar la fragmentación del patrimonio, correlativa a la multiplicación excesiva de los derechohabientes: por ejemplo, en primer lugar, las *estrategias de fecundidad* (o, más exactamente, de limitación de la fecundidad), estrategias a largo plazo, ya que todo el porvenir del linaje y de su patrimonio depende de ellas, que apuntan a limitar el número de hijos, y con ello el trabajo de reproducción social, reduciendo la cantidad de aspirantes al patrimonio; en segundo lugar, las estrategias indirectas de limitación de la fecundidad, como el casamiento tardío o el celibato, que tiene la doble ventaja de impedir la reproducción biológica y de excluir (al menos de hecho) de la herencia (es la función de la orientación hacia el sacerdocio de ciertos hijos en las familias aristocráticas o burguesas bajo el Antiguo Régimen o del celibato de los hijos más jóvenes en ciertas tradiciones campesinas).+ A ello se suman todas las estrategias positivas, vale decir, las *estrategias sucesorias,* cuyos rasgos codificados en la costumbre o el derecho no representan sino su aspecto más visible: abiertamente orientadas hacia su función real -transmitir el patrimonio, con la menor disminución posible, de una generación a otra-, deben, entre otras cosas, reparar los errores de las estrategias de fecundidad, como una cantidad excesiva de hijos, o los inevitables accidentes de la reproducción biológica (como una cantidad excesiva de hijas mujeres) . Pero también deben tomarse en cuenta, de modo inescindible, las *estrategias educativas,* conscientes e inconscientes -de las cuales las estrategias escolares de las familias y de los hijos escolarizados son un aspecto específico-, inversiones a muy largo plazo no necesariamente percibidas como tales ni reducidas, como cree la economía del "capital humano", a su dimensión estrictamente económica, o incluso monetaria, ya que apuntan primordialmente a producir agentes sociales capaces y dignos de recibir la he-

se refugian en un uso positivista de los métodos cuantitativos, las minucias, ya para este entonces condenadas, de la idiografía y las audacias, poco compatibles con la imagen cientificista de la ciencia, de la auténtica construcción teórica.

43 En cuanto a las funciones sociales del celibato de los segundones en la tradición bearnesa, véase P. Bourdieu, "Les stratégies matrimoniales dans le système des stratégies de reproduction", *Annales 27,* (4-5), julio-octubre de 1972, pp. 1105-1127. Acerca de las funciones del celibato de los sacerdotes bajo el Antiguo Régimen, véase F. Y. Besnard, *Souvenirs d'un nonagénaire,* Paris, 1880, I, pp. 1-2, cit. en E. G. Barber, *The Bourgeoisie in 18th Century France,* Princeton, Princeton University Press, 1967, p. 126.

rencia del grupo, vale decir, de ser herederos para el grupo; *las estrategias* que pueden denominarse *profilácticas,* destinadas a preservar el patrimonio biológico del grupo, asegurando a sus miembros los cuidados continuos o discontinuos destinados a mantenerse con salud o a apartar la enfermedad; las *estrategias estrictamente econômicas,* a corto o a largo plazo, como las operaciones de crédito, ahorro e inversión, destinadas a asegurar la reproducción del patrimonio económico; las *estrategias de inversión social,* consciente o inconscientemente orientadas hacia la instauración y el mantenimiento de relaciones sociales directamente movilizables y utilizables a corto o a largo plazo, es decir, hacia la transformación, efectuada por la alquimia del intercambio de dinero, de trabajo, de tiempo, etc., en *obligaciones* duraderas, subjetivamente vivenciadas (sentimientos de reconocimiento, de respeto, etc.) o institucionalmente garantizadas (derechos); las *estrategias matrimoniales,* caso particular de las anteriores, que deben asegurar la reproducción biológica del grupo sin poner en riesgo su reproducción social mediante un casamiento desigual, y, por obra de la alianza con un grupo al menos equivalente bajo todos los aspectos socialmente pertinentes, proveer a la preservación del capital de relaciones sociales; por último, las *estrategias ideológicas,* que apuntan a legitimar los privilegios naturalizándolos. Si uno reduce las estrategias de reproducción a sus productos, percibidos en estado separado y como hecho consumado, se condena ora a acuñar el sistema de prácticas de un agente o de una clase de agentes en una rapsodia de datos, regidos por otras tantas leyes positivistas, ora a "articular instancias", es decir, a articular indefinidamente cierto discurso sobre instancias. De hecho, siendo todas producto del mismo principio, estas estrategias están *objetivamente concertadas,* lo cual tiende a excluir las incompatibilidades entre prácticas necesariamente interdependientes -ya que cada una de ellas debe contar, en la práctica, con las consecuencias de la otra"- y a favore-

44 Visto que se aplican a puntos diferentes del ciclo de vida, entendido como proceso irreversible, las diferentes estrategias de reproducción están también *cronológicamente articuladas:* cada una de ellas debe, en cada ocasión, tener en cuenta los resultados alcanzados por las precedentes o las que tienen mayor estrechez de miras en cuanto a lo temporal. Así, por ejemplo, en la tradición bearnesa, las estrategias matrimoniales dependían en forma muy directa de las estrategias de fecundidad de la familia (por intermedio de la cantidad de aspirantes al patrimonio y de su sexo, es decir, del número de hijos que dotar de una herencia o de una compensación); de las estrategias educativas, cuyo éxito era la condición de la puesta en práctica de las estrategias que apuntan a apartar de la herencia a las hijas mujeres y a los segundones (unas mediante el matrimonio apropiado y los otros mediante el celibato o la

cer las *suplencias funcionales,* como dicen los biólogos. Toda tentativa por dejar en evidencia el sistema completo de relaciones entre las estrategias que cada una de las clases de cierta formación social pone en funcionamiento en diferentes campos de prácticas choca no sólo con la ausencia de estadísticas sistemáticamente construidas, sino también con el hecho de que la sumatoria estadística tiende a confundir las relaciones que se establecen, en la existencia de cada agente singular o de cada unidad social elemental, entre todas las prácticas sucesivas, ya que cada nueva estrategia encuentra su punto de partida y sus límites en el producto de las estrategias anteriores.[45] Sin embargo, se puede, como cuando distintos proyectores echan sucesivamente sus haces de luz, esclarecer poco a poco diferentes sectores de la red de relaciones que otorgan a la práctica de una clase coherencia y adaptación a las condiciones de existencia que le son propias.

> Así, las estadísticas del ingreso a *sixième** según la clase social y la cantidad de hijos en la familia permiten, por ejemplo, percibir qué relación se establece en forma casi directa entre las estrategias de fecundidad y las estrategias educativas:[46] se lee allí que las posibilidades de ingresar a *sixième* de los hijos que pertenecen a las familias de las clases medias (artesanos y co-

emigración) de las estrategias estrictamente económicas que apuntan, entre otras cosas, a la preservación o al aumento del capital en tierras, etcétera. Esta interdependencia se extendía durante varias generaciones, pues una familia podía verse en la obligación de imponerse durante mucho tiempo pesados sacrificios para compensar los gastos (a veces en tierras) necesarios para "dotar" en tierras o en dinero una prole demasiado numerosa o para restablecer la posición material y, por sobre todo, simbólica, del grupo luego de un casamiento desigual.

45 Es cuestión del *estilo de vida,* es decir, del conjunto sistemático de rasgos característicos de todas las prácticas y obras de un agente singular o de una clase de agentes (clase o fracción de clase) como del *estilo de las obras de arte de una época.* La historia de vida de un individuo o de un grupo, en que se ve cómo el mismo *modus operandi* encuentra muchos de sus puntos de apoyo e impulsos a la acción en sus propios productos (aunque se tratara de los *fiascos,* generadores de contradicciones y de preguntas), proporciona sin duda la mejor imagen de la autoconstitución de un sistema de obras unidas por un conjunto de relaciones significantes.

* Téngase en cuenta que el orden de los años de la educación secundaria francesa es decreciente; por ello, *la sixième* es el primero de ellos. [N. de T.]

46 Cf. A. Girard y H. Bastide, "La stratification sociale de la démocratisation de l'enseignement", *"Population" et l'enseignement,* París, Presses Universitaires de France, 1970.

merciantes, cuadros medios y empleados) que se distinguen del resto de su clase por una fuerte fecundidad (cuatro o más hijos) no son más elevadas que las de los hijos de obreros pertenecientes a una familia de dos o tres hijos; también allí se ve que las posibilidades de entrar en un liceo (lo cual supone un grado más elevado de ambición escolar) están aún más estrechamente ligadas al tamaño de la familia (sobre todo entre los empleados y los artesanos o comerciantes) . Contra la explicación aparente, que haría de la cantidad de hijos (y de los costos correlativos) la causa del descenso de la tasa de escolarización, es necesario ver en la limitación de la fecundidad y en la ambición escolar dos expresiones de la misma disposición a la ascesis en procura del ascenso.

Así como las estrategias escolares deben tener en cuenta los resultados de las estrategias de fecundidad, que de antemano están sujetas a las exigencias de la inversión escolar, sin duda las estrategias matrimoniales tampoco son independientes de las estrategias escolares ni, en términos más amplios, del conjunto de estrategias de reproducción. Basta con pensar en la transformación de las estrategias que tradicionalmente la clase dominante ponía en práctica para casar a sus hijas: al igual que la concomitante transformación de las estrategias de fecundidad (que sin duda contribuye a explicar) , es correlativa de una transformación de las relaciones objetivas entre la clase dirigente y el sistema de enseñanza. Con los progresos en el acceso de las hijas mujeres a la enseñanza superior, los mecanismos de autoorientación ("vocación") y de selección, los cuales producen grupos escolares (facultad o escuela, disciplina, etc.) socialmente muy homogéneos, han tendido a asegurar la endogamia de clase (o de fracción) al menos tan eficazmente -aunque de un modo completamente distinto- como el intervencionismo de las familias y, en especial, sus esfuerzos por organizar las ocasiones de encuentro directamente controladas (bailes, fiestas sorpresa, competiciones de rally, etcétera) . Este efecto inesperado de la escolarización ha contribuido ciertamente no poco a alentar a las familias a abandonar su política dirigista (en cualquiera de los casos, muy difícil de imponer) en beneficio del *laissez-faire,* al mismo tiempo que se redefinía por completo el sistema de criterios que determinaba el valor de las hijas mujeres en el mercado matrimonial, ya fuese en capital económico (dote) o

en capital de honorabilidad (virginidad, recato, etcétera) .[47] Y cabe preguntarse si no hay que ver también el efecto de otro proceso de suplencia funcional en el incremento de la fecundidad de la clase dominante, e incluso de las fracciones dominantes de esta clase, cuya reproducción descansaba principalmente sobre la transmisión del capital económico: contrariamente a lo que se observa cuando la reproducción está asegurada por la transmisión directa del patrimonio a uno de los descendientes (en detrimento de los intereses de los individuos cuyo rango -segundones-, sexo u otro índice socialmente reconocido excluye del estatus de herederos legítimos) , nada, excepto el costo de los estudios, prohibe asegurar que la totalidad de los descendientes "se afiancen" (aunque el capital cultural transmisible per cápita indudablemente disminuya en relación directa con la cantidad de hijos, ya que -a diferencia del capital cultural, teóricamente divisible hasta el infinito- el tiempo disponible para la transmisión durante la adultez es finito), cuando la reproducción puede estar asegurada, al menos parcialmente, por la transmisión del capital cultural y por la utilización del sistema de enseñanza. En esas condiciones, se comprende que los burgueses puedan en la actualidad obviar el recurso a la restricción de los nacimientos que antaño se les imponía (como hoy en día a los pequeños burgueses) como una de las condiciones fundamentales de la reproducción social.

Para que se perciba la necesidad de pensar como tal el sistema de estrategias de reproducción, indudablemente no hay mejor ejemplo que el de la inversión educativa, destinada, por la división del trabajo entre las disciplinas, a constituir el objeto de aprehensiones parciales y abstractas. Los economistas tienen el mérito aparente de plantear explícitamente la cuestión de la relación -y de su evolución en el tiempo- entre las tasas de ganancia aseguradas por la inversión educativa y por la inver-

47 Se ha asistido a ese mismo fenómeno en los Estados Unidos, donde la "endogamia social", correlativa del "desarrollo de la educación de masas" asociada a un incremento de la selección escolar, tiende a compensar los efectos del "aumento de la libertad dada a los jóvenes en la elección de su pareja", correlativa de la "declinación de los lazos familiares tradicionales" (cf. B. K. Eckland, "New Mating Boundaries in Education", *Social Biology,* 17 (4), diciembre de 1970, pp. 269-277) .

Sión económica. Sin embargo, además de que su medida del rendimiento de la inversión escolar no toma en cuenta otra cosa que las inversiones y los beneficios monetarios o directamente convertibles en dinero, como los gastos acarreados por los estudios y el equivalente en dinero del tiempo dedicado a estudiar, no pueden explicar las incidencias relativas que los diferentes agentes o las diferentes clases otorgan a la inversión económica y a la inversión cultural, por no tomar en cuenta sistemáticamente la *estructura* de posibilidades diferenciales de beneficio que los diferentes mercados les prometen en función del volumen y de la estructura de su patrimonio.[48] Es más, omitiendo situar nuevamente las estrategias de inversión escolar en el conjunto de las estrategias educativas y en el sistema de las estrategias de reproducción, se condenan a dejar escapar, por una paradoja necesaria, la inversión educativa más oculta y más importante socialmente: la transmisión doméstica de capital cultural. Las indagaciones ingenuas sobre la relación entre "aptitud" *(ability)* para los estudios e inversión en los estudios testimonian que se ignora que la "aptitud" o el "don" es también producto de una inversión en tiempo y en capital cultural.[49] Puede comprenderse que, si es cuestión de evaluar los beneficios de la inversión escolar, no se supere el análisis de los ingresos monetarios individuales sino para interrogarse, en una lógica típicamente funcionalista, sobre la rentabilidad de los gastos de educación para la "sociedad" en su conjunto *(social rate of return)*,[50] o sobre el aporte que la educación hace a la "productividad nacional" *(the social gain of education as measured by its effects on national productivity)*.[51] Esta definición de las funciones de la educación que ignora la contribución del sistema de enseñanza a la reproducción de la estructura social cuando estipula la transmisión hereditaria del capital cultural está de hecho implicada, desde su origen, en una definición de "capital humano" que, a pesar de sus connotaciones "humanistas", no escapa al economicismo, e ignora, entre otras cosas, que el

48 Cf. en especial G. S. Becker, *Human Capital*, Nueva York, Columbia University Press, 1964.
49 Ibíd., pp. 63-66.
50 Ibíd., p. 121.
51 Ibíd., p. 155.

rendimiento escolar depende del capital cultural previamente invertido por la familia y que el rendimiento económico y social del título escolar depende del capital social, también heredado, que puede ponerse a su servicio.

Sin embargo, a la inversa, el estudio interno del sistema de enseñanza y de las estrategias que allí se engendran podría haberse desviado de la construcción del sistema completo de relaciones en cuyo interior se definen las estrategias escolares si no se hubiera observado que la propensión a invertir en trabajo y ahínco escolares no depende exclusivamente del volumen del capital cultural poseído:[52] las fracciones de las clases medias más ricas en capital cultural (e. g.: los maestros de primaria) tienen una propensión a invertir en el mercado escolar (es decir, una buena voluntad cultural como espíritu de empresa aplicado a ese ámbito) incomparablemente más fuerte que las fracciones dominantes de la clase dominante, que no son, con todo, menos ricas en capital cultural.[53] A diferencia de los hijos de maestros que tienden a concentrar todas sus inversiones en el mercado escolar, los hijos de patronos de la industria y del comercio que, teniendo otros medios y otras vías de éxito, no dependen en el mismo grado del dictamen escolar, invierten menos interés y trabajo en sus estudios y no obtienen el mismo rendimiento escolar (el mismo éxito) de su capital cultural. Eso equivale a afirmar que la propensión a la inversión escolar, uno de los factores del éxito escolar (junto con el capital cultural) , depende no solamente del éxito actual o esperado (i. e.: las posibilidades de éxito prometidas a la categoría en su conjunto, dado su capital cultural) sino también del grado en el cual la reproducción de la posición de esta clase de agentes depende -en el pasado tanto como en el porvenir- del capital escolar como forma socialmente certificada y garantizada del capital cultural. El "interés" que un agente o una clase de agentes tiene en los "estudios" depende de su éxito escolar y del grado en el

52 Cf. P. Bourdieu, "Reproduction culturelle et reproduction sociale", *Information sur les Sciences Sociales, 10* (2) , 1971, pp. 45-79.

53 La relativa independencia de la disposición con relación al capital cultural y a las posibilidades teóricas que este aseguraría en ausencia de inversión adicional de "virtud" se debe también, como hemos visto, al hecho de que ella tiende a reproducir la trayectoria familiar.

> cual el éxito escolar es, en su caso particular, condición necesaria y suficiente del éxito social. Por su parte, la propensión a invertir en el sistema escolar que -con el capital cultural del cual parcialmente depende- rige el éxito escolar depende pues del grado en que el éxito social depende del éxito escolár. '' Así, dado que un grupo depende menos completamente del capital escolar para su reproducción cuanto más rico es en capital económico y, por otra parte, que el rendimiento económico y social del capital escolar depende del capital económico y social que puede ponerse a su servicio, las estrategias escolares (y, en términos más generales, el conjunto de estrategias educativas, incluso domésticas) dependen no solamente del capital cultural poseído -uno de los factores determinantes del éxito escolar y, por ello, de la propensión a la inversión escolar-, sino de la incidencia relativa del capital cultural en la estructura del patrimonio; y no pueden, por tanto, ser aisladas del conjunto de estrategias conscientes o inconscientes con las cuales los grupos intentan preservar o mejorar su posición en la estructura social.

Para explicar por completo las estrategias de reproducción es necesario, pues, tomar en cuenta no solamente las posibilidades globales de reproducción (tal como se las puede aprehender, por ejemplo, a través de las posibilidades de ascenso social, como se ha hecho en el caso de las estrategias de fecundidad) sino también el *sistema de posibilidades diferenciales* de beneficio que los *diferentes mercados* (mercado del trabajo, mercado escolar, etc.) ofrecen a los poseedores de un patrimonio con

54 No es esta la ocasión de describir el universo completo de las mediaciones prácticas por cuyo intermedio se establece en cada caso la relación entre el volumen y la estructura del patrimonio y las estrategias de inversión. Sólo puede señalarse que en el caso de la inversión escolar, el éxito en ese rubro, que depende en sí mismo del capital cultural poseído y de la propensión a invertir en la escuela (la cual de por sí está en función del volumen del capital cultural y de su incidencia en la estructura patrimonial) , ejerce un efecto de reforzamiento sobre la propensión a invertir, constituida a partir de los indicadores prácticos de la relación objetiva con la institución escolar (por ejemplo, el grado en el cual la familia, por intermedio de su jefe -el padre- o, en un menor grado, de otro de sus integrantes, debe su posición a la escuela o a la instrucción). Además, el efecto propio de la estructura del patrimonio resulta también del hecho de que dicha consagración es tanto más eficaz cuanto se ejerce sobre clases de agentes relativamente desprovistos de capital económico y, por tanto, de intereses concurrentes.

determinado volumen y estructura. Así, por ejemplo, un capital cultural débil en valor absoluto puede ejercer una influencia determinante sobre las prácticas cuando -como entre los empleados, por ejemplo- tiene una muy fuerte incidencia relativa en la estructura del patrimonio. En otros términos, esas estrategias dependen de la relación que se establece en un momento determinado entre, por una parte, el patrimonio de los diferentes agentes y clases de agentes (ponderado en su volumen global, pero también en su *estructura* -es decir, en lo tocante a las respectivas incidencias de los capitales económico, cultural y social-) y, por otra parte, los diferentes instrumentos de reproducción disponibles, ya sean oficiales u oficiosos, o incluso clandestinos: en efecto, esta relación define las posibilidades de rendimiento diferencial que dichos instrumentos están en condiciones de ofrecer a las inversiones de cada clase o fracción de clase. Más precisamente, la estructura del sistema de estrategias de reproducción característica de una unidad doméstica o de una clase social, su *modo de reproducción,* como combinación específica de las estrategias de reproducción a las cuales efectivamente recurre para mantener o aumentar su patrimonio y su posición en la estructura, depende del valor relativo del beneficio que las diferentes especies de inversiones pueden asegurarle, dado su poder efectivo sobre los diferentes mecanismos institucionalizados (tales como el mercado económico, el mercado matrimonial o el mercado escolar) que pueden funcionar como instrumentos de reproducción: la estructura de distribución de poder sobre los instrumentos de reproducción es, en determinado estado de la definición dominante de lo legítimamente transmisible y de las maneras legítimas de transmitirlo, el factor determinante del rendimiento diferencial que los instrumentos de reproducción están en condiciones de ofrecer a las inversiones de diversas clases o fracciones de clase y, por ello, de la reproducibilidad de su patrimonio y de su posición social y, por lo tanto, de la estructura de las propensiones diferenciales a invertir en cada mercado.

Es decir que no podrían explicarse por completo las estrategias consciente o inconscientemente orientadas hacia la reproducción del patrimonio, a menos que se posea un conocimiento (sincrónico y diacrónico) del patrimonio económico, cultural y social de cada fracción de clase. En cualquiera de los casos, puede observarse que las diferentes fracciones de la clase dirigente, que se distinguen por la estructura patrimonial, es decir, por el perfil de la distribución de las diferentes especies (y subespecies) del capital que poseen y, correlativamente, por

> la estructura de sus ingresos, se orientan hacia estrategias de reproducción que presentan estructuras inversas, ya sea que, como era el caso hasta una época reciente en Francia, las fracciones dominadas y las fracciones dominantes asignen incidencias inversas respectivamente a las inversiones económicas y a las inversiones culturales y escolares, sea que, como es el caso en la actualidad, ellas se distingan al menos tanto por las subespecies de capital escolar que tienden a asegurar merced a las inversiones escolares considerablemente incrementadas (por sobre todo en las fracciones dominantes) cuanto merced a la incidencia relativa que otorgan a las inversiones económicas y a las inversiones escolares.'

De ello se deriva que cualquier cambio en la relación entre el patrimonio (ponderado en su volumen y en su estructura) y el sistema de instrumentos de reproducción, con la correlativa transformación del sistema de posibilidades de beneficio, tiende a acarrear una *reestructuración* del sistema de las estrategias de inversión. Los poseedores de capital no pueden mantener su posición en la estructura social (o en

55 Actualmente se está realizando un conjunto de investigaciones sobre las clases sociales en Francia y, más específicamente, sobre la clase dirigente, y esperamos que sus resultados permitan precisar estos análisis. Las investigaciones sobre la transformación de la estructura del campo de las instituciones de enseñanza superior -*grandes écoles* y facultades- correlativa de la transformación del modo de apropiación de los beneficios del capital económico (tal como fueron analizadas en un artículo ya publicado, cf. P. Bourdieu, L. Boltanski y M. de Saint-Martin, art. cit.) permitirán dar mayores precisiones al análisis de las estrategias escolares de las diferentes fracciones de la clase dirigente y de las transformaciones que conocen por obra de los cambios sobrevenidos en el campo económico. Las investigaciones que apuntan a volver a situar los gustos y los consumos culturales de las diferentes fracciones de la clase dirigente en el sistema de prácticas constitutivas del *estilo de vida* característico de cada una de ellas desearían aprehender en su funcionamiento práctico el principio generador de los diferentes sistemas de estrategias. Al término de esas sistematizaciones parciales, podrá construirse el sistema de relaciones entre las estructuras patrimoniales de las diferentes clases y fracciones de clase (con las transformaciones que las afectan) y las estrategias de inversión y de transmisión del capital económico, cultural y social (ello implica que han de tomarse en cuenta, además de las diferentes formas de inversión que conoce la economía, formas menos reconocidas de inversión, inaprehensibles -a la espera de una encuesta *ad hoc*- si no es mediante indicadores dispersos tales como las tasas de contratos de matrimonio, de dotes, de testamentos, de compra de cuadros, de estadías en el extranjero, de participación en asociaciones, etcétera) .

la estructura de cierto campo, como el artístico o científico), sino a expensas de *reconversiones* de las especies de capital que poseen en otras especies, más rentables o más legítimas en el estado correspondiente de los instrumentos de reproducción: esas reconversiones objetivamente impuestas por la necesidad de evitar la devaluación del patrimonio pueden vivenciarse subjetivamente como cambios de gusto o de vocación, es decir, como *conversiones.'* En formaciones sociales donde el estado de la relación de fuerzas entre las clases hace que la clase dirigente deba incesantemente cambiar para mantenerse, las fracciones dominantes de esta clase tienden necesariamente a dividirse, sobre todo en los períodos de transformación rápida y de crisis del modo de reproducción en vigor, según los "grados" (y las formas) de reconversión de sus estrategias prácticas e ideológicas de reproducción; por ende, según el grado en el cual se adaptan a la nueva situación. Apareciendo cuando el modo de reproducción establecido no se da por supuesto, y cuando uno ya no puede contentarse con dejar actuar a los mecanismos de reproducción, las ideologías conservadoras (que tienen por función ora legitimar el modo de reproducción antiguo con la afirmación de aquello que era innecesario afirmar durante todo el tiempo en que se lo daba por descontado, y con la consiguiente transformación de la *doxa* en *ortodoxia;* ora racionalizar, en el doble sentido del término, la reconversión, apresurar la toma de conciencia acerca de las transformaciones y la elaboración de las estrategias adaptadas y legitimar esas nuevas estrategias ante la mirada de los "integristas") tienden a presentar invariablemente, en los más distintos contextos, tres *variantes:"* el conservadurismo de vanguardia de aquellos que tras

56 Ese es el principio de fenómenos sociales de escala e índole muy diferentes, ya sea la reconversión de una aristocracia terrateniente en burocracia de Estado o, en el otro extremo, la reconversión de una parte o de la totalidad de una disciplina científica en otra, o de un género literario o artístico en otro (en ese caso, la distancia entre la verdad objetiva y la verdad subjetiva es máxima y *debe* serlo: la reconversión puede tener éxito, es decir, producir su efecto simbólico, únicamente si es vivida y percibida como conversión) .

57 El caso de la aristocracia prusiana, de sus ideólogos y de sus ideologías de la tierra y de la sangre que comienzan a desarrollarse cuando las bases tradicionales del poder de la clase son amenazadas, constituye sin duda la mejor ilustración de este análisis. (cf. H. Rosenberg, *Bureaucracy and Aristocracy, 1840-1860. The Prussian Experience, 1660-1815,* Cambridge, Harvard University Press, 1958, especialmente p. 24; J. R. Gillis, *The Prussian Bureaucracy in Crisis, 1840-1860. Origins of an Administrative Ethos,* Standford University Press, 1971, y sobre todo R. Berdhal, "The Stände and the origins of conservatism in Prussia", *Eighteenth Century Studies,* 6 (3) , primavera de 1973, pp. 298-321) .

realizar la reconversión de sus estrategias de reproducción no dudan en participar en la impugnación de las antiguas bases de la dominación de su clase; el conservadurismo reaccionario de la retaguardia de clase que es proclive a buscar en una ideología retrógrada la compensación de su regresión económica y social (es el caso, en vísperas de la Revolución Francesa, de la "plebe nobiliaria", como la llama Mathiez, cuyo rechazo a perder sus prerrogativas destina a una miseria arrogante [58]); por último, el conservadurismo ilustrado de aquellos que, ocupando una posición intermedia (es el caso, por ejemplo, de las burocracias de Estado), se esfuerzan por conciliar los extremos y por esclarecer a los miembros de su clase, cuya ceguera reaccionaria o "revolucionaria" supone un riesgo para los intereses de la clase en conjunto.'" Estas formas y estos grados de reconversión, y las estrategias ideológicas que les son correlativas, corresponden, evidentemente, a condiciones económicas y sociales diferentes, y la propensión y la aptitud para la reconversión dependen del volumen y de la estructura del patrimonio poseído: los agentes o los grupos (relativamente) más ricos en una especie de capital distinta a la que servía de base al poder antiguo serán los más proclives y los más aptos para emprender una reconversión; por el contrario, las fracciones más estrechamente ligadas a la especie de capital amenazada (e. g.: los aristócratas de provincia sin fortuna ni cultura, en vísperas de la Revolución Francesa o, en un universo completamente distinto, los profesores de lenguas antiguas más estrechamente ligados a los concursos de *agrégation)** estarán condenados al conservadurismo de la desesperanza."`)

58 A. Mathiez, *La Révolution Française,* París, A. Colin, 1951, t. I, pp. 7-8.

59 Se intentará describir en otra ocasión la forma que hoy en día adopta en Francia el conservadurismo ilustrado, y atribuir la estructura de esta ideología a la estructura del campo de producción y en relación con la circulación en el cual se constituye y funciona (entre otras cosas, con los "lugares neutros", como las comisiones de planificación o los coloquios, donde se encuentran las diferentes fracciones) y a las funciones que cumple en relación con la *concertación* de las estrategias de reconversión de las diferentes fracciones.

* Un *agrégé* es un graduado a quien se declara apto (después de ejercicios y concursos) para ocupar cargos docentes en liceos y algunas instituciones de enseñanza terciaria. [N. de T.]

60 Sólo un estudio comparativo de las estrategias de reconversión podría, evidentemente, articular por completo el sistema de factores que facilitan o prohíben en cada caso las reconversiones, según su amplitud (desde el simple deslizamiento hacia una condición vecina hasta el salto a otro universo), su momento (desde las condiciones iniciales, al comienzo de la etapa, las más arriesgadas pero indudablemente también las más rentables, hasta las

Las reconversiones representan otros tantos *desplazamientos* en un espacio social que nada tiene en común con el espacio, a la vez abstracto y realista, de los estudios de "movilidad social". El mismo realismo que lleva a describir como "movilidad ascendente" los efectos de la traslación de la estructura de las relaciones de clase (por ejemplo, con el paso intergeneracional de maestro de primaria a profesor de CEG) lleva a ignorar que en ciertos contextos la reproducción de la estructura social puede requerir una muy débil "herencia profesional" (o, si se quiere una muy débil "rigidez") : eso sucede siempre que los agentes no pueden mantener su posición en la estructura social si no es a expensas de una reconversión de su capital, es decir, de un cambio de *condición* (por ejemplo, con el paso de la condición de pequeño propietario de tierras a la de pequeño funcionario, o de pequeño artesano a empleado de comercio) . En suma, la teoría de las clases sociales y de sus transformaciones remite a una teoría de los campos, es decir, a una *topología social* capaz de distinguir entre los *desplazamientos en el interior del espacio propio de un campo,* asociados a la acumulación (positiva o negativa) de la forma de capital que constituye el objeto específico de la competición que lo define como inherentemente propio, y los *desplazamientos entre campos,* asociados a la reconversión del capital de cierto tipo en otro tipo, que tiene curso en otro campo. Uno y otro desplazamiento dependen, en su significación y en su valor, de las relaciones objetivas entre los diferentes campos; por consiguiente, de las tasas de conversión de los diferentes tipos de capital, y de los cambios que los afectan a lo largo del tiempo, al término de las luchas entre las clases y las fracciones de clase.

adhesiones de los reconvertidos de última hora) , los cambios secundarios que implican (desde la reconversión *in situ,* por ejemplo, hasta la reconversión que implica la emigración), etcétera. Habría que contar con análisis que restituyeran la configuración que reviste en diferentes momentos la clase dirigente construida como *campo de posiciones,* es decir, las relaciones objetivas entre las posiciones de los agentes y de los grupos que arribaron a grados diferentes de reconversión, innovadores, reaccionarios e innovadores moderados, y que atribuyeran la estructura del campo de las tomas de posición ideológicas a la estructura de ese campo de posiciones.

Apéndice. Correspondencia de posibilidades y aspiraciones escolares

	Posibilidades objetivas de acceso		Postulan a sus hijos para el liceo en *sixième*[3]	Acceso de los hijos a la Universidad[4]			
	a la enseñanza superior (65-66)[1]	al liceo en *quatrième* (67-68)[2]		Normal	Posible pero bastante difícil	Posible pero muy difícil	Imposible
Agricultores:							
Asalariados agrícolas	2,7	6,8	13				
Explotadores agrícolas	8,0	7,7	15				
Obreros	3,4	9,5	15	13	20	26	15
Patrones de la industria y el comercio	23,2	19,9	33	44	32	9	3
Empleados	16,2	23,7	34	22	34	20	7
Cuadros medios	35,4	34	55				
Cuadros superiores, profesiones liberales	58,7	43,9	75	69	22	2	1

[1] P. Bourdieu, J.-C. Passeron, *La Reproduction*, París, Minuit, 1970, p. 260.

[2] Cálculo efectuado en el *Centre de Sociologie européenne*. Fuentes: INSEE y Ministerio de Educación Nacional.

[3] INED, *Population et l'enseignement*, París, Presses Universitaires de France, 1970, p. 249.

[4] IFOP, *Enquête auprès des familles de la région parisienne* (n=393), septiembre de 1968.

[5] SOFRES, *Les Français et les problèmes de l'éducation nationale*, junio-agosto de 1973. En esta encuesta, los industriales y los grandes comerciantes no están diferenciados de los cuadros superiores y los miembros de profesiones liberales.

Establecimiento deseado (en el ingreso a *sixième*)[5]				Sección deseada (en el ingreso a 6º)[5]				Nivel deseado[5]			
CEG	CES	Liceo	Sin respuesta	Práctica aprendizaje	Moderna	Clásica	Sin respuesta	CAP	BEPC	Bachillerato con certificado técnico	Diploma de enseñanza superior
33	23	18	26	29	30	17	24	27	18	30	16
14	37	21	28	31	35	11	23	22	21	33	15
14	32	34	20	17	36	27	20	13	15	33	31
8	31	40	21	10	49	18	23	9	12	31	33
2	30	54	14	2	46	41	11	2	6	11	67

4. Enclasamiento, desclasamiento, reenclasamiento

Las estrategias de reproducción, y en especial las estrategias de reconversión por cuyo intermedio los individuos o las familias apuntan a preservar o a mejorar su posición en el espacio social, preservando o aumentando su capital al precio de reconvertir una forma de capital en otra más rentable y/o más legítima (por ejemplo, el capital económico en capital cultural), dependen de las posibilidades objetivas de ganancia ofrecidas a sus inversiones en cierto estado de los instrumentos institucionalizados de reproducción (la costumbre y la ley sucesoria, el mercado del trabajo, el sistema escolar, etc.) y del capital que han de reproducir. Las transformaciones recientes de la relación entre las diferentes clases sociales y el sistema de enseñanza, con el consiguiente *boom* escolar y todos los cambios vinculados a dicho sistema, además de todas las transformaciones de la estructura social que se derivan al menos en parte de la transformación de las relaciones establecidas entre títulos y puestos, son el correlato de la intensificación de la competencia por los títulos, a la cual mucho ha contribuido, sin duda, el hecho de que las fracciones más ricas en capital económico de la clase dominante (los patronos de la industria y del comercio) y de las clases medias (artesanos y comerciantes) debieron, para asegurar su reproducción, incrementar en gran medida la utilización que hacían del sistema de enseñanza.

La diferencia entre el capital escolar de los adultos de una clase o de una fracción de clase (medida por la tasa de poseedores de un diploma igual o superior al BEPC) * y las correspondientes tasas de escolarización de los adolescentes es netamente más marcada entre los artesanos, los comerciantes y los industriales, que entre los empleados y los cuadros medios. Así, la ruptura de la correspondencia que usualmente se observa entre las

BEPC: sigla de "Brevet d'Etudes du Premier Cycle", diploma de estudios del primer ciclo de enseñanza secundaria. [N. de T.]

posibilidades de escolarización de los jóvenes y el patrimonio cultural de los adultos constituye el indicio de una transformación profunda de las disposiciones con respecto a la inversión escolar. Mientras la incidencia de los poseedores del BEPC o de un diploma superior es netamente más débil entre los pequeños artesanos y comerciantes de entre 45 y 54 años de edad que entre los empleados de oficina (en 1962, del 5,7% contra el 10,1%), sus hijos están escolarizados (a los 18 años) en las mismas proporciones (42,1 y 43,3% en 1962 —cf. M. Praderie, "Héritage social et chances d'ascension", en Darras, *Les partages des bénéfices,* París, Minuit, 1966, p. 348) . Del mismo modo, los industriales y grandes comerciantes, que tienen un capital escolar más débil que el de los técnicos y cuadros medios (20 y 28,9%, respectivamente, de poseedores de un diploma al menos igual al BEPC), escolarizan a sus hijos en las mismas proporciones (65,8 *y* 64,2%) . En el caso de los agricultores, como queda demostrado en el muy veloz incremento de las tasas de escolarización de los menores provenientes de esta clase entre 1962 y 1975, se activa ese mismo proceso (Fuente: INSEE, *Recensement général de la population de 1968: résultats du sondage au 1/20e pour la France entière. Formation,* París, Imprimerie Nationale, 1971) .

Que fracciones hasta entonces endebles usuarias de la escuela entrasen en la carrera y en la competencia por el título escolar forzó a las fracciones de clase cuya reproducción estaba asegurada principal o exclusivamente por la escuela a incrementar sus inversiones para mantener la escasez relativa de sus títulos y, correlativamente, su posición en la estructura de clases. Así, el título escolar y el sistema escolar que lo otorga se vuelven una de las apuestas privilegiadas de la competencia entre las clases, que engendra un crecimiento general y continuo de la demanda de educación y una inflación de los títulos escolares.[1]

1 A los efectos de la competencia en torno al título escolar (y, en términos más generales, en torno a todo tipo de títulos por los cuales los grupos afirman y constituyen su distinción con respecto a los restantes) que se da entre grupos en lucha por el reenclasamiento y en contra del desclasamiento, es necesario sumar un factor de inflación que puede llamarse *estructural.* El incremento generalizado de la escolarización tiene por efecto aumentar la masa del capital cultural que en cada ocasión existe en estado incorporado, de modo que, si se sabe que el éxito de la acción escolar y la durabilidad de sus efectos dependen de la importancia del capital cultural que las

> Al relacionar la cantidad de poseedores de un diploma con el número de jóvenes de la edad modal de aprobación de cada uno de los exámenes, se puede proponer una *estimación grosera* de la evolución de la escasez relativa de poseedores de un título: por cada 100 jóvenes de 15 años había 6,8 nuevos titulares de un BEPC, BE* o BS** en 1936, 7,9 en 1946, 23,6 en 1960, 29,5 en 1965. Cada 100 jóvenes de 18 años, había 3 bachilleres en 1936, 4,5 en 1946, 12,6 en 1960, 16,1 en 1970. Y en igual cantidad de jóvenes de 23 años, 1,2 eran recientes poseedores de un diploma de enseñanza superior en 1936, 2 en 1946, 1,5 en 1950, 2,4 en 1960, 6,6 en 1968.

La comparación de los puestos que ocupan en dos épocas diferentes los poseedores de un mismo diploma da una idea aproximada de las variaciones en el valor de los diplomas dentro del mercado de trabajo. Mientras los hombres de 15 a 24 años desprovistos de diploma o titulares sólo de un CEP*** ocupan en 1968 posiciones por completo semejantes a las de sus homólogos en 1962, los titulares del BEPC pertenecientes a las mismas franjas de edad que ocupaban principalmente posiciones de empleados, en 1968 han visto incrementarse sus posibilidades de llegar a ser capataces, obreros profesionales o incluso obreros especializados. Mientras que, en 1962, quienes entraban directamente en la vida activa con el diploma de bachillerato pasaban a ser en su gran mayoría maestros de escuela, en 1968 tenían importantes posibilidades de ocuparse como técnicos, empleados de oficina o incluso obreros. La misma tendencia se observa para los poseedores de un diploma superior al bachillerato que tengan entre 25 y 34 años de edad: en 1968 tenían más posibilidades de devenir maestros o técnicos que en 1962, y evidentemente menos posibi-

familias transmiten en forma directa, puede suponerse que el rendimiento de la acción escolar tiende a incrementarse continuamente, mientras no haya variación en los demás factores. En resumen, el rendimiento de una misma inversión escolar es mayor, lo que sin duda contribuye a producir un efecto inflacionario, ya que vuelve accesibles a un público más amplio los diplomas.

* BE: sigla de "Brevet d'Études", diploma de estudios. [N. de T.]

** BS: sigla de "Brevet Supérieur de fin d'études secondaires", diploma superior de finalización de estudios secundarios. [N. de T.]

*** CEP: sigla de "Certificat d'Études Primaires", certificado de estudios primarios. [N. de T.]

lidades de formar parte de los cuadros administrativos superiores, llegar a ingenieros o ejercer profesiones liberales. [2]

> Entre 100 jóvenes (varones) de 15-24 años titulares del BEPC y con un empleo en 1962, había 41,7 empleados, contra solamente 36,3 en 1968, e inversamente, 5,8 obreros especializados y 2 peones en 1962, contra 7,9 y 3,8 en 1968. Los jóvenes de esa misma edad que sólo cuentan con el bachillerato tienen posibilidades tanto menores de llegar a ser cuadros medios (57,4%) en 1968 que en 1962 (73,9%) y, a la inversa, posibilidades tanto mayores de ser empleados (19,9% contra 8,8%) o incluso obreros (11%, contra 6,4%) . En cuanto a los hombres de 25-34 años que son titulares de un diploma superior al del bachillerato, en 1968 tienen menos posibilidades de ejercer profesiones superiores (68%) que en 1962 (73,3%) y, en especial, de practicar profesiones liberales (7,6%, contra 9,4%) ; a la inversa, tienen una probabilidad más acusada de ser maestros (10,4%, contra 7,5%) o técnicos (5,4%, contra 3,7%) . En lo que concierne a las muchachas, se observan fenómenos análogos, pero levemente atenuados. Para ellas, el bachillerato ha sufrido la devaluación más fuerte: en 1968, una joven de entre 15 y 24 años con diploma del bachillerato tiene, si trabaja, mayores posibilidades de llegar a ser empleada (23,7%, contra 12%), y menores de ser maestra de escuela (50% contra 71,7%) .

Si se tiene presente que el volumen de puestos correspondientes también puede haber variado en ese mismo lapso de tiempo, puede considerarse que un título tiene plenas posibilidades de haber sufrido una devaluación, ya que el incremento en la cantidad de poseedores de diplomas escolares es más veloz que el incremento en la cantidad de posiciones a las cuales dichos diplomas daban acceso a comienzos del período. Todo parece indicar que el bachillerato y los títulos inferiores han sido los más afectados por la devaluación. En efecto, entre los hombres activos, la cantidad de titulares del BEPC o del título de bachiller (excluidos los diplomas de enseñanza superior) se ha incrementado

2 Cf. C. Delcourt, "Les jeunes dans la vie active", *Économie et statistique*, nº 18, diciembre de 1970, pp. 3-15.

en un 97% entre 1954 y 1968, mientras que en ese mismo período la cantidad de empleados y cuadros medios sólo se incrementó el 41%; de igual modo, entre los hombres la cantidad de poseedores de un diploma superior al de bachiller se incrementó en un 85%, mientras que la cantidad de cuadros superiores y de quienes ejercen las profesiones liberales no se incrementaba más que en un 68% (por su parte, las profesiones superiores crecían, en conjunto, un 49%). Sin duda la diferencia es más acusada de lo que señalan las cifras: en efecto, la porción de quienes poseen los recursos para resistir la devaluación, y en especial el capital social ligado a un origen elevado, crece a medida que escalamos la jerarquía de los títulos.

A ello hay que agregar la devaluación más oculta, resultante del hecho de que las posiciones (y los títulos que llevan a ellas) pueden haber perdido una porción de su valor distintivo, pese (y aun debido) a que la cantidad de puestos se incrementó en idéntica proporción que los títulos que dan acceso a esos puestos al comienzo del período: ese es, por ejemplo, el caso de la posición de profesor, que en todos los niveles ha perdido su rareza.

El muy veloz incremento de la escolarización de las jóvenes ha tenido no poca incidencia en la devaluación de los títulos escolares. La importancia de este proceso se debe a que la transformación de las representaciones de la división del trabajo entre los sexos (y el acceso de las jóvenes a la enseñanza superior significó indudablemente un sustancial aporte para determinarla) fue a la par del incremento de la porción de las mujeres que hacen entrar al mercado de trabajo títulos hasta entonces parcialmente mantenidos en reserva (y "colocados" solamente en el mercado matrimonial); ese incremento es tanto más marcado cuanto mayor rango tiene el diploma. Así, el segmento de mujeres de entre 25 y 34 años poseedoras de un diploma superior al bachillerato y en ejercicio de una profesión pasó del 67,9% en 1962 al 77,5% en 1968, y alcanzaba casi el 85% en 1975.

Esto equivale a decir que, como toda segregación (por sexo o por etnia) contribuye a frenar la devaluación merced a un efecto de *numerus clausus,* toda desegregación tiende a restituir plena eficacia a los mecanismos de devaluación (por ello, según ha demostrado un estudio estadounidense acerca de los efectos económicos de la desegregación racial, los más desposeídos de títulos sienten de modo más directo esos efectos) .

Cuadro 1. Tasa de actividad de las mujeres de entre 25 y 30 años de edad, según los títulos obtenidos (1962 y 1968)

	CEP	CAP	BEPC	BACH.	BACH.
1962	43,8	59,7	59,8	67,1	67,9
1968	46,3	60,6	63,5	74,3	77,5

Fuente: INSEE, *Recensement général de la population de 1968: résultats du sondage au 1/20e pour la France entiére. Formation,* París, Imprimerie Nationale, 1971 (no se ha podido desglosar a las mujeres desprovistas de diploma).

Sin incurrir en una paradoja, podemos plantear que las principales víctimas de la devaluación de los títulos escolares son quienes entran desprovistos de títulos al mercado del trabajo. En efecto, la devaluación del diploma va acompañada por la paulatina extensión del monopolio de los poseedores de títulos escolares sobre posiciones hasta entonces viables para los no-diplomados, lo que tiene por efecto limitar la devaluación de los títulos limitando la competencia, pero a expensas de una restricción de las posibilidades de carrera ofrecidas a los no-diplomados (es decir, "por la puerta lateral") y de un reforzamiento de la predeterminación escolar de las posibilidades de trayectoria profesional. Entre los cuadros administrativos medios (hombres de entre 25 y 34 arios), en 1975 no se registraba más que un 43,1% de agentes desprovistos de diploma de enseñanza general o que no tuvieran más que el CEP, contra un 56% en 1962; entre los cuadros administrativos superiores, las proporciones eran del 25,5 y del 33% respectivamente, y para los ingenieros, del 12 y 17,4%. A la inversa, entre 1962 y 1968 la proporción de poseedores de un diploma de enseñanza superior pasaba de 7,5 a 10,2% para los cuadros administrativos superiores, y de 68 a 76,6% para los ingenieros. De ello deriva un descenso en la dispersión de aquellos que poseen iguales títulos entre puestos diferentes y de la dispersión, según el título escolar, de los ocupantes de un mismo puesto o, en otros términos, un reforzamiento de la dependencia entre el título escolar y el puesto ocupado.

Puede verse que el mercado de los puestos ofrecidos al título escolar no ha dejado de incrementarse, en detrimento, ciertamente, de los no-diplomados. La generalización del reconocimiento acordado al título escolar tiene por efecto unificar el sistema oficial de títulos y calificaciones, pues otorga el derecho a ocupar las posiciones sociales y reduce los efec-

tos de aislamiento, ligados a la existencia de espacios sociales dotados de sus propios principios de jerarquización, aunque el título escolar nunca llegue a imponerse por completo -al menos por fuera de los límites del sistema escolar- como parámetro único y universal del valor de los agentes económicos.

> Fuera del mercado estrictamente escolar, el diploma vale lo que vale económica y socialmente su poseedor, ya que el rendimiento del capital escolar está en función del capital económico y social que puede asignarse a su valorización. Por lo general, los cuadros tienen posibilidades tanto mayores de acceder a las funciones de dirección que a las funciones de producción, fabricación, mantenimiento, cuanto más elevado es su origen social: el análisis secundario que hemos hecho de la investigación realizada por el INSEE en 1964 sobre la movilidad profesional deja en evidencia que el 41,7% de los hijos de miembros de profesiones liberales (el 38,9% de los hijos de profesores) que son ingenieros, cuadros administrativos o medios, técnicos en empresas, ocupan funciones administrativas y de dirección general, contra 25,7% del conjunto total. Al contrario, el 47,9% de los hijos de obreros calificados (el 43,8% de los hijos de capataces, el 41,1% de los hijos de técnicos) cumplen funciones de producción, fabricación, mantenimiento, contra 29,7% del conjunto total. Se sabe también que los cuadros superiores originarios de familias de empleados recibían, en 1962, un salario anual promedio de 18 027 francos, contra 29 470 francos percibidos por los hijos de industriales o de grandes comerciantes; los ingenieros hijos de asalariados agrícolas y de cultivadores, unos 20 227 francos contra los 31 388 francos destinados a los hijos de industriales y de grandes comerciantes.

La transformación de la distribución de puestos entre los poseedores de títulos que resulta automáticamente del incremento en la cantidad de diplomados hace que, en cada momento, una parte de quienes los poseen -y por supuesto, en primer lugar los más desposeídos de recursos heredados con que hacer valer sus títulos- sea víctima de la devaluación. Las estrategias con que los más expuestos a la devaluación se esfuerzan por luchar a corto plazo (durante el transcurso de su propia carrera) o a largo plazo (mediante las estrategias de escolarización de sus hijos)

contra esta devaluación constituyen uno de los factores determinantes del incremento de los títulos distribuidos, que por sí solo contribuye a la devaluación. La dialéctica de la devaluación y de la recuperación tiende así a alimentarse a sí misma.

ESTRATEGIAS DE REPRODUCCIÓN Y TRANSFORMACIONES MORFOLÓGICAS

Las estrategias a las cuales los individuos y las familias han recurrido para salvaguardar o mejorar su posición en el espacio social se retraducen en transformaciones que afectan, inseparablemente, el *volumen* de las diferentes fracciones de clase y su *estructura patrimonial.*

> Para dar una idea aproximada de esas transformaciones, se ha trazado un cuadro que permite atribuir índices de la evolución del volumen de las diferentes fracciones a indicadores (desgraciadamente muy imperfectos) del volumen de la estructura del capital que poseen. Al no poder establecer tal como se habría deseado la evolución por categorías finas del monto de ingresos, por una parte, y de la estructura de los ingresos, por la otra, para el período 1954-1975 (lo que llevó a reproducir un cuadro -el 2 bis- que presenta esta evolución por categorías gruesas para el período 1954-1968) se ha indicado, además de la distribución por fuentes de ingresos, el monto de los ingresos declarados a los servicios fiscales, fuente explotada por el INSEE, sin dejar de tener presente, a la vez, que están subestimados en proporciones muy variables: según A. Villeneuve -"Les revenues primaires des ménages en 1975", *Économie et Statistique,* n° 103, septiembre de 1978, p. 61-, haría falta multiplicar por 1,1 los salarios y remuneraciones, por 3,6 los beneficios agrícolas, por 2,9 los ingresos de capitales mobiliarios, etcétera. Puede verse que basta con aplicar esas correcciones para volver a situar en su verdadero lugar a las profesiones independientes, y en especial a los agricultores y a los artesanos o pequeños comerciantes. Las categorías más ricas (relativamente) en capital económico (tal como se puede colegir gracias a indicadores de la posesión de valores mobiliarios, de propiedades rurales o urbanas, etc.) tienden a experimentar una regresión muy brutal, tal

como queda demostrado por la disminución de su volumen (en el caso de los agricultores, de los artesanos y de los comerciantes y de los industriales) y por el hecho de que allí la porción de los jóvenes disminuye o se incrementa con menor rapidez que en otros ámbitos (que la evolución de los comprendidos entre los 20 y los 34 años sea -entre los pequeños comerciantes y los artesanos- igual o levemente superior a la del conjunto total de la categoría, puede explicarse por la llegada de comerciantes y de artesanos de un estilo nuevo) . Una parte del incremento aparente del capital escolar (y sin duda económico) de esas categorías se debe, sin duda, al hecho de que el éxodo que reside en el origen de su decadencia numérica los ha afectado en sus capas inferiores. Por el contrario, las fracciones de clase ricas en capital cultural (medido, por ejemplo, en tasas de poseedores del BEPC, del bachillerato o de un diploma de estudios superiores) han experimentado un fuerte incremento que habla de un rejuvenecimiento, y que la mayoría de las veces se traduce en una fuerte feminización y un aumento de la tasa de diplomados (las categorías más típicas de ese proceso son los empleados de oficina y de comercio, los técnicos, los cuadros medios y superiores, los docentes, maestros y sobre todo profesores, entre quienes los diferentes procesos involucrados son de intensidad excepcional, muy especialmente en la generación más joven; esto los diferencia de los ingenieros, entre quienes el proceso parece detenido, pues la tasa de incremento es más débil para la generación más joven que para el conjunto total) . Otro rasgo notable: la estabilidad relativa de las profesiones liberales que, por obra de una política deliberada de *numerus clausus,* han podido limitar el incremento numérico y la feminización (que han permanecido tanto más débiles en dicho sector que en las profesiones superiores con fuerte capital escolar) y simultáneamente rehuir la pérdida de rareza y, sobre todo, la redefinición más o menos crítica del puesto que la multiplicación de graduados conlleva y, aún más, la existencia de un excedente de poseedores de títulos en relación con los puestos.

Las modificaciones de las estrategias de reproducción que residen en el origen de esos cambios morfológicos están englobadas, por un lado, en el incremento de la incidencia de los salarios en el ingreso de las categorías que se da en llamar independientes y, por el otro, en la diversificación de los ha-

beres y de las colocaciones de los cuadros superiores, que tienden a poseer su capital tanto bajo la forma económica cuanto bajo la forma cultural, contrariamente a los patrones, poseedores sobre todo de capital económico. Así, la incidencia de los salarios, remuneraciones y pensiones en los ingresos de los patronos pasa del 12,9% en 1956, al 16,4% en 1965; en 1975, cuando las taxonomías ya han cambiado, sabemos que representa el 19,2% de los ingresos de los artesanos y pequeños comerciantes y el 31,8% de los ingresos de los industriales y de los grandes comerciantes. (Entre los explotadores agrícolas, al contrario, ha permanecido casi constante: 23,8% en 1956, 23,5% en 1965 y 24,8% en 1975) . Por lo demás, sabemos que en 1975 la proporción de los ingresos por predios urbanos y rurales y por bienes muebles es tanto más consistente en el patrimonio de los cuadros superiores del sector privado (5,9%) que en el de los cuadros superiores del sector público (2,7%) . (Datos recibidos en comunicación personal con A. Villeneuve.)

La reconversión del capital económico en capital escolar es una de las estrategias que permite a la burguesía de negocios preservar la posición de una parte o de la totalidad de sus herederos, permitiéndoles extraer una parte de los beneficios de las empresas industriales y comerciales bajo forma de salarios, modo de apropiación mejor disimulado -e indudablemente más seguro-- que la renta. Así, entre 1954 y 1975, disminuye muy brutalmente la participación relativa de los industriales y de los grandes comerciantes, al mismo tiempo que aumenta muy fuertemente la incidencia de los asalariados que deben su posición a sus títulos educativos: cuadros, ingenieros, profesores e intelectuales (sin embargo, al igual que los cuadros jerárquicos del sector privado, pueden obtener de sus acciones parte importante de sus recursos; véase Cuadro 3) . De igual modo, la desaparición de muchas pequeñas empresas comerciales o artesanales oculta el trabajo de reconversión -más o menos exitoso- realizado por agentes individuales, según lógicas que dependen en cada caso de su situación singular, y que desemboca cn una transformación de la incidencia de las diferentes fracciones de las clases medias (véase Cuadro 4) . También en ese contexto, la parte que corresponde a los pequeños comerciantes y los artesanos, así como la de los agricultores, asiste a una marcada caída, mientras se incrementa la proporción de maestros, técnicos o personal médico o del área so-

cial. Además, la relativa estabilidad morfológica de un grupo profesional puede ocultar una transformación de su estructura, que resulta de la *reconversión in situ* de los agentes presentes en el grupo a comienzos del período (o de sus hijos) y/o de su sustitución con agentes originarios de otros grupos. Así, por ejemplo, la disminución relativamente débil del volumen global de las categorías de los comerciantes, poseedores casi en su totalidad (93%) de pequeñas empresas individuales que en parte debieron al incremento del consumo doméstico la posibilidad de resistir la crisis, oculta una transformación de la estructura de esta profesión: el estancamiento o la disminución de los pequeños comercios de productos alimenticios -afectados sobremanera por la competencia de las "grandes superficies"- o de indumentaria se ve apenas compensada por un incremento del comercio de automóviles, de equipamiento del hogar (muebles, decoración, etc.) y sobre todo de las áreas del deporte, el ocio y la cultura (librerías, desquerías, etc.) y de las farmacias. (Cabe suponer que en el interior mismo del rubro de la alimentación, la evolución que las cifras reseñan oculta transformaciones que llevan a una paulatina redefinición de la profesión, ya que pueden coexistir el cierre de los comercios de alimentación básica -los más fuertemente afectados por la crisis- o de las panaderías de campo, y la apertura de tiendas de dietética, de productos naturales regionales, de alimentos orgánicos o de panaderías especializadas en la elaboración de pan a la vieja usanza) . Estas transformaciones en el carácter de las empresas comerciales -que son correlativas de las contemporáneas transformaciones en la estructura del consumo doméstico, a su vez correlativa del incremento en los ingresos y, quizá sobre todo, del aumento de capital cultural acarreado por la traslación de la estructura de las posibilidades de acceso al sistema de enseñanza- están vinculadas, en una relación dialéctica, a un aumento del capital cultural de los propietarios o de los gerentes. Todo lleva a pensar que la categoría de los artesanos ha sufrido transformaciones internas bastante semejantes a las que conocieron los comerciantes: el auge del artesanado de lujo y del artesanado "de arte", que requieren la posesión de un patrimonio económico pero también de un capital cultural, viene a compensar la decadencia de las capas más desguarnecidas del artesanado tradicional. Así, se comprende que la disminución en el volumen de esas categorías medias haya ido a la par de una elevación en el capital cultural medido por el nivel de instrucción.

Cuadro 2. Evolución morfológica y estructura patrimonial de las diferentes clases y fracciones de clase (1954-1975)

	Volumen en 1975	Hombres en 1975 (%)	Índice de evolución (Base 100 en 1954)				BERC
			Conjunto		20-34 años		
			Conjunto total	Sólo hombres	Conjunto total	Sólo hombres	
Asalariados agrícolas	375 480	88,4	32	33	27	27	0
Explotadores agrícolas	1 650 865	65,7	42	46	26	31	0,9
Peones	1 612 725	61,9	143	115	146	108	0,
Obreros especializados	2 946 860	73,2	162	167	185	186	1
Obreros calificados	2 985 865	86,5	112	126	120	128	2,
Capataces	443 305	94,1					6,
Empleados de oficina	3 104 105	35,0	191	141	218	168	11
Empleados de comercio	736 595	40,6	167	138	183	158	6,
Artesanos	533 635	88,1	71	77	81	88	2,
Pequeños comerciantes	912 695	51,8	73	78	73	81	4
Cuadros medios	970 785	55,1	182	132	218	152	20,
Técnicos	758 890	85,6	393	367	417	374	16,
Servicios médico-sociales	298 455	21,0	269	261	345	340	9,
Maestros de escuela	737 420	36,5					10,
Industriales	59 845	86,5	66	71	66	65	8
Grandes comerciantes	186 915	69,2	103	100	98	95	9,
Cuadros superiores	653 755	83,9	236	217	293	254	15,
Ingenieros	256 290	95,6	338	305	272	263	7
Profesores	377 215	53,0	469	402	612	517	2,
Profesiones liberales	172 025	77,8	143	130	145	137	4,

Fuentes: INSEE, Censos de 1954, 1962, 1968 y 1975; en cuanto a la evolución del capital escolar: INSEE, *Recensement général de la population de 1968: résultats du sondage au 1/20ème pour le France entière. Formation,* París, Imprimerie Nationale, 1971 (este fascículo presenta también los datos sobre la composición para el censo de 1962), y *Recensement de 1975. Tableau de la population totale*

lución del capital escolar Tasa de diplomados						Capital económico				
n 1962		En 1975				Ingreso medio por hogar (en francos)	Tasa de hogares poseedores de: (1970)			
BACH.	Dipl. Univ. o Grande École	BEPC	BACH.	Dipl. Univ. o Grande École		1975	Salarios y remuneraciones	Rentas industriales y comerciales	Ingresos predios urb.	Valores inmuebles
,2	0,1	2,7	0,6	0,3		27 740	86,0	1,5	0,8	6,3
,5	0,2	3,5	0,9	0,6		22 061	19,3	5,3	6,4	16,5
,1	-	2,9	0,7	0,4		27 027	93,4	1,3	2,3	3,3
,2	0,1	3,5	0,5	0,2		35 515	97,7	2,2	2,4	3,6
,5	0,1	5,5	0,7	0,3		39 527	98,2	2,2	2,7	3,6
,7	0,5	10,4	2,5	1,1		56 692	99,5	1,4	4,1	6,7
,9	1,2	19,6	5,3	2,6		42 785	98,8	2,1	5,1	8,6
,6	1,3	13,4	5,2	2,2		46 196	97,5	3,4	8,9	9,5
,0	0,5	6,1	1,8	1,3		50 335	34,1	96,9	12,9	14,3
,4	0,9	9,3	3,7	2,3		60.160	24,3	93,2	20,2	19,2
,6	5,3	26,5	12,8	9,0		73 478	99,3	4,0	11,1	17,5
,0	2,7	25,8	9,6	6,0		59 003	98,5	2,4	5,8	8,7
,7	6,1	17,7	18,1	20,3		53 450	84,2	-	10,0	12,4
,0	14,5	11,3	39,4	29,4		54 013	96,7	0,9	7,6	10,4
,7	7,5	12,9	6,1	6,3		132 594	83,0	26,0	34,7	40,0
,3	5,7	14,6	9,1	6,3		132 435	64,0	47,5	29,7	30,2
,9	25,5	19,3	16,2	32,0		107 342	99,6	3,6	15,2	27,7
,0	59,8	10,0	18,1	63,2		105 989	98,7	3,1	15,5	30,4
,8	71,5	3,6	8,4	77,7		87 795	97,6	2,1	10,4	21,0
,3	65,1	4,2	6,2	79,9		150 108	41,0	17,5	30,3	40,6

de plus de 16 ans par catégorie socio-professionnelle, âge, sexe, diplôme d'enseignement général (los datos fueron comunicados por L. Thévenot mientras esta publicación estaba en prensa); en cuanto a los ingresos: INSEE, Encuestas de ingresos 1975 y 1970, datos comunicados por A. Villeneuve sobre la de 1975 y P. Ghigliazza sobre la de 1970.

Cuadro 2 bis. Evolución morfológica y estructura patrimonial de las diferentes clases y fracciones de clase (1954-1968)

	Volumen de la categoría (1968)		Índice de evolución de la categoría (Base 100 en 1954)		Tasa de evolución de los menores de 35 años (Base 100 en 1962)[1]	Capital escolar Tasa de diplomados (hombres) en 1968		
	Conjunto total[1]	Sólo hombres[1]	Conjunto total[1]	Sólo hombres[1]		BEPC[1]	BACH.[1]	Diploma Ens. Sup.[1]
Asalariados agrícolas	588 200	527 200	51	54	67	1,0	0,4	0,2
Explotadores agrícolas	2 459 840	1 527 780	62	65	72	1,6	0,7	0,4
Obreros	7 698 600	6 128 840	119	123	116	2,3	0,4	0,2
Empleados	3 029 900	1 118 300	146	121	133	14,0	3,7	1,5
Cuadros medios	2 014 000	1 197 360	177	168	151	19,0	16,5	7,7
Artesanos	622 800	532 340	85	88	109	4,1	1,5	1,0
Pequeños comerciantes	1 028 160	515 440	81	85	107	6,7	2,8	1,4
Grandes comerciantes	213 500	143 840	116	110	148	12,1	8,0	5,2
Industriales	79 160	68 940	93	93	98	10,8	6,1	7,5
Patronos de la industria y del comercio	1 943 620	1 360 560	86	96	110	6,4	3,0	1,9
Profesiones liberales	142 520	114 920	119	112	122	5,1	6,3	76,8
Cuadros superiores	840 280	691 680	196	183	144	12,6	13,3	45,0

Fuentes:

[1] INSEE, *Recensements.*

[2] H. Roze, "Prestations sociales, impôt direct et échelle des revenues", *Économie et Statistique,* febrero de 1971.

[3] P. L'Hardy, "Les disparités du patrimoine", *Économie et Statistique,* febrero de 1973.

Monto de los ingresos (1965, ingresos primarios en francos)[2]	Patrimonio promedio por hogar (1-1-1966, en francos)	Tasa de hogares poseedores de:				Estructura de los ingresos (1965)				Evolución de la estructura de los ingresos			
		Valores muebles[4]	Predios rurales urbana[4]	Títulos[5]	Bienes inmuebles	Ingresos trabajo[2]	Transferencias[2]	Ingresos empresa[2]	Ingresos capital[2]	Remuneraciones, pensiones[4]		Propiedades rurales, urbanas y valores muebles[4]	
		1965		1966						1956	1965	1956	1965
859		10,2	5,3			59,5	29,8	9,2	1,5	96,7	95,9	1,4	1,8
854		27,6	13,3			6,9	10,9	78,5	3,7	23,8	23,5	16,4	9,9
811	35 000	4,8	3,8	3,2	39	66,7	27,9	4,6	0,8	98,0	97,5	0,8	0,8
149	46 000	11,8	7,6	6,6	40,8	69,6	23,2	5,4	1,8	95,9	95,9	2,6	2,1
887	92 000	14,0	10,4	8,5	50,3	73,1	18,5	6,8	1,8	91,6	94,4	4,9	2,1
851						7,1	6,4	79,2	7,3				
021		28,6	26,8			56,5	9,6	28,9	5,8	12,9	16,4	7,0	6,7
	214 000	38,2	25,5	33,1	66,3					71,8	73,0	9,4	6,0

[4] G. Banderier, "Les revenues des ménages en 1965", *Collections de l'INSEE,* M 7, diciembre de 1970.
[5] P. L'Hardy, "Structure de l'épargne et du patrimoine du ménage en 1966", *Collections de l'INSEE,* M 13, marzo de 1972.

Cuadro 3. Cambios morfológicos en el seno de la clase dominante

	Estructura (%)				Tasa anual de variación (%)			Porcentaje de mujeres			
	1954	1962	1968	1975	1954 1962	1962 1968	1968 1975	1954	1962	1968	1975
Grandes comerciantes	22,0	17,0	16,4	11,0	-1,5	0,0	-4,2	14,9	14,2	13,7	13,5
Industriales	11,0	7,9	6,3	3,5	-0,6	+3,3	-1,7	29,2	30,2	32,9	30,8
Profesiones liberales	14,6	12,3	10,9	10,1	+0,5	+2,0	+2,9	15,6	17,3	19,3	22,2
Cuadros administrativos superiores	33,5	37,0	35,3	38,3	+3,9	+3,1	+5,3	8,6	11,1	13,4	17,1
Ingenieros	9,2	13,5	14,5	15,0	+7,8	+5,1	+4,7	2,1	3,2	3,4	4,4
Profesores, profesiones literarias y científicas	9,7	12,3	16,6	22,1	+5,7	+9,3	+8,5	39,9	43,0	44,7	47,0

Cuadro 4. Cambios morfológicos en el seno de la clase media

	Estructura (%)				Tasa anual de variación (%)			Porcentaje de mujeres			
	1954	1962	1968	1975	1954 1962	1962 1968	1968 1975	1954	1962	1968	1975
Artesanos	14,6	11,2	9,3	16,6	-2,1	-0,5	-2,1	18,3	16,0	14,7	11,9
Pequeños comerciantes	24,1	20,0	15,4	11,3	-1,2	-1,7	-1,7	51,7	51,3	50,2	48,2
Empleados de comercio	8,5	9,0	9,0	9,1	1,9	3,4	2,4	52,0	57,0	57,7	59,4
Empleados de oficina	31,3	33,2	35,7	38,5	1,9	3,9	3,0	53,0	59,4	61,9	65,0
Cuadros administrativos medios	10,2	11,0	11,1	12,0	2,0	2,8	3,9	24,6	31,9	34,9	44,9
Maestros	7,4*	7,4	8,4	9,1	4,1*	4,9	4,0	68,3*	65,1	62,7	63,5
Técnicos	3,7	6,1	8,0	9,4	7,5	7,5	5,2	7,1	7,9	11,3	14,4
Servicios médico-sociales		1,9	2,6	3,7		7,8	8,1		84,8	83,2	79,0

* Incluidos los servicios médico-sociales.
Fuentes: L. Thévenot, “Les categories sociales en 1975: l’extension du salariat”, *Économie et Statistique,* 91, julio-agosto de 1977, pp. 4-5. Los datos de este cuadro están tomados del examen exhaustivo de los censos de 1954 y 1962, y de los muestreos a 1/4 de 1968 y a 1/5 de 1975. Son los datos comparables más precisos con que puede contarse sobre este período.
Sabemos que entre 1954 y 1975 la estructura de la población activa se vio notoriamente modificada: mientras la tasa de agricultores, tanto de explotadores agrícolas como de asalariados, pasaba del 26,7 al 9,3% y la tasa de obreros aumentaba muy levemente (del 33,8 al 37,7%), en el conjunto total de la clase media se verificaba una fuerte tasa de crecimiento (pasando del 27 al 37% de la población activa). Ello se debía, como queda de manifiesto en el Cuadro 4, al aumento de la población asalariada de ese sector. A la vez, la clase dominante veía a sus efectivos pasar del 4,3 al 7,8%.

Artesanos o comerciantes de lujo, de cultura o de arte, gerentes de "boutiques" de indumentaria, revendedores de marcas sin "etiqueta", comerciantes de ropa y de accesorios exóticos o de objetos rústicos, disqueros, anticuarios, decoradores, diseñadores, fotógrafos, o incluso restauradores o dueños de "bistrós" de moda, "alfareros" provenzales y libreros de vanguardia dedicados a prolongar más allá de los estudios el estado de indistinción entre el ocio y el trabajo, el militantismo y el diletantismo, característica de la condición de estudiante: todos esos vendedores de bienes o de servicios culturales encuentran en profesiones tan ambiguas como se desee -cuyo éxito depende al menos tanto de la distinción sutilmente desenvuelta del vendedor, y accesoriamente de sus productos, como de la índole y calidad de las mercancías- un medio con que obtener el mejor rendimiento del capital cultural: la competencia técnica cuenta menos que la familiaridad con la cultura de la clase dominante y el dominio de los signos y emblemas de la distinción y del gusto. Todos esos rasgos predisponían a este nuevo tipo de artesanado y de comercio con fuerte inversión cultural, que posibilita la rentabilidad de la herencia cultural directamente transmitida por la familia, a servir de refugio a los hijos de la clase dominante eliminados por la escuela.

TIEMPO DE COMPRENDER

Entre los efectos del proceso de inflación de los títulos escolares y de la correlativa devaluación que poco a poco ha forzado a todas las clases y fracciones de clase -empezando por las mayores usuarias de la escuela- a intensificar constantemente sus procesos de escolarizacion y contribuir así a la superproducción de títulos, el más importante es, sin ninguna duda, el conjunto de estrategias que los poseedores de títulos devaluados han puesto en práctica para mantener su posición heredada o para obtener de sus títulos el equivalente real de lo que estos garantizaban en un estado anterior de la relación entre títulos y puestos.

Dado que lo que garantiza el título escolar -más cercano en esto al título de nobleza que a esa suerte de título de propiedad que las definiciones estrictamente técnicas hacen de él- es en la experiencia social algo más, y distinto, que el derecho a ocupar una posición y la capacidad para realizarlo, fácilmente podemos imaginar que los poseedores de títulos devaluados son poco proclives a percibir (cosa que en cualquiera de los

casos resulta difícil) y a admitir que hay una devaluación de los títulos con los cuales están fuertemente identificados en el plano objetivo (son en gran parte constitutivos de su *identidad social) y* a la vez subjetivamente. Aun así, la preocupación por salvar la autoestima, que los inclina a aferrarse al *valor nominal* de los títulos y de los puestos, no alcanzaría para sostener e imponer que pasaran por alto esta devaluación si no contara con la complicidad de mecanismos objetivos: entre los más importantes de ellos está la histéresis de los habitus, que en el nuevo estado del mercado de títulos lleva a aplicar categorías de percepción y de apreciación que corresponden a un estado previo de las posibilidades objetivas de evaluación, y la existencia de mercados relativamente autónomos en que la mengua del valor de los títulos escolares se produce a un ritmo menos veloz.

El efecto de histéresis es tanto más marcado cuanto mayor es la distancia con el sistema escolar y más débil o abstracta es la información respecto del mercado de los títulos escolares. Entre las informaciones constitutivas del capital cultural heredado, una de las más preciadas es el conocimiento práctico o experto de las fluctuaciones del mercado de los títulos escolares, el *sentido de la colocación* que permite obtener el mejor rendimiento del capital cultural heredado en el mercado escolar o del capital escolar en el mercado de trabajo, si se sabe, por ejemplo, dejar a tiempo los cursos o las carreras más devaluados para orientarse hacia otros con futuro, en lugar de aferrarse a los valores escolares que procuraban los mayores beneficios en un estadio previo del mercado. Al contrario, la histéresis de las categorías de percepción y de apreciación hace que en cierto modo los poseedores de títulos devaluados se vuelvan cómplices de su propia mistificación ya que, por un efecto típico de *allodoxia,* otorgan a los títulos devaluados que les son concedidos un valor que objetivamente no se les reconoce: así se explica que los más desposeídos de información sobre el mercado de títulos educativos, que desde hace mucho tiempo saben reconocer el debilitamiento del salario real por detrás del mantenimiento del salario nominal, puedan seguir aceptando y buscando las asignaciones escolares que reciben en pago de sus años de estudio (aunque, a falta de capital social, sean los primeros afectados por la devaluación de los títulos) .

El apego a una representación antigua del valor del título que favorece la histéresis de los habitus contribuye sin duda a la existencia de mercados donde los títulos pueden eludir (al menos aparentemente) la devaluación; en efecto, el valor objetiva y subjetivamente asociado a un título escolar no se define más que en la totalidad de sus usos sociales. Así, la

evaluación de los títulos que se efectúa en los grupos de interconocimiento más directamente experimentados, como el conjunto de parientes, de vecinos, de condiscípulos (la "promoción") , de colegas, puede contribuir a ocultar afanosamente los efectos de la devaluación. Todos estos efectos de desconocimiento individual y colectivo nada tienen de ilusorio, ya que pueden orientar realmente las prácticas, y en especial las estrategias individuales y colectivas que apuntan a afirmar o a restablecer en el plano de la objetividad el valor subjetivamente asociado al título o al puesto, y contribuir a determinar su reevaluación real.

Al saber que en las transacciones en que se define el valor mercantil del título escolar la fuerza de los vendedores de fuerza de trabajo depende -si se deja de lado su capital social- del valor de sus títulos escolares, y ello tanto más estrictamente cuanto más rigurosamente codificada está la relación entre título y puesto (como sucede con las posiciones establecidas, poi oposición a las posiciones nuevas), notamos que la devaluación de los títulos escolares sirve directamente a los intereses de quienes ocupan puestos, y que si los poseedores de títulos hacen su juego de acuerdo con el valor nominal de los títulos -es decir, lo que ellos garantizaban, por derecho, en el estadio anterior-, los poseedores de puestos hacen su juego de acuerdo con el valor real de los títulos, el que se determina en el momento dado en la competencia entre los titulares (los efectos de esta suerte de descalificación estructural vienen a sumarse a todas las estrategias de descalificación puestas en práctica desde hace largo tiempo por las empresas) . En esta lucha, tanto más desigual a menor valor relativo del diploma en la jerarquía de los títulos y a mayor devaluación, puede ocurrir que el poseedor de títulos no tenga otro recurso para defender el valor de su título que negarse a vender su fuerza de trabajo al precio que se le ofrece: así, la elección de permanecer desempleado reviste el sentido de una huelga (individual) ."

3 El estudio de la evolución de las demandas y de las ofertas de empleo permite formarse una idea, indudablemente parcial e imperfecta, del desfase entre las aspiraciones de los agentes y los empleos que efectivamente les proponen: se observa así que, de septiembre de 1958 a septiembre de 1967, la cantidad de menores de 18 años demandantes de empleos casi se había triplicado, mientras que la cantidad de ofertas de empleo permanecía estacionaria. El desfase es de especial importancia en lo atinente a los empleos de oficina y afines, los más buscados: en el conjunto de las demandas, las asociadas a los empleos de oficina representan un 30,2%, mientras que en el total de ofertas, sólo el 3,3% corresponde a ese sector. La mayor parte de los jóvenes en busca de empleo parecen al menos tan preocupados por obtener un empleo que se corresponda con su calificación, como de tener un salario conforme a sus aspiraciones: el 44% no aceptaría un empleo no acorde a su calificación;

UNA GENERACIÓN ENGAÑADA

El desfase entre las aspiraciones que el sistema de enseñanza produce y las posibilidades que ofrece realmente es, en una etapa de inflación de los títulos, un hecho estructural que afecta -en distinto grado, según la distinción de sus títulos y según su origen social- al conjunto de miembros de una generación escolar. Los recién llegados a la enseñanza secundaria son proclives a esperar de ella, por el solo hecho de tener acceso, lo que procuraba en tiempos en que estaban excluidos. Esas aspiraciones que en otra época y para otro público eran perfectamente realistas, ya que se correspondían con posibilidades objetivas, suelen verse desmentidas, más o menos rápidamente, por los veredictos del mercado escolar o del mercado de trabajo. No es la menor de las paradojas de lo que se da en llamar "democratización escolar" el que para las clases populares, que hasta entonces estaban más bien despreocupadas por el tema, o bien aceptaban sin saber demasiado la ideología de la "escuela liberadora", haya hecho falta pasar por la enseñanza secundaria para descubrir, a través de la relegación y la eliminación, la escuela conservadora. La desilusión colectiva resultante del desfase estructural entre aspiraciones y posibilidades, entre la identidad social que el sistema de enseñanza parece prometer o la que propone a título provisorio (es decir, el estatus de estudiante -en el muy lato sentido que tiene el término en su uso popular- situado, durante un tiempo más o menos largo, por fuera de las necesidades del mundo del trabajo, en el estatus ambiguo que define la adolescencia) y la identidad social que realmente ofrece, al salir de la escuela, el mercado de trabajo, reside en el origen de la desafección con respecto al trabajo y a todas las expresiones del *rechazo a la finitud social,* que está en la raíz de todas las huidas y de todos los rechazos constitutivos de la "contracultura" adolescente. Sin duda esta discrepancia -y el desencantamiento que ello engendra- reviste formas objetiva y subjetivamente diferentes según las clases sociales. Así, para los hijos de la clase obrera, el paso por la enseñanza secundaria tiene por efecto introducir fracasos en la dialéctica de aspiraciones y de posibilidades que llevaba a aceptar, a veces con gran avidez o apresuramiento (tal como esos hijos de mineros que identificaban su ingreso a la condición de hombre adul-

el 35% rechazaría percibir un salario inferior al que pensaba poder pretender (cf. M. Mangenot, N. Alisé y F. Rernoussin, *Les jeunes face à l'emploi,* París, Ed. Universitaires, 1972, p. 230) .

to con el descenso a la mina) , casi siempre como algo evidente, como algo que se da por descontado, el destino social. El malestar que sienten en el trabajo y expresan de manera particularmente vívida las víctimas más evidentes del desclasamiento, como esos bachilleres condenados a un rol de obreros especializados o de transportistas o carteros, es, en cierto modo, común a una generación entera; y si se expresa en formas de lucha, de reivindicación o de evasión insólitas, frecuentemente mal comprendidas por las organizaciones tradicionales de lucha sindical o política, es porque en él está en juego algo más que el puesto laboral, su "plaza", como se decía antaño. Profundamente impugnados en su identidad social, en su imagen de sí mismos, por un sistema escolar y un sistema social que por toda certeza les dieron promesas vanas, no pueden restaurar su integridad personal y social si no es oponiendo a esos veredictos un rechazo global. Todo ocurre como si ellos percibiesen qué está en juego: bajo ningún aspecto es ya -como en otras épocas- un fracaso individual, vivido -con los acicates del sistema escolar- como imputable a los límites de la persona, sino la lógica misma de la institución escolar. La descalificación estructural que afecta al conjunto de integrantes de la generación, condenados a obtener de sus títulos menos que lo que habría obtenido la generación anterior, radica en el origen de una suerte de desilusión colectiva que hace que esta generación engañada y desengañada se torne proclive a extender a todas las instituciones la rebelión mezclada con resentimiento que el sistema escolar le inspira. Esta suerte de humor antiinstitucional (que se alimenta de crítica ideológica y científica) lleva, en el caso límite, a una suerte de denuncia de los presupuestos tácitamente asumidos del orden social, a la suspensión práctica de la adhesión dóxica a las apuestas que propone, a los valores que profesa y un rechazo a las inversiones que son la condición de su funcionamiento.

Puede comprenderse que el conflicto entre generaciones, que se expresa no solamente en el seno de las familias sino también en la institución escolar, en las organizaciones políticas o sindicales y, quizá sobre todo, en el medio laboral, siempre que se encuentran juntos los autodidactas a la antigua, egresados treinta años atrás con un certificado de estudios elementales o un diploma y una inmensa buena voluntad cultural, y jóvenes bachilleres o licenciados o autodidactas de nuevo cuño que llevan a la institución su humor antiinstitucional, suele adoptar la forma de un conflicto último sobre los fundamentos mismos del orden social: más radical y también más incierto en sus propios fundamentos que la protesta política en su forma usual, esta suerte de humor desencantado que evoca el de la primera generación romántica la emprende contra los

dogmas fundamentales del orden pequeñoburgués, "carrera", "plaza", "promoción", "avance", "escala", etcétera.

LOS DESENCANTADOS

"Primero hice encuestas. Había visto que un amigo de L. las hacía. Tenía las listas de todas las cuevas de encuestadores de París. Hablé por teléfono, busqué durante dos meses, y al final di con algo. Después pasaron varios meses, y no me dieron ni una señal: ya no había más encuestas. Tenía derecho al seguro de desempleo (1000 francos por mes), viví así siete meses, y después coseché uvas durante dos meses. Después volví a hacer encuestas casi siete meses más, estaba interina, dejé el sucucho ese: no había más que lesbianas ahí dentro, que daban el trabajo a las que se les ocurría, así que renuncié. De todos modos, uno trabaja un poco cada vez que le toca. Para mí, en un tipo de sociedad como esta, lo fundamental no es trabajar. Si fuese como allá, en China, quizás yo podría trabajar diez horas por día" (F., 24 años, casada, bachillerato y algunos meses de Facultad de Letras, padre rentista) .

"Cuando a uno le va mal en el bachillerato ya está bien jodido y se quedó afuera de todo: llega un momento en que ya no quedan caminos que tomar, y además los trabajos que uno encuentra no son trabajos a los que uno les vea una utilidad.
Siempre trabajé en cosas no precisamente apasionantes, así que ahorro para poder dejar algunos meses. De todos modos, me gusta más hacer así para no dejarme ganar por las costumbres. Después de reprobar el examen del bachillerato, hice la temporada de vacaciones en un centro de reposo, de esos de salud. Después encontré un trabajo en un periódico de Dreux. Era pasante en la redacción, pero después de dos meses tenía que hacerme un carnet de periodista, cuando ya me había transformado en colaborador y me pagaban "por columna escrita", y además no debía de caerles bien. Picaban y destrozaban todo lo que yo escribía. También sacaba fotos. Pero había relaciones de fuerza en el laburo: yo no era de esos combativos, y no tenía muchas ganas de meterme en peleas. Pasado medio año, no me daban más trabajo, me fui. Después me hice redimir por el mito del buen empleado público, y me anoté para

trabajar en PTT.* Estuve en el correo tres semanas. Ahí caí en picada, me desbarranqué en un ambiente de trabajo que no conocía. No fue tanto la gente lo que me pegó fuerte, sino tal vez las relaciones entre ellos, todos delatando a todos, no había ninguna solidaridad. Pasaron tres semanas y renuncié: éramos cinco aprendices, había uno que de la noche a la mañana se hizo echar a patadas (se había tomado unos quince minutos de más a la hora del refrigerio), así que renunciamos todos. Lo peor del asunto es que uno acaba de fracasar con su bachillerato y los estudios no le interesaron nunca, y ahí nomás a uno lo toman por intelectual.

Después de eso encontré por la ANPE** un trabajo de contabilidad en un organismo de control de la carne vacuna. Más tarde hubo toda una historia con la prima de mercado que no se les daba a todos. Entonces, después de una buena bronca, me borré. Había estado dos meses y medio. En septiembre trabajé un mes cortando uva, después fui a la ANPE para ver si encontraba trabajo. Después estuve haciendo de cadete en ciclomotor durante seis meses. Es lo más chiflado que hice. Es un trabajo infernal: en un momento dado estás completamente paranoico arriba del ciclomotor, con la impresión de que todos quieren arrancarte el pellejo, y ahí dejé: ya era demasiado, no aguantaba más.

Después de dos meses con el seguro de desempleo, me anoté en la SNCF,*** me contrataron para las vacaciones, yo hacía reservas electrónicas (operador no sé cuánto...), me quedé cuatro meses y me fui porque tenía pensado ir a vivir al campo, además, siempre estoy allá" (G., 21 años, bachillerato *D* reprobado, padre guardia urbano, madre ama de casa) .

Cf. C. Mathey, "Recherche de travail et temps de chômage: interviews de 50 jeunes travailleurs privés d'emploi", *L'entrée dans la vie active,* n° 15 de los *Cahiers du Centre d'Études de l'Emploi,* París, Presses Univérsitaires de France, 1977, pp. 479-658.

* Sigla de Postes, Télégraphes et Téléphones. [N. de E.]

** Sigla de la Agence Nationale pour l'Emploi, actualmente englobada en el Pôle-Emploi. [N. de E.]

*** Sigla de Société Nationale des Chemins de Fer Français. [N. de E.]

LA LUCHA CONTRA EL DESCLASAMIENTO

De las estrategias que utilizan los agentes para evitar la devaluación de los diplomas, correlativa de la multiplicación de sus titulares, sólo serían reconocibles las más notorias, es decir, las de carácter colectivo, por cuyo intermedio un grupo dominado apunta a preservar o a aumentar las ventajas adquiridas. Las estrategias encuentran así su fundamento en el desfase (especialmente pronunciado en ciertas coyunturas y ciertas posiciones sociales) entre las posibilidades objetivamente ofrecidas en un momento dado del tiempo y las aspiraciones realistas, que no son otra cosa que el producto de otro estadio de las posibilidades objetivas: ese desfase es, la mayor parte de las veces, efecto de una decadencia con relación a la trayectoria individual o colectiva que estaba inscrita como potencialidad objetiva en la posición previa y en la trayectoria que lleva a esa posición. Este efecto de *trayectoria interrumpida* hace que las aspiraciones, similares a un proyectil arrastrado por su inercia, dibujen, más allá de la trayectoria real -la de hijo y nieto del politécnico devenido ingeniero comercial o psicólogo, o la del licenciado en derecho que a falta de capital social se ha vuelto animador cultural- una trayectoria no menos real y que, en todo caso, nada tiene de imaginario en el sentido que usualmente se da a este término: inscrita en lo más profundo de las disposiciones, esta imposible potencialidad objetiva, suerte de esperanza o de promesa traicionada, es lo que a pesar de todas las diferencias puede borrar distancias entre dos categorías particularmente proclives a orientarse hacia las posiciones nuevas: los hijos de la burguesía que no han obtenido del sistema escolar los recursos para proseguir la trayectoria más probable para su clase y los hijos de las clases medias y populares que, por no contar con capital cultural y social, no han obtenido de sus títulos escolares lo que asegurarían en otro estadio del mercado.

Aquellos que se proponen escapar al desclasamiento pueden o bien producir nuevas profesiones más ajustadas a sus pretensiones (socialmente fundadas sobre un estadio anterior de las relaciones entre títulos y puestos), o bien planificar conforme a sus pretensiones, mediante una redefinición que implica una reevaluación, las profesiones a las cuales sus títulos les dan acceso. Que un puesto se vea ocupado por agentes

4 Contra la representación realista y fijista implícita en ciertas tradiciones de la sociología del trabajo, es necesario recordar que el *puesto* no es reductible

provistos de títulos diferentes de aquellos que portaban sus ocupantes habituales significa que en su relación con ese puesto -considerado tanto en su definición técnica como en su definición social- esos agentes son portadores de aptitudes, disposiciones y exigencias desconocidas, lo que necesariamente trae aparejadas transformaciones en el puesto: entre las que se observan cuando los recién llegados portan títulos superiores, las más visibles son *el incremento de la división del trabajo* -que resulta de la autonomización de una parte de las tareas hasta entonces teórica o prácticamente asegurada por profesiones de extensión más amplia (basta pensar en la diversificación de las profesiones de enseñanza o de asistencia) - y, a menudo, la redefinición de las carreras, ligada a la aparición de reivindicaciones nuevas tanto en su forma como en su contenido. Todo permite suponer que la amplitud de la redefinición de un puesto, que resulta de las propiedades escolares de sus ocupantes -y de todas las propiedades asociadas-, tiene más posibilidades de ser mayor cuanto más importante sea la *elasticidad* de la definición técnica y social del puesto (es probable que se incremente a medida que uno escale en la jerarquía de los puestos), y cuanto más elevado sea el origen social de los nuevos ocupantes, que por ello se mostrarán menos proclives a aceptar las ambiciones limitadas, paulatinas y previsibles a escala de una vida de los pequeños burgueses ordinarios. Desde luego, estas dos propiedades no son independientes: en efecto, llevados a ello ya sea por su sentido para la colocación y la intuición de las posibilidades que aquellas ofrecen a su capital, ya por su preocupación por no rebajarse en rango, orientándose hacia las profesiones consolidadas -peculiarmente odiosas en su aparente univocidad-, los hijos de la burguesía amenazados de desclasamiento se dirigen prioritariamente hacia las más indeterminadas de las viejas profesiones y hacia los sectores donde se forjan las nuevas pro-

ni al puesto teórico, es decir, a la actividad tal como pueden describirla los reglamentos, las circulares, los organigramas, ni al puesto real tal como puede describirlo la observación de la actividad real de quien lo ocupa, y tampoco a la relación entre ambos. De hecho, los puestos, tanto en su definición teórica como en su realidad práctica, son objeto de luchas permanentes que pueden oponer a los ocupantes del puesto con sus superiores, o con sus subordinados, o bien con los ocupantes de puestos vecinos y en competencia o incluso entre ellos (por ejemplo, los antiguos y los recién llegados, los diplomados y los no-diplomados, etcétera) . Los aspirantes a un puesto o quienes lo poseen pueden tener interés en redefinirlo, de hecho y/o de derecho, de modo tal que no puedan ocuparlo otros que los poseedores de propiedades idénticas a las suyas (cf. la lucha en el seno de la clase dominante, entre egresados de la ENA [Escuela Nacional de Administración] y de la X [Escuela politécnica]) .

fesiones. El efecto de redefinición creadora se observa, pues, sobre todo en los oficios de gran dispersión y poco profesionalizados y en los sectores más nuevos de la producción cultural y artística, como las grandes empresas públicas o privadas de producción cultural (radio, televisión, marketing, publicidad, investigación en ciencias sociales, etc.) donde los puestos y las carreras no han adquirido aún la rigidez de las viejas profesiones burocráticas y donde el reclutamiento todavía se hace, la mayoría de las veces, por cooptación, es decir, sobre la base de las "relaciones" y de las afinidades de habitus, antes que en nombre de los títulos escolares (de modo que los hijos de la burguesía parisina, quienes cuentan con mayores posibilidades de acceder a los estatus intermedios entre los estudios y la profesión que ofertan, por ejemplo, las grandes burocracias de la producción cultural, y pueden "aguantar" allí durante mucho tiempo, en lugar de entrar directamente en un oficio bien definido pero definitivo -como el de profesor-, tienen más posibilidades de entrar y de tener éxito en profesiones a las cuales los títulos específicos -diploma del Institut des Hautes Études Cinématographiques o de la École Technique de Photo et Cinéma, licenciatura de sociología o de psicología, etc.- no dan acceso sino a quienes están en condiciones de sumar los títulos reales a esos títulos formales)

La incidencia relativa de las diferentes categorías que participan en el sistema de producción cultural se ha transformado profundamente a lo largo de las dos últimas décadas: las nuevas categorías de productores asalariados que han nacido del desarrollo de la radio y de la televisión o de los organismos públicos o privados de investigación (especialmente en ciencias sociales) conocieron un incremento considerable, así como las capas inferiores del cuerpo docente, mientras que decaían las profesiones artísticas y las jurídicas, es decir, el artesanado intelectual. Esos cambios morfológicos, que van acompañados

5 Estas estrategias nuevas llegan para asistir o reemplazar *estrategias* ya probadas, como la concesión de una ayuda financiera directa, suerte de herencia anticipada, o la reconversión del capital social de la familia en un cotizado matrimonio, o incluso la orientación hacia mercados menos tensos, donde la rentabilidad del capital económico, cultural o social es más fuerte (como en tiempos pasados las colonias o instituciones prestigiosas o al menos honorables, tales como el ejército o la Iglesia, cuyo acceso no estaba subordinado a la posesión de capital económico, y ni siquiera a la posesión de capital cultural) .

por el desarrollo de nuevas instancias de organización de la vida intelectual (comisiones de reflexión, de estudio, etc.) y de nuevos modos institucionalizados de comunicación (coloquios, debates, etc.) , son de una índole tal que propicia la aparición de nuevos tipos de intelectuales, más directamente subordinados a la demanda de los poderes económicos y políticos, y la introducción de nuevos modos de pensamiento y de expresión, de nuevas temáticas y de nuevas maneras de concebir el trabajo intelectual y la función del intelectual. Podría suceder que esas transformaciones, a las que debe sumarse el incremento considerable de la población de los estudiantes -ubicados en una situación de aprendices de intelectuales- y el desarrollo de todo un conjunto de profesiones semiintelectuales, hayan tenido por principal efecto proporcionar a la producción "intelectual" (es decir, al ensayismo filosófico-político) aquello con que sólo contaba el "arte burgués", es decir, un público lo suficientemente importante y diversificado como para justificar el desarrollo y funcionamiento de instancias de producción y de difusión específicas y la aparición, en los márgenes del campo universitario y del campo intelectual, de una suerte de alta vulgarización, cuyo límite ejemplar representan los "nuevos filósofos". (Con respecto a la evolución de las diferentes categorías socioprofesionales, véase L. Thévenot, "Les categories sociales en 1975. L'extension du salariat", *Économie et Statistique,* n° 93, octubre de 1977, pp. 3-31, y con respecto al desarrollo regular, entre 1962 y 1975, del sector de "estudios y consultorías brindadas a las empresas" -consejeros jurídicos, contables y financieros, publicitarios, estudios de arquitectos, etc.-, que da empleo a muchas mujeres y constituye una salida importante para los diplomados, véase P. Trogan, "Croissance régulière de l'emploi dans les activités d'études et de conseils", *Economie et Statistique,* n° 93, octubre de 1977, pp. 73-80) .

Aun así, el lugar por excelencia de esta forma de cambio debe buscarse en el conjunto de profesiones que tienen en común asegurar el rendimiento máximo de ese aspecto del capital cultural que, directamente transmitido por la familia, no depende de la inculcación y la consagración escolares, ya se trate de los buenos modales o del buen gusto, o incluso de la compostura y del encanto físico. Son producto de la interiorización de las normas corporales vigentes en la clase dominante,

como los oficios artísticos o semiartísticos, intelectuales o semiintelectuales, pero también todos los oficios de consultoría (psicólogos, orientadores, fonoaudiólogos, estetistas, consejeros conyugales, dietistas, etc.) , las profesiones pedagógicas o parapedagógicas (educadores, animadores culturales, etc.) o las profesiones de presentación y representación (animadores turísticos, recepcionistas, guías artísticos, conductores de programas radiales o televisivos, encargados de prensa, relacionistas públicos, etcétera) .

> La necesidad que tienen las burocracias públicas, y sobre todo privadas, de ejercer funciones de recepción y de acogida que, tanto en su amplitud como en su estilo, difieren profundamente de las que tradicionalmente confiaban a hombres (diplomáticos, miembros de gabinetes ministeriales) a menudo surgidos de las fracciones de la clase dominante más ricas en capital social (aristocracia, antigua burguesía) y en técnicas de sociabilidad indispensables para preservar ese capital, ha determinado la aparición de todo un conjunto de profesiones femeninas, *y* de un *mercado legítimo para las propiedades corporales. El* hecho de que ciertas mujeres obtengan *de su encanto (y* no de sus encantos) un beneficio adicional, de que la belleza reciba así un valor en el mercado del trabajo, indudablemente ha contribuido a determinar, además de muchos cambios en las normas indumentarias, cosméticas, etc., todo un conjunto de transformaciones éticas, a la vez que una redefinición de la imagen legítima de la feminidad: las revistas femeninas y todas las instancias legítimas en materia de definición y de uso legítimos del cuerpo difunden la imagen de mujer encarnada por esas profesionales del encanto burocrático, racionalmente seleccionadas y formadas, según una carrera rigurosamente programada (con sus escuelas especializadas, sus concursos de belleza, etc.) , con el propósito de cumplir, según las normas burocráticas, las funciones femeninas más tradicionales.

En los sectores más indeterminados de la estructura social tienen más posibilidades de éxito los golpes de fuerza que apuntan a producir, por medio de la transformación de posiciones antiguas o de la "creación" *ex nihilo,* ciertas especialidades reservadas, especialmente de "consultoría", cuyo ejercicio no exige ninguna otra competencia específica que una competencia cultural de clase. La constitución de un cuerpo socialmente

reconocido de especialistas en consultoría a propósito de la sexualidad, que está en camino de efectuarse por medio de la paulatina profesionalización de asociaciones benéficas, filantrópicas o políticas, representa la forma paradigmática del proceso gracias al cual ciertos agentes tienden a satisfacer sus intereses categoriales, con la convicción íntima del desinterés que radica en el principio de cualquier proselitismo, dándose una *auctoritas* ante las clases excluidas de la cultura legítima a partir de la porción de legitimidad cultural con la cual el sistema de enseñanza los dotó para producir la necesidad y la distinción de su cultura de clase. Resulta evidente que, en esta oportunidad no más que en otras, no puede asignarse la responsabilidad del cambio a tales o cuales agentes o clases de agentes que trabajarían con una lucidez interesada o una convicción desinteresada para crear las condiciones necesarias para el éxito de su empresa. De los consejeros conyugales a los vendedores de productos dietéticos, todos los que en la actualidad hacen de su profesión la oferta de los recursos para subsanar la distancia entre el ser y el deber ser en el orden del cuerpo y de sus usos, no serían nada sin la colusión inconsciente de todos los que contribuyen con la creación de un mercado inagotable para los productos que ofrecen, imponiendo nuevos usos del cuerpo y una nueva *hexis* corporal, que la nueva burguesía del sauna, del gimnasio y del esquí ha descubierto para sí misma, y creando al mismo tiempo otras tantas necesidades, expectativas e insatisfacciones: médicos y dietistas que imponen con la autoridad de la ciencia su definición de la *normalidad,* "tablas de correlación entre peso y talla en el hombre normal", regímenes alimenticios equilibrados o modelos de desempeño sexual, modistos que confieren el dictado del buen gusto a las medidas imposibles de las modelos, publicistas que encuentran en los obligados nuevos usos del cuerpo la ocasión de innumerables reconvenciones ("vigile su peso", etc.) , periodistas que hacen ver y hacen valer su propio *art de vivre* en los semanarios femeninos y en las revistas para ambientes lujosos que producen y donde se producen; todos concurren, en la competencia misma que a veces los opone, a hacer progresar una causa a la que prestan tan buenos servicios únicamente porque no siempre tienen conciencia de estar a su servicio, ni incluso de hacerse un servicio al servirla. Y no se puede comprender la aparición de esta nueva pequeña burguesía -que al servicio de su función de intermediaria entre las clases emplea nuevos instrumentos de manipulación, y que por su sola existencia determina una transformación de la posición y de las disposiciones de la antigua pequeña burguesía- si no se hace referencia a las transformaciones del modo de dominación que suplanta con la seducción la

represión, con las relaciones públicas la fuerza pública, con la publicidad la autoridad, con los buenos modales la fuerza bruta, y espera de ello la integración simbólica de las clases dominadas por la imposición de necesidades más que por la inculcación de normas.

LAS ESTRATEGIAS COMPENSATORIAS

La contradicción específica del modo de reproducción con componente escolar reside en la oposición entre los intereses de la clase a la cual la escuela sirve *estadísticamente y* los intereses de los miembros de esta clase a quienes sacrifica, es decir, aquellos que se da en llamar "fracasados" y que están amenazados de desclasamiento, al no lograr poseer los títulos formalmente exigidos a los miembros de pleno derecho. No hay que olvidar a los poseedores de títulos que "normalmente" -es decir, en un estadio previo de la relación entre títulos y puestos- dan derecho a una profesión burguesa, y que, al no ser originarios de esa clase, no disponen del capital social necesario para obtener el pleno rendimiento de sus títulos escolares. La superproducción de títulos y la consiguiente devaluación tienden a volverse una constante estructural cuando se ofrecen posibilidades teóricamente iguales de obtener títulos a todos los hijos de la burguesía (tanto primogénitos como menores, tanto muchachas como muchachos), mientras que el acceso de las otras clases a esos títulos también se incrementa (en cifras absolutas) . Las estrategias que unos emplean para intentar rehuir el desclasamiento y alcanzar su trayectoria de clase, y los otros para prolongar el decurso interrumpido de una trayectoria que se daba por descontada, son en la actualidad uno de los factores más importantes de la transformación de las estructuras sociales: en efecto, las estrategias individuales de reajuste y recuperación que permiten a los poseedores de un capital social de relaciones heredadas suplir la ausencia de títulos o extraer el máximo rendimiento de los títulos que han podido obtener, orientándose hacia regiones todavía poco burocratizadas del espacio social (donde las disposiciones sociales cuentan más que las "competencias" garantizadas por la escolarización) , se conjugan con las estrategias colectivas de reivindicación que se proponen hacer valer los títulos y obtener así la contrapartida que les estaba asegurada en un estado anterior, para favorecer la creación de gran cantidad de posiciones *semiburguesas,* surgidas de la redefinición de posiciones antiguas o de la invención de posiciones nuevas y adecuadas para evitar el descla-

samiento de los "herederos" desprovistos de títulos, y para ofrecer a los "advenedizos" una contrapartida aproximada de sus títulos devaluados.

El análisis de las estrategias compensatorias basta para demostrar cuán ingenuo sería intentar reducir a un proceso *mecánico* de inflación y de devaluación el conjunto de transformaciones que, en el sistema escolar o fuera de él, se han visto determinadas por el incremento en la masa de la población escolarizada; y en especial todos los cambios que, por obra de las transformaciones morfológicas ocurridas en todos los niveles del sistema escolar -pero también debidos a las reacciones de los usuarios tradicionales del sistema, en defensa propia- han afectado la organización y el funcionamiento del sistema. Así sucede, por ejemplo, con la multiplicación de cursos sutilmente jerarquizados y de vías muertas sabiamente ocultadas que contribuyen a la confusión de la percepción de las jerarquías. En afán de claridad, pueden contraponerse dos estadios del sistema de enseñanza secundaria: en el más antiguo, la organización misma de la institución, los cursos que proponía, las enseñanzas que aseguraba, los títulos que otorgaba, descansaban sobre cortes netos, con fronteras tajantes, donde la división entre la primaria y la secundaria determinaba diferencias sistemáticas en todas las dimensiones de la cultura enseñada, métodos de enseñanza, carreras prometidas (es significativo que el corte se haya mantenido o incluso *reforzado* en los enclaves a partir de los cuales está en juego el acceso a la clase dominante, es decir, en el momento en que se pasa a *seconde,** con la oposición entre la división escolar de "elite", la *seconde* C, y las demás; y en el nivel de la enseñanza superior, con la oposición entre las *grandes écoles* -o, para mayor precisión, las escuelas del poder- y las demás instituciones) . En el estado actual, la exclusión de la gran masa de hijos de las clases populares y medias ya no se efectúa en la entrada al *sixième*** sino, paulatina e imperceptiblemente, a lo largo de los primeros años del secundario, por medio de las formas *denegadas* de eliminación que son el *retraso* como eliminación diferida, la *relegación* en cursos de segunda categoría, que implica un efecto de marca y de *estigmatización* y resulta adecuada para imponer el reconocimiento anticipado de un destino escolar y social, y, en fin, el *otorgamiento de títulos devaluados»*

* Anteúltimo año del secundario francés. [N. de T.]

*[5] Véase nota de traducción de página 121. [N. de E.]

6 Es notable que en el momento mismo en que la división en dos cursos -en rigor, siempre hubo tres, con el primario superior- tendía a desaparecer para constituirse otro nivel, Baudelot y Establet, como observadores avezados,

Si la representación de los hijos de las diferentes categorías socioprofesionales en las clases de *quatrième* y de CPPN* refleja la distribución global de la población activa en Francia, las diferencias entre clases ya quedan de manifiesto en la distribución entre divisiones escolares jerarquizadas, desde las que conducen a la enseñanza prolongada hasta las que conducen a la enseñanza técnica o a la exclusión: el segmento de menores a quienes de hecho se elimina de la enseñanza prolongada (es decir, quienes se ven relegados a la CPPN o a clases prácticas) varía en proporción inversa a la jerarquía social, pasando de un 42% entre los asalariados agrícolas o un 29% entre los obreros y el personal de servicio, al 4% entre los cuadros medios y el 1% entre los cuadros superiores. Los menores provenientes de las clases populares están sobrerrepresentados en la enseñanza técnica breve, pero el segmento de los hijos de cuadros medios y de empleados crece regularmente cuando se va de la formación en un año (*Certificat d'Études Profesionnelles)* , pasando por las *Clases Préparatoires à l'Apprentisage* (donde los hijos de artesanos son más numerosos) y el primer año de CAP,** hasta el Brévet d'Enseignement Professionnel (Certificado de Enseñanza Profesional, de segundo nivel) y la *seconde technique,* mientras que el segmento de los hijos de obreros disminuye paralelamente (la incidencia de los hijos de la clase dominante sigue siendo ínfima) . Pero si se indaga más, se observa que en el nivel del CAP los jóvenes de las clases medias se orientan más bien hacia la electricidad que hacia la construcción y tienen un abanico de elecciones más amplio que los demás; y que las jóvenes de las clases medias se dirigen preferentemente hacia las formaciones económicas y financieras mientras que los hijos de las clases populares están más representados en el sector de la indumentaria. O aun más: que en el nivel del BEP, los jóvenes de las clases medias, más fuertemente representados que en el nivel del CAP, se orientan más bien hacia los servicios

hayan "descubierto" esta oposición cuya existencia nadie habría soñado impugnar, ya que constituía la expresión más evidente de los mecanismos escolares de reproducción.

* CPPN: sigla de Classe Préprofessionnelle de Nivel, curso preprofesional de nivel, en el tercer año del secundario. [N. de T.]

** CAP: sigla de Certificat d'Aptitude Professionnelle. [N. de E.]

comerciales, mientras que los hijos de obreros son mayoría en el diseño industrial. Así, uno debe lidiar con una tupida selva de cursos jerarquizados, desde el más teórico y abstracto hasta el más técnico o práctico: cada uno de ellos incluye una jerarquía que obedece a los mismos principios (eso sucede, por ejemplo, con la oposición entre la electricidad y la construcción; cf. F. Œuvrad, ob. cit.) . Alcanzado el nivel de la *seconde,* las diferencias entre las clases sociales de origen, que se evidencian tajantemente en las tasas de representación mismas, se expresan con plena claridad en la distribución entre divisiones escolares, con un polo de la clase de "elite", la *seconde* C, donde los hijos de cuadros jerárquicos medios, de cuadros superiores, de profesiones liberales y de industriales *y* grandes comerciantes representan más de la mitad de los efectivos y, en el otro polo, las *secondes spéciales* -"pasarela" entre el segundo ciclo breve y el segundo ciclo prolongado, de hecho reservado a un número muy pequeño de alumnos-, donde los hijos de obreros están sobrerrepresentados. Entre esos dos polos están las divisiones escolares A, AB o T. La devaluación, que impone el reajuste y la recuperación y actúa como mecanismo de entrenamiento, y la transformación de los puestos profesionales más calificados, que a causa del progreso tecnológico exige de una minoría una competencia técnica acrecentada, hacen que el recurso a la enseñanza técnica más o menos prolongada -todo lo que hace hablar de "democratización"- se imponga cada vez más a los hijos de la clase obrera, y en especial a los surgidos de las capas más "favorecidas" (técnicos, obreros calificados) de esta clase, como condición para preservar la posición y único recurso para rehuir la carrera negativa que conduce al subproletariado.

Mientras el sistema con fronteras fuertemente marcadas hacía interiorizar segmentaciones escolares que corresponden claramente a segmentaciones sociales, el sistema con enclasamientos vagos y confusos favorece o autoriza (al menos en los niveles *intermedios* del espacio escolar) aspiraciones a su vez vagas y confusas, imponiendo, de manera menos estricta y también menos brutal que el sistema antiguo -simbolizado por el rigor despiadado del concurso-, el ajuste de los "niveles de aspiración" a los impedimentos y niveles escolares. Si es verdad que retribuye con títulos escolares devaluados a una gran mayoría de sus usuarios -y juega así con los errores de percepción propiciados por la anárquica proliferación de

cursos y de títulos, a la vez relativamente insustituibles y sutilmente jerarquizados-, pese a ello no les impone una *desinversión* tan brutal como el sistema antiguo, y la interferencia de jerarquías y de fronteras entre los elegidos y los excluidos, entre los títulos verdaderos y los falsos, contribuye a imponer una eliminación discreta y calma, y también una discreta y calma aceptación de esta eliminación, favoreciendo sin embargo la instauración de una relación menos realista y menos resignada con el porvenir objetivo que la antigua *percepción de los límites* que residía en el fundamento de una percepción muy aguda de las jerarquías.

La *allodoxia* que el nuevo sistema alienta de mil y una maneras es causante de que los relegados colaboren con su propia relegación al sobreestimar los cursos en que se involucran, y sobrevaluar en consecuencia sus títulos asignándose *posibles* que de hecho les son negados, pero también causante de que no acepten verazmente la verdad objetiva de su posición y de sus títulos. Las posiciones nuevas o renovadas no ejercerían tal atracción (por vagas y mal definidas que sean, mal localizadas en el espacio social, y a menudo -tal como el oficio de artista o de intelectual de antaño- sin ofrecer ninguno de esos criterios materiales o simbólicos, promociones, recompensas, aumentos, en los cuales se experimenta *y* se mide el *tiempo social* y también las jerarquías sociales) si no dejaran un margen tan grande a las aspiraciones, de manera que permiten evadirse de la desinversión brutal *y* definitiva que imponen las profesiones de límites y beneficio bien diseñados desde que se accede a un puesto hasta la jubilación. El porvenir indeterminado que aquellas posiciones presentan, privilegio hasta ese entonces reservado a los artistas *y* a los intelectuales, permite hacer del presente una suerte de *prórroga incesantemente renovada, y* tratar como condición provisoria lo que la antigua lengua llamaba una *plaza,* a la manera del pintor que trabaja en publicidad sin dejar de considerarse un "verdadero" artista ni de argüir que ese oficio mercenario es apenas una ocupación temporaria que abandonará no bien haya ganado lo suficiente para asegurarse independencia económica.' Estas profesiones ambiguas permiten ahorrarse el trabajo de desinversión y de reinversión que implica la reconversión de una "vocación"

7 M. Griff, "Les conflits intérieurs de l'artiste dans une société de masse", *Diogène,* n° 46, 1964, pp. 61-94. En ese artículo se encontrará una descripción muy específica de los procedimientos que los publicistas, "artistas comerciales", imponen a sus aprendices, a menudo artistas en teoría, para determinar la desinversión ("comprar el pan", etc.) y la reinversión en un campo "inferior".

de filósofo en "vocación" de profesor de filosofía, de artista plástico en dibujante publicitario o en profesor de dibujo: ahorrárselo o, al menos, remitirla indefinidamente para más adelante. Por ello se entiende que estos agentes en plena prórroga se asocien en este juego con la educación permanente (o con la permanencia en el sistema de educación) que -en cuanto antítesis perfecta del sistema de grandes concursos, encargado de marcar los límites temporales, de dar a entender expeditiva y definitivamente que lo hecho, hecho está- ofrece un porvenir abierto, sin límites. Y se entiende también que, una vez más a la manera de los artistas, se sacrifiquen con idéntico afán a las modas y a los modelos estéticos y éticos de la *juventud,* como una manera de expresar, ante sí mismos y ante los demás, que uno no está terminado ni definido, que no es definitivo, que, a fin de cuentas o al final de la carrera, uno no está determinado. Las discontinuidades brutales, de todo-o-nada, entre estudios y profesión, entre profesión y jubilación, son sustituidas por tránsitos que se producen mediante deslizamientos imperceptibles e infinitesimales (basta pensar en todas las ocupaciones temporarias o semipermanentes, frecuentemente en manos de estudiantes que están finalizando estudios, alrededor de las posiciones establecidas de la investigación científica o de la enseñanza superior o, dentro de otro contexto, en el retiro gradual que ofrecen las empresas de "vanguardia") . *Todo sucede como si* la nueva lógica del sistema escolar y del sistema económico alentara a diferir el mayor tiempo posible el momento en que finalmente determina el límite hacia el cual tienden todos los cambios infinitesimales, es decir, el balance final que a veces toma la forma de "crisis personal". ¿Hace falta decir que la articulación así obtenida entre posibilidades objetivas y aspiraciones es a la vez más sutil y fruto de más sutil extorsión, pero también más riesgosa y más inestable? La vaguedad en las representaciones del presente y el porvenir de la posición es una manera de aceptar los límites, pero también un esfuerzo por ocultarlos que equivale a rechazarlos o, si se prefiere, una manera de rechazarlos pero con la mala fe de un revolucionario ambiguo, que tiene por principio el resentimiento contra el desclasamiento con relación a expectativas imaginarias. Si el antiguo sistema tendía a producir identidades sociales bien delimitadas -con lo

8 De ese modo, parte de los productos excedentes del sistema de enseñanza encuentran empleo en la gestión de los problemas y de los conflictos sociales engendrados por la "superproducción" escolar y por las "demandas" nuevas que ha engendrado (por ejemplo, la "necesidad" de educación permanente, etcétera) .

cual dejaba poco margen al onirismo social-, pero también confortables y dadoras de seguridad en el renunciamiento mismo que exigían sin concesiones, el tipo de *inestabilidad estructural* de la representación de la identidad social y de las aspiraciones legítimamente incluidas en ella tiende a devolver a los agentes, con un movimiento que nada tiene de personal, del territorio de la crisis y de la crítica sociales al territorio de la crítica y de la crisis personales.

LAS LUCHAS DE COMPETENCIA Y LA TRASLACIÓN DE LA ESTRUCTURA

Notamos cuán ingenua es la pretensión de zanjar el problema del "cambio social" asignando a la "novedad" o a la "innovación" un *lugar* en el espacio social, en lo más alto para algunos, en lo más bajo para los otros, siempre en otro sitio, en todos los grupos "nuevos", "marginales", "excluidos", para todos aquellos cuya primera preocupación es introducir a cualquier precio la "innovación" en el discurso: caracterizar como "conservadora" o "innovadora" a una clase (incluso sin precisar bajo qué aspecto) es, para recurrir tácitamente a un patrón ético, necesariamente situado socialmente, producir un discurso que no dice casi nada más que el lugar desde donde se sostiene, porque hace desaparecer lo esencial, es decir, *el campo de luchas* como sistema de relaciones objetivas en que las posiciones y las tomas de posición se definen *relacionalmente* y que domina incluso las luchas tendientes a transformarlo: sólo en referencia al espacio de juego que las define y que ellas apuntan a mantener o a redefinir, como tal, más o menos completamente, pueden comprenderse las estrategias individuales o colectivas, espontáneas u organizadas, que se proponen conservar, transformar, cambiar para mantener o incluso conservar para transformar.

Las estrategias de reconversión no son otra cosa que un aspecto de las acciones y reacciones permanentes con que cada grupo se esfuerza por preservar o por cambiar su posición en la estructura social o, más exactamente, en un estadio de la evolución de las sociedades divididas en clases en que únicamente se puede conservar si se cambia, *cambiar para mantener.* En el caso específico (pero el más frecuente) en que las acciones por cuyo intermedio cada clase (o fracción de clase) trabaja para conquistar nuevas ventajas -es decir, para tomar ventaja sobre las demás clases, luego, objetivamente, para *deformar la estructura* de rela-

ciones objetivas entre las clases (aquellas que registran las *distribuciones* estadísticas de propiedades)- se ven compensadas (luego, *ordinalmente* anuladas) por las reacciones, orientadas hacia idénticos objetivos, de las otras clases, la resultante de esas acciones opuestas, que se anulan en el movimiento mismo que suscitan, es una *traslación global* de la estructura de distribución, entre las clases o las fracciones de clases, de los bienes que son objeto de la competencia (es el caso de las posibilidades de acceso a la enseñanza superior; véanse Cuadro 5 y Gráfico 1) .

En el caso de las ciencias sociales, el discurso científico no puede ignorar las condiciones de su propia recepción: esta última depende, en cada oportunidad, del estado de la *problemática socia/vigente*, ella misma definida, al menos parcialmente, por las reacciones frente a un estado anterior de ese discurso. Aquellos que con la coartada de la claridad pedagógica simplifican hasta el simplismo los análisis propuestos en *Los herederos* y en *La reproducción,* luego profundizados por una serie de trabajos que tuvieron por efecto al menos demostrar que una vez más ellos pecaban por exceso de simplificación, tienen en común con aquellos que los critican sin comprenderlos, además del gusto por las verdades simples, la incapacidad de pensar *relacionalmente.* De hecho, la obcecación ideológica no basta para explicar ingenuidades tales como aquella que consiste en hablar de un "alza en el reclutamiento medio" de la universidad entre 1950 y 1960 (lo cual no quiere decir casi nada) y en llegar a la conclusión de que se dio la transformación de la universidad burguesa en "universidad dominada por las clases medias" (Cf. R. Boudon, "La crise universitaire française: essai de diagnostic sociologique", *Annales,* 3, mayo junio de 1969, pp. 747-748) . Un simple vistazo sobre la posición que ocupan las facultades -y en especial las facultades de letras y de ciencias- en la distribución de las instituciones de enseñanza superior según el origen social de su clientela basta para conocer las dimensiones de semejante análisis estadístico (altamente celebrado por el autor de *Le Mal français,* quien deplora que no haya conocido todo el éxito que merece, y así vuelve a dar una prueba de su gran conocimiento de las realidades universitarias; cf. A. Peyrefitte, *Le Mal français,* París, Plon, 1978, *passim y* especialmente pp. 408-409 y pp. 508-509) : situados en el punto más bajo de un campo evidentemente dominado por las *grandes écoles,* que las menos prestigiosas

y las más recientes de las escuelas de comercio que han proliferado desde hace algunos años —y en la actualidad aun más abajo, si se juzga por el rendimiento económico y social de los títulos que otorgan—, las facultades de letras y de ciencias tienen todas las propiedades de los ámbitos destinados a los relegados, en primer término debido a la tasa de "democratización" (y de feminización) peculiarmente elevada de la que se maravillan los medidores medidos. ¿Qué se diría de aquel que midiera la "democratización" de la enseñanza secundaria en la estructura social de un CET* de Aubervilliers o de un CES** de Saint-Denis? Además, para hablar de una "universidad dominada por las clases medias" hay que generar una confusión, consciente o inconsciente, entre la *tasa de representación* de las clases medias (expresada por el porcentaje de estudiantes pertenecientes a ellas) en la población de las facultades y las *posibilidades de acceso a las facultades* objetivamente asociadas a dichas clases, entre el cambio de la *composición social* de las facultades (que puede tener efectos importantes —por ejemplo, en materia de comunicación pedagógica, con la multiplicación de los estudiantes desprovistos de los prerrequisitos implícitamente exigidos en el sistema antiguo—, por *socialmente dominado* que un grupo pueda permanecer aunque sea *numéricamente dominante)* y la evolución de la *estructura de probabilidades de escolarización* características de las diferentes clases, tal como pueden calcularse al relacionar el segmento de sobrevivientes escolares de cada clase (para un nivel dado del curso) *con el conjunto de su clase de origen* (y no *con el conjunto de sus condiscípulos)*, estructura de la cual se ha observado que ha sufrido una simple *traslación* hacia lo alto, y no una auténtica deformación.

Semejante proceso de *desarrollo homotético* se observa, según parece, siempre que las fuerzas y los esfuerzos de los grupos en competencia por determinado tipo de bienes o de títulos escasos tienden a equilibrarse, como sucede en una *carrera* donde, al término de una serie de adelantamientos, reajustes y recuperaciones, se advierte que las distancias inicia-

* CET: sigla de Collège d'Enseignement Technique, colegio de enseñanza técnica. [N. de T.]
** CES: sigla de Collège d'Enseignement Secondaire, colegio de enseñanza secundaria. [N. de T.]

les se mantienen iguales, es decir, siempre que los intentos de los grupos inicialmente más desposeídos por apropiarse de los bienes o los títulos hasta entonces poseídos por los grupos situados inmediatamente *por encima de ellos* en la jerarquía social o inmediatamente *antes que ellos* en la carrera son casi compensados, en todos los niveles, por los esfuerzos que hacen los grupos mejor ubicados para mantener la rareza y la distinción de sus bienes y de sus títulos. Basta pensar en la lucha que la venta de títulos nobiliarios suscitó, durante la segunda mitad del siglo XVI en el seno de la nobleza inglesa, desencadenando un proceso autosustentado de inflación y devaluación de esos títulos: los títulos más bajos, como *Esquire* o *Arms* fueron los primeros en acusar el golpe, luego llegó el turno del título de *Knight*. se devaluó tan rápidamente que los titulares más antiguos debieron presionar para obtener la creación de un nuevo título, el de *Baronet,* pero este, que venía a colmar un vacío entre el *Knight* y el par del reino, pareció una amenaza para los portadores del título superior, cuyo valor estaba ligado a cierta *distancia.*[9] No es necesario invocar determinaciones psicológicas, como el odio del inferior o los celos del superior, como hace Lawrence Stone, para explicar luchas que tienen por principio el incremento o la defensa de la distinción relativa de una identidad social. En el caso del título escolar, tal como en el caso del título nobiliario, los aspirantes persiguen objetivamente la desvalorización de los poseedores por el hecho de apropiarse los títulos hacedores de su distinción: para devaluar un título nobiliario, no hay nada como comprarlo, cuando se es plebeyo. Los poseedores, por su parte, persiguen objetivamente la desvalorización de los aspirantes, ya sea dejando de alguna manera sus propios títulos en manos de ellos para perseguir otros más escasos, o bien introduciendo entre los titulares diferencias ligadas a la antigüedad del acceso al título (como la *manière)*. De ello se deriva que todos los grupos que están involucrados en la carrera, en cualquier rango que sea, únicamente pueden conservar su posición, su carácter inusual, 511 rango, a condición de correr para mantener la distancia con aquellos que les siguen inmediatamente y de amenazar así en *su diferencia* a los que los preceden; o, bajo otro aspecto, a condición de aspirar a tener lo que los grupos situados justo antes que ellos poseen en ese mismo momento y que ellos mismos tendrán, pero *en un momento posterior.* La dialéctica del desclasamiento y del reenclasamiento que radica en el

9 L. Stone, "The Inflation of Honours, 1558-1541", *Past and Present,* 14, 1958, pp. 45-70.

origen de todo un conjunto de procesos sociales implica e impone que todos los grupos a los cuales concierne corran en la misma dirección, hacia los mismos objetivos, las mismas propiedades: se las señala el grupo que ocupa la primera posición en la carrera y, por definición, son inaccesibles a los siguientes ya que, cualesquiera que sean en sí y para sí mismas, están modificadas y calificadas por su escasez distintiva y porque no bien, multiplicadas y divulgadas, sean accesibles a grupos de rango inferior *ya no serán lo que son.* Así, merced a una aparente paradoja, el mantenimiento del orden, es decir, del conjunto de *distancias,* diferencias, rangos, prelaciones, prioridades, exclusividades, distinciones, *propiedades ordinales* y, por ello, *relaciones de orden* que confieren a una formación social su estructura, está asegurado por un cambio incesante de las propiedades sustanciales (es decir, no relacionales) . Ello implica que el orden establecido en un momento dado del tiempo es inseparablemente un orden temporal, un *orden de las sucesiones,* ya que cada grupo tiene al grupo inmediatamente inferior por pasado, y por porvenir al grupo superior (se comprende la pregnancia de los modelos evolucionistas) . Los grupos en competencia están separados por diferencias que, en lo esencial, se sitúan *en el orden del tiempo,* de modo que la dialéctica del desclasamiento y el reenclasamiento está predispuesta a funcionar como un *mecanismo ideológico* (cuyos efectos se esfuerza por intensificar el discurso conservador) que tiende a imponer a los agentes la ilusión de que les basta esperar para obtener lo que de hecho no obtendrán si no es mediante sus luchas: situando en el orden de las sucesiones las diferencias entre las clases, la lucha de competencia instaura una diferencia que, a la manera de la que separa *al predecesor respecto del sucesor* en un orden social regulado por leyes sucesorias bien establecidas, es, simultáneamente, la más absoluta, la más infranqueable —pues no le queda otra cosa para hacer más que esperar, a veces toda una vida, como esos pequeños burgueses que entran a su casa en el momento de la jubilación; a veces varias generaciones, como esos otros pequeños burgueses que prolongan en sus hijos su propia trayectoria trunca[10]—, y la más irreal, la más evanescente,

10 Habría que analizar todas las consecuencias sociales del retraso colectivo e individual: el acceso tardío (por oposición a precoz) no tiene como único efecto reducir el *tiempo de utilización;* implica una relación menos familiar, menos "cómoda" con la práctica o el bien tomado en consideración (lo que puede tener consecuencias técnicas —si se trata de un automóvil— o simbólicas —si se trata de un bien cultural—) ; puede además representar el equivalente disimulado de la pura *y* simple privación cuando el valor del bien o de la

ya que se sabe que de todos modos uno tendrá, si sabe esperar, aquello a lo cual lo consagran las leyes ineluctables de la evolución. En resumen, la lucha de competencia no eterniza las diferentes condiciones, sino la *diferencia de las condiciones.*

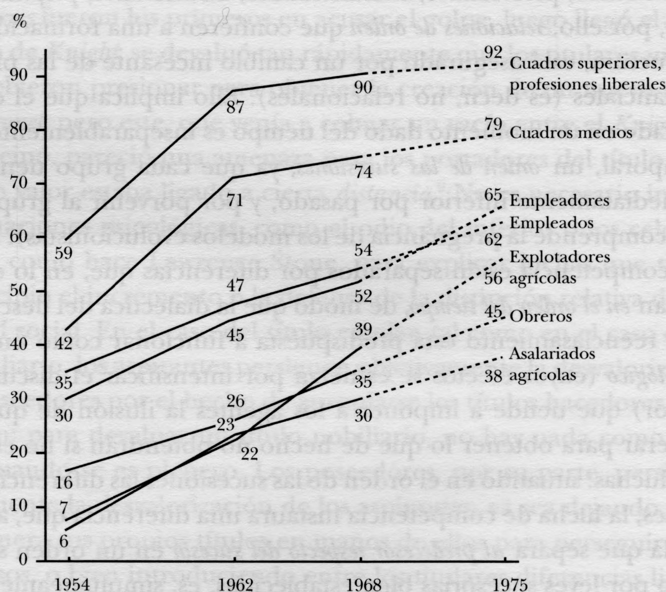


Gráfico 1. Traslación de las tasas de escolarización de los jóvenes de 16 a 18 años entre 1954 y 1968*

* Se indican con línea entrecortada las tasas de escolarización en 1975 de los jóvenes de 18 años.

práctica se debe a su poder *distintivo* (ligado, evidentemente, ala apropiación privilegiada o exclusiva —"exclusividad"— o prioritaria —"primeras"—) más que a las satisfacciones intrínsecas que procura. (Los vendedores de servicios o de bienes, que tienen interés en los efectos de *allodoxia,* juegan al máximo con esos desfases, ofreciendo, por ejemplo, a contratiempo —viajes organizados fuera de temporada— o con retraso —ropa o prácticas pasadas de moda— bienes que sólo tienen valor pleno en su tiempo o a su hora) .

Cuadro 5. Evolución morfológica de las diferentes clases y evolución de su relación con el sistema de enseñanza

	Tasa de evolución morfológica (Base 100 en 1954)	Tasa de diplomados (hombres; BEPC y superiores)		Probabilidades de acceso a la enseñanza superior		Tasa de escolarización (entre los 16 y los 18 años)		
		1962 %	1968 %	1961/1962 %	1965/1966 %	1954 %	1962 %	1968 %
Asalariados agrícolas	53,7	0,8	1,6	0,7	2,7	8,0	23,3	29,7
Explotadores agrícolas	65,2	1,6	2,7	3,6	8	7,5	22,5	38,8
Obreros	122,8	2,0	2,9	1,4	3,4	16,3	26,1	35,4
Patronos de la industria y del comercio	89	8,5	11,3	16,4	23,2	30	45,0	51,7
Empleados	120,4	14,7	19,2	9,5	16,2	34,9	47,0	54,3
Cuadros medios	168,3	39,9	43,3	29,6	35,4	42,6	71,0	74,6
Cuadros superiores, profesiones liberales	167,8	69,5	73,4	48,5	58,7	59,3	87,0	90,0

En el cuadro se lee la relación entre la evolución morfológica de las diferentes clases y fracciones de clase y la evolución del grado en que sus miembros utilizan el instrumento escolar de reproducción: el volumen de los grupos cuyo modo de reproducción se fundaba, a comienzos del período, especialmente sobre la transmisión del patrimonio económico, tiende a disminuir o a permanecer estacionario, a la par que se incrementa el uso de la escuela por parte de los menores surgidos de esos grupos que en segmento muy importante engrosarán las categorías asalariadas situadas en un mismo nivel de la jerarquía social; los miembros de las fracciones de clase en expansión morfológica (cuadros medios y superiores, empleados), ricos ante todo en capital cultural y cuya reproducción, a comienzos del período, estaba asegurada principalmente por la escuela, tienden a incrementar la escolarización de sus hijos casi en igual proporción que las categorías independientes que ocupan una posición equivalente en la estructura de clases. La inversión de la posición relativa de los patronos del comercio y de los empleados, por una parte, y de los agricultores y los obreros, por la otra, se explica por la intensificación del recurso a la escuela que se ha impuesto en las dos categorías en decadencia numérica, y a la vez por la elevación global de las peculiaridades estadísticas de los miembros de la categoría (visible, por ejemplo, en materia de títulos escolares) que resulta de la transformación de la estructura interna de esas categorías -en el sentido de una menor dispersión- y, más precisamente, por el hecho de que las capas inferiores se han visto particularmente afectadas por la crisis y forzadas a la desaparición o a la reconversión.
Las tasas de escolaridad representadas en el gráfico están, sin duda, sobreestimadas, porque las estadísticas no toman únicamente en cuenta a los jóvenes censados en su familia -con exclusión de los que viven solos o en un internado, un hogar, etc.-, y sin duda lo están cada vez más, a medida que se desciende en la jerarquía social. El leve estrechamiento que parece dibujarse en esa gama durante el período reciente es imputable al efecto de saturación que afecta a las categorías más elevadas y, por otra parte, al hecho de que la estadística ignora la distribución de los adolescentes de las diferentes clases entre los cursos, fuertemente jerarquizados de por sí. Entre los bienios 1967-196g y 1976-1977, en clase de *seconde* de la enseñanza pública, la

incidencia de los hijos de obreros (que en 1975 representaban el 40,7% de los jóvenes de 17 años) ha permanecido constante (pasando del 25,7 al 25,9%), mientras que el segmento de los hijos de cuadros y de miembros de profesiones liberales pasaba, durante el mismo período, del 15,4 al 16,8%. Además, en 1976-1977, entre los alumnos de *seconde,* el 57,6% de los hijos de cuadros superiores y de miembros de profesiones liberales estaba en la división escolar C (predominantemente científica) contra el 20,6% de los hijos de asalariados agrícolas *y* el 23,5% de los hijos de obreros. A la inversa, sólo el 9,8% de los primeros estaba en una división predominantemente técnica, contra el 24,6% de los hijos de asalariados agrícolas y 28,7 % de los hijos de obreros (cf. F. Œuvrad, artículo en prensa) .

Comprender este mecanismo es en primera instancia percibir la futilidad de los debates que se engendran en la alternativa escolar de la permanencia y de la alteración, de la estructura y de la historia, de la reproducción y de la "producción de la sociedad", y que tienen por origen real la dificultad para admitir que las contradicciones y las luchas sociales no están todas y en todo momento en contradicción con la perpetuación del orden establecido; que, más allá de las antítesis del "pensamiento de a pares", la permanencia puede verse asegurada por el cambio, *y* la estructura perpetuada por el movimiento. Es también comprender que quienes, tomando como apoyo las propiedades que pueden designarse cardinales, hablan de "aburguesamiento" de la clase obrera y quienes se ocupan de refutarlos invocando las propiedades ordinales tienen evidentemente en común el ignorar que los aspectos contradictorios de la realidad que ellos tienen presentes son, de hecho, dimensiones indisociables de un mismo proceso.

Qué es lo que me impide responder aquí a todos aquellos que, por precipitación o por prevención, han creído ver en *La reproducción* una representación del sistema escolar como máquina enteramente organizada con el propósito de reproducir sin fin las desigualdades sociales o de imponer sin resistencia la ideología dominante (no soy yo quien caricaturiza esas caricaturas) ? tA aquellos que, presas de una lucidez retrospectiva, quieren remitir al orden de las evidencias conocidas desde tiempo inmemorial el aporte de la escuela a la reproducción del orden social que ha sido necesario establecer contra todas las evidencias

y todos sus guardianes, y de los que uno se pregunta por qué no lo han profesado antes ya que es evidente que las evidencias nunca les han dado miedo? ¿A todos aquellos que, mediante un procedimiento experimentado desde hace mucho tiempo, critican no lo que está realmente escrito, sino lo que ellos habrán debido leer, mediante contrasentidos a menudo delatados por anticipado, para dejar al alcance de su crítica los análisis propuestos, haciendo pensar en esos payasos que bajan la cabeza de su *partenaire* antes de darle un puñetazo y escapar tan rápido como sus piernas lo permiten?

Ese silencio tiene muchas razones, y aquí quedan a la vista algunas. En primer lugar, la sensación de que hay *tanto para hacer* y de que es mejor emplear la energía y los tiempos limitados disponibles en hacer progresar el conocimiento del mundo social y en corregir los modelos *provisorios* que para ello es necesario proponer. Más adelante, el rechazo a ceder a la complacencia que implicaría el recuerdo de las condiciones históricas en que se produjeron los primeros trabajos y que a veces han podido generar la tendencia a "torcer la barra en la otra dirección" para combatir la ideología de la "escuela liberadora", primer obstáculo para cualquier conocimiento científico de la escuela, o a sacrificar a veces a un lenguaje objetivista decididamente orientado contra la ilusión espontaneísta (o "accionalista") que nunca es tan probable ni tan peligrosa como a propósito del sistema de enseñanza: en efecto, permite a los profesores y a los intelectuales ocultarse la verdad de lo que hacen y de lo que son, formándose una imagen complaciente de sus "luchas" y de sus disposiciones "revolucionarias". Por último, la conciencia de que no se puede confiar en reducir mediante la refutación lógica argumentos cuya insuficiencia lógica presta suficiente testimonio de que tan sólo pueden sostenerse y darse por válidos si tienen por principio razones sociológicas más fuertes que todas las razones lógicas.

La reproducción de la estructura social puede efectuarse en y por una lucha de competencia que lleva a una simple traslación de la estructura de distribuciones durante (y sólo durante) el tiempo en que los integrantes de las clases dominadas entren en la lucha *en orden disperso,* es decir, por medio de las acciones y de las reacciones que no se totalizan sino *estadísticamente* por los *efectos externos* que las acciones de unos ejercen sobre las acciones de los otros, por fuera de toda interacción y de toda transacción

y, consiguientemente, en la objetividad, por fuera del control colectivo o individual, y la mayoría de las veces en contra de los intereses individuales y colectivos de los agentes.[11] Cuando aceptan las apuestas que les proponen los dominantes, los miembros de las clases dominadas se dejan imponer esta forma específica de lucha de clases que es la lucha de competencia: es *integradora y,* debido al hándicap inicial, *reproductora,* ya que quienes entran en esta suerte de carrera de persecución, en la que ya desde la señal de partida están necesariamente derrotados —como queda testimoniado en la constancia de las diferencias—, reconocen implícitamente, por el solo hecho de competir, la legitimidad de los fines perseguidos por aquellos a quienes persiguen.

Una vez que detectamos la lógica de los procesos de competencia (o de desbandada) que condenan a cada agente a reaccionar *aisladamente* ante el efecto de las innumerables reacciones de los otros agentes o, más exactamente, ante el resultado de la *sumatoria estadística* de sus acciones aisladas, y que reducen la clase al estado de *masa* dominada por su propia cantidad y su propia masa, estamos en condiciones de plantear la cuestión, actualmente muy debatida entre los historiadores,[12] de las condiciones (crisis económica, crisis económica que sobreviene luego de un período de expansión, etc.) en que llega a interrumpirse la dialéctica de las posibilidades objetivas y de las esperanzas subjetivas que se reproducen mutuamente: todo permite suponer que un brusco repliegue de las posibilidades objetivas con relación a las esperanzas subjetivas apeladas por el estado de posibilidades objetivas previo está en condiciones de determinar un quiebre de la adhesión que las clases dominadas —de improviso excluidas objetiva y subjetivamente de la carrera— otorgan a los objetivos dominantes tácitamente aceptados hasta ese entonces, y también de posibilitar con ello la invención o la imposición de los objetivos de una verdadera acción colectiva.

11 El límite de esos procesos de acción estadística lo constituyen los procesos de pánico o de *desbandada* en los cuales cada agente hace su aporte a aquello que teme, al realizar acciones que están determinadas por el efecto temido (eso sucede con el pánico en el sector financiero) : en todos esos casos, la acción colectiva, simple suma estadística de acciones individuales no coordinadas, lleva a un resultado colectivo irreductible o antinómico a los intereses colectivos e incluso a los intereses específicos que persiguen las acciones individuales.

12 Cf. L. Stone, "Theories of Revolution", *World Politics, 18* (2), enero de 1966, pp. 159-176.

5. La representación de la posición social

La relación entre la posición ocupada en el espacio social y las prácticas no tiene nada de mecánica y, tal como lo testimonian las diferencias observadas en las prácticas -sobre todo, en las opiniones (especialmente políticas) entre los ocupantes de posiciones idénticas-, es necesario que en la posición, dependiente, por su parte y entre otras cosas, de la trayectoria que lleva hacia ella, se haga intervenir la relación práctica o representada. La posición social, actual o potencial, es objeto de percepciones y apreciaciones que dependen de la trayectoria pasada (por tanto, del habitus) y de los marcos de referencia posibles, es decir, concretamente, de los grupos que proporcionan los indicios concretos de la posición y de los desplazamientos en el espacio. Según los momentos -y, especialmente, según las estrategias en que están comprometidos-, los agentes tienden a privilegiar uno u otro de los aspectos bajo los cuales cualquier posición social puede ser aprehendida y apreciada en la práctica: pueden situarse preferentemente en el *espacio social,* aprehendido en la práctica por intermedio del grupo de residencia o del grupo profesional, o más bien en el *tiempo social,* aprehendido en la práctica a través de la trayectoria del linaje, mediación entre la historia de la clase y la historia individual, y de la trayectoria propia (pasada y esperada) es decir, más precisamente, merced a las modificaciones bruscas de la *pendiente* de esas trayectorias, en ascenso o en declive (más que en las lentas desviaciones continuas y, por ello, insensibles) . En otros términos, pueden pensar diacrónicamente su posición, ya sea como término de una trayectoria -es decir, por referencia a su propio pasado, con lo cual el grupo de referencia privilegiado es entonces la familia de origen o el grupo de pares (por ejemplo, tal o cual conjunto de condiscípulos) -, ya por referencia a la posición esperada, que se anuncia por medio de la tendencia al ascenso o al descenso de la posición ocupada o, más precisamente, por medio del conjunto de beneficios materiales o simbólicos a largo plazo que los índices de la *pendiente* respectiva arrojan en un momento dado. Pueden también aprehenderla con relación al espacio

social pensado sincrónicamente, es decir, con referencia no al espacio social tomado en su conjunto, sino a la región de ese mismo espacio que en la práctica se les hace visible por medio de las relaciones de trabajo o de residencia. Vemos que no hay espacio para elegir entre dos de las teorías a menudo invocadas para dar cuenta de las prácticas, especialmente de consumo, que tienen en común situar el origen de las prácticas en el nivel de las representaciones conscientes de la posición social: por un lado, las teorías llamadas estructurales, asociadas al nombre de Duesenberry, que toman en cuenta la estimación (por parte del agente) de la posición que ocupa en la distribución de los ingresos en el interior del grupo,[1] y por el otro las conocidas como teorías del ingreso permanente que, al integrar la duración, toman en cuenta la estimación que el agente hace de la evolución diacrónica de sus ingresos.[2] Estas teorías no describen nada más (ni nada menos) que dos maneras, desigualmente probables según las disposiciones del agente y las coyunturas, de aprehender la posición social, que pueden afectar al menos superficialmente las prácticas (que de hecho la mayor parte del tiempo se rigen por el sentido práctico de la posición, a su vez fuertemente ligado a la trayectoria pasada y esperada). Particularmente intenso en los períodos de intensa transformación social, el desfase entre esas dos perspectivas reside en el origen de muchos errores de estrategia, a la vez que de todas las estrategias de doble juego y de mala fe, por cuyo intermedio los agentes tienden a confundir -tanto para sí como para los demás- la representación de su propio valor social. Así, en períodos en que se incrementan las posibilidades de acceso al sistema de enseñanza, un título escolar puede revestir un valor subjetivo muy diferente en la percepción de su poseedor, según él tome preferentemente como marco de referencia el conjunto de agentes de su grupo etario que compiten en el mercado de trabajo, o el conjunto de sus ascendientes dispuestos a atribuirle a su diploma el valor que se le había otorgado en el mercado de trabajo en la época de su ingreso a la vida activa (y ello tanto más cuanto más alejados están del mercado escolar).

1 Cf. D. S. Brady y R. D. Friedmann, "Savings and the Income Distribution", *Studies in Income and Wealth,* X, Nueva York, National Bureau of Economic Research, 1947, pp. 247-265, y J. S Duesenberry, *Income, Saving and the Theory of Consumer Behavior,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1949 [*La renta, el ahorro y el comportamiento de los consumidores,* Madrid, Alianza].

2 Cf. M. Friedmann, *A Theory of the Consumption Function,* Princeton, Princeton University Press, 1957 [*Una teoría de la función de consumo,* Madrid, Alianza], y F. Modigliani, "Fluctuations in the Saving-Income Ratio", *Studies in Income and Wealth,* XI, Nueva York, National Bureau of Economic Research, 1949.

De modo general, cuando se sitúa en la perspectiva "estructural", cada agente tiende a recortar y a autonomizar la región del espacio social donde lo sitúan sus propiedades y donde se sitúan sus frecuentaciones prácticas, a lo cual se añade el espacio de las posiciones alternativas susceptibles de ser razonablemente proyectadas (el espacio de los *posibles)*.

Esta delimitación estrictamente social se ve especificada por los efectos de la delimitación espacial: ya que los agentes siempre están (en mayor o menor medida) vinculados con un espacio social con base local, la posición en este espacio (pueblo, barrio, conjunto de condiscípulos, de colegas, etc.) tiende a ocultar en el espacio global la posición del subespacio familiar que puede vivenciarse como un microcosmos del espacio social en conjunto (con sus dominantes y sus dominados, etcétera) . La autonomía de los campos está en el origen de efectos similares: ya que los diferentes campos proponen apuestas relativamente inconmensurables y nunca del todo reductibles entre sí -aunque, por otra parte, la unificación es suficientemente grande para que puedan fijarse equivalencias entre las diferentes formas de capital-, es posible situar cada posición en una jerarquía única que se obtiene si se acumulan (sobre la base de leyes de equivalencia más o menos rigurosas) todos los recursos y todas las satisfacciones ofertadas en una formación social (operación difícil, incluso para la ciencia) ; o bien, por el contrario, aprehenderla como incomparable. Puede comprenderse que semejante universo sea adecuado para favorecer simultáneamente la ilusión de una sociedad sin clases y esa forma larvada de la lucha de clases, la búsqueda ansiosa de distinción o de una conformidad en la distinción. Al contrario de lo que se observa en las sociedades divididas en castas o en órdenes, donde los grupos están delimitados por impedimentos jurídicos, los sistemas de clasificación, múltiples y contradictorios, sólo están muy parcialmente objetivados e institucionalizados en forma de *códigos* (excepción hecha de los códigos socioprofesionales del INSEE, proclives a establecerse como código oficial de la identidad social) y existen en forma de esquemas de pensamiento (que pueden regir los pensamientos incluso si están conscientemente revocados) . Semejante universo social ofrece un campo particularmente propicio para todas las formas de lucha de clasificaciones fundadas sobre esa mezcla de conocimiento (práctico) profundo y de desconocimiento puesto en juego que suele ser característico en la relación de los agentes con su posición en el espacio social: suerte de infatuación que apunta a apropiarse de las apariencias asociadas a posiciones más elevadas; faena de mala fe, que consiste en jugar con las ambigüedades objetivas de la posición y la pluralidad de perspectivas que pueden adoptarse a pro-

pósito de aquellas para llegar a "contentarse"; estrategias en las cuales unos apuntan a imponer el sistema de clasificación más favorable a sus intereses (por ejemplo, la estructura de su posición en la distribución donde están mejor ubicados se aplica para fijar su posición en todas las distribuciones), mientras que los defensores de los demás principios de jerarquización se apresuran a denunciar esta "pretensión"; luchas organizadas y colectivas (políticas), que apuntan a modificar los principios de percepción y de apreciación de las distribuciones, y simultáneamente la forma real de esas distribuciones.

6. Una clase objeto

PAGUE PAYSÀ (1 PAGA, CAMPESINO *

Si hay una verdad, es que la verdad del mundo social es objeto de luchas: porque el mundo social es, por una parte, representación y voluntad; porque la representación que los grupos hacen de sí mismos y de los otros grupos contribuye, en gran medida, a hacer aquello que los grupos son y aquello que hacen. La representación del mundo social no es un dato ni, lo que viene a ser lo mismo, un registro, un reflejo, sino el producto de innumerables acciones de *construcción,* siempre ya hechas y siempre por rehacer. Dicha representación se deposita en las palabras comunes, términos performativos que constituyen el sentido del mundo social tanto como lo registran, consignas que contribuyen a producir el orden social, informando el pensamiento de este mundo y produciendo así los grupos por ellas designados y movilizados. En suma, la construcción social de la realidad social se cumple en y mediante los innumerables actos de construcción antagonistas que en cada momento los agentes efectúan, en sus luchas individuales o colectivas, espontáneas u organizadas, para imponer la representación del mundo social más conforme a sus intereses; luchas muy desiguales, por supuesto, ya que los agentes tienen un muy variable dominio de los instrumentos de producción de la representación del mundo social (y, aun más, de los instrumentos de producción de esos instrumentos) y también por el hecho de que los instrumentos que se les ofrecen, en lo inmediato, completa-

* Expresión bearnesa que, en contextos muy diferentes, se utiliza para decir simplemente que alguien debe "pagar los platos rotos" o, en un sentido más específico, que siempre el débil, el pobre, el campesino, es quien "paga el pato", quien se deja atropellar, quien está en falta. Según la etimología popular, indudablemente fundada sobre el caso particular, se trataría de la exclamación que uno profiere cuando el Estado impone nuevas cargas. [N. de T.]

mente listos -en especial, el lenguaje corriente y los términos de sentido común- son, debido a la filosofía social que vehiculan en estado implícito, muy desigualmente favorables a sus intereses según la posición que ocupan en la estructura social.

Por ello, la historia social de las representaciones sociales del mundo social forma parte de los elementos preliminares de la ciencia del mundo social que vehicula -especialmente en las oposiciones que activa (*Gemeinschaft / Gesellschaft, folk / urban,* etc.) para pensar el mundo social, o en las divisiones según las cuales se organiza (sociología rural y sociología urbana, etc.)- toda la filosofía social que está inscripta en las oposiciones más ordinarias de la experiencia ordinaria del mundo social (campo/ciudad, rural/urbano, etcétera) . El inconsciente -según decía, poco más o menos, Durkheim- es la historia: no hay otro medio de que uno se apropie por completo de su propio pensamiento del mundo social si no es al reconstituir la génesis social de los conceptos, productos históricos de las luchas históricas que la amnesia de la génesis eterniza y reifica. La historia social o sociología histórica no valdría (quizá) la pena ni un instante si no se inspirara en esta intención de reapropiación del pensamiento científico por sí solo, constitutiva de la intención científica más actual y más activa.[1]

Esta sociología histórica de los esquemas de pensamiento y de percepción del mundo social se opone, tanto en sus intenciones como en sus métodos, a las diferentes variantes actualmente en boga de la historia de las ideas y en especial a la que se da ínfulas de radicalismo crítico mientras arremete contra adversarios muertos y enterrados. "No cuesta gran cosa -decía Engels- lanzar la guerra con fórmulas generales contra la esclavitud y otras cosas semejantes, y verter sobre tal infamia una indignación moral superior. Desgraciadamente, eso no enuncia nada más que lo que todo el mundo sabe, a saber, que esas instituciones antiguas no corresponden más a nuestras condiciones actuales ni a los sentimientos que determinan en nosotros esas condiciones. Pero esto no nos enseña nada sobre la manera como esas instituciones han nacido, sobre las causas por las cuales han subsistido ni sobre el rol que han jugado en la historia".[2]

1 En términos concretos esto significa que, cuando se transforma en una acumulación positivista de información más o menos anecdótica acerca de los especialistas de épocas pasadas, por fuera de toda referencia a las obras que han producido, la historia social de las ciencias sociales carece casi por completo de interés.

2 F. Engels, *Anti Dühring,* París, Editions Sociales, 1971, pp. 213-214. También

Como no es capaz de dar con las *necesidades* que confieren a las instituciones y a las conductas su *necesidad* histórica, la "investigación" histórica, que debería proporcionar los medios de acorralar el inconsciente de clase, le proporciona una máscara -que por otra parte se vuelve bastante transparente cuando, por ejemplo, la intención es demostrar que la escuela, esa invención de los clérigos y de los pastores, puesta a punto por pequeños burgueses, funciona gracias a pequeños burgueses represivos con el objetivo de transformar a los obreros en burgueses más burgueses que los burgueses-.[3] Lo que (en este caso como en otras oportunidades) torna posible y -más allá de lo que pueda pensarse al respecto- *necesaria* la indignación burguesa contra los pequeños burgueses y contra los proletarios a quienes aburguesan con sus escuelas o sus sindicatos es, además de las disposiciones del habitus burgués, la *ignorancia* de las condiciones sociales de producción de los agentes y de las instituciones que ellos hacen funcionar o, más precisamente, la indiferencia respecto de las formas específicas que reviste la *explotación* en las diferentes categorías de explotados, y muy especialmente entre los pequeñoburgueses, cuya alienación específica reside en el hecho de que suelen estar obligados a hacerse cómplices, a la vez constreñidos y anuentes, de la explotación de los otros y de sí mismos.'

Así, las historias de terror de las abuelas burguesas se vuelven el cuento chino de las nietas que rompen con (ciertas interdicciones de) la burguesía. Pero eso no es todo: la indignación retrospectiva es también una

podría citarse Antonio Gramsci, *OEuvres choisies,* París, Éditions Sociales, 1959, pp. 153-155.

3 Cf. A. Querrien, *Généalogie des équipements collectifs, les équipements de normalisation, l'École primaire,* París, CERFI, 1975. Quienes consideren ese "resumen" como sumario (o "primario"...) podrán remitirse a las páginas 111-135 en procura del retrato del maestro de escuela como cagatintas embrutecido de tanto asentar registros o como pequeño burgués onanista o sadomasoquista; y a las páginas 140-145 en procura de la lección de *savoir-vivre* burgués a los maestros pequeñoburgueses y a sus sueños de poder.

4 La intención misma de recobrar las *razones de ser,* además de estar excluida por el desprecio de clase, supone algo muy distinto a la consulta de ciertos textos pintorescos encontrados al azar de los catálogos de la Biblioteca Nacional. Basta con saber a costa de cuántos esfuerzos los historiadores (cf. J. Ozouf, *Nous les maîtres d'écoles,* París, Gallimard Julliard, 1967, y F. Furet y J. Ozouf, *Lire et écrire,* 2 vols., París, Minuit, 1978) han podido dar respuesta a dicha cuestión, zanjada de paso (p. 151), para convencerse de que, como en Jean-Baptiste de la Salle y Freinet, según Anne Querrien, la innovación es, en Anne Querrien y en todos los autores de la misma veta, "producto de la voluntad de no fatigarse" (p. 145) .

manera de justificar el presente. En efecto, denunciando (como algún otro) la fuerza bruta en la era de los modales suaves, a la dama de caridad que leía al Barón de Gerando a la edad en que la asistente social cita su Lacan, esta historia liberada (del trabajo de investigación histórica) contribuye a legitimar el más reciente estadio de las instituciones de dominación, que deben lo más específico de su eficacia al hecho de seguir siendo profundamente irreconocibles (entre otras razones, porque se definen precisamente contra la retaguardia "ya superada") ."

Para que la historia social tenga el valor de un psicoanálisis del espíritu científico y de la conciencia social, tiene que reconstruir por completo -es decir, mediante un trabajo a decir verdad interminable- las condiciones sociales de producción de las categorías sociales de percepción y de representación del mundo natural o social donde puede residir el principio de *realidad* de ese mundo cuando, transformada en cuadro artísticamente construido y en paisaje arquitectónicamente dispuesto, la naturaleza misma impone las normas de su propia percepción, de su

5 J. Donzelot, *La police des familles,* París, Minuit, 1977.

6 "Y *naturalmente, como antaño,* es sobre las familias obreras, las familias desposeídas, que ejercerán su misionado de propagación de esas nuevas normas que tan bien les hacen vivir. La libertad sexual', el control de natalidad, la exigencia relacional, la psicopedagogía, serán difundidas *según las mismas modalidades, según el mismo intervencionismo tecnocrático que se ha usado antaño* para vender las cajas de ahorro y la escolarización: la incitación promocional y la culpabilización consecuente de las familias que, al oponer resistencia, malogran las oportunidades de sus miembros. En el lanzamiento de la planificación familiar resuena el eco de *un discurso viejo de más de dos siglos"* U. Donzelot, ob. cit., pp. 199-200; el subrayado nos pertenece) . Este sobrevuelo por la historia reúne todas las condiciones de un alto rendimiento simbólico en el mercado de productos culturales: el vaivén incesante entre las alusiones cómplices al presente -apropiadas para producir el efecto de "gran crítica"- y las referencias deshilvanadas y descontextualizadas al pasado -adecuadas para dar apariencia de "gran cultura"- y el consiguiente cruce de exigencias dispensa de cualquier investigación sistemática sobre el presente -que tan sólo quitaría al discurso su altura filosófica-, y a la vez de toda investigación pormenorizada sobre el pasado -que, resituando las instituciones y las prácticas en el sistema del cual reciben su sentido y su necesidad sociológica, constituiría al pasado como pasado y anularía el objeto de indignación retrospectiva. Y para cimentar el sobrevuelo objetivista (que liquida completamente el estudio de los agentes y las investigaciones a veces interminables que impone) basta con remitirse a esta suerte de teleología de lo peor que reduce la historia al devenir cuasimecánico de instancias intemporales e impersonales de nombres alegóricos: "En definitiva, *intentar comprender el efecto socialmente decisivo del trabajo social* [llamado en otro sitio "lo asistencial"] *a partir del arreglo estratégico de las tres instancias que lo componen, lo judicial, lo psiquiátrico y lo educativo"* G. Donzelot, ob. cit., pp. 93-94) .

propia apropiación y cuando la perspectiva deja de ser un punto de vista ordenador sobre el mundo para devenir el orden mismo del mundo. El mérito del muy buen libro de Raymond Williams, *El campo* y *la ciudad,'* es recordar no sólo que no hay nada de natural en la percepción del mundo natural mismo -lo que se sabe desde hace mucho tiempo, en especial gracias a la verdadera genealogía social de las categorías de percepción del mundo natural que nos ha aportado Erwin Panofsky-,[8] sino también que ella es indisociable de una relación con el mundo social; que el punto de vista sobre el mundo natural, y (a fortiori) sobre el mundo social, depende de la altura social desde donde se adopta. Así, la *representación* burguesa del mundo, ya sea el "paisaje natural" del *landscape gardening* o bien la psicología aparentemente ahistórica de las novelas de Jane Austen y de George Eliot tal como las analiza Raymond Williams, imparte bajo una forma objetivada la verdad de la relación burguesa con el mundo natural y social que, tal como la mirada distante del paseante o del turista, produce el paisaje como paisaje, es decir, como decorado, paisaje sin paisanos, cultivos sin cultivadores, estructura estructurada sin trabajo estructurante, finalidad sin fin, obra de arte. El misterio del "encanto eterno" del arte burgués se desvanece si se ve que todo lo que en literatura o pintura (sin hablar de la música) funciona como una *denegación* (en el sentido de Freud) de las relaciones sociales, predispone a la obra de arte a ser reactivada, si no indefinidamente, al menos durante el tiempo en que no se le pida nada más que cuanto está originariamente dispuesta a ofrecer, es decir, una evocación neutralizada del mundo social que habla de ese mundo de modo tal que daría la sensación de no hablar al respecto.

Dominadas incluso en la producción de su imagen del mundo social y, por consiguiente, de su identidad social, las clases dominadas no hablan, son habladas. Los dominantes tienen, entre otros privilegios, el de controlar su propia objetivación y la producción de su propia imagen: no solamente por cuanto poseen un poder más o menos absoluto sobre aquellos que contribuyen directamente a ese trabajo de objetivación (pintores, escritores, periodistas, etc.) , sino también porque cuentan con los medios para prefigurar su propia objetivación mediante todo un tra-

7 R. Williams, *The Country and the City,* Londres, Chatto and Windus, 1973 *[El campo y la ciudad,* Buenos Aires, Paidós] .

8 E. Panofsky, *La perspective comme forme symbolique,* trad. fr., París, Minuit, 1975 *[La perspectiva como forma simbólica,* Barcelona, Tusquets] .

bajo de representación, como se decía en otras épocas, es decir, mediante una teatralización y una estetización de su persona y de su conducta que apuntan a poner de manifiesto su condición social y, sobre todo, a imponer su representación. En resumen, el dominante es quien llega a imponer las normas de su propia percepción, a ser percibido como él se percibe, a apropiarse su propia objetivación, reduciendo su verdad objetiva a su intención subjetiva. Por el contrario, una de las dimensiones fundamentales de la alienación reside en el hecho de que los dominados deben contar con una verdad objetiva de su clase que ellos no han forjado, con esta *clase-para-los-demás* que se impone a ellos como una esencia, un destino, *fatum,* es decir, con la fuerza de lo que se dice con autoridad: invitados una y otra vez a adoptar sobre sí mismos el punto de vista de los otros, a cargar sobre sí una mirada y un juicio de extraños, están siempre expuestos a volverse ajenos a sí mismos, a dejar de ser los sujetos del juicio que recae sobre ellos, el centro de perspectiva desde la cual se ven a sí mismos. Entre todos los grupos dominados, la clase campesina, indudablemente porque nunca se ha dado o nunca se le ha dado el contradiscurso capaz de constituirla en sujeto de su propia verdad, es el ejemplo por excelencia de la clase objeto, compelida a formar su propia subjetividad a partir de su objetivación (y en ello muy cercana a las víctimas del racismo) . De esos integrantes de una clase desposeída del poder de definir su propia identidad, no puede siquiera decirse que son lo que son, pues el término más usual para designarlos puede funcionar, en su propia percepción, como una injuria; presta testimonio de ello el recurso al eufemismo: agricultor, pequeño propietario agrario. Enfrentados a una objetivación que les anuncia lo que son o lo que han de ser, no les queda otra elección que retomar por su cuenta (y en la versión menos desfavorable) la definición que les es impuesta, o bien definirse en reacción contra ella: es significativo que la representación dominante esté presente en el seno mismo del discurso dominado, en la lengua misma con la cual se habla y se piensa, el "pajuerano", "palurdo", "pueblerino", "paleto" que habla con *accent du terroir* ["acento de tierra adentro"] tiene su correspondiente casi exacto (en bearnés) en el *paysanas empaysanit,* el macizo campesino "encampesinado", quien con sus esfuerzos por hablar el francés mientras lo deforma *(francimandeja)* queda expuesto a la burla y a quien su pesadez, torpeza, ignorancia e inadaptación al mundo citadino lo consagran como el héroe favorito de los chistes de escarnio más típicamente campesinos.

La formación de una identidad inherentemente heterónoma, por reacción, y (en consecuencia) a veces reaccionaria, es tanto más difícil

cuanto las imágenes con que debe contar son de por sí contradictorias, al igual que las funciones a cuyo servicio las ponen quienes las producen. Es cierto que casi nunca se piensa a los campesinos en sí mismos y para sí mismos, y que aun los discursos que exaltan sus virtudes o las de la campiña nunca son otra cosa que una manera eufemística o un giro elíptico con que hablar de los vicios de los obreros y de la ciudad. Simple pretexto para prejuicios favorables o desfavorables, el campesino es objeto de expectativas por definición contradictorias, ya que no debe su existencia en el discurso más que a los conflictos que se resuelven en relación con él. Así, en la actualidad, los diferentes sectores del campo de producción ideológica le proponen en un mismo momento las más incompatibles imágenes de sí mismo. Paradoja particularmente palmaria en el orden de la cultura y (sobre todo) de la lengua, donde ciertas fracciones de intelectuales, impulsados por la lógica de sus intereses específicos, les piden, por ejemplo, que vuelvan a sus lenguas vernáculas en el momento en el que las exigencias tácitas de los mercados económico, matrimonial y escolar les imponen, más brutalmente que nunca, dejarlas de lado. Pero quizá la contradicción es más aparente que real, ya que las divisiones más irreductibles en el plano subjetivo pueden organizarse objetivamente en una división del trabajo de dominación: la folclorización, que pone al campesinado en el museo y convierte a los últimos campesinos en guardianes de una naturaleza transformada en paisaje para citadinos, es el correlato necesario de la desposesión y de la expulsión. De hecho, en eso consisten las leyes del beneficio diferencial, la forma fundamental del beneficio de distinción que asignan a los campesinos sus *reservas,* con lo cual tendrán todo el tiempo libre para danzar y cantar sus borracheras y rondas, para mayor satisfacción de etnólogos y de turistas citadinos, mientras su existencia siga resultando económica y simbólicamente *rentable.*

Es comprensible que indudablemente haya pocos grupos que sostienen relaciones menos simples con su propia identidad, que (por decirlo en una palabra) estén más condenados a la "inautenticidad" que esos "simples" en quienes todas las tradiciones conservadoras buscan el modelo de la existencia "auténtica". No es asunto de hoy el que los campesinos, una y otra vez enfrentados a la dominación inescindiblemente económica y simbólica de la burguesía urbana, no tengan otra elección que representar el papel -para los citadinos y también para sí mismos- de una u otra de las figuras del campesino: la del campesino respetuoso (la cumple en el populismo popular) , que habla de su tierra, de su casa y de sus animales con inflexiones propias de una redacción de escuela prima-

ria, o la del campesino heideggeriano que piensa ecológicamente, que sabe tomarse su tiempo y cultivar el silencio y, por su profunda sensatez, surgida de vaya a saberse dónde, asombra a los residentes estacionales, o incluso la del campesino encampesinado que, no sin cierto recelo de ironía y de menosprecio, asume el rol de "simple", "pueblerino", buen salvaje, e incluso el de cazador furtivo, a veces un poco brujo, que impresiona a los citadinos tanto por su habilidad para descubrir hongos silvestres o armar trampas con lazos, como por sus talentos de curandero o sus creencias de tiempos idos.

La constitución de la identidad colectiva plantea a los campesinos (y *a la ciencia social)* problemas que no son más simples que los de la identidad individual. Se sabe la historia ejemplar de esos campesinos del Bocage [al Sur del Loira] que, portadores de las reivindicaciones más radicales de 1789, proporcionaron algunos años más tarde sus partisanos más encarnizados a la Contrarrevolución de la Vendée.[9] Obligados a constituirse *contra* —en primer lugar, contra el clero y sus propiedades, luego contra la burguesía urbana, gran acaparadora de tierras y de revoluciones—, los campesinos (a quienes hay que sumar las fracciones del mundo rural que en cierto modo representan su límite, como los trabajadores de los bosques, antítesis absoluta de los habitantes del burgo) parecen destinados a esos combates de retaguardia contra las revoluciones a las cuales ciertas veces han prestado servicio, porque la forma específica de dominación que sufren hace que también estén desposeídos de los medios para apropiarse del sentido y de los beneficios de su rebelión: sin pretensiones de ver en ello invariantes de una condición campesina cuya inmensa diversidad sólo la ceguera citadina ignora, eso no obsta para que la estrechez del campo de las relaciones sociales, favoreciendo la falsa contextualización, suela orientar erradamente la rebelión. La oclusión del horizonte cultural, la ignorancia de todas las formas de organización y de disciplina colectiva, y las necesidades de la lucha individual contra la naturaleza y de la contienda por la posesión del suelo y tantos otros rasgos de sus condiciones de existencia predisponen a los campesinos a esta suerte de *individualismo anarquista* que les prohíbe pensarse a sí mismos como miembros de una clase capaz de movilizarse en pos de una transformación sistemática de las relaciones sociales. Por esto, incluso cuando cumplen su rol de *fuerza de revolución,* como en tantas

9 P. Bois, *Paysans de l'Ouest. Des structures économiques et sociales aux opinions politiques depuis l'époque révolutionnaire,* París - La Haya, Mouton, 1960.

revoluciones recientes, tienen todas las posibilidades de aparecer, tarde o temprano, como reaccionarios, al no haber podido imponerse como *fuerza revolucionaria.*

PARTE III

Elementos de definición de las formas de capital

7. Capital simbólico y clases sociales

Ser noble es derrochar, es una obligación de exhibirse, es estar condenado, so pena de decadencia, al lujo y al gasto. Diría incluso que esta tendencia a la prodigalidad se afianzó a comienzos del siglo XIII, como reacción contra el ascenso social de los nuevos ricos. Para distinguirse de los villanos, es necesario estar por encima de ellos, mostrándose más generosos. El testimonio de la literatura es aquí formal. ¿Qué opone al caballero y al advenedizo? El segundo es avaro, el primero es noble porque alegremente gasta todo cuanto tiene, y porque está repleto de deudas.

GEORGES DUBY, *Hommes et structures du Moyen Age*

Toda iniciativa científica de clasificación debe tener en cuenta que los agentes sociales se muestran como objetivamente caracterizados por dos tipos diferentes de propiedades: por una parte, propiedades materiales, que, comenzando por el cuerpo, se dejan enumerar y medir como cualquier otro objeto del mundo físico; por otra parte, propiedades simbólicas que les sobrevienen en su relación con sujetos capaces de percibirlas y de apreciarlas, y que demandan ser interpretadas según su lógica específica. Esto significa que la realidad social autoriza dos lecturas diferentes: por un lado, aquellas que recurren a un uso objetivista de la estadística para establecer *distribuciones* (en el sentido estadístico y también económico) , expresiones cuantificadas de cómo, entre un gran número de individuos en competencia, se reparte una cantidad finita de energía social aprehendida merced a los "indicadores objetivos" (es decir, las propiedades materiales) ; por otro lado, aquellas que se encargan de descifrar significaciones y actualizar las operaciones cognitivas por cuyo intermedio los agentes las producen y las descifran. La primera orientación apunta a asir una "realidad" objetiva por completo inaccesible a la experiencia común y hacer surgir "leyes", es decir, relaciones sig-

nificativas -pero en el sentido de no aleatorias- entre distribuciones; la segunda toma por objeto no la "realidad", sino las representaciones que de ella se forjan los agentes y que constituyen la "realidad" entera de un mundo social concebido, a la manera de los filósofos idealistas, "como representación y voluntad". Unos, que admiten la existencia de una "realidad" social "independiente de las conciencias y de las voluntades individuales", fundan muy lógicamente las construcciones de la ciencia sobre una ruptura con las representaciones comunes del mundo social ("las prenociones" durkheimianas) ; los otros, que reducen la realidad social a las representaciones que forjan a propósito de ella los agentes, se dan por objeto, muy lógicamente, el conocimiento primordial del mundo social:' mero "informe de los informes", como dice Garfinkel, esta "ciencia" que tiene por objeto una "ciencia", aquella que hacen funcionar los agentes en su práctica, tan sólo puede registrar los registros de un mundo social que, alcanzado el punto límite, apenas sería producto de las estructuras mentales, es decir, lingüísticas.

A diferencia de una física social, la ciencia social no puede reducirse a un registro de distribuciones (casi siempre continuas) de indicadores materiales de las diferentes especies de capital. Sin identificarse vez alguna con un "informe de los informes", debe integrar en el conocimiento (científico) del objeto, el conocimiento (práctico) que los agentes (el objeto) tienen del objeto. Dicho de otro modo, debe hacer entrar en el conocimiento (científico) de las distribuciones materiales y de la competencia por los bienes escasos el conocimiento práctico que a ese respecto postulan los agentes, produciendo divisiones individuales o colectivas que son tan objetivas como las distribuciones establecidas por los balances contables de la física social.

El problema de las clases sociales ofrece una ocasión particularmente favorable para asir la oposición entre las dos perspectivas: el antagonis-

1 Al tomar en consideración aquí sólo esa forma de la física social (representada por Durkheim, entre otros) que está de acuerdo con la cibernética social para admitir que no se puede conocer la "realidad" a menos que se pongan en funcionamiento instrumentos lógicos de clasificación, no se pretende negar la peculiar afinidad entre la energética social y la inclinación positivista a ver las clasificaciones ya sea como recortes arbitrarios y "operatorios" (clases de edad o las franjas de ingreso), ya como cortes "objetivos" (discontinuidades de las distribuciones o inflexiones de las curvas) que bastaría con registrar. Se pretende observar solamente que la alternativa fundamental se establece no entre la "perspectiva cognitiva" y el behaviorismo (o cualquier otra forma de mecanicismo) , sino entre una hermenéutica de las relaciones de sentido v una mecánica de las correlaciones de fuerzas.

mo visible entre aquellos que desean probar la existencia de las clases aquellos que desean negarla, y con ello dejar concretamente de manifiesto que las clasificaciones son objeto de lucha, disimula, en efecto, una oposición más importante, que concierne a la teoría misma del conocimiento del mundo social. Unos, al adoptar en pro de las necesidades de la causa el punto de vista de la física social, no quieren ver en las clases sociales otra cosa que conceptos heurísticos o categorías estadísticas arbitrariamente impuestas por el investigador que introduce así la discontinuidad en una realidad continua. Los otros buscan fundar sobre *la experiencia* de los agentes la existencia de las clases sociales: se esfuerzan por establecer que los agentes reconocen la existencia de clases diferenciales según su prestigio, que pueden asignar individuos a esas clases en función de criterios más o menos explícitos y que ellos se piensan como miembros de clases.

La oposición entre la teoría marxista, en *la forma estrictamente objetivista* que suele revestir, y la teoría weberiana que traza distinciones entre la clase social y el grupo de estatus *(Stand)*, definido por propiedades simbólicas tales como aquellas que configuran el estilo de vida, constituye otra forma igualmente ficticia de la alternativa entre el objetivismo y el subjetivismo: el estilo de vida no cumple -por definición- su función de distinción, sino para los sujetos dispuestos a reconocerla, y la teoría weberiana del grupo de estatus es muy cercana a todas las teorías subjetivistas de las clases que, como la de Warner, hacen entrar el estilo de vida y las representaciones subjetivas en la constitución de las divisiones sociales. Sin embargo, el mérito de Max Weber reside en que, lejos de considerarlas *exclusivas,* como la mayor parte de sus comentaristas y epígonos norteamericanos, *reúne* las dos concepciones opuestas, planteando así el problema de la doble raíz de las divisiones sociales, en la objetividad de las diferencias materiales y en la subjetividad de las representaciones. Sin embargo, aporta a esta cuestión, simultáneamente velada, una solución de ingenuo realismo, al diferenciar dos "tipos" de grupos allí donde sólo hay *dos modos de existencia* para todo grupo.

La teoría de las clases sociales debe, pues, superar la oposición entre las teorías objetivistas que identifican las clases (siquiera para demostrar *per absurdum* su inexistencia) con grupos discretos, meras poblaciones enumerables y separables por fronteras objetivamente inscritas en la realidad, y las teorías subjetivistas (o, si se prefiere, *marginalistas)* que reducen el "orden social" a una suerte de clasificación colectiva obtenida de la sumatoria de clasificaciones individuales, enclasadas y enclasantes, merced a las cuales los agentes se clasifican y clasifican a los demás.

El desafío lanzado por quienes echan mano de argumentos en la continuidad de las distribuciones para negar la existencia de las clases sociales se impone a quienes intentan restablecerlo como *apuesta estúpida* y cazabobos: en efecto, no deja otra elección que confrontar, indefinidamente, las enumeraciones contradictorias de las clases sociales que constan en la obra de Marx, o pedir a la estadística que resuelva estas nuevas formas de paradoja que hace surgir, en la operación misma por cuyo intermedio revela las diferencias y permite medir rigurosamente su amplitud, borrando *las fronteras* entre los ricos y los pobres, los burgueses y los pequeños burgueses, los hombres de ciudad y los de campo, los jóvenes y los viejos, los de los suburbios y los parisinos, y así sucesivamente. La trampa se cierra, despiadadamente, sobre aquellos que, en nombre del marxismo, hoy en día nos anuncian, luego de llevar la contabilidad como almaceneros positivistas, que los pequeños burgueses "son, a lo sumo, 4 311 000".

Los sociólogos de la continuidad, en su mayoría meros "teóricos" -en el sentido, muy ordinario, de que sus afirmaciones no se apoyan sobre evaluación empírica alguna- siempre tienen la carta ganadora, mientras dejan a sus adversarios la prueba experimental; por eso bastaría contraponerles la figura de Pareto, cuya autoridad citan a menudo: "No se puede trazar una línea para separar de modo absoluto los ricos y los pobres, los poseedores de capitales prediales (en tierras o inmuebles) y los trabajadores. Varios autores pretenden deducir por ello la consecuencia de que en nuestra sociedad no se estaría en condiciones de hablar de una clase capitalista, ni de oponer los burgueses a los trabajadores". Daría igual señalar, prosigue Pareto, que no existen viejos porque no se sabe a qué edad, en qué momento de la vida, comienza la vejez.

En cuanto a reducir el mundo social a la representación que unos forjan de la representación que los demás les asignan o, más precisamente, a la sumatoria de representaciones (mentales) que cada agente se forma de los demás agentes, es decir, de las representaciones (teatrales) que les atribuyen y las representaciones (mentales) que de él se hacen, es decir, de las representaciones (teatrales) que él les atribuye, es ignorar que las clasificaciones subjetivas están fundadas sobre la objetividad de una clasificación que no se reduce a la clasificación colectiva obtenida por la suma de las clasificaciones individuales: el "orden social" no está formado, a la manera del resultado de una votación o de un precio de mercado, a partir de los ôrdenes individuales.`'

2 Vemos ahora una expresión peculiarmente característica, hasta en la metáfo-

La condición de clase que la estadística social aprehende a partir de diferentes índices materiales de la posición en las relaciones de producción o, más precisamente, de las capacidades de apropiación material de los instrumentos de producción material o cultural (capital económico) y de las capacidades de apropiación simbólica de esos instrumentos (capital cultural), gobierna directa e indirectamente, merced a la posición que la clasificación colectiva le otorga, las representaciones que cada agente se forja acerca de su posición y, en palabras de Goffman, las estrategias de "presentación de sí", es decir, de la puesta en escena de su posición que pone en funcionamiento. Ello podría demostrarse incluso en los casos más desfavorables, ya se trate del universo de las clases medias estadounidenses y de sus jerarquías múltiples y confusas, que el interaccionismo describe, o del límite puro que representa el mundo de los esnobs y de los salones tal como lo evoca Proust. Esos universos sociales librados a las estrategias de pretensión y de distinción dan una imagen aproximada de un universo en el que el "orden social", producto de una creación continua, sería en cada instante la resultante provisoria y amenazada de una lucha de clases reducida a una lucha de clasificaciones, a un enfrentamiento de estrategias simbólicas que apuntan a modificar la posición, manipulando las representaciones que de ella se hacen, tales como aquellas que consisten, por ejemplo, en negar las distancias (mostrándose "simple", "poniéndose a su altura") para volverlas más reconocibles o, por el contrario, para reconocerlas ostentosamente en procura de negarlas mejor (en una variante del juego de Schlemiel que describe Eric Berne) . Este espacio berkeleyano, donde todas las diferencias se reducirían al pensamiento de las diferencias, donde las únicas distancias serían las que uno "toma" o "mantiene", es el terreno de estrategias que siempre tienen por principio la búsqueda de la asimilación o disimilación: *darse aires* en un intento por identificarse con los grupos identificados como superiores porque se los considera tales, o *desdeñar,* esforzándose por distinguirse de los grupos identificados como inferiores (según la célebre definición: "a snob is a person who despises ever-

ra, de ese marginalismo social: "Each individual is responsible for the demeanour image of himself and deference image of others, so that for a complete man to be expressed, individuals must hold hands in a chain of ceremony, each giving deferentially with proper demeanour to the one on the right what will be received deferentially from the one on the left" (E. Goffman, "The nature of deference and demeanour", *American Anthropologist,* 58, junio de 1956, pp. 473-502) .

yone who does not despise him") . Forzar las puertas de grupos situados más a lo alto, más "cerrados", más "selectos", cerrar sus puertas a cada vez más personas: esa es la ley de la acumulación del "crédito" mundano. El prestigio de un salón depende del rigor de sus exclusividades (no se puede admitir en casa a una persona poco considerada, sin perder en consideración) y de la "calidad" de las personas recibidas, que de por sí se mide con la "calidad" de los salones que las reciben: las alzas y bajas de la bolsa de valores mundanos, que registran los ecos mundanos, se determinan conforme a esos dos criterios, es decir, en un universo de matices ínfimos, que demandan un ojo avezado. En un universo donde todo está clasificado -universo enclasante, por tanto-, los lugares, por ejemplo, donde hay que ser visto, restaurantes chic, certámenes hípicos, conferencias, exposiciones, los espectáculos que es preciso haber visto, Venecia, Florencia, Bayreuth, los ballets rusos (en fin, los sitios de acceso restringido), salones y clubes chic, es indispensable un dominio perfecto de las clasificaciones (que los árbitros de elegancia se apresuran a dejar "fuera de moda" cuando se divulgan demasiado) , para obtener el mejor rendimiento de las inversiones mundanas y para al menos evitar ser identificado con grupos poco cotizados. Uno mismo es clasificado por sus principios de clasificación: no solamente Odette y Swann, que saben reconocer, con la mera lectura de una lista de invitados, el "nivel de lo chic" de una cena, sino que Charlus, Madame Verdurin y el Primer Presidente, de vacaciones en Balbec, tienen clasificaciones diferentes, que los clasifican en el momento mismo en que ellos creen clasificar; y ello sucede incontestablemente, ya que no hay nada que varíe en forma tan palmaria según las posiciones en la clasificación como las visiones de la clasificación. Sin embargo, sería peligroso aceptar la visión del "mundo" que propone Proust, la del "aspirante" que ve ese "mundo" como un espacio que conquistar (en la obra), a la manera de Madame Swann, cuyas salidas siempre toman la forma de expediciones azarosas, que en algún sitio se comparan con la guerra colonial; el valor de los individuos y de los grupos no está en proporción tan directa con el trabajo mundano de lo esnob como Proust sugiere cuando escribe: "nuestra personalidad social es una creación del pensamiento de los otros".[3] El capital simbólico de quienes dominan ese "mundo" -Charlus, Bergotte o la duquesa de

3 M. Proust, À *la recherche du temps perdu,* París, Gallimard Pléiade, t. 1, p. 19, y Goffman, ob. cit.: "The individual must rely on others to complete the picture of him".

Guermantes- no depende solamente de los desdenes o de los rechazos, de las frialdades o de las complacencias, de las señales de reconocimiento y de los testimonios de descrédito, de las marcas de respeto o de desprecio, en suma, de todo el juego de juicios cruzados. Es la forma exaltada que revisten realidades tan banalmente objetivas como las que asienta en sus registros la física social (castillos o tierras, títulos de propiedad, de nobleza o universitarios), cuando están transfiguradas por la percepción encantada, mistificada y cómplice, definitoria en sentido estricto del esnobismo (o, en otro nivel, de la pretensión pequeñoburguesa) . Las operaciones de clasificación se refieren no solamente a los indicadores del juicio colectivo sino también a las posiciones en las distribuciones que ese juicio colectivo ya toma en cuenta. Las clasificaciones tienden a adaptarse a las distribuciones, y contribuyen por ello a reproducirlas. El valor social -crédito o descrédito, reputación o prestigio, respetabilidad u honorabilidad- no es producto de las representaciones que brindan o forjan los agentes, y el ser social no es un ser percibido.

Los grupos sociales, y especialmente las clases sociales, existen, de alguna manera, dos veces, y ello incluso antes de cualquier intervención de la mirada erudita: existen en la objetividad del primer orden, aquella que las distribuciones de propiedades materiales registran; existen en la objetividad del segundo orden, la de las clasificaciones y las representaciones contrastadas que los agentes producen sobre la base de un conocimiento práctico de las distribuciones tales como se manifiestan en los estilos de vida. Estos dos modos de existencia no son independientes, aunque las representaciones disponen de una cierta autonomía con relación a las distribuciones: la representación que los agentes se forjan de su posición en el espacio social (así como la representación -en el sentido del teatro, como en Goffman- que por otra parte proporcionan de ella) es producto de un sistema de esquemas de percepción y de apreciación (habitus) , a su vez producto incorporado de una condición definida por una posición determinada en las distribuciones de las propiedades materiales (objetividad 1) y del capital simbólico (objetividad 2), y que toma en cuenta no solamente las representaciones (en observancia a esas mismas leyes) que los demás acuñan a propósito de esta posición y cuya sumatoria define el capital simbólico (que usualmente recibe la designación de prestigio, autoridad, etc.) , sino también la posición en las distribuciones retraducidas simbólicamente en estilo de vida.

Sin prestar acuerdo a la aserción de que las diferencias sólo existen porque los agentes creen o hacen creer que existen, debe admitirse que las diferencias objetivas, inscritas en las propiedades materiales y

en los beneficios diferenciales por ellas procurados, se convierten en *distinciones reconocidas* dentro y por obra de las representaciones que los agentes se brindan y crean con respecto a ellas. Cualquier diferencia reconocida, aceptada como legítima, funciona por eso mismo como un capital simbólico que redunda en un beneficio de distinción. El capital simbólico, con las formas de beneficios y de poder que asegura, no existe si no es en la relación entre propiedades distintas y distintivas —tales como cuerpo pulcro, lengua, vestimenta, mobiliario (cada una de las cuales recibe su valor de su posición en el sistema de propiedades correspondientes, que a su vez remite al sistema de las posiciones en las distribuciones)— e individuos y grupos dotados de los esquemas de percepción y de apreciación que los predisponen a *reconocer* (en el doble sentido del término) esas propiedades, es decir, a constituirlas en estilos expresivos, formas transformadas e irreconocibles de las posiciones en las relaciones de fuerza. No hay práctica o propiedad (en el sentido de objeto apropiado) característica de una manera específica de vivir, que no pueda verse afectada por un valor distintivo en función de un principio de pertinencia socialmente determinado y expresar por ello una posición social: el mismo rasgo "físico" o "moral", por ejemplo un cuerpo grueso o delgado, una piel blanca o morena, el consumo o el rechazo del alcohol, puede recibir valores (de posición) opuestos en la misma sociedad en épocas diferentes, o en diferentes sociedades.' Para que una práctica o una propiedad funcionen como *símbolo de distinción,* es necesario y suficiente que se la sitúe en relación con tal o tal otra de las prácticas o propiedades que le son prácticamente sustituibles en determinado universo social; por lo tanto, que se le dé nuevamente ubicación en el universo simbólico de las prácticas y de las propiedades que, al funcionar en la lógica específica de los sistemas simbólicos, la de las distancias diferenciales, retraduce las diferencias económicas en marcas distintivas, signos de distinción o estigmas sociales. De carácter arbitrario, el símbolo de distinción, como el signo lingüístico, recibe sólo de su pertenencia a las relaciones de oposición constitutivas del sistema de

4 En un muy buen libro *(Symbolic Crusade, Status Politics and the American Temperance Movement,* Urbane y Londres, University of Illinois Press, 1966), Joseph Gusfield demuestra cómo la abstinencia, que durante el siglo XIX era en los Estados Unidos el símbolo por excelencia de pertenencia a la burguesía, se ha visto poco a poco repudiada, en esos mismos *medios,* en beneficio del consumo moderado de alcohol que se ha vuelto un elemento de un nuevo estilo de vida, más "desacartonado".

marcas distintivas, a su vez característico de una formación social, las determinaciones que lo muestran como necesario ante la conciencia de los agentes. Eso hace que, pese a ser esencialmente relacionales (bien lo expresa el término mismo, "distinción"), dichos símbolos -que pueden variar por completo según la contraparte social a la cual se oponen- sean percibidos como los atributos innatos de una "distinción natural". Lo propio de los símbolos de distinción, se trate del estilo de la casa y de su decoración, o de la retórica del discurso, de los "acentos" o del corte y del color de la ropa, de las maneras en la mesa o de las disposiciones éticas, reside en el hecho de que, dada su función expresiva, están de alguna manera determinados dos veces, por su posición en el sistema de los signos distintivos y por la relación de correspondencia biunívoca que se establece entre ese sistema y el sistema de disposiciones en las distribuciones de los bienes. Así, cuando se las aprehende como socialmente pertinentes y legítimas en función de un sistema de clasificación, las propiedades dejan de ser solamente bienes materiales capaces de entrar en intercambios y de procurar beneficios materiales, para volverse expresiones, *signos de reconocimiento* que significan y que valen por todo el conjunto de sus diferencias con respecto a las demás propiedades (o no propiedades) . Las propiedades incorporadas u objetivadas funcionan, pues, como una suerte de lenguaje primordial, y uno es hablado por él más de lo que lo habla, pese a todas las estrategias de presentación de sí.[5] Con ello, toda distribución desigual de bienes o de servicios tiende a ser percibida como sistema simbólico, vale decir, como sistema de marcas distintivas: distribuciones como las de los automóviles, los lugares de residencia, los deportes, los juegos de sociedad son, para la percepción común, otros tantos sistemas simbólicos en cuyo seno cada práctica (o no práctica) recibe un valor, y la suma de esas distribuciones socialmente pertinentes traza el sistema de estilos de vida, sistemas de distancias diferenciales engendradas por el gusto y aprehendidas por el gusto como signos de buen o mal gusto, y simultáneamente como títulos de nobleza capaces de aportar un beneficio de distinción tanto mayor cuanto más elevada es su rareza distintiva, o como marcas de infamia.

La teoría objetivista de las clases sociales reduce la verdad de la clasificación social a la verdad objetiva de esa clasificación, omitiendo inscribir

5 El lenguaje mismo expresa siempre, además de lo que dice, la posición social del que habla (incluso aunque no diga nada más), por la posición que ocupa lo que Trubetzkoy llama su "estilo expresivo" en el sistema de esos estilos.

en la definición completa del mundo social esa verdad primera en contra de la cual se construye (y recordada en la práctica política orientada por ella bajo la forma de los obstáculos que le es necesario combatir continuamente para imponer una visión del mundo social conforme a la teoría) . La objetivación científica no es completa a menos que se aplique también a la experiencia subjetiva que la obstaculiza. Y la teoría adecuada es aquella que integra la verdad parcial que capta el conocimiento objetivo y la verdad propia de la experiencia primera como desconocimiento (más o menos permanente y completo) de esta verdad; es decir, el conocimiento desencantado del mundo social y el conocimiento del reconocimiento como conocimiento encantado o mistificado que constituye el objeto de la experiencia primera.

El desconocimiento de los fundamentos reales de las diferencias y de los principios de su perpetuación hace que no se perciba el mundo social como el lugar del conflicto o de la competencia entre grupos de intereses antagonistas, sino como un "orden social". Todo reconocimiento es desconocimiento: todo tipo de autoridad, no sólo la que se impone mediante órdenes, sino la que se ejerce sin que haya que ejercerla, la que se da en llamar natural y se ve depositada en un lenguaje, una postura, maneras, un estilo de vida, o incluso en objetos (cetros y coronas, armiños y togas en épocas pasadas, cuadros y muebles antiguos, vehículos suntuosos o salones suntuosos en la actualidad), descansa sobre una forma de creencia originaria, más profunda y más inextirpable de lo que ordinariamente se entiende por ese nombre. Un mundo social es un universo de *presuposiciones:* los juegos y las apuestas que propone, las jerarquías y las preferencias que impone, en resumen, el conjunto de las condiciones tácitas de pertenencia, aquello que dan por sentado quienes forman parte de él, investido de valor según lo ven quienes desean formar parte. En última instancia, todo ello reposa sobre el acuerdo inmediato entre las estructuras del mundo social y las categorías de percepción que constituye la doxa o, como decía Husserl, la *protodoxa,* percepción del mundo social como mundo natural que se da por descontado. El objetivismo que reduce las relaciones sociales a su verdad objetiva de relaciones de fuerza olvida que esta verdad puede ser reprimida merced a un efecto de la mala fe colectiva y de la percepción "encantada" que las transfigura en relaciones de dominación legítima, autoridad o prestigio.

Todo capital, cualquiera que sea la forma bajo la cual se presenta, ejerce una violencia simbólica desde que es reconocido, es decir, desconocido en su verdad de capital, y se impone como autoridad al reclamar ese reconocimiento. El capital simbólico sería otro modo de designar

lo que Max Weber denominó carisma si, apresado en la lógica de las tipologías realistas, quien sin duda mejor comprendió que la sociología de la religión era un capítulo -y no el menor- de la sociología del poder, no hubiera hecho del carisma una forma panicular del poder en lugar de ver en él una dimensión propia de todo poder, es decir, otro nombre de la legitimidad, producto del reconocimiento, o del desconocimiento, o de la creencia (otros tantos cuasi sinónimos) "en virtud de la cual las personas que ejercen autoridad se ven dotadas de prestigio". La creencia se define por el desconocimiento del crédito que ella otorga a su objeto y que contribuye por ello a los poderes que sobre ella tiene dicho objeto, nobleza, crédito, notoriedad, prestigio, reputación, honor, renombre, o incluso don, talento, inteligencia, cultura, distinción, gusto, proyecciones de la creencia colectiva que la creencia cree descubrir en la *naturaleza* de sus objetos. Esnobismo o pretensión son disposiciones de creyentes, incesantemente asediados por el miedo a la carencia, a la falta de buen tono o al pecado contra el gusto, e inevitablemente dominados por los poderes trascendentes a los cuales se entregan por el solo hecho de reconocerlos (arte, cultura, literatura, alta costura u otros fetiches mundanos), y por los depositarios de esos poderes, arbitrarios árbitros de elegancias (modistos, pintores, escritores o críticos), simples creaciones de la creencia social que ejercen un poder real sobre los creyentes, ya se trate del poder de consagrar los objetos materiales transfiriendo sobre ellos lo sagrado colectivo, o bien del poder de transformar las representaciones de quienes les delegan su poder. En su carácter de adhesión que ignora que hace existir aquello a lo que adhiere, la creencia no sabe o no quiere saber que todos los factores del encanto más intrínseco de su objeto, su carisma, no son otra cosa que producto de las innumerables operaciones de crédito o de descrédito, todas en igual grado inconscientes de su verdad, que se realizan en el mercado de los bienes simbólicos y se materializan en símbolos oficialmente reconocidos y garantizados, signos de distinción, índices de consagración y certificados de carisma tales como los títulos de nobleza o los títulos escolares, marcas de respeto objetivadas: invocan las marcas de respeto, aparato y pompa que tienen por efecto no solamente manifestar la posición social sino también el reconocimiento colectivo que se le otorga por el solo hecho de autorizársela a hacer semejante exhibición de su importancia. Por oposición a la pretensión, desfase entre la importancia que el sujeto reconoce para sí y la que el grupo le reconoce, entre lo que él "se permite" y lo que se le permite, entre las pretensiones y las ambiciones legítimas, la autoridad legítima se afirma y se impone como tal en el hecho de no tener otra cosa

que hacer salvo existir para imponerse." En tanto operación fundamental de la alquimia social, la transformación de una especie cualquiera de capital en capital simbólico, posesión legítima fundada en la naturaleza de su poseedor, siempre supone una forma de trabajo, un gasto visible (sin ser necesariamente ostentoso) de tiempo, de dinero y de energía, una *redistribución* que es necesaria para asegurar el reconocimiento de la distribución bajo la forma de reconocimiento que quien recibe otorga a quien, mejor situado en la distribución, está en condiciones de dar, reconocimiento de deuda que es también reconocimiento de valor.? El estilo de vida es la primera -y quizás hoy en día la fundamental- de estas manifestaciones simbólicas: vestimenta, mobiliario o cualquier otra propiedad que, al funcionar según la lógica de la pertenencia y de la exclusión, dejan a la vista las diferencias de capital (entendido como capacidad de apropiación de los bienes escasos y de los beneficios correlativos) bajo una forma tal que eluden la brutalidad injustificable del hecho, *datum brutum,* simple nimiedad o pura violencia, para acceder a esta forma de violencia desconocida y denegada, por ende afirmada y reconocida como legítima, que es la violencia simbólica. Es así como el "estilo de

6 Todo agente debe, en cada ocasión, tener en cuenta el precio que se le otorga en el mercado de los bienes simbólicos y que define lo que él puede permitirse (es decir, entre otras cosas, aquello que puede pretender y aquello de lo que puede apropiarse legítimamente en un universo donde de por sí todos los bienes están jerarquizados). El sentido del valor fiduciario (que en ciertos universos como el campo intelectual o el artístico puede formar todo su valor) orienta las estrategias, que para ser reconocidas deben situarse a la altura justa, ni demasiado alto (pretensión), ni demasiado bajo (vulgaridad, carencia de ambición) y, en especial, las estrategias de disimilación y de asimilación con otros grupos que dentro de ciertos márgenes pueden jugar con las distancias reconocidas (en otra ocasión se ha demostrado cómo el "envejecimiento" del artista es en parte efecto del incremento del capital simbólico y de la evolución correlativa de las *ambiciones legítimas)*.

7 En las sociedades precapitalistas, este trabajo de transmutación se impone con un rigor particular, ya que la acumulación de capital simbólico suele ser allí la única forma de acumulación posible, de hecho y de derecho. Por lo general, a mayor censura de las manifestaciones directas del poder del capital (económico e incluso cultural), más debe acumularse el capital en forma de capital simbólico.

8 Las operaciones ordinarias de clasificación deben apoyarse tanto más en el simbolismo para inferir la posición social, cuanto más exiguo es el grado de interconocimiento: en las aldeas o en las pequeñas ciudades el juicio social puede apoyarse sobre un conocimiento casi exhaustivo de las características económicas y sociales más determinantes; por el contrario, en los *encuentros ocasionales y anónimos* de la vida urbana el estilo y el gusto contribuyen, indudablemente de manera tanto más determinante, a orientar el juicio social y las estrategias implementadas en las interacciones.

vida" y la "estilización de la vida" transfiguran las relaciones de fuerza en relaciones de sentido, en sistemas de signo que, "definidos -como dice Hjelmslev- no positivamente por su contenido sino negativamente por su relación con los demás términos del sistema", están predispuestos, poi- una suerte de armonía preestablecida, a expresar el *rango* en las distribuciones: aunque obtengan de su posición en un sistema de oposiciones su valor, y aunque no sean otra cosa que aquello que los demás no son, los estilos de vida -y los grupos que estos distinguen- parecen no tener otro fundamento que las disposiciones naturales de su portador, como sucede con esa distinción que uno llama natural aunque (el término mismo lo dice) no existe sino en y por la relación distintiva con disposiciones más "comunes", es decir, estadísticamente más frecuentes. En la distinción natural el privilegio incluye su propia justificación. La teatralización legitimadora que acompaña siempre al ejercicio del poder se extiende a todas las prácticas, en especial a los consumos que no tienen necesidad de estar inspirados en la búsqueda de la distinción para ser distintivos, tal como la apropiación material y simbólica de las obras de arte, que parece tener por único principio las disposiciones de la *persona* en su singularidad irreemplazable. Tal como los símbolos religiosos en otros modos de dominación, los símbolos del capital cultural, incorporado u objetivado, contribuyen a legitimar la dominación, y aun el *arte de vivir* de los poseedores del poder hace su aporte al poder que lo posibilita, pues sus verdaderas condiciones de posibilidad permanecen ignoradas y puede percibírselo no sólo como la manifestación legítima del poder, sino como el fundamento de la legitimidad.[9] Los "grupos de estatus" fundados sobre un "estilo de vida" no son, como Weber cree, un tipo de grupo diferente al de las clases, sino *clases denegadas,* o, si se prefiere, sublimadas y, por ello, legitimadas.

9 Esto significa que el análisis del campo del poder como sistema de posiciones de poder, es inseparable del análisis de las propiedades (en el doble sentido del término) de los agentes que ocupan esas posiciones y del aporte que hacen a la perpetuación del poder a partir de los efectos simbólicos que ejercen.

8. Los tres estados del capital cultural

La noción de capital cultural se ha impuesto, en primer lugar, como una hipótesis indispensable para dar cuenta de la desigualdad en el rendimiento escolar de niños originarios de las diferentes clases sociales, relacionando el "éxito escolar" (vale decir, los beneficios específicos que los niños de las diferentes clases y fracciones de clase pueden obtener en el mercado escolar) con la distribución del capital cultural entre las clases y las fracciones de clase. Este punto de partida implica una ruptura con los presupuestos inherentes a la visión usual, que toma como un efecto de las "aptitudes" naturales el éxito o el fracaso escolar, tanto como a las teorías del "capital humano".[1]

Los economistas tienen el aparente mérito de plantear explícitamente la cuestión de la relación entre las tasas de beneficio aseguradas por la inversión educativa y por la inversión económica (y también su evolución) . Pero, además de que su medición del rendimiento de la inversión escolar sólo toma en cuenta las inversiones y los beneficios *monetarios* o *directamente convertibles en dinero,* como los gastos ocasionados por los estudios y el equivalente en dinero del tiempo dedicado a estudiar, no pueden rendir cuentas de la incidencia relativa que los diferentes agentes o las diferentes clases otorgan a la inversión económica y a la inversión cultural, al no conseguir tomar en consideración sistemáticamente la *estructura* de las posibilidades diferenciales de beneficio que los diferentes mercados les prometen en función del volumen y de la estructura de su patrimonio (cf. en especial G. S. Becker, *Human Capital,* Nueva York, Columbia University Press, 1964). Más aún, omitiendo resituar

1 P. Bois, *Paysans de l'Ouest. Des structures économiques et sociales aux opinions politiques depuis l'époque révolutionnaire,* París - La Haya, Mouton, 1960.

las estrategias de inversión escolar en el conjunto de las estrategias educativas y en el sistema de las estrategias de reproducción, se condenan a dejar escapar, por una paradoja necesaria, lo mas oculto y lo más determinante, en términos sociales, de las inversiones educativas: *la transmisión doméstica del capital cultural. Sus* interrogantes sobre la relación entre "aptitud" *(ability)* para los estudios e inversión en los estudios testimonian que ellos ignoran que la "aptitud" o el "don" también es producto de una inversión en tiempo y en capital cultural (ob. cit., pp. 63-66) . Así se comprende que, al evaluar los beneficios de la inversión escolar, únicamente puedan interrogarse sobre la rentabilidad de los gastos en educación para la "sociedad" en conjunto *(social rate of return;* ob. cit., p. 121) o sobre la contribución que la educación hace a la "productividad nacional" *(the social gain of education as measured by its effects on national productivity;* ob. cit., p. 155) . Esta definición típicamente funcionalista de las funciones de la educación, que ignora el aporte que el sistema de enseñanza realiza a la reproducción de la estructura social al sancionar la transmisión hereditaria del capital cultural, está de hecho implicada, ya desde el origen, en una definición del "capital humano" que, a pesar de sus connotaciones "humanistas", no escapa al economicismo e ignora, entre otras cosas, que el rendimiento escolar de la acción escolar depende del capital cultural previamente invertido por la familia, y que el rendimiento económico y social del título escolar depende del capital social, también heredado, que puede ser puesto a su servicio.

El capital cultural puede existir bajo tres formas: *en estado incorporado,* es decir, como disposiciones durables del organismo; *en estado objetivado,* como bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, máquinas, que son la huella o la realización de teorías o de críticas de esas teorías, de problemáticas, etc.; y por último *en estado institucionalizado,* forma de objetivación que debe considerarse por separado porque, según puede notarse a propósito del *título escolar,* confiere propiedades totalmente originales al capital cultural que garantiza.

EL ESTADO INCORPORADO

La mayor parte de las propiedades del capital cultural pueden deducirse del hecho de que, en su estado fundamental, está *ligado al cuerpo y supone la incorporación.* La acumulación de capital cultural requiere una *incorporación* que, por cuanto supone un trabajo de inculcación y de asimilación, tiene un *costo de tiempo,* y de tiempo que debe ser invertido *personalmente* por el inversor (en efecto, semejante en ello al bronceado, no puede efectuarse *por procuración`-'):* trabajo personal, el trabajo de adquisición es un trabajo del "sujeto" sobre sí mismo (se habla de "cultivarse") . El capital cultural es un tener devenido ser, una propiedad hecha cuerpo, devenida parte integrante de la "persona", un habitus.[3] Quien lo posee "ha pagado personalmente", y con lo más personal que tiene: su tiempo. A diferencia de la moneda, del título de propiedad o incluso del título de nobleza, ese capital "personal" no puede transmitirse *instantáneamente* por donación o transmisión hereditaria, compra o intercambio; en lo sustancial, puede adquirirse de manera totalmente disimulada e inconsciente *y* permanece marcado por sus condiciones primitivas de adquisición; no se lo puede acumular más allá de las capacidades de apropiación de un agente singular; decae y muere con su portador (a la par de sus capacidades biológicas, su memoria, etcétera) . Visto que así está ligado de múltiples maneras a la persona en su singularidad biológica, y que es objeto de una transmisión hereditaria siempre en gran medida disimulada, y hasta invisible, constituye un desafío para todos

2 Hablando de los conceptos en sí mismos —como aquí— en lugar de hacerlos funcionar, uno siempre se expone a ser simultáneamente esquemático y formal, es decir, "teórico", en el sentido más ordinario y más ordinariamente aceptado del término.

3 De ello deriva que, de todas las mediciones del capital cultural, las menos inexactas son las que toman por patrón el *tiempo de adquisición* —desde luego, a condición de no reducirlo al *tiempo de escolarización* y de tomar en cuenta la primigenia educación familiar, dándole un valor positivo (el de un tiempo ganado, un avance) o negativo (el de un tiempo perdido, *y doblemente,* ya que será necesario gastar tiempo para *corregir* sus efectos) según la distancia con respecto a las exigencias del mercado escolar. (_ Hace falta decir, para evitar cualquier malentendido, que esta proposición no implica reconocimiento alguno del valor de los veredictos escolares y que tan sólo registra la relación que en la práctica se establece entre cierto capital cultural y las leyes del mercado escolar? Con todo, quizá no resulte inútil recordar que disposiciones sobre las cuales recae un valor negativo en el mercado escolar pueden tener un valor altamente positivo en otros mercados y ante todo, evidentemente, en las relaciones internas de la clase) .

aquellos que le aplican la antigua e inamovible distinción de los juristas griegos entre propiedades heredadas *(ta patrôa)* y propiedades adquiridas *(epiktèta)*, es decir, sumadas por el individuo mismo a su patrimonio hereditario; de modo que llega a acumular los prestigios de la propiedad innata y los méritos de la adquisición. De ello resulta que presenta un mayor *grado de disimulación* que el capital económico y está por ello predispuesto a funcionar como capital simbólico, es decir, desconocido y reconocido, que ejerce un efecto de (des) conocimiento, por ejemplo, en el mercado matrimonial o en el mercado de bienes culturales donde el capital económico no está plenamente reconocido. La economía de las grandes colecciones de pintura o de las grandes fundaciones culturales -tal como la economía de la asistencia, de la generosidad y del don-reposan sobre propiedades del capital cultural que los economistas no saben explicar: al respecto, el economicismo deja escapar por definición la alquimia cabalmente social por cuyo intermedio el capital económico se transforma en capital simbólico, capital denegado o, más exactamente, desconocido; y paradójicamente, esa economía ignora incluso la lógica cabalmente simbólica de la distinción que asegura, por añadidura, beneficios materiales y simbólicos a los poseedores de un sólido capital cultural que recibe un *valor de rareza* debido a su posición en la estructura de la distribución del capital cultural (en última instancia, este valor de rareza tiene por precepto el hecho de que no todos los agentes cuentan con los recursos económicos y culturales para prolongar los estudios de sus hijos más allá del mínimo necesario para reproducir la fuerza de trabajo menos valorizada en un momento dado) .

Sin embargo, el principio más poderoso de la eficacia ideológica de esta variedad de capital indudablemente reside en la lógica misma de la transmisión del capital cultural. Por una parte, sabemos que la apropiación del capital cultural objetivado *-y,* con ello, el tiempo necesario para realizarla- depende principalmente del capital cultural incorporado en el conjunto de la familia -entre otras cosas, por intermediar el efecto Arrow generalizado[)] y todas las formas de transmisión implícita-; por

4 De ello se deriva que la utilización o la explotación del capital cultural plantea problemas específicos a los poseedores del capital económico o político, ya sean los mecenas privados o, en el otro extremo, los empresarios que emplean "ejecutivos" dotados de una competencia cultural específica (por no hacer referencia a los nuevos *mecenas de Estado)* : ¿cómo comprar ese capital estrechamente ligado a la persona sin comprar a la persona (lo que equivaldría a privarse del efecto mismo de legitimación que supone la disimulación

otra parte, sabemos que la acumulación inicial del capital cultural, requisito de la acumulación rápida y fácil de todo tipo de capital cultural útil, sólo comienza *desde el origen,* sin atraso, sin pérdida de tiempo, para los miembros de las familias munidas de un sólido capital cultural, ya que en ese caso el tiempo de acumulación engloba *la totalidad* del tiempo de socialización. De ello resulta que la transmisión del capital cultural sea sin duda la forma mejor disimulada de transmisión hereditaria de capital y se le otorgue una incidencia mayor en el sistema de las estrategias de reproducción en la medida en que las formas directas y visibles de transmisión tienden a estar más fuertemente censuradas y controladas.

Notamos de inmediato que el lazo entre el capital económico y el capital cultural se establece por intermediación del tiempo necesario para la adquisición. De hecho, las diferencias en el capital cultural poseído por la familia implican diferencias: primero, en la precocidad del comienzo de la empresa de transmisión y de acumulación, que tiene por límite la plena utilización de la totalidad del tiempo biológicamente disponible, pues el tiempo libre máximo quedó al servicio del capital cultural máximo; luego, en la capacidad así definida de satisfacer las exigencias estrictamente culturales de una empresa de adquisición prolongada. Por lo demás, y correlativamente, el tiempo durante el cual cierto individuo puede prolongar su empresa de adquisición depende del tiempo durante el cual su familia puede asegurarle tiempo libre, es decir, liberado de la necesidad económica, que es la condición de acumulación inicial (tiempo que puede ser evaluado como lucro cesante) .

EL ESTADO OBJETIVADO

El capital cultural en estado objetivado posee cierta cantidad de propiedades que únicamente se definen en su relación con el capital cultural en su forma incorporada. El capital cultural objetivado en soportes materiales tales como escritos, pinturas, monumentos, etc., es transmisible en su materialidad. Una colección de cuadros, por ejemplo, se transmite igualmente bien que el capital económico (si no mejor, porque tiene

de la dependencia) ? ¿Cómo concentrar el capital (lo que es indispensable para ciertas empresas) sin concentrar a los portadores de ese capital (lo que puede tener todo tipo de consecuencias objetadas)?

un grado de eufemización superior) . Sin embargo, lo transmisible es la propiedad jurídica y no (o no necesariamente) lo que constituye la condición de la apropiación específica, es decir, la posesión de los instrumentos que permiten consumir un cuadro o utilizar una máquina y que, no siendo otra cosa que capital incorporado, están sometidos a las mismas leyes de transmisión.

Así, los bienes culturales pueden ser objeto de una apropiación material, que supone el capital económico, y de una apropiación simbólica, que supone el capital cultural. De ello se deriva que el propietario de los instrumentos de producción debe encontrar el medio de apropiarse ora del capital incorporado que es el requisito de la apropiación específica, ora los servicios de los poseedores de ese capital: para uno poseer las máquinas, basta con tener capital económico; para apropiárselas y utilizarlas conforme a su destino específico (definido por el capital científico y técnico incorporado en ellas) basta disponer, personalmente o por procuración, de capital incorporado. Tal es sin duda el fundamento del estatus ambiguo de los "cuadros ejecutivos": si se pone el acento sobre el hecho de que no son poseedores (en el sentido estrictamente económico) de los instrumentos de producción que utilizan y de que no obtienen un beneficio de su capital cultural si no es vendiendo los servicios y los productos que aquel posibilita, se los sitúa del lado de los dominados; si se insiste en que ellos obtienen sus beneficios de la puesta en funcionamiento de una forma particular de capital, se los sitúa del lado de los dominantes. Todo parece indicar que, a medida que se incrementa el capital cultural incorporado en los instrumentos de producción (y, a la par, el tiempo de incorporación necesario para adquirir los medios de apropiárselo, es decir, para obedecer a su intención objetiva, su destino, su función) , la fuerza *colectiva* de los poseedores del capital cultural tendería a incrementarse si los poseedores de la forma dominante de capital no estuvieran en condiciones de competir con los poseedores de capital cultural (por otra parte, proclives a la competencia, dadas las condiciones mismas de su selección y su formación -y en especial la lógica de la competencia escolar y del concurso-) .

El capital cultural en estado objetivado se presenta con todas las apariencias de un universo autónomo y coherente que, si bien es producto de la acción histórica, tiene sus leyes propias, que trascienden las voluntades individuales y que, por ello, como bien demuestra el ejemplo de la lengua, permanece irreductible a aquello de lo que cada agente, o incluso el conjunto de los agentes, puede apropiarse (es decir, al capital cultural incorporado) . Sin embargo, no hay que olvidar que no existe

y no subsiste como capital material y simbólicamente activo y actuante si n0 es objeto de apropiación por parte de los agentes, e involucrado como arma y como apuesta en las luchas que se producen en los campos de producción cultural (campo artístico, campo científico, etc.) y, más allá, en el campo de las clases sociales, ocasiones en que los agentes obtienen beneficios proporcionales al dominio que tienen de ese capital objetivado, *y* por lo tanto acordes a la medida de su capital incorporado.'

EL ESTADO INSTITUCIONALIZADO

La objetivación del capital cultural bajo la forma de títulos es una de las maneras de neutralizar ciertas propiedades que debe al hecho de que, al estar incorporado, tiene los mismos límites biológicos que su soporte. Con el título escolar, esa acta de competencia cultural que confiere a su portador un valor convencional constante, y jurídicamente garantizado respecto de la cultura, la alquimia social produce una forma de capital cultural que tiene una autonomía relativa con relación a su portador e incluso con relación al capital cultural que efectivamente posee en un momento dado del tiempo: *instituye* el capital cultural por obra de la magia colectiva, tal como, según Merleau-Ponty, los vivos *instituyen* a sus muertos mediante los ritos de duelo.

Basta con pensar en el concurso que, a partir del *continuum* de diferencias infinitesimales en los desempeños, *produce discontinuidades durables y brutales,* del todo o nada, como la que separa al último aceptado del primer rechazado, e instaura una diferencia de esencia entre la *competencia* estatutariamente reconocida y garantizada y el mero capital cultural,

5 Lo que denomino "efecto Arrow generalizado" -vale decir, el hecho de que el conjunto de bienes culturales, cuadros, monumentos, máquinas, objetos ornamentados, y en especial todos los que forman parte del entorno natal, ejercen un efecto educativo por su mera existencia- es indudablemente uno de los factores estructurales del *boom* escolar, en el sentido de que el incremento de la cantidad de capital cultural acumulado en estado objetivado incrementa la acción educativa automáticamente ejercida por el entorno. Si a ello se agrega que el capital cultural incorporado crece constantemente, se evidencia que en cada generación se incrementa aquello que el sistema escolar puede considerar como adquirido. Que de por sí la inversión educativa llegue a tener un rendimiento creciente es uno de los factores estructurales de inflación de los títulos escolares (junto a factores coyunturales ligados a efectos de reconversión de capital) .

incesantemente intimado a *dar prueba de sus aptitudes.* Claramente se ve en ese caso la magia *performativa* del *poder de instituir,* poder de hacer ver y de hacer creer o, en una palabra, de hacer *reconocer.* No hay frontera que no sea mágica, es decir, impuesta y sostenida (a veces con peligro para la vida) por la *creencia colectiva.* "Verdad más acá de los Pirineos; error más allá." Esa misma *diacrisis* originaria instituye al grupo como realidad a la vez constante (es decir, trascendente a los individuos), homogénea y diferente, merced a la institución (arbitraria y desconocida como tal) de una frontera jurídica, que instituye los valores últimos del grupo, que tienen por principio la creencia del grupo en su propio valor y que se definen al oponerse a los demás grupos.

Otorgando un reconocimiento institucional al capital cultural poseído por cierto agente, el diploma escolar permite además comparar a sus titulares e incluso "intercambiarlos" (sustituyendo los unos por los otros en la *sucesión) ;* permite también establecer tasas de convertibilidad entre el capital cultural y el capital económico, garantizando el valor en dinero de un determinado capital cultural. Producto de la conversión de capital económico en capital cultural, fija el valor, con relación al capital cultural, del poseedor de un título determinado respecto a los otros poseedores de títulos e, inseparablemente, el valor en dinero por el cual puede intercambiarse en el mercado de trabajo, pues la inversión escolar no tiene sentido si no está objetivamente garantizado un mínimo de reversibilidad de la conversión que implica. Visto que los beneficios materiales y simbólicos que el título escolar garantiza dependen también de su rareza, puede concluirse que las inversiones (en tiempo y en esfuerzo) serían menos rentables de lo que uno hubiera podido prever en el momento en que se las efectuó (al modificarse *de facto* la tasa de convertibilidad del capital escolar y del capital económico) . Las estrategias de reconversión del capital económico en capital cultural que forman parte de los factores coyunturales de la explosión escolar y de la inflación de los títulos escolares están dirigidas por las transformaciones de la estructura de posibilidades de ganancia aseguradas por las diferentes especies de capital.

9. El capital social

NOTAS PROVISORIAS

La noción de capital social se ha impuesto como único medio para designar el principio de efectos sociales que, aunque pueden aprehenderse claramente a escala de los agentes singulares -entre quienes inevitablemente se sitúa la encuesta estadística-, no se dejan reducir al conjunto de propiedades individuales poseídas por cierto agente: esos efectos, en los que la sociología espontánea reconoce de buena gana la acción de las "relaciones", resultan especialmente visibles en todos los casos en que diferentes individuos obtienen un rendimiento muy desigual de tin capital (económico o cultural) casi equivalente, según el grado en el cual pueden movilizar por procuración el capital de un grupo (familia, antiguos alumnos de escuelas de "elite", club exclusivo, nobleza, etc.) más o menos constituido como tal y más o menos provisto de capital.

El capital social es el conjunto de recursos actuales o potenciales ligados a la posesión de una *red durable de relaciones* más o menos institucionalizadas de interconocimiento y de interreconocimiento; o, en otros términos, a la *pertenencia a un grupo,* como conjunto de agentes que no sólo están dotados de propiedades comunes (susceptibles de ser percibidas por el observador, por los otros o por ellos mismos), sino que también están unidos por *vínculos* permanentes y útiles. Estos vínculos son irreductibles a las relaciones objetivas de cercanía en el espacio físico (geográfico) o incluso en el espacio económico y social porque se fundan sobre intercambios indisolublemente materiales y simbólicos cuya instauración y perpetuación suponen el reconocimiento de esa cercanía. F,1 volumen de capital social que posee un agente particular depende, pues, de la extensión de la red de los vínculos que puede efectivamente movilizar y del volumen del capital (económico, cultural o simbólico) que posee cada uno de aquellos con quienes está vinculado. Esto significa que -por relativamente irreductible que sea al capital económico o cultural poseído por un agente determinado, o aun por el conjunto de los agen-

tes con los cuales está vinculado (como bien puede verse en el caso del advenedizo) - el capital social nunca es completamente independiente del hecho de que los intercambios que instituyen el interreconocimiento suponen el reconocimiento de un mínimo de homogeneidad "objetiva" y ejercen un efecto multiplicador sobre el capital poseído en propiedad.

Los beneficios que procura la pertenencia a un grupo son cimiento de la solidaridad que los vuelve posibles. Esto no significa que conscientemente se los persiga como tales, aun en el caso de los grupos que, como los clubes exclusivos, están expresamente dispuestos a *concentrar el capital social* y de esta manera obtener el beneficio pleno del efecto multiplicador implicado en la concentración y asegurar los beneficios procurados por la pertenencia, beneficios materiales, como todas las variedades de "servicios" asegurados por relaciones útiles, y beneficios simbólicos, tales como los asociados a la participación en un grupo selecto y prestigioso.

La existencia de una red de vínculos no es un dato natural, ni siquiera un "dato social" , constituido de una vez y para siempre por un acto social de institución (representado, en el caso del grupo familiar, por la definición *genealógica* de las relaciones de parentesco que es característica de una formación social), sino producto del trabajo de instauración y de mantenimiento necesario para producir y reproducir vínculos durables y útiles, adecuados para procurar beneficios materiales o simbólicos. En otros términos, la red de vínculos es producto de estrategias de inversión social consciente o inconscientemente orientadas hacia la institución o la reproducción de relaciones sociales de utilidad directa, a corto o a largo plazo; es decir, hacia la transformación de relaciones contingentes, como las relaciones entre vecinos, laborales o incluso de parentesco, en relaciones simultáneamente necesarias y electivas, que implican obligaciones durables subjetivamente percibidas (sentimientos de gratitud, de respeto, de amistad, etc.) como comunicación que supone y produce el conocimiento y el reconocimiento mutuos. El intercambio transforma las cosas intercambiadas en signos de reconocimiento y, por medio del reconocimiento mutuo y del reconocimiento de la pertenencia al grupo que aquel implica, produce el grupo y determina a la vez los límites del grupo, es decir, los límites más allá de los cuales el intercambio constitutivo -en el comercio, entre comensales, en el matrimonio- no puede producirse. Así, cada miembro del grupo se ve instituido como guardián de los límites del grupo: y dado que la definición de los criterios de ingreso está en juego en cada nuevo ingreso, puede producir cambios en el grupo al modificar los límites del intercambio legítimo mediante cualquier forma de unión no conveniente. Eso motiva que la

reproducción del capital social sea tributaria, por una parte, de todas las instituciones que apuntan a favorecer los intercambios legítimos *y* a excluir los intercambios ilegítimos, generando ocasiones *(rally,* cruceros, cacerías, veladas, recepciones, etc.), lugares (barrios chic, escuelas exclusivas, clubes, etc.) o prácticas (deportes chic, juegos de sociedad, ceremonias culturales, etc.) que reúnen en forma aparentemente fortuita a individuos tan homogéneos como sea posible en cuanto a todas las relaciones pertinentes desde el punto de vista de la existencia *y* de la persistencia del grupo; y, por otra parte, del trabajo de sociabilidad, serie continua de intercambios con que se afirma e incesantemente se reafirma el reconocimiento y que supone, además de una competencia específica (conocimiento de las relaciones genealógicas y de los vínculos reales y el arte de utilizarlos, etc.) y una disposición, adquirida, para alcanzar y mantener esta competencia, un gasto constante de tiempo y de esfuerzo (que tiene su equivalente en capital económico) y también, muy a menudo, de capital económico. El rendimiento de este trabajo de acumulación *y* de mantenimiento del capital social es tanto mayor cuanto más importante es dicho capital, y su límite está representado por los poseedores de un capital social heredado, simbolizado por un apellido ilustre, que no están obligados a "conocer" a todos sus "conocidos", que son conocidos por una cantidad de gente mayor de la que ellos conocen, que, siendo buscados por su capital social y que, por el hecho de ser "conocidos", bien merecen ser conocidos (cf.: "yo lo conocí mucho") , están en condiciones de transformar todas las relaciones circunstanciales en vínculos duraderos.

Mientras se carezca de instituciones que permitan concentrar en manos de un solo agente la totalidad del capital social que funda la existencia del grupo (familia, nación, pero también asociación o partido) y conferirle el mandato para ejercer, gracias a ese capital poseído en forma colectiva, un poder sin relación con su aporte personal, cada agente participa en el capital colectivo, simbolizado por el apellido de la familia o del linaje, pero en proporción directa a su aporte, es decir, en la medida en que sus acciones, sus palabras, su persona mantiene en alto el honor del grupo. (A la inversa, mientras la delegación institucionalizada, que va acompañada por una definición explícita de las responsabilidades, tiende a limitar las consecuencias de los errores individuales, la delegación difusa, correlativa al hecho de pertenecer, asegura a todos los miembros del grupo, sin distingos, la caución del capital colectivamente poseído, pero sin resguardarlos contra el descrédito que la conducta de alguno de ellos puede traer aparejado: esto explica que en dicho caso los "grandes"

deban unirse para defender el honor colectivo en el honor de los miembros más desprovistos de entre su grupo) . De hecho, es el mismo principio el que produce el grupo instituido en busca de la concentración del capital y la contienda en el interior de ese grupo por la apropiación del capital social producido por esa misma concentración. Para circunscribir la competencia interna a los límites más allá de los cuales comprometería la acumulación del capital fundacional del grupo, los grupos deben estipular la distribución entre sus miembros del derecho a instituirse en delegado (mandatario, plenipotenciario, representante, portavoz) del grupo, a comprometer el capital social de todo el grupo: así, los grupos instituidos delegan el capital social a todos sus miembros pero en grados muy desiguales (del simple laico al Papa o del militante de base al secretario general), y con ello puede *individualizarse* el capital colectivo completo en un agente singular que lo concentra y que, aunque obtenga del grupo todo su poder, puede ejercer sobre el grupo (y en una cierta medida contra el grupo) el poder que el grupo le permite concentrar. Así, los mecanismos de delegación y de *representación* (en su doble sentido, ligado al teatro y al derecho) que se imponen -por supuesto, más rigurosamente cuanto más numeroso es el grupo- como una de las condiciones de la concentración del capital social (entre otras razones, porque permite a numerosos agentes, diversos y dispersos, actuar "como un solo hombre" y superar los efectos de la finitud que vincula a los agentes, a través de su cuerpo, con un lugar y con un tiempo) entrañan el principio de una malversación del capital que ellos mismos producen.